

86-92

27-NOV-1953

R-

S-

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

RAMON DE REGORO

Y ARIZA

LOS ESPAÑOLES

PINTADOS POR SI MISMOS

Por varios autores.

Adornada con cien grabados.



MADRID

GASPAR Y ROIG, EDITORES

calle del Principe, núm.4.

1851

R-33.064

C.L. 25-11-1953

IMPRESION DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

ESTADÍSTICA DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

LABOR DE INVESTIGACION

ANEXO

LOS ESPAÑOLES

PRINTADOS POR SI MISMOS

por varios autores

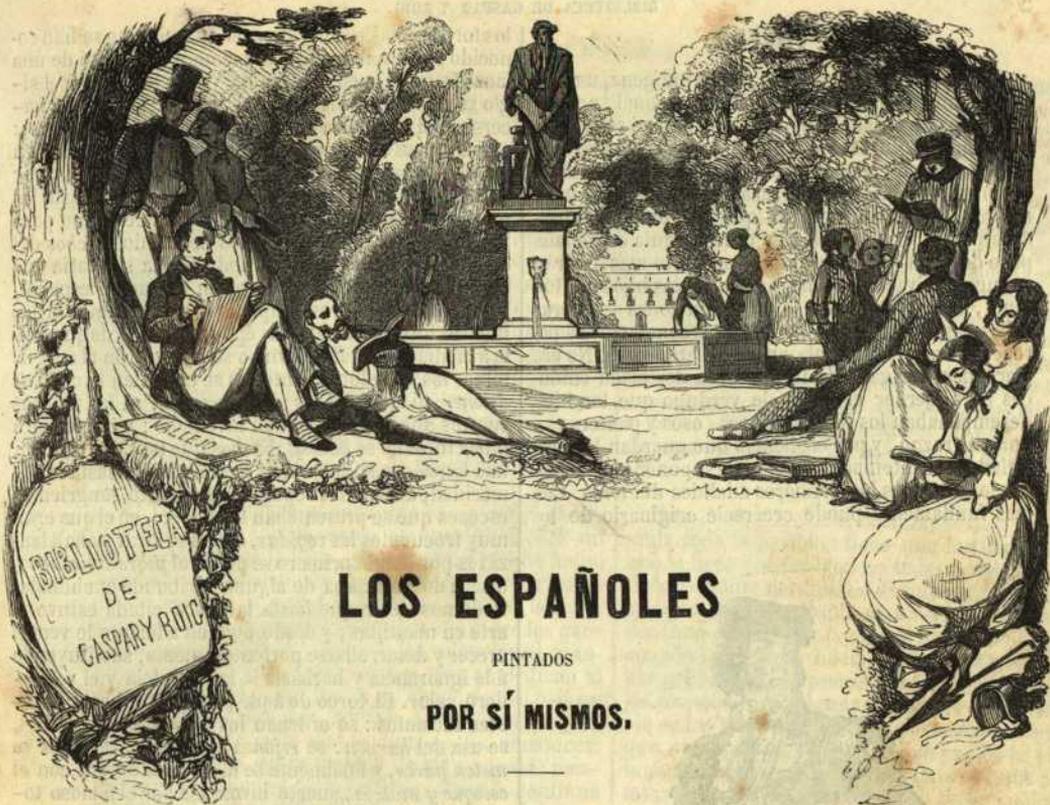
Adaptado con los cambios
Adaptado con los cambios

MADRID

CARLOS III. IMPRESOR

IMPRESOR DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

IMPRESOR DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID



LOS ESPAÑOLES

PINTADOS

POR SÍ MISMOS.

Adornada con cien láminas.

PROLOGO.

Mr. Daguerre mismo no previó seguramente en toda su extension las consecuencias de su prodigioso invento. Orgullosa de haber encerrado al Sol á trabajar en su camara oscura, en lo que ménos pensó probablemente fue que en el discurso de algunos años se habrian hecho mas retratos que hasta aquel dia desde lo que los sábios historiadores de todas las edades llaman *tiempos primitivos*, sin sospechar (dicho sea de paso) que puedan ser de otros *derivados*.

Suprimase por una parte esa época en que la sociedad mamaba todavía; suprimase la subsiguiente, en que solo se trata de saltar y correr; suprimase la que haya tardado en tener la idea de pintar y la vanidad de retratarse; suprimase, en fin, el tiempo que haya empleado en aprender el oficio, y se convencerá cualquiera de que desde Mr. Daguerre acá se han hecho mas retratos que *ab initio mundi*, como dicen tambien los teólogos.

Acabará de persuadirse si por otra parte piensa que este es el siglo de los grandes sucesos y de los hombres grandes, en que hay *especialidades* para todo, hasta *para pantalones*.

En otro tiempo solo se retrataban los reyes para presidir las sesiones de los concejos; y los enamorados por vivir pared por medio con el corazon de su dulce dueño. Pero ahora *todos se reproducen* (hablamos artísticamente): el rey y el pechero, el viejo pergamino y la nueva vitela; el general que *gana* victorias y el que es *ganado*, oficio que siempre gana; el diputado que habla y el diputado que calla, género de elocuencia no bien cultivado hasta nuestros dias; el ministro que se sacrifica por el bien del pais hasta que lo destituyen; el cantante y la bailarina que pisan oro y diademas mientras el compositor roe su pedazo de miseria en medio del público en quien *hace furor*;

el escritor, el magistrado, el tendero; todos, en fin, se retratan porque no falte á la posteridad cuando quiera escribir la historia de nuestra edad, la *vera efigies* de esos gloriosos obreros de la moderna civilizacion.

Ese prurito pictórico, amigo lector, es quien hace que hoy se vean las exposiciones infestadas de retratos; quien coloca en la portada, aunque sea de una cartilla, el de su autor, con el facsímile al pié; quien ha creado el nuevo oficio de los retratistas al daguerrotipo, que imita á la política poblando esas calles de caras dobles; quien en fin, ha inspirado este libro de LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SÍ MISMOS.

Ningun otro pueblo ciertamente merecia tanto el ser pintado como el español, porque ningun otro es tan numeroso y variado en sus tipos, ni tan original. ¿Dónde hallaríais un torero? ¿dónde un gitano como el español? ¿un contrabandista como el andaluz? ¿una manola como la madrileña? En ninguna parte; y si hubiésemos tardado algo mas en pintarnos, ni en España mismo, porque la sociedad entera se está rejuveneciendo y la moda francesa nos ha ido desnudando pieza por pieza para vestirmos al instable capricho de ese pueblo, que así arroja un rey una mañana al canal de la Mancha como se quita una camisa y la echa á la ropa sucia.

Yo no digo que en esto haga bien ni mal el pueblo español y la sociedad entera. Si lo hace, sus razones tendrá para ello. Lo que digo es que vamos perdiendo todas las facciones de aquella fisonomia especial que nos distingue de los demas pueblos de la tierra, y que dentro de poco será preciso exclamar con el poeta:

«No busques en Roma á Roma ¡oh! caminante.»

La España tradicional, la España de nuestros abuelos, tendrán entónces que venir á buscarla nuestros nietos y los extrangeros en este libro, en que están LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SÍ MISMOS.

EL TORERO.

En España el torero es una planta indígena, un tipo esencialmente nacional. Y decimos nacional, no porque todos los españoles espongan el *bulto* ó sean *diestros*, sino porque es el país donde desde la mas remota antigüedad se conoce el *torero*, y donde únicamente germina y se desarrolla la raza de los *chulos* y *banderilleros*. Hay quien asegura que los romanos introdujeron los espectáculos de tauromáquia en España poco despues de la conquista; pero á lo mas podrán ser una derivacion de las fiestas de los hijos de Rómulo, en cuyos circos se admitian todas las fieras útiles para la lucha con los hombres condenados á pe-recer sobre la sangrienta arena del anfiteatro. No era ciertamente el gallardo toro la fiera destinada entón-ces para ejercer el oficio de verdugo que tan bien desempeñaban los leones, tigres, osos y panteras; y por esta razon, y por el silencio que guardan los histo-riadores contemporáneos, es de suponer que no fue-ron los romanos los primeros adalides del *torero*. Con mas fundamento puede creérsele originario de los



El Torero.

árabes andaluces y de los galantes caballeros de la edad media, porque es sabido que estos y aquellos corrian *toros* y *cañas*, donde como en los torneos ostentaban su destreza y bravura delante de la belleza y de lo mas lucido de la corte. Y aquí si que los *toreros* de la edad presente pueden, si no lo han por enojo, envanecerse con su arte por lo remoto de su origen, y decir á los que por su susceptibilidad consideran esta profesion como deshonorosa, que por espacio de muchos siglos fue egercida por lo mas *entonaio* y *lusio* de la corte española.

Nada menos que el ilustre D. Rodriguez Diaz de Vivar, el famoso Cid Campeador está á la cabeza de

los toreros mas *crudos* y de mas empuje que se han conocido, por haber sido el primero que mató de una lanzada un toro en la plaza de Valencia. Desde el siglo xi empezó á generalizarse esta diversion, y á hacerse casi esclusiva en los grandes acontecimientos: en las plazas de las capitales donde estaba la corte: en los campamentos se alanceaban toros con el mayor entusiasmo por la gente de sangre azul, y hasta los monarcas descendieron muchas veces del trono para habérselas en la arena con los coronados *vichos* del Jarama y Guadalquivir. Grande fue la simpatia que tales espectáculos encontraron en el pueblo español, y muchos los vítores y aplausos que recogieron los ilustres toreros de todas las épocas, á pesar de que hasta á mediados del siglo xvii no se le pusieron al arte de torear los andadores. Antes no se conocian la *vara de detener*, ni los *rehiletes*, ni el *estoque*, ni las vistosas suertes que despues se han inventado; y como para lidiar toros no se necesitaba mas que un buen caballo, una lanza con su *puya* de á tercia y valor hasta la temeridad; de aquí las repugnantes cuanto sangrientas escenas que se presentaban en el *cerco*, en el que eran muy frecuentes las *cogidas*, ó bien se atravesaba á lanzazos por donde primero se podia al *pobre animalito*, ó se le desgarraba de alguna furibunda cuchillada. Podemos decir que hasta la época citada estuvo el arte en mantillas, y desde aquí en adelante le vemos crecer y desarrollarse portentosamente, sustituyendo á la ignorancia y barbárie la inteligencia y el verdadero valor. El *torero* de á pí principia á hacer notables adelantos: se ordenan los *peones* en cuadrillas, se usa del *harpon*: se *rejonea* y *parchea*, despues se *meten pares*, y finalmente se mata cara á cara con el *estoque* y *muleta*, suerte inventada por el famoso torero Curro Romero el *Rondeño*, que fue el primero que la ejecutó. Dejemos, pues, á los ilustrísimos toreros de la antigüedad, que por mas que hayan sido los primeros, no pasan de ser unos picadores de mala ley, montados en caballos de batalla y lanza en ristre, dando con ventajas y sin reglas mucho *castigo* á las reses, y vengamos ya á la época en que el torero es ya torero, que no es ilustrísimo sino del pueblo, y que no torea solamente por lucimiento y aficion, si no por interés y por oficio.

Como la tarea que se nos ha encomendado se reduce únicamente á tratar del *torero*, no molestaremos mas á nuestros lectores con la relacion histórica de los espectáculos de toros, y nos ocuparemos de un tipo tan especial, considerándolo primeramente bajo de un punto de vista general, y despues, y con separacion, bajo el de las principales especies en que suele dividirse.

La educacion artistica del Torero en general principia en el campo entre las numerosas vacadas que se apacentan en todas las provincias de este privilegiado país, y en los mataderos de todas las ciudades. Los primeros por su vida salvaje y campesina por el frecuente trato con los *vichos*, adquieren una constitucion robusta, bien trabada y gigantesca, se identifican con aquellos cuanto es dable á una criatura con un bruto, y se les ve luchar y acostumbrarse á *derribar* y á *tomar por delante* dando algunos *puyazos* en las *tientas* á los *becerrillos*. Los segundos, ó lo que es lo mismo, los alumnos de los mataderos, se ensayan con las vacas mas revoltosas, ya enlazándolas con la *guindaleta* en los corrales, como lo hemos visto en algunos de aquellos en Andalucia, ya *trasteándoles* cuando una vez enmaromadas *viajan* por el patio, ó ya *parodiando los recortes* y *galleos* antes de citar la res á la columna para recibir el *puntazo*. Los primeros por las razones que hemos espuesto, son mas á propósito para picadores: dirigen tal cual el caballo: tienen el *bulto* á prueba de *encontronazos*; y finalmente, mas *poér pa manejá el palo* que los segundos, que por la ligereza que adquieren y por las suertes que pueden

practicarse en un matadero, suelen ser más útiles para la clase de peones. Generalmente hablando, este es el bautismo tauromáquico que recibe el *diestro* antes de dejarse crecer la coleta ó trencilla para sujetar la airrosa moña: estos los principios, únicamente de práctica, con que algunos se presentan en las plazas de segundo y aun de primer orden, de las que es muy frecuente verlos salir para el campo santo, cuando no están dotados de facultades naturales para comprender la teoría del arte sobre el terreno. Repetimos que hablamos en un sentido general, y que no incluimos entre esta gente á aquellos que han recibido una educación teórico-práctica mas completa en la única escuela de tauromáquia, fundada por el último Rey en la hermosa Sevilla, de la que han salido, aunque pocos, muy aventajados lidiadores, y que en fuerza de sus conocimientos han cambiado esos sangrientos espectáculos en funciones de divertido entretenimiento.

El Torero siempre es andaluz: es cualidad indispensable cuya sola posesion asegura al neófito un puesto delante de la fiera, y ser reputado desde luego como apto y conveniente para el oficio. Con ser andaluz se adelanta la mitad del camino; porque la santa costumbre ha vinculado este ejercicio entre los garbosos hijos del Bétis, y por eso los valencianos, manchegos, murcianos ó extremeños que se dedican al toreo, lo primero que hacen es olvidarse del pais en que nacieron: adoptar, además del *uniforme de plaza*, el traje de calle mas comun en los andaluces: imponerse en la gerga técnica de los *compaes*: mezclarse en los calientes *bromazos* que corren de continuo y á la vuelta de un año de *trasteo*, ya hay hombre: aunque haya salido de las riberas del Miño, la metamorfosis es completa: ya pertenece á la buena raza, y puede decir *cuadrándose en regla*, con el *estache* sobre el *cliso erecho*, embozado en la *nube*, apoyando la siniestra *bae* en la *caera*, y sosteniendo con *dos langütes* de la diestra un *prajandé* de la *vuelta de abajo*: — «¡AQUÍ HAY UN JEMBRO... TOA MI CASTA ES DE JEREZ!»

Los toreros fuera de la lidia parecen iguales, de una misma familia, enteramente gemelos. Una hora de vida es vida; y como cada *quisque* suele tener la suya de ocho en ocho días muy cerca de la *joyanca* procuran amenizarla con todos los goces terrenos que les sugiere su acalorada y brillante fantasía. Rumbosos y decidores por naturaleza, alegres y festivos por la naturaleza del arte, derraman su dinero y su sal con todo el garbo y desprendimiento español; gastan, triunfan y se ahitan de tal modo, que cuando suena la hora en que un toro de *piernas* los *embroque sobre corto* y les arrime el *achazo* con *dos cuartas de madera de tinteros*, pueden decirle á la oreja — «*Espachúrrame, hases bien... que ya estoy arto.*»

Este es el *Torero* en general. Con este género de vida cruza el territorio desde el Gualdiquivir hasta el Arga: así recorre todas las plazas del reino; y aunque en el calor de las orgias todos son *echaos pa lantre*, todos tienen inteligencia, y cuenta cada cual alguna *hombrá*, lo que es en el *cercu esapartao é las tablas* y con el *vicho* en *jurisdiccion*, entónces ya es otra cosa.... y aquí principia el *Torero* á dividirse en especies de mas ó ménos importancia, siendo únicamente las que nos darán ocupacion las que mas suelen estar en evidencia.

Así como todos los toros tienen cuatro pezuñas y cuatro orejas, como dice el vulgo, y sin embargo de esta aparente semejanza están debidamente clasificados por los inteligentes, así mismo los *Toreros* á pesar de que todos son hombres y gastan *chorrera* y *monteriya* y *capote* y otras zarandajas, deben entrar á clasificacion, porque todo en los tiempos que corren se clasifica, aunque no se purifica. Como hay algunos *Toreros* que solo tienen *piés*, otros que carecen de ellos, pero que poseen bastante *cabeza*, mu-

chos que ni *piés* ni *cabeza* y pocos que reúnen á la vez *cabeza*, *corazon* y *piés*, es decir, inteligencia, valor y ligereza, forzoso será dividirlos en cuatro clases, especies ó secciones, para mayor claridad, y denominaremos á los de la primera, *Toreros bravucones*: á los de la segunda de *sentío*: á los de la tercera *abantos*, y por último á los de la cuarta de *buentrapio*. Y contad, toreros del alma, paisanos nuestros, que al aplicaros el nombre que vosotros le dais al *ganao*, no vayais á creer que es por consejo de alguna mala alusion, por aquello de las *cuatro orejas*. ¡Ná de eso! no hay que *amoscarse*, camarás: nosotros no nos metemos en la parte física del *testud*, tan solo diremos, si decirse puede, que las prendas morales de los *vichos* están muy *arrimás* á las vuestras, con la mejor intencion y buen deseo entramos en este berengenal, del que vamos á ver si empezamos á salir con la ayuda de

EL TORERO BRAVUCON.

Este *diestro* suele ser bastante torpe; pero lo disimula todo lo posible: tiene una fortuna escandalosa que le hace quedar bien en todas ocasiones, y al dotarle la madre naturaleza de buena figura, donaire y arrogancia, le ha inspirado un si es no es de *asco* á la *diadema cornumental*, que el buen hombre se *pirra* cuando la ve *viajar* hacia él. Desde chiquito y cuando por primera vez se presentó en el *corral*, encontró un *pairino* que le dió algunas lecciones de *trasteo*, le inició en los misterios del arte, y concluyó asegurándole que en los apuros grandes ó pequeños la parte mas importante del *bullo* eran los *alares*, y que sabiéndolos menear bien, no habia que tener *curdiao*. Y esta conclusion de las lecciones del *pairino* se ha quedado tan profundamente grabada en el corazon del ahijado, que cuando su buena estrella le depara el primer ajuste y se encuentra sobre la arena y ántes que la puerta del chiquero dé salida á un *boyante* de cinco años, está diciendo para sus adentros: — ¡ay pirreles!.... ¿pa que os quiero? — y encomiendase con todas veras á *MARIA ZANTISIMA É LA JANGUSTIAS*. — Exteriormente es un héroe: con la barrera por delante se *quíe comé* á la fiera.... «¡*Andresiyó!*.... *mételo el trapo* y *yevátelo á los medios* porque *ese choto ma tomao una tirria* que *me voy á vé e nel caso*....» — y hace una *movision* de cuerpo como quien dice... «lo voy á estropeá... y es una lástima.»

Si es *chulo* nunca mete el capote sino para *destroncar*, y aunque el pobre toro se quede *espatarrao* y maldiciendo la gracia, lo que es nuestro hombre sigue su *viaje* hasta que se ve al abrigo de los *tabl-ros* donde recibe con cierto aplomo y afectada indiferencia los aplausos de la multitud ignorante que cree que con *cuarteo* al *vicho* ha ejecutado una gran cosa. — Cuando le toca banderillar, lo mas que logra meter es un rehilete, y ese de la manera mas fácil y segura, á *media guelta* y *saliendo por piés* con la velocidad de una saeta, fingiendo mucho berrinche porque el toro está *aplomao* y no *ze fue parcé*. Si es *picador* siempre busca á la fiera por el *terreno* mas largo para dar tiempo á que algun compañero se le atraviese, con achaque del caballo, ó del estribo, ó de la cincha, entra y sale en la cuadra, da todas las *largas* posibles hasta que llega un alguacil y le dice de parte del presidente. — Sr. José, cite V- al toro. — «*Digasté á su señoría que esto no é jaser pasteles.*» Y la multitud que comprende la alusion da grandes risotadas y muestras de aprobacion al *chiste*, porque á los toros va mucha gente que le gusta ver en ridiculo á la autoridad, y sobre todo si hay alguaciles de por medio. El alguacil se guarda bien de ir con semejante embajada al presidente, y por último, el *diestro* va á cargar la suerte observando ántes si está la barrera bien á mano, y echando una *mirá* á los peones que le rodean. — «*Cabayeros, ayá voy, quitámetelo presto, porque si no va á yevá un castigo que...* ¡Juy!... ¡berrendo!...»

Y el berrendo se le *cuela* como de costumbre hasta la *espinillera* ó *mona*, queda el pobre caballo exánime en la arena y el ginete montado en el *jolivo*, llamando al toro con el sombrero hasta que dice con la mayor frescura. ¡ *Que!*... *si lo han corrió ya otra vez.*... y *l' ego, estos jacos son de cartulina*. Los contratistas de caballos tienen muy pocas simpatías con este *diestro*. Pues no decimos nada si por ventura es *espada* ó *media espada*, ó sobresaliente ó cosa que lo valga. Es todo cuanto hay que ver y oír, cuando situado delante del palco de la presidencia, echa el *brindis* con la montera en la mano, y apura toda su elocuencia, sin dejar por esto de mirar de cuando en cuando hácia atrás por si es cosa que se le antoja al toro venir á interrumpirle ó á privarle del uso de la palabra. Pero concluye el ofertorio, y tira la montera y la pisotea, y... ¡ bravo!... ¡ bien!... dicen en el décimo tendido, y el jembro sale con su estoque y su muleta echando espuma por la boca y con los ojos encendidos en busca de la víctima que aguarda con resignacion el golpe mortal en un extremo de la plaza. *¿Aonde está el vicho? Ea, que toquen á arrastrá.* Y sin embargo de que el vicho está deseando de que lo arrastren, el matador le mira ántes y á lo largo, de frente y de soslayo como quien dice: « ya te conozco. » *Echamelo pa cá, Gueno, á la suerte.*... pero al ir á *cnadrarse* se detiene otra vez y dice á la cuadrilla: *Mu escompuesta tiene la cabeza... si lo mesmo es dicarme que se cubre.*... ¡ *Vaya!*... *échamelo pa ayá y no espartarse.* Carga, en fin, la suerte; y si repara que el palco de enfrente hay algun conde ó marques alicionado, con un expresivo *guño* le da á entender estas palabras: ¡ *Por la de osté, zeñorito!* y conducido por su buena fortuna se larga con los ojos cerrados á la cabeza del toro, el que cansado de la vida y de tanta iniquidad como han hecho con él, se mete por el estoque arriba y él mismo se corta la *herradura* para no servir por mas tiempo de juguete y diversion á tanto vago. Este torero es el que mueve mas ruido entre los compañeros; es el mas disputador, y siempre su feliz ingenio le proporciona buenas salidas cuando le dan á entender que tal ó cual cosa no la ejeculó con el lucimiento que debia. Raras veces deja de acompañar á los grandes y caballeros á las corridas particulares de novillos que suelen celebrar de cuando en cuando en algunas de sus quintas. Allí y desde la barrera alienta con su voz á los inexpertos toreros, les marca las suertes mas seguras, aplaude, vitorea y tira el *calachés* con el entusiasmo mas superlativo, y no cesa de gritar detras del parapeto... *Zeñor duque no hay cudiao, ca aquí estoy yo.*... Tambien suele este torero en algunas ocasiones llevar levita, sombrero de copa alta y pantalon con travillas, pero raras veces guantes. — Por lo demas es un hombre completo; procura hacer sus huesos todo lo viejos posible, siente de corazon cualquiera desgracia de sus compañeros, á nadie tiene envidia, y es, en fin, el reverso de la medalla de

EL TORERO DE SENTIO.

El torero de *sentio* es el fiscal mas severo que tiene el torero *bravucon*. Es un egoísta de marca, algo gordo y pesado; de suerte infeliz, buena cabeza, malos *piés* y entrañas *atravesás*. No puede llevar con paciencia la desmedida fortuna del *bravucon*, ni la agilidad con que salva sus torpezas, ni los aplausos del público cuando se dirigen á algun compañero, ni mucho ménos las chiflas cuando se dirigen á él. Ya se vé, esto es muy natural, y por desgracia harto frecuente en lo miserable de la condicion humana. Procura *trastear* y *trastea* con bastante inteligencia; pero como su inteligencia carece de solidez porque le falta una de las bases mas esenciales, es decir, *los piés*; y como el toro no entiende de retóricas, y si es *revoltoso* en enfilando el *bullo* no lo deja, por eso la inteligencia muy á menudo da en la arena cada batacazo

que canta el gallo de la *pasión*, sin que le quede al pobre *diestro* el triste consuelo de haber escitado ninguna clase de interés en los espectadores. — ¡ Ya se vé!... repetimos, tampoco esto es extraño: el público está acostumbrado á ver fuera de la plaza rodar la *inteligencia* por ese suelo de Dios, y como esa escena es cuotidiana ya carece de novedad, y hé aquí la razon porque en el *cercó* la presencia es muda é indiferente. Pero esto no es argumento para el Torero de *sentio*, y por eso está á matar con sus semejantes, los toros, los caballos y hasta con los que tocan los timbales, que ignoramos á que reino pertenecen; por eso su sangre no es ya sangre, que es acibar, alquitran, veneno, y por lo mismo es el primero siempre á *largar el trapo* cuando puede echar con disimulo el *vicho* sobre el que está descuidado, y el último que mete el capote para sacar la fiera cuando esta da alguna cogida. Este Torero se inutiliza pronto ó sucumbe ántes entre las marcadas astas de los toros *celosos* y amigos de *ceñirse*. Su genio es irascible, su lengua picante mordaz, está con frecuencia enfermo, las que mas suelen atormentarle son la *peritonitis*, y nosotros le aconsejamos de buena fe que en vez de torrear se dedique á vender fósforos ó á hacer hilas para los pobres, oficios que si bien es verdad son poco socorridos, al ménos son descansados, nada expuestos, y especialmente el último muy meritorio á los ojos de la divinidad por el beneficio que proporciona á la humanidad doliente.

EL TORERO ABANTO.

Este *diestro* no es diestro: es el sota-torero, el repartidor de un periódico de literatura. La misma importancia artística tiene aquel que este en la direccion, compilacion y elaboracion de los artículos de alta mision en una redaccion. Pero es el torero feliz: es el que logra ver su cabello encanecido sin ningun contratiempo tauromáquico: es la crónica ambulante donde se encuentra la noticia de todos los acontecimientos de la plaza: es el que nunca pisa los *medios* sino cuando está el toro enganchado, y para cubrir con una espuerta de arena la sangre derramada por las víctimas: reparte banderillas por fuera con mucha precaucion si la fiera está bastante lejos, y si está *encima*, lo hace con extraordinario arrojé por dentro de la barrera. A lo mas que suele ascender es á guardar el *toril*, y entónces tiene la honra de tomar de manos del alguacil la llave del chiquero, con la que cuanto ántes y con la mejor intencion dispara á un *vicho* de piernas detras del apurado corchete que á todo escape se mama un sustazo y una chifla que no hay mas que pedir. Pero este Torero debe ser para nosotros lo que para el público los toros *abantos*. Salen, dan cuatro *viajes*, se *escupen de la suerte*, los cargan de *fuego* ó de *perros*, y en cinco minutos desaparecen de la escena. Quitemos tambien nosotros de en medio y cuanto ántes al Torero *abanto* sin echarle perros ni foguearlo y hasta sin darle el *cachete* del ridiculo ó el de una sátira poco generosa, y ocupémonos de la cuarta y última clase, procurando abreviar todo lo posible para no cansar mas con esta bataola á nuestros amables y pacientísimos lectores.

EL TORERO DE BUEN TRAPIO.

Este es el bello ideal de todos los diestros: el *Mimuto* y *Jordan* de los peones y banderilleros; el *Hormigo* y *Charpa* de los picadores; y de los espadas, el *Miranda* de los buenos tiempos, y el *Montes* de siempre. — Y ya que hemos nombrado á *Montes*, porque es forzoso hacerlo tratándose de buenos lidiadores, á *Montes* con el mayor placer dedicaremos esta parte de nuestro pobre artículo, porque en el *Zeñon Paquiro* encontramos reunidas todas las buenas cualidades del gran *diestro* y todas las prendas que constituyen á el mas cumplido caballero. — Miradle siempre ejecutar

las suertes mas difíciles con limpieza, seguridad y lucimiento, *liarse* con la fiera, arrancarle la *divisa*, y retirarse paso á paso con el *vicho* á la espalda, que mas que toro bravo parece un manso cordero domesticado por él. Vedle sereno, con los *piés sentados* á la cabeza de la res, pasarla y repararla con pulso y conocimiento ó bien desplegar su capote y mostrarse digno sucesor de *Costillares*, *Pepe (Hillo)*, *Cándido* y *Romero*. — Si quereis encontrar á Montes, buscadle en el peligro; notad esa avidez tan marcada en su noble semblante, ese afán por precaver y remediar todas las desgracias, ese instinto y oportunidad en la ejecucion. ¿A cuántos no ha librado de la muerte su capote? Y sin embargo, lo hemos visto muchas veces caminar solo á dar la muerte sin mas apoyo que su inteligencia, sin mas amparo que su destreza y serenidad. — Francisco Montes es el torero do *buen trapío*: es la gloria de Chiclana y de todo el mundo tauromáquico, aunque les pese oírlo á sus muchos detractores. — Pero; ¿cuándo no los tuvo el verdadero mérito? No obstante, el lidiador que en su arte de torear á pié y á caballo, superior y mas completo que el de *Novelli Pepe Hillo* y otros, ha fijado reglas para asegurar la vida de sus compañeros y sucesores, y ha dejado consignados en el mismo los sentimientos francos y puros de un alma noble y desinteresada, merece seguramente un lugar muy distinguido en el aprecio y consideracion de todos los hombres. Y á propósito del arte de torear de Montes, no haría mal nuestro gobierno, ya que es algo *aficionado á los embroques sobre corto*, en hechar la *visual* á la parte tercera, capítulo único de dicho arte, que trata de la *reforma de los espectáculos de toros*, tanto porque es muy conveniente para la mejora de esta fiesta nacional, como porque sus productos se suelen aplicar en beneficio de establecimientos de beneficencia y pública utilidad.

Vamos á concluir con una triste reflexion. — El toro no sabe leer ni escribir; por consiguiente á lo mejor da al traste con todas las reglas, y con un mete y saca iguala las diferentes clases de toreros. ¡Libre los Dios, y muy especialmente al *Zeñon Paquiro*, de semejantes trabajos!!

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

LA PATRONA DE HUESPEDES.

El origen de las casas de huéspedes (estilo coronista), se pierde en la noche de los tiempos. Los libros sagrados nos hablan ya de esta costumbre generalizada entre los primeros patriarcas, por lo que hay que decretar, cuando ménos, al padre Abraham los honores de la invencion.

Verdad es que en aquellos siglos primitivos, todavia este uso venerando se resentía de la sencillez evangélica, y no estaba tan refinado como lo vemos hoy, los que aguardamos á nacer tres ó cuatro mil años despues. Entónces todo su mecanismo se reducía á tener siempre abiertas las puertas de la choza paterna (si es que esta tenia puertas) al fatigado peregrino que, sin mas maleta ni silla de posta que el bordon y la calabaza, acertaba á atravesar á deshora por aquellos andurriales; hacerle un ladito en la estera que servía de blando sofá y de mullido lecho; ponerle delante un cenacho de bellotas, ó cosa tal, y su botijo de agua pura y serenada; y si lo queria comer, bueno, y si no, tan amigos como ántes. Luego de sobremesa, era de rigor el cruzarse de brazos la familia, y rodear al huésped, para escuchar de su boca la narracion de las extrañas aventuras de sus peregrinaciones, durante la cual no dejaba el papá de enternecerse, la madre de compungirse, el hijo de entusiasmarse, y la señorita, si la habia, de echar al forastero unas ojeadas, que déjelo Vd. estar.

TOMO I.

No hay duda que, considerada esta simplicidad bajo el aspecto poético, no deja de tener su aquel; y sino léanse por lo religioso los libros bíblicos, que tan admirables recursos supieron hallar en este sencillo argumento: y viniendo á lo profano, ahí estan Virgilio y Fenelon, que no eran ningunas ranas, los cuales hallando que esto de la hospitalidad era la fuente de toda poesía, y cosa buena para ponerse en libros, cogieron por su cuenta á las semidiosas Dido y Calipso (dos honradas señoras por otra parte, que no



La Patrona de huéspedes.

consta pagasen patente de hospedage público ni secreto) hicieronlas poner sendos papelitos laterales en los balcones, (como es uso y costumbre de Madrid en casos tales) y hágate viuda de circunstancias, ó doncella cuarentañona, y «*Aquí se alquilan salas y alcobas con asistencia ó sin ella, á gusto del parroquiano, etc.*» viendo lo cual los mancebos Enéas y Telémaco, que eran hombres que lo entendian, subieron bonitamente las escaleras, llamaron á la puerta, y..... lo demas por sabido se calla.

Era, pues, otra Calipso que no podia consolarse de la partida de otro Ulises; y que en el exceso de su dolor, (como hubieran traducido mas de cuatro literatos) *se encontraba desgraciada de ser inmortal*: quiero decir, de hallarse viva todavia, porque lo que es inmortales ya no se usan desde los tiempos de Calipso, en cuya isla no debia haber médicos ni boticarios. Pero volviendo á nuestro poema contemporáneo y á su lastimosa heroina, cuya gruta (ó sea cuarto piso) no resonaba ya con los acentos de su voz, proseguiremos nuestra *indirecta imitacion* ó sea *arreglo á la escena española*, diciendo que las ninfas que la servian no osaban decirla «esta boca es mia.» — (Estas ninfas eran una moza gallega, fresca y reluciente

como tarja de remolacha, y una náyade del Manzanares, de las que acuden todas las tardes por bajo de la Virgen del Puerto á sumergir en las ondas sus flotantes túnicas, ó sean pañales, y los de sus parroquianos, nada immaculados por cierto.

Paseábase, pues, nuestra anónima Ariadna á largos pasos y con visibles señales de agitacion todo á lo largo de su palacio que podría tener hasta unos quince piés en cuadro; y de vez en cuando solía pararse á contemplar el solitario y mal perjeñado lecho, que solía regar con sus lágrimas; pero esta bella perspectiva, lejos de moderar su dolor, la traía á la memoria la fementida estampa de su ingrato huésped, el fugitivo Teseo, que no era otro que D. Ponciano Pascallé, nombrado administrador de correos de S. Esteban de Gormaz.

A veces asomábase á la ventana, que ofrecía á sus miradas la risueña perspectiva de un tejadillo, renovando su dolor los episódicos lances amatorios de los zapirones de la vecindad; y todo se la volvía alargar la gaita por entre un canalón y dos chimeneas, por ver si acertaba á divisar á lo lejos el camino real de Castilla, por donde D. Ponciano había desaparecido, conducido por arrobos en alas de un maragato.

De pronto se oye ruido de tacones de botas que suben la escalera; páranse luego, porque no había mas que subir; llaman tres golpecitos á la puerta; abre la gallega, y dos hombres, de los cuales el uno parecía á D. Ponciano como un huevo á otro, se presentan delante de la viuda. — Por supuesto que esta conoció á la legua que el tal no podía ser otro que el primo hermano de su ausente, que este le había anunciado como que debía venir un día de estos á Madrid para revalidarse de cirujano en el colegio de S. Carlos. — No pudo, sin embargo, conocer quién era el vegete que le acompañaba, y es que el tal vegete era un escribiente memorialista de detras de Correos, que cuidaba de acomodar á los forasteros que se apeaban de la rotonda de la diligencia y servirles de Mentor en sus primeros pasos en la heroica capital.

Por supuesto que nuestra patrona (á quien ya relevaríamos del incógnito, y llamaremos por el nombre de D.^a Tadea de Rivadeneyra) tuvo allá en sus adentros un ratito de jolgorio al contemplar las facciones del reciénvenido mancebo, tan acordes y paralelas con las del eclipsado administrador; pero no queriendo dar, como quien dice, su brazo á torcer, ni confesarse vencida á las primeras de cambio, frunció algun tanto el entrecejo, ahuecó la voz, y dirigiéndola á los dos personajes anónimos, les apostrofó preguntándoles por quién ó como habían sabido su ignorada habitación y que ocasion les traía á sus altas y elevadas regiones. — Entónces el mancebo, (que tenía una voz de barítono acostumbrada á modularse al compás de la jota y de la guaracha) se quitó cortésmente su gorrilla de viajero, sacó del bolsillo un papelito si es no es mugriento y arrugado, dióselo á leer á D.^a Tadea, por donde esta vino en conocimiento de lo que ya su corazón la había predicho, á saber: que el tal individuo no era otro que el sospechado primo del supradicho Pasacalle. Con lo cual, mas en su equilibrio la viuda, acudió amorosa á tomar el saco del colegial, le instó en su aposento, y marchó á dar una vuelta á la cocina para disponer unas tortillas con sendos golpes de patatas y jamon.

Este ligero articulejo habria de aspirar á las formidables dimensiones del poema de Fenelon, si hubiéramos de seguir uno por uno los gratos episodios que formaron, hicieron creer y morir aquella intriga, ó sea drama, entre el jóven Pedro Correa, natural de Olmedo, cirujano sangrador y barbero latino, y la honrada y excelente dueña D.^a Tadea de Rivadeneyra, viuda *in partibus infidelium*; la cual desde aquel primer almuerzo dió al traste con sus memorias, eclipsó su

entendimiento, y subyugó su voluntad al nuevo huésped. Este por su parte, que no era lerdo, bien echó luego de ver el efecto que sus ojos y compostura habían hecho en la huésped; y como ella no era todavía ningun vestigio que digamos, y mas para impuesta sin censo, y como por otro lado, la bolsa del colegial no estaba para pedir cotufas en el golfo, ni para hacer ascos de ninguna económica caridad, dió en seguirla la corriente, y en hacer como que sí tal; de suerte que á las veces narrando en familia, al amor de la lumbre, sus aventuras estudiantiles, ó rascando otras en su mal templada vihuela por el tono del *Salerito* y del ¡ay, ay, ay! acertó á encender en aquel blando pecho una hoguera que ni todas las mangas de la villa acertarán á apagar.

Por supuesto que á todo esto nada se había tratado de cuenta de gasto ni de cosa tal; sino que el bienaventurado mancebo podía hacerse la ilusion poética de que nacian por ensalmo al fuego de sus miradas, el rico chocolate de Cruzada, el sabroso jamon gallego, la excitante morcilla extremeña, el delicado queso montañés. Todo se reducía por su parte á un regular consumo de suspiros y ternezas, á tal coplilla simbólica improvisada á la guitarra, ó cual otro juramento en prosa hecho á la manera jesuitica, con la debida restriccion mental.

La viuda, sin embargo, no estaba en el pleno goce de aquella celeste beatitud que era de suponer; porque amaestrada en el mundo (¡y quién no lo está á las cuarenta navidades!) bien echaba de ver que todos aquellos rendimientos del muchacho pudieran tal vez ser mas calculados que espontáneos, y que dando rienda suelta á sus pasiones, corría inminente peligro de ver convertidos en espuma sus ahorros en el yelmo barberil.

Acabó de fijarla mas y mas en estos temores una sospecha que, aunque nacida á oscuras, vió á iluminar su razon, y fue el caso que cierta noche, regresando del sermón de los Dolores, halló que el huésped, cansado sin duda del de la Soledad, se hallaba mano á mano, y á oscuras, con la moza gallega; que, nueva Eucharis podría tal vez haber hallado favor en el pecho del forastero, y contribuir con su traicion á hacer mas interesante el argumento del drama. (La viuda había leído el Telémaco traducido por R... lo cual es lo mismo que decir que no le había leído de modo alguno.)

Desde aquel día, ó mejor sea dicho, desde aquella noche, la agitada D.^a Tadea no tenía, como suele decirse, el alma en su almario; y todo era soñar traiciones, y vislumbrar complots; y temblar pronunciamientos; y ora se figuraba á su cruel Vireno, número 2, huyendo con la otra maula, ora creía ver á esta reirse en sus barbas de las angustias y temores que la hacia experimentar. Ni en paseo, ni en misa, ni en visita, podía sosegar un punto, ni dejaba tampoco reposar al amartelado galan, el cual, sea agradecimiento á los favores recibidos, sea esperanza de los que aun confiaba recibir, todo se resolvía en protestas y manifiestos del mas sincero y cordial rendimiento, y aun habló de «coronar su amor» y demas frases poéticas dignas de un pastor de la Arcadia, siempre con la condicion de llegar á reunir los dos mil y pico de reales del depósito exigido por los reglamentos para autorizarle á matar al prógimo.

D.^a Tadea, como mujer y enamorada, no era de piedra para dejarse convencer, tanto mas, que el galan por su parte la instaba diariamente á que para apartar el pretesto de sus sinsabores, despidiese á la gallega; hizolo así con efecto; y desde entónces, mas acordes, pudo la viuda soñar tranquila con su grata esperanza, el galan afirmarse en su viva fé, y la moza entregarse á su ardiente caridad.

Dispuestas así las cosas á gusto de todos, no tardó el traidor en atraer á lo mas recóndito de sus redes

á su víctima, quiero decir, en hacer venir á supuración el talego de sus ahorros, abonándole lo necesario para el exámen, costear los gastos del título, ítem mas, de las fes de bautismo y diligencias matrimoniales; hasta que llegando el caso de dar los nombres de los contrayentes, una mañanita temprano, cuando aquella rezaba fervientemente el responsorio de S. Antonio, *si buscas milagros, mira.....* siente abrir las vidrieras de su alcoba, entrar silenciosamente al mancebo y á la moza, arrojarse ambos á sus piés, y con una elocuencia digna de mejor causa, improvisar una demanda de perdon, ó sea un *bill de indemnité*, por su gloriosa insurreccion.

No hay pluma de ganso capaz de pintar el espasmo, el singulto y la histérica que se apoderaron de la doblemente engañada matrona, á la simple esposicion de aquella peripiecia; con que no hay sino dejarlo á juicio discreto del lector; basta saber que hoy es, y todavia se encuentra en el hospital de Incurables, á donde acaso habrá hallado otras compañeras, en quienes el hielo de los cuarenta años no acertó á apagar el incendio del amor.

Todo este mas que razonable ejemplo preambular se ha atravesado en nuestra pluma, con el objeto de hacer sentir lo peligroso que es al tipo que hoy nos proponemos retratar el no renunciar preliminarmente á los combates de las pasiones, y templar su razon á prueba de huéspedes, ántes de decidirse á plantar el blanco papelillo en el hierro izquierdo del balcon. El buzo no se sumerge en el hondo de los mares, sin la campana protectora; el aeronauta no se lanza á las nubes, sin el paracaída que ha de sostenerle, y el osado ginete no comienza la carrera, hasta tener bien sujetas en su mano las riendas del alazan. De este modo, la mujer que haya de abrir las puertas de su casa al forastero, ha de haber cerrado y auntapiado de antemano las entradas de su razon. El caso de Dido, el de Calipso, y el de D.^a Tadea (todos igualmente históricos) son ejemplos; ¡oh viudas! que conviene meditar.

Por fortuna estos casos foran mas bien excepciones de la regla que quiere que la *huésped*, *patrona*, ó *ama de casa* (que de todos modos podremos llamarla con arreglo á los *Diccionarios* y *Panléxicos* mas corrientes) frise ya en las cincuenta navidades, edad la mas propia para supeditar las pasiones á la razon y al cálculo, y no la mas idónea para ofrecer tampoco estimulantes al apetito carnal del forastero; quiere que la severa faz revele la formalidad y espíritu metódico de la dueña; quiere que sus blancos cabellos aparezcan modestamente recogidos en la historiada papalina; que el vestido de sarga ó de algodón oscuro se halle resguardado con el honrado fiador del delantal, que las tocas modestas encubran la rugosa garganta, que el ancho zapato de orillo cobije por lo regular los juanetudos piés.—Es tambien inmemorial costumbre en Madrid, (donde hablamos) que la tal Patrona sea viuda legítima y de legítimo consorcio de un empleado de Correos ó en Loterías; que tenga señalada su pension de doce reales por el Monte Pío, y que este la deba treinta ó mas mensualidades por pura piedad; que conserve de su antiguo estado matrimonial algunos pequeños ahorros, y tales cuales muebles y ropa blanca, con que acudir al servicio de los comensales; y que en fin, por su economía, su religiosidad y buenos modales, vea acrecer su reputacion, pasando de boca en boca de los forasteros, los cuales, de regreso á su pueblo, no podrán ménos de recomendar á todo viniente á la corte la casa y persona de D.^a Escolástica ó D.^a Celedonia.

Pero de nada habria en Sevilla todas estas favorables circunstancias, y veríase víctima de todos los inconvenientes que quedan apuntados en el caso anterior, si tuviese en su compañía una, dos ó mas hijas ó sobrinas, de pocos años, alegre travessura, y

no desapacible parecer. Aconsejamos, pues, á la que en tal se viese, que no dé entrada en sus lares sino á gente provecta y asegurada de incendios, v. g. un militar retirado, prisionero en la batalla de Ocaña, ó un senador gallego, de los que entónces padres, ahora abuelos de la patria, firmaron en Cádiz la constitucion de 12, ó tuvieron voz y voto en la Suprema Central. Todo lo demas seria llevar fósforos dondehay combustibles, ó poner el gato á enseñar á bailar al raton.

¿Pues si acierta el diablo á entrar por sus puertas, bajo el amable aspecto de un rico mayorazgo valenciano, ó de un abogado andaluz; de un jóven millonario de la Habana, ó de un novelesco viajador frances; de un militar brioso y arrogante, ó de un estudiantillo travieso y perspicaz? ¡Patronas las que teneis hijas doncellas! libradlas por su bien de tales peligros; negad la hospitalidad á la pérfida juventud advenediza, y no deis oídos á las promesas de indiferencia, á la modesta pretension del que intenta solo meter el pié; porque á lo mejor y cuando menos lo creyeredes veréislos alzarse con el santo y la limosna, y el santo serán vuestras hijas ó sobrinas, y la limosna será vuestra misera racion; porque si los hay que gustan de echar la cuenta sin la huésped, tambien los hay que buscan la huésped y no pagan la cuenta tampoco.

En los pueblos extranjeros, en donde las rápidas y frecuentes comunicaciones, dan ocasion á una vitalidad y movimiento asombrosos, apenas son conocidos estos modestos medios hospitalarios, quedando al cargo de los aseados y elegantes *hotels* y las suntuosas fondas, acoger y cobijar al forastero con todo el aparato de ostentacion que pudiera desplegar un magnate en su propio palacio.

Nuestro país, por desgracia, ofrece aun muy pocos de estos refinamientos, y para convencerse de ello, basta dar un ligero paseo por las provincias, y aun dejarse caer luego dentro de los muros de la noble capital. Al entrar en ella, y desembarcar de la diligencia, no se disputarán al forastero falanges enteras de mozos y domésticos de fondas y paradores; ni acudirán á recoger su equipage infinidad de mozuos despiertos y serviciales, ni se brindarán á conducir su persona multitud de cocheros y *cicerones* inteligentes. Todo lo contrario: la mas absoluta soledad, la mas completa indiferencia, esperan al viajero á su descenso de la diligencia; y si, como es de presumir, fuere la vez primera que entrase en nuestro pueblo, puede entregarse á la buena suerte, y vagar algunas horas por las calles de la capital, ántes de dar con su persona bajo algun amigable techo.

Todo esto tiene por origen la escasez de viajeros, propiamente tales, que suelen visitarnos, la falta de estímulo para las grandes empresas industriales, la indefinible arrogancia é indiferencia del comun del pueblo hácia las pequeñas ganancias que estos servicios le pudieran reportar. La miseria, que en otros pueblos se viste con la brillante librea de la civilizacion, el interés, que sabe levantar en ellos suntuosos edificios, ricamente alhajados y servidos para hospedar al forastero, conserva en el nuestro un carácter de sencillez patriarcal, y establece la costumbre de que cualquier familia ó persona desvalida, cuyos limitados recursos no bastan á cubrir sus indispensables necesidades, trata de llamar en su auxilio una ó mas personas de las que accidentalmente vienen á la ciudad, y cederla por un módico precio parte de su habitacion, de sus muebles, y hasta de su misero sustento; y á este recurso, á esta desdichada dependencia, se hallan hoy suscritas mas de dos mil casas en Madrid.—El dia en que el progreso de la industria sustituya por elegantes hospederias las pocas y malas que hoy llevan el nombre de tales, brinde al transeunte, al celibato, al extranjero con los goces y comodidades que le ofrecen los hoteles de Paris, Lóndres y

Bruselas, la civilizacion, es cierto, habrá dado un gran paso; las ciudades españolas serán mas visitadas y conocidas; el interés de algunos industriales habrá progresado grandemente; pero en cambio multitud de familias carecerán de este recurso de existencia, el forastero de este medio de incorporacion á nuestra sociedad, y esta, en fin, verá desaparecer un tipo que sino es poético, por lo menos tiene un poco de original.

En la dilatada escala de las familias que se entregan en Madrid y ciudades principales del reino á este medio de existir, seria imposible diseñar al natural todas las circunstancias que distinguen á estos públicos establecimientos secretos. — Los hay que ostentando aun los restos de una pasada fortuna, brindan al forastero con elegantes muebles, decente mesa y esmerado servicio; pero el precio de ellos suele esceder por lo menos en un doble al que costaria igual ó mejor asistencia en una brillante fonda; los hay que reúnen á una mediana comodidad, los agrados de la sociedad íntima de una familia amable y desgraciada; pero llevan consigo el grave inconveniente de los compromisos y miramientos que exige esta íntima sociedad; los hay, en fin, que limitados á las mas módicas fortunas, ofrecen al desdichado forastero aposento, cama, luz y alimento por la inverosímil cantidad de *cuatro reales diarios*. De estos establecimientos solo puede decirse que son una providencia artificial, un problema humanitario, resuelto por algun genio bienhechor.

Las familias vergonzantes y numerosas acostumbran recibir un huésped solo para conllevar el pago de la casa, limitándose ellas á habitar las piezas interiores. En tal caso el huésped no es huésped; es otra persona mas en la familia. Recibe sus confianzas; asiste con ella á la mesa comun; hace pié en el tresillo; acompaña á paseo, á misa y al teatro; enseña á escribir al niño de la casa; da leccion de guitarra á la señorita; caida de los tuestos del balcon y de echar alpiste al canario, y prepara el rapé para la mamá. En casos tales, para buscar al huésped hay que pasar á las habitaciones interiores; para hacer visita á las amas, es de rigor que se las busque en la sala principal. — La mas extraña amalgama se establece entónces en el adorno de esta; las botas están sobre el piano; el S. Antonio de talla tiene en su cabeza el schakó del capitán; el ridiculo de la señorita suele servir de bolsa á los cigarros; el nacimiento del niño viene á interpolarse en la cómoda con las pistolas y cartucheras; los Devocionarios con las Julias; los jabones y navajas con los pendientes y canesús. — Si el huésped cae malo, no hay género de atencion ni de cuidado que no se le prodigue; se quita la campanilla de la puerta; se encierra al gato; se sahuma con espliego y juncia las habitaciones; se llama al médico de la familia, al barbero, al comadron; se le hace tomar por fuerza al enfermo un caldito de chorizo y morcilla cada cuarto de hora; se le ponen sinapismos hasta en las rodillas; se le buscan apetitos que alarguen la convalecencia dos meses mas. Por último, cuando se marcha de la casa aquello es una verdadera desolacion; hay llantos, gemidos y patatuses; y no ha llegado el huésped á las Rozas, cuando ya recibe epístolas que pudiera el tierno Ovidio envidiar.

Este, por supuesto, es el bello ideal de la especie, el *desiderandum* de todo aventurero viajador. No se dan tan espontáneamente estas familias tiernas, íntimas y simpáticas; ni de tan buena estrella suelen ir acompañados los galanes viandantes, para saber conquistar tan grato homenaje agasajador.

Réstanos ahora, y despues de haber pintado los diversos matices heroicos de que se reviste á veces nuestro tipo, trazar algun rasguño general que ponga de manifiesto, no el lado feo, sino por desgracia el comun de la especie en cuestion.

Generalmente las casas de huéspedes son tenidas por una matrona viuda ó jubilada, cuya historia anterior suele ser un secreto de su estado. Solo se sabe, por ejemplo, que es vizcaína, por su apellido *Arrevey-gorriurumizaeta*, y por sus admirables manos para aderezar el bacalao; que es andaluza, por su gracia parlera, lo aljofifado de los ladrillos, y el tuffillo de azúcar y menjú; que es castellana, por su frescura, su aseó y su franca sequedad. Por lo demas, si su difunto consorte murió en este ú el contrario bando, en la batalla de Mendigorria; si su padre era ó no era intendente de Tlascalá en tiempo de Hernán Cortés; si tiene ó no tiene un primo colector de bulas en Avila de los Caballeros; si su hija está ó no casada con un capitán de marina al servicio del Japon; esto es lo que ella sabe, lo que ella cuenta, ó lo que ella calla, lo que nadie cree, ó lo que á ninguno le importa. Baste decir que sus modales, aunque un si es no es ordinarios, revelan cierto roce de gentes; que sus facciones, aunque añejas, dejan adivinar cierta pasada perfeccion; que su familiaridad con los criados, como que da á sospechar no haber sido siempre extraña á su comunión; que su marcialidad con los huéspedes, descubre al mismo tiempo que la es desconocida la íntima comunicacion con mas elevada clase social.

Tiene, para su servicio y el de los parroquianos, una ó dos criadas alcarreñas ó indígenas de la corte, frescas, francas y familiares, de buen palmito y mejores manos, aseadas y compuestas, con su pañolito de lazo en la cabeza, su vestido de percal de S. Fernando, y su gracioso delantal; y para los mandados extramuros tiene un asturiano fiel é infundible, que va, que viene, que mira y que no vé, que escucha y que no oye, que sisa, come, calla y no replica. — Las criadas ocupan la cocina y el comedor; el asturiano la antesala; los huéspedes la sala principal y los dormitorios interiores; el ama de la casa, ó sea abeja reina de aquella colmena, en todas partes está, y ora discute el gasto con los huéspedes, ora limpia los muebles ó riñe á voces con el aguador: ya acude risueña á coger un boton ó á reparar una averiada corbata; ya da una vuelta á la plaza ó asiste á espumar el puchero.

No bien se presenta un nuevo huésped á la puerta de la casa, la criada favorita lo introduce á la audiencia de la Sra., la cual en muy breves palabras se pone al corriente de su porte y le clasifica y basa, colocándole en consecuencia, ya en el gabinete de la virgen ó en el de los tuestos, ya en la pieza del patio ó en el cuarto oscuro del rincón. Si dice que comerá fuera, entónces el precio suele ser mayor que comiendo en casa, por haber de renunciar al beneficio de la provision; si permaneciere solo ocho dias, costarále al triste mas que si permaneciera un mes; y así otras reglas de proporcion *ad usum* de las amas de huéspedes. Si es diputado, y ha de recibir visitas, podrá disponer de la sala y tendrá brasero, pero tambien pagará como padre de la patria; si es, en fin, estudiante y se retira tarde de noche, tiene que pensar en sobornar al asturiano para que no le deje en la calle.

Mientras todo este interrogatorio, las muchachas se han asomado alternativamente, con el ostensible pretexto de buscar una llave ó dar cuerda al reloj; pero en realidad con el objeto de examinar al forastero, medirle, pesarle, calcularle y anatomizarle mentalmente; y si tiene vigote y barbas, ó si gasta sortijas y cadenas, aquello es no darse manos á recoger y colocar la maleta, á aderezar el cuarto, y á surtir el aguamanil.

El ama dirige y preside todas aquellas evoluciones, y cuida de recoger los restos esparcidos procedentes del anterior huésped, tales como viejas chinelas, guantes inmemoriales, cigarros inverosímiles, gacetas vírgenes, y mártires sombrereras de carton. Muda á vista del nuevo cofrade las sábanas de la cama, por

otras no tan amarillas; barre el cuarto á sus mismas barbas; y si hay ventana á la calle, la abre para que el huésped se asome y vea que aquello «es un coche parado» (y la tal calle suele ser la de los Negros ó la del Perro); y si es cuarto interior, como que le envidia la quietud y el recogimiento, diciéndole que allí «no se siente una mosca» y vé correr á este tiempo tres ó cuatro ratones por el suelo, y observa que la ventana da á un patio, en el que hay un herrero y dos cuadras, media docena de gallinas y un gallo cacareador.

El ama hospitalaria no gasta para sí un solo maravedí: todo para sus queridos huéspedes; para ellos se hace en los últimos meses del año la provision del rico tocino castellano, del aceite andaluz, del vino manchego, de las frutas de Aragón: para ellos se paga al casero anticipado, y se riñe con él para que pinte la sala ó ensanche los pasillos: para ellos se compran muebles por ferias, se visten de estera los pisos en los primeros días de noviembre, ó se almazzaronan los suelos en los últimos de mayo; para ellos, en fin, se tienen criadas, gallego, y farol en el portal. — Únicamente que de aquellos tocinos, de aquel aceite, de aquel vino, de aquellas frutas, diezma la casera las primicias para su ordinaria refaccion; que de aquellos muebles, de aquellas esteras, de aquella habitación, se sirve con ellos á *perfetta vicenda* para sus regulares necesidades; que aquel farol á ella también la ilumina, y aquellos criados á ella obedecen, y reconocen por única ama en todo rigor. Todo esto, amen del estipendio diario, semanal ó mensual, de cada uno de los huéspedes ó de todos *in sólido*, cuyo tributo viene al cabo de algunos años de afanada tarea á convertirse en una modesta suma con que dotar á la hija, ó poner una prendería, ó comprar un segundo marido, ó librar de la suerte de soldado al sobrino colegial.

Y sin embargo, todo ello no basta casi nunca para asegurarla al cabo de sus años una existencia independiente y cómoda; y la misma honrada matrona que toda su vida ofreció benévola su techo hospitalario al forastero, suele implorar en sus últimos días la caridad pública en el lecho de un hospital.

EL CURIOSO PARLANTE.

LA CASTAÑERA.

ARBOL nobilísimo es el castaño, si consideramos que con su nombre y los derivados de su nombre se ha formado el patronímico de muchas familias, mas ó menos ilustres; ¡y á buen seguro que me desmientan los *Castañedas*, ni los *Castañizas*, ni los *Castañeiras*, ni los *Castaños*, ni los *Castañones*! Un *castañar* era el féudo que tenia en mas estimacion aquel *García de idem*, cuyo elevado carácter y esclarecidos hechos celebró en un drama inmortal *D. Francisco de Rojas y Zorrilla*; aquel que se envanecia con ser tenido por el *labrador mas honrado*, y aun que no humillaba su cerviz del *Rey abajo á ninguno* contento con la vida patriarcal y bucólica que llevaba, exclamó:

Que aqueste es el *castañar*
Que en mas lo estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar.

Por último, el nombre de *Castaños* representa y simboliza una de las páginas mas bellas de nuestra moderna historia. *D. Francisco Javier Castaños* se llama el benemérito general español que primero humilló las hasta entonces nunca humilladas águilas francesas cuando en los campos de Bailen fueron vencidas y derrotadas por visos soldados las agueridas huestes de *Dupont*; y es fama que á cada tiro y

á cada bayonetazo escarnecian los *nuestros* á los *guirris* con un ¡*toma para castañas!* Batalla memorable que dió renombre europeo y elevó al primer grado de la milicia y á la grandeza de España, con el título de *duque de Bailen*, á quien ya nació emparentado con ella, y á quien—¡Vicisitudes humanas!—¡puede hoy un ciudadano tributar justos elogios sin riesgo de que le acusen de quemar incienso en las aras del poder y de la fortuna!...

Fronroso, corpulento, prócer, de bella flor, regalado fruto y apacible sombra, es el *Castaño* uno de los árboles mas beneficiosos. Su compacta madera es utilísima para toda clase de carpintería, excelente su leña para el hogar; bien en rajas, bien reducida á carbon, y de los glóbulos espinosos que el árbol produce sale un alimento que codician los pavos y es la delicia de otro animal... ménos grato de nombrar que de comer. A las *castañas* deben, en efecto, su gastronómica nombradía los ricos y suculentos jamones de *Caldelas y Aviles*; y tambien el animal implume y bípedo que llama hombre las saborea con placer, crudas ó cocidas, asadas ó pilongas, acarameladas por Navidad, ó en potage por Cuaresma.

Otra prueba de la justa celebridad del producto susodicho es haber dado nombre á un color. A cada instante oímos decir pelo *castaño*; esto pasa de *castaño oscuro*. Hasta un autor, que fue *gracioso*..., al ménos en las listas de las compañías á que perteneció, fue mas conocido por el apodo de *Castañitas* que por su nombre bautismal. Hay vasijas, y no destinadas para el agua, que por excelencia se nombran *castañas*, y hasta el moño de las mujeres, rubias ó pelinegras, *castañas* ó *pias*, se ha distinguido y en algunas partes se distingue todavía con la misma denominacion. ¿Que mas? *Castañuelas* son; esto es, diminutivo de *castañas*, los sonoros instrumentos de la *Crotalógia*; de ese arte sublime, cuyos luminosos principios se encierran en esta sabia y significativa máxima: *ó no tocar las castañuelas ó saberlas tocar*. Y á la pericia en tocar las *castañuelas*, diminutivo de *castañas*, tanto como á la ligereza de sus piés, á la flexibilidad de sus rodillas, á la morbidez de su talle y á la movilidad de su gesticulacion, debe sus triunfos pantomímicos la famosa *Fanny Essler*, esa *Tersicore* de nuestros días, embeleso de ambos mundos. Por ella, por sus *castañuelas* tiene ya fama universal la *Cachucha* española, cuyos dengues voluptuosos y provocativos contoneos han vuelto locos de regocijo á los graves descendientes de *Washington* y han inflamado la sangre de los glaciales moscovitas.

Castaño..., *Castaña*.... No me precio de etimologista, pero tengo para mí que estos vocablos se derivan del vocablo *castidad*. Las mismas letras de que se componen lo estan diciendo: *casta*-ña.... ¿Y como poner en duda lo *casto* de esta *casta*, cuando la forma y las condiciones del fruto demuestran que Dios lo ha criado para ser emblema comestible del pudor y de la continencia? Nace la *castaña* cubierta de un púdicó zurrón erizado de punzantes espinas, como si el Autor del Universo quisiera con él defenderla de la humana voracidad. Antes que llegue á sazonzarse es la desesperacion de los golosos; fruta inverniza, no se esquilma hasta que el termómetro de *Reaumur* marca pocos grados sobre cero, estacion en que las pasiones no son por lo general muy activas y vehementes. Aun entonces no se desprende de la rama natal sino á fuerza de violentas embestidas y sendos palos; ántes de ser desarmada hiere con sus pinchos la mano atrevida que lo intenta; aun despues de mondada de su áspera corteza; aun despues de *exclaustrada*, digámoslo así, contra su voluntad, esta monja vegetal, esta virgen del bosque, esta vestal asturiana ampara su honestidad, vestida de punta en *castaño*, con la doble y tenaz coraza que ostenta; y vencida en su segundo atrincheramiento, todavía resiste á la vergonzosa

desnudez que tanto teme y esquiva, todavía pugna por coherir é identificar á sus carnes immaculadas aquella ténue película, su postrer refugio, y como si dijéramos *su camisa*. ¡Cándida doncella! ¡Interesante criatura!

Pero si queda demostrada la *castidad* de la *castaña*, no lo está tanto la *castidad* de la *Castañera*. Entiéndase esto sin menoscabo de la buena opinion de tan benemérita *clase*, á la cual no es lícito atribuir menos virtudes que á las honorabilísimas de piñoneras, naranjeras, buñoleras, rabaneras, etc., etc., etc. Dígolo porque, si bien hay *castañeras* del estado que se llama honesto, las hay también empadronadas con los venerables títulos de esposas y madres, y es cosa averiguada que para *asar ó cocer castañas* no es necesaria para maldita de Dios la cosa el requisito arriba mencionada.

Dejo á los eruditos y curiosos *parlantes* la meritoria, bien que ímproba tarea de escudriñar desde cuando empezó á ejercerse en Madrid la importante *profesion de Castañera*, y quien fue la primera que como tal mereció ser inscrita en los registros de la policía: basta á mi propósito hacer observar al pio lector que la práctica de semejante industria data evidentemente de tiempos muy remotos...; acaso del tiempo de *Mari-Castaña*, que, como todos sabemos, fue coetánea de *El rey que rabió* y de *Perico el de los palotes*. Lo que consta por documentos auténticos es que la *clase* llegó al apogeo de su gloria en el último tercio del siglo próximo pasado, y que hasta principios del presente se mantuvo á la altura de la gran reputación que supo adquirir. Durante el periodo citado, mas de una heroína de fuelle y tenazas mereció los honores de la escena. Díganlo las *Castañeras picadas*, y otros dramas del nunca bien ponderado *D. Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla*, que no por llevar el humilde título de *sainetes* y porque en ellos se peque gravemente contra los dogmas y fueros de eso que llaman *buen tono*, dejan de tener mas mérito intrínseco, y sobre todo mas originalidad y mas nacionalidad que otros de mayores dimensiones, escritos con altas miras filosóficas, terapéuticas y sociabilitarias.

Hoy día, preciso es confesarlo, no son nuestras *Castañeras* sombra de lo que fueron. Guardan, si, muchos de sus rasgos característicos, pero aquella fiera varonil de que un tiempo blasonaron y aquella su procaz elocuencia, que era el embeleso de los barrios bajos y el terror de los altos, pertenece ya en gran parte á la historia; y para admirarla, si no en su origen, á lo menos en copias bastante fieles, es preciso asistir á las representaciones de los ya indicados *sainetes* del referido *D. Ramon de la Cruz, Cano y Olmedilla*.

Verdad es que si en este siglo que apellidan *de las luces* y yo llamaria *de los fósforos*, es muy difícil encontrar á la *mujer fuerte*, ni aun en el gremio de las *Castañeras*, no está ménos gastado, si del todo no ha desaparecido, el tipo singular del *Manolo*; la fisonomía y virtualidad de aquellos héroes de presidio y taberna que prorrumpían en estas enérgicas palabras:

¿Te he de echar las tripas por la boca,
¿Hemos de ver quien tiene la peseta;

ó decían, para pintarlos con una brochada mas análoga al artículo presente:

Los héroes como yo cuando pelean
No reparan en mesas ni en *castañas*.

Con efecto, desde que dejaron de existir zorrongos y redecillas; desde que ascendieron á pantalones los calzones de nuestros abuelos ha ido degenerando de día en día aquella especial y vigorosa raza que, si todavía no reniega de sus peculiares instintos, poco ó

nada conserva de sus antiguos hábitos. Lo que llamamos *pueblo bajo* ha menguado en calidad y en cantidad, como ha decaído en riqueza y en prestigio la aristocracia. Las clases medias absorben visiblemente á las extremas; fenómeno que en parte se debe á los progresos de la civilización, en parte al influjo de las instituciones políticas, y cuyas ventajas é inconvenientes no me propongo dilucidar. Ello es que ya no se encuentran por un ojo de la cara aquellos chisperos cuya siniestra catadura debe de estar muy presente en la memoria de *Godoy*, ni aquellas manolas que santiguaban con una pesa de dos libras á los soldados de *Murat* que osaban requebrarlas. Es cierto que aun hace la *navaja* de las suyas y que hay todavía en cada plazuela varias *catedras*, no reconocidas por la Direccion de Estudios, donde se enseña *gratis* el arte ameno y persuasivo de esgrimirse á desvergüenzas; pero estas mismas desvergüenzas son ya algo mas cultas y menos peladas que *in illo tempore*, y son, para bien de la moral pública, menos frecuentes los repelones y las azotainas: hasta en la ropa, cuando no se viste el uniforme legal que iguala al rico con el pobre y al noble con el plebeyo, hay cierta arbitrariedad, cierta insubordinación que se asemeja mucho á la anarquía. Ya no hay traje nacional para nadie, como no se busque en alguna arrinconada é insignificante aldea. Vemos á mas de un señor titulado ataviarse con zamarra y sombrero calañés, como vemos á mas de un proletario menestral proveerse de levita en los portales de la calle Mayor, y tan *lechuguinas* se van haciendo las *Bastianas* y las *Alifonsas* que no pierdo la esperanza de ver á alguna de ellas con papalina. ¡Oh temporal! ¡Oh mores!

Volviendo á las *Castañeras*, observo entre ellas varias graduaciones, ó llámense gerarquias, que conviene deslindar para dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; que hay *Castañeras* á quienes humillaria el trato con otras menos calificadas.

En primer lugar, aunque todas tratan en *castañas*, unas las *cuecen* y otras las *asan*: en segundo lugar, unas *asan las castañas a-t*, y otras las *asan.... asado*: en tercer lugar, hay *Castañeras* de esquina, *Castañeras* de portal y *Castañeras* de taberna.

Las *Castañeras cocidas....*, quiero decir, las *Castañeras que cuecen*, son las últimas en categoria, y como el *populacho* de la comunidad; tanto por la vida nómada y aperreada que llevan, porque generalmente no tienen puesto fijo, cuanto por ser menos codiciada su mercancía y muy escaso el capital que emplean en ella. La misma olla, con honores de cántaro, en que cuecen las *castañas*, sirve de almacén para guardarlas y de mostrador para venderlas. El *anís* con que las sazonan vale poco, el *carbon* que para ello consumen no vale mucho, y el agua que gastan, si la toman del pilon de la mas cercana fuente, como es probable, no cuesta nada. Por lo mismo, suelen dedicarse á este subalterno tráfico muchachuelas de poco *pele* y mal *pelaje*, ó viejas deterioradas, cuyo calor natural no basta á reemplazar el de las *castañas* cuando lo pierden por la influencia de la atmósfera, por mas que abracen y acaricien con materno amor el yerto receptáculo.

Las *Castañeras que asan*, ya son gente de otra estofa. Suele ser su comercio, aunque algunas lo ejercen de *ab initio*, decente jubilacion de una *carrera* mas activa relacionada en cierto modo con la de *San Gerónimo*, particularmente en el espacio que media desde el que fue convento de padres de la *Victoria*, hasta el que lo ha sido de madres de *Pinto*.

Es de presumir que en este invierno crezca considerablemente el número de operarias de dicha procedencia, merced á las visitas domiciliarias y pesquisas callejeras verificadas poco ha por órden de la autoridad superior política; medida cuya constitu-

cionalidad podrá ser disputable, y cuyos efectos llegarían á ser funestos á las *libertades públicas* y al derecho de *propiedad*, si se repitiese y generalizase demasiado; pero á la cual debemos por de pronto la ventaja de tener mas espedito y ménos peligroso el tránsito de la calle del *Príncipe*, la plazuela de *Santa Ana*, é islas adyacentes. Pero á los que no somos gefes políticos, ni celadores municipales, ni periodistas, no nos incumbe inquirir y rastrear vidas ajenas. Por otra parte, *agua pasada no muele molino*; la Magdalena mas pecadora puede ser con el tiempo modelo de austera santidad; y en resolución, cualesquiera que hayan sido los precedentes de una *Castañera*, por lo que es debemos juzgarla, no por lo que haya sido.

Una *Castañera* de la especie que voy describiendo ha menester para serlo dignamente gastar algunos duros en proveerse de los siguientes utensilios: una mesa con su cajon correspondiente, una vasija *sui generis*, un anafe ú hornilla portátil, un cañon de hoja de lata que de salida al humo sin molestia de la protagonista y de los transeuntes, un fuelle, unas tenazas para escarbar la lumbre (estas pueden suplirse con los dedos); un cuchillo para hacer en cada castaña la incision con que se facilita despues la separacion de la cáscara; una manta, ó parte de ella, para abrigo la ya tostada mercadería; una espuerta bien provista de carbon, un tarro lleno de sal, aunque algunas pueden suplirla con la mucha que Dios les ha dado; una silla para la *maestra*; á veces un cobertizo, que á ella y á su hacienda resguarde de la intemperie; y ademas de todo esto, y de algun otro adminiculo que puede haberseme olvidado, tiene que pagar á la Villa la licencia para vender, y acaso á algun casero despiadado ó á algun tabernero sin entrañas, el alquiler del reducido terreno en que pone su tinglado. Es, pues, evidente que, siquiera bajo este aspecto, son las *Castañeras* mujeres que *tienen que perder*. Consideremos tambien que su vida sedentaria y afanosa, la publicidad de sus *funciones*, lo *incombustibles* que llegan á hacerse á fuerza de familiarizarse con el fuego, á lo mucho que perjudican á sus *gracias personales* y á los primores de su *toilette* los desatantos del humo y las insolencias del carbon, son otras tantas garantías de ejemplar conducta propia, y otros tantos preservativos contra los estímulos de la agena concupiscencia.

Sin embargo, como nunca falta un roto para un descosido, y de gustos no hay nada escrito, y los hay que merecen palos, las *Castañeras* que no son casadas, y tal vez algunas que lo son, suelen tener un chulo que *liquide* en la taberna los productos de las productos de las castañas. Lo malo es que á medida que estos en general se aumentan, se disminuyen en particular, porque las tiendas y las ambulancias de este artículo de comercio, no comprendido en la tabla de aranceles, se multiplican prodigiosamente, y ya no solo hay *Castañeras*, sino *Castañeros* tambien. ¡Si; *Castañeros*! ¡Tanto es el egoismo del hombre, y de tal suerte ha venido á ménos la galanteria española, que usurpamos al *bello sexo* hasta el ejercicio de las tranquilas y delicadas *labores* análogas á su tierna complexion y blandas *costumbres*! ¿Que es ver á un tagarote holgazán manejando el fuelle afeminado en vez de la ruda piqueta?... Pero, ¿quien sabe si alguno de esos desventurados pertenecerá á las *clases pasivas*?.....!!!

Y los *castañeros* son sin duda los que, por pereza ó por economia, han sustituido la prosáica cacerola, ó sarten sin mango, al poético cantarillo agujereado del siglo de oro castañeril—¡sacrilegos!—y los que han suprimido el elegante tubo que reprimía y daba conveniente direccion al humo, hoy tan licencioso é indisciplinado.—¡Vándalos!.... Pero no faltan respetables matronas que, fieles á las buenas tradiciones del

del *arte*, mantienen y alimentan con loable perseverancia el *fuego sagrado*. Estas heroínas contumaces, que constituyen la *aristocracia* del oficio, tienen establecido por lo regular su *despacho* á las puertas de las tabernas. Bien saben ellas lo que se hacen, como veteranas que son. ¿Hay aliciente mas poderoso para el vino que las *castañas*? Con solo verlas en las ascuas se codicia el zumo de la vid, y aun por eso dijo, dos siglos ha, mi paisano *Villegas*:

Al son de las *castañas*
Que saltan en el fuego,
Hecha *vino*, muchacho,
Beba Lesbia y juguemos.

Hay; en efecto, manjares que convidan mas que otros á beber, tales como la salchicha, el abadejo, la tarángana, la sardina.... pero si grato con ellos, con las *castañas* es indispensable el *vino*, so pena de morir estrangulado... ó de beber *agua*; que para muchos hombres de bien es el mayor de los suplicios. Aquella sustancia seca, farinácea, de difícil y laboriosa deglucion, pide *vino* con urgencia, y de ahí viene sin duda el dicho vulgar: *dijo la castaña al vino bien venido seas, amigo*.

Razones de amor propio, ademas del atractivo de la ganancia, aconsejan á las *Castañeras* el situarse en los peristilos de los templos de Baco, que si los *devotos* apeteen solamente las *castañas* cuando entran, tal vez cuando salen apeteen.... la *Castañera*.

Ni siempre vegeta pasiva y sedentaria al amor de la lumbre y al cuidado de su hacienda; que en las horas de menos despacho suele dejar á cargo de alguna comadre, ó de algun compadre, su portátil mostrador para visitar el de la taberna acreditando con frecuentes libaciones de *Yepes* ó de *Valdepeñas* no ser indiferente al fervoroso culto que allí se tributa al número de *Anacreonte*. Ya se ve; sus miembros se entumescen de estar tantas horas encogidos; su gañote se seca de tanto gritar: ¡*gordales, seis al cuarto!* ¡*Que se arrematan!* ¡*Cuántas, que queman?* y es preciso poner alguna vez los huesos de punta y *remojarse la palabra*. Por otra parte, si algun cachirulo la *camela* con medio chico en la derecha y pellizcándose con la izquierda el lábio inferior, ella, que no es mujer de negarse á casos de *honra*, ¿como ha de resistir á un brindis tan *macareno*? Tratándose de *echar copas* entre gente de *caliá*, una mujer de su *aquel* nunca se escusa de *echar su cuarto á espaldas*. Cuando se la convida con mal modo, ó se toma algun *endino* libertades previas y extrajudiciales, le confirma de lo lindo con las tenazas; pero sabe tambien, en ocasiones, ser agradecida y campechana, y si algun majo llevó su galanteria mas allá de lo que su bolsillo permite y su crédito consiente, ¡*aparte usted!* le dice, ¡*desgalichao!* y plantando sobre el aparador un peso duro, exclama con gentil desenfado y mucha de la fanfarria: *ó semos ó no semos; donde yo estoy no paga naide*.

Amen de estos agradables episodios, la *Castañera de taberna* pasa una vida hasta cierto punto envidiable. Su tenducho es una especie de tertulia que frecuentan y amenizan con sus chistes y agudezas los criados de la vecindad, los *simones* desocupados, los comparsas de los teatros, y los mozos de cordel. Allí se deletrea y se comenta el *papel que ha salido nuevo* con noticia de las poteneias extranjeras que los *ciegos* han recibido por *extraordinario*. Ella pescuda, y husmea, y analiza á las mil maravillas la *crónica escandalosa* de la manzana, y puede dar razon de lo que pasa en ella tanto quizá como el memorialista de enfrente ó el zapatero de la esquina, y desde luego mucho mas y mejor que el *alcalde del barrio*. Es mujer de pró, que egerce en su distrito cierta jurisdiccion moral; y manejando á su arbitrio las pasiones de *escalera abajo* y los afectos de *portal afuera*, así pro-

mueve una camorra como la apacigua, según el humor que viene; ó para expresarlo en términos más castizos, según *se lo pide el cuerpo*. Sarcástica y de-

decidora, el chisme es su comidilla y la sátira su regodeo; pero sabe soltar sus pullas con tanto disimulo como oportunidad, y hasta las palabras con que pre-



La Castañera.

gona su mercancía suelen ser otras tantas *indirectas del padre Cobos*. Así, por ejemplo, si con sus guiños y ventaneos, y ceceos y tapujos dan que decir las hijas de la escribana, apenas las ve salir de casa las mira con el raballo del ojo, y canta en octava mayor: ¡Ahora salen las calientes!

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL BARBERO.

Como que es una cosa indispensable pasar los puntos de la pluma por el suavizador de Lanne, para colocarnos después á la esquina de una calle y observar con detención esas hileras de yelmos de Mambrino que diezman las casas de la capital, dando guardia de honor á las puertas de las barberías; nadie extrañará que en nuestras noticias barberiles demos la preferencia á la vacía.

La vacía no es una cosa así como suena, tratándose de un barbero, porque difícilmente se encontrará un instrumento más significativo ni tan característico acaso.

La vacía colgada al exterior de los establecimientos en una palomilla de hierro ó de madera (esta distinción indica los humos aristocráticos del maestro sangrador), suele ser de azofar ó de hojalata (esto también pertenece á la categoría del establecimiento) podrá servir de *tam tam* á las conteras de los paraguas en días de lluvia, de blanco á las pedradas de los mu-

chachos, de barómetro á los vecinos cuando los huracanes y aquilones andan robando sombreros, y poniendo de manifiesto las pantorrillas y.....; de piedra magnética á las bayonetas de los nacionales que van de patrulla; y últimamente, de aviso á los que quieran oír el punto de la Habana ó decreten la siega de su barba. Pero es más importante que todo es la misión de las vacías cuando libres del aire, y los muchachos, se muestran obedientes á su centro de gravedad: cada vacía es un espejo ustorio de su respectivo barbero; el elegante que pasea tranquilo é inocente por la calle es el foco del instrumento; los anchos faldones de su frac: ó el ala enorme de su sombrero, se retraen con toda precisión en la vacía; el barberono quita la vista de su daguerrotipo, y apenas conoce que la moda se ha enriquecido con algún nuevo descubrimiento, tira la navaja ó la guitarra, pues precisamente tendrá una cosa de las dos en la mano, descorre la cortinilla, y llama desaforado al sastre de enfrente que por miedo á las contribuciones tiene su taller en un portal. Llega por fin el profesor tigera, recibe las instrucciones del mancebo, y nosotros que aun no hemos concluido de examinar la parte exterior del establecimiento sabremos después lo que discurren los dos vecinos.

Las puertas de la barbería gozan de una libertad absoluta, para ser verdes, blancas, etc.; pero ordinariamente son azules con listas amarillas, y una gran estrella encarnada en el fondo del cuerpo inferior que es la parte leñosa de ellas. De medio cuerpo ar-

riba están compuestas de cristales ó vidrios; las mas veces de esta última materia, y cuando son de la primera, imitan tanto á los segundos que parecen una misma cosa.

A la parte interior de estas vidrieras, suele haber unos cartelitos de papel con lazos de colores que dicen:

Acu se uenden sanguijuelas de superior calidad y se da, Razon de un Maestro de Guitarra por cifra; son estremeniñas.

Por el estilo de estos anuncios suele ser la muestra que, colocada entre las dos vacias, sirve de rodapié en el balcon del piso principal. Distinguese todas por su contenido, que regularmente no baja de 100 letras lo menos. Es cuanto pueda saberse ántes de diez minutos que vive allí:

D. CIRIACO LAGARTOS, PROFESOR.
 APROBADO DE CIRUGIA, COMA
 DRON Y SACAMUELAS, AFEITA Y CORTA
 A REAL, Y MEDIO RIZA EL PELO.

Mucho ántes de ponerse el transeunte á tiro de navaja en las barberías, hiere sus oídos el rascar de la guitarra con que el mancebo entretiene la ausencia de los parroquianos, y consigue tener siempre desalquilado el piso principal de la casa, merced al poco gusto que se observa hácia las filarmonías ratoneras.

Pero ya se va haciendo tiempo de levantar el picaporte de las puertas vidrieras, y á riesgo de interrumpir los acordes del guitarrista, asomar la cabeza por la trampilla y saludar al artista con las palabras del Angel: ¡Ave María!— Adelante, adelante, replicará sin detencion el barbero. Volveremos á cerrar la puerta, y ya hemos penetrado en el despacho del dentista, en la sala de recibo del comadron, en la agencia de los guitarristas por cifra, en el depósito de sanguijuelas, en el gabinete de consultas médico-quirúrgico-farmacéuticas, y últimamente estamos ya de puertas adentro en la tienda barbería.

En el fondo de este aposento se hacen indispensables dos puertas, la una con vidrieras, y la otra sin ellas, pero coronadas ambas de unos pabellones que precisamente han de ser blancos, ó cuando mas amarillos, pues son los únicos colores que admiten las colgaduras de estos establecimientos.

La primera conduce á una alcoba destinada para las consultas secretas, y los disparates á oscuras en perjuicio de la humanidad doliente. La otra que carece de colgaduras es pequeña; por ella sale y entra el barbero toda vez que le ocurre dirigirse á la cocina para calentar el agua, sacar lumbre á los parroquianos fumadores y..... algun dia que la mujer está lavando los navajeros en el rio, es indudable que el marido espuma los pucheros y pica la ensalada.

Entre estas dos puertas hay un espejo colgado en la pared, cuyo tamaño varia desde seis pulgadas en cuadro hasta poco mas de medio pié, y aun á veces suelen llegar á una quinta parte de vara; lo suficiente para que el parroquiano sepa donde ha de aplicar el pañuelo, que restañe bien la sangre en los dibujos de la navaja.

Debajo de este imparcial retratista del Almaden, hay una mesa parda que todos creen ser de pino, menos el carpintero que la hizo con intencion de adular la caoba. Un majo y una maja de yeso, se ven sobre ella, y en medio de estas figuras, una gran jarra de cristal, llena de agua y peces de colores; al redor un tintero y una salvadera de metal dorado, formando parte de un heterogéneo recado de escribir que termina con una caja de carton donde yacen en armonia las obleas y las lamparillas.

En los cuatro ángulos de la sala-tienda, hay cuatro magníficos pedestales de yeso, que sostienen otras tantas estatuas de la misma materia, á quienes llamó el escultor: *Europa, Asia, Africa y América.*

En la fachada opuesta á la del espejo, se ve una repisa de madera sostenida por unas cuerdas, y sobre ella una magnífica redoma de vidrio llena de agua y cubierta la boca por un trapo. Allí dentro se agita un centenar de sanguijuelas, maldicientes tal vez, de la sangre que desperdicia su dueño cuando descañona algun prójimo.

Y para no desmentir en nada los anuncios de las puertas vidrieras, no hace falta debajo de esta repisa, un enorme clavo romano, cubierto por un gran lazo de cintas de colores que forman el moño de la guitarra, colgada allí para los usos consabidos.



El Barbero.

Dos listones del mismo color y materia que la mesa de pino, se hallan tendidos horizontalmente en la pared. Anchos de seis dedos y largos de una vara, sostienen, ayudados de diez y ocho presillas de cuero, docena y media de navajas, jubiladas las mas y en actual servicio las menos. Por grande que sea la riqueza y elegancia barberil del sangrador jamás exceden de este número los instrumentos cortantes de cada navajero; suele acontecer únicamente, que estos se multipliquen, pero eso sucede pocas veces, y así se sabe por regla general, que cada barbería tiene un navajero, y cada uno de estos, diez y ocho navajas.

Varias estampas iluminadas, con marcos pocas y sin ellos muchas, adornan las paredes de estos gabinetes, perpetuando la vida, milagros y amores de *Atala con Chactas*, las aventuras de *Robinson*, y tal cual retrato de algun héroe frances, por ser este país el que expende á menos precio sus notabilidades. Una docena de sillas de Victoria, con su correspondiente

sofá de á siete, jamás hace falta en estos lugares. Dos de ellas están en medio de la sala con un paño blanco cada una, destinado á cubrir los hombros del paciente á quien Dios castiga dándole pelos en la cara, y la gente, dicha de buen tono, haciéndoselos quitar.

Con una mano en la cadera, y la otra en el respaldo de una de estas dos sillas, recibe el barbero á los parroquianos, á quienes hace una reverente cortesía, pasando en seguida á recogerles el sombrero, ó á quitarles la capa en invierno. Y acto continuo los envuelve en el mencionado roquete blanco, haciéndoles tomar asiento en el banquillo del sacrificio.

El barbero de que nos ocupamos no es el dueño de la tienda, ni tiene nada que ver con las certificaciones mortuorias que su maestro anda firmando por las casas pobres del barrio; ni prueba tampoco los dulces, que recoge muy á menudo el comadron, gracias á que el mundo no tiene trazas de acabarse por ahora. El barbero, que se ha dirigido por el agua caliente á la cocina, es uno de los aspirantes á la dignidad y prerogativas del maestro sangrador; que este tiene en su casa, y á quienes llama *mancebos* á boca llena.

Estatuira regular, pelo castaño, casi incrustado en el carrillo, y formando sobre la sien izquierda un gracioso rizo, que parece participar de la sonrisa que baña á todas horas los labios del mancebo, jóven de unos 20 á 22 años; casaquilla grisencienta, ó un dorman verde claro con felpa blanquecina, forma un bello contraste con el chalecho escocés, y la corbata pagiza. Un pantalón ancho de todas partes y muy ajustado de la rodilla, hace alarde de su hermoso color de grana, en cuanto lo permiten las campanas de hule negro, y las franjas de paño azul. Últimamente una boina de paño negro con una franja de plata, termina el traje barberil, haciendo llegar hasta el hombro de su dueño una magnífica borla del mismo metal que el galon plateado.

La primera operacion del barbero, apenas tiene á su víctima con el peñador, es sacar del bolsillo de la chaqueta una petaca de cuero, picar un cigarro de los que lleva en ella, hacer con aquellos escombros, otro cigarrillo, forrado en un papel, y colocárselo tras de la oreja. En seguida coge una navaja, cualquiera de las que están en la pared, y pasándola una y otra vez sobre la correa que coloca en la izquierda, se dirige al parroquiano con la siguiente:

— ¡Ha visto Vd. que tiempo!... ya ya! ningún año se ha conocido cosa por el estilo! Pues de las provincias dicen lo mismo; á mi me escriben de casa que hace un temporal insufrible. Pues al tendero de enfrente... y los periódicos tambien dicen.....

— Vaya, despache Vd., es lo único que suele constatar el paciente.

— Si, Sr., al momento; ya tenemos corriente lo principal que es *dar chuleta* á la navaja. Ahora continua el barbero, aunque el parroquiano no conteste una sola palabra, le pongo á Vd. la *charretera* y manos á la obra.

Al concluir estas palabras, desaparece por la puerta de la cocina, volviendo á poco rato con una vacía blanca floreada de azul propia de la fábrica de Talavera, de la cual se desprende gran cantidad de agua en vapor; y así sin mas ni menos hace que la garganta del infeliz barbudo llene la media luna de la vacía. Entónces echa mano el barbero al bolsillo de su chaqueta y saca una bola de jabon jaspeado, incrustada de diferentes materias extrañas, gracias á la blandura del jabon, y á las migas de pan y polvo de tabaco, que alternan con dicha bola en el bolsillo.

El agua de la vacía, ha perdido en todo este tiempo mas de 10 grados de temperatura, pero aun se conserva á 80 poco mas ó menos, y el desapiadado barbero, prueba la incombustibilidad de su mano derecha introduciéndola en este líquido, y jabonando despues la cara del parroquiano. En esta operacion

suele gastar el barbero menos de un cuarto de hora, y mas de trece minutos, porque este, á no dudarlo, es uno de los mejores pasos del oficio. En él regularmente se distrae el barbero, y pasa y repasa la bola de jabon por el rostro consabido hasta que consigue cubrirle de espuma desde los ojos abajo; y entónces retira la vacía, preparándose para lo mas penoso del sacrificio.

Acto continuo; enciende el cigarro que habia colado tras de la oreja, vuelve á pasar la navaja por la correa, y empieza la formidable, sangrienta y descomunal operacion. El infeliz sentenciado obedece en los giros, las voces ejecutivas del hombre-navaja, que con la menor amabilidad posible, se coloca la cabeza de su víctima debajo del brazo; asoma la suya por encima, y tajo á derecha, tajo á izquierda, humo de tabaco en todas direcciones, varias rociaduras de un líquido viscoso que á no salir de la boca del mancebo, cualquiera tendria por espuma de jabon; todo esto acompañado del enfadoso diálogo sobre el tiempo y la política, y los chismes de la vecindad aumenta la tortura del agraciado, á quien se le pregunta por añadidura: — ¿Está dura la navaja? ¿siente usted aspezeza?...

— ¡Oh!; no tal! responde el paciente temiendo la venganza del barbero; y resuelto á perdonarle el sarcasmo de la pregunta, reprime las lágrimas que saltan de sus ojos, y repasa en silencio todo el martirologio, comparando su vida con la de S. Bartolomé y demas santos desollados.

Concluye por fin el barbero de raspar y manosear al parroquiano, y con la mayor impavidez le dice: — ¿Quiere usted que la descañone?

¡Huya todo el que no lleve la volubilidad al extremo de mudar de cutis, y no dé nunca una contestacion afirmativa en estos casos! Conténtese con lo sufrido, y concluya la operacion dejándose lavar la cara por fin de fiesta, estableciendo sobre toda una aduana entre el corbatin y la vacía, para que no se forme entre el pecho y su camisa, el sumidero del líquido jabonoso. Lleve con paciencia la caricia final del barbero que le pasará el peñador por la cara, diciendo: — Salud y mandar. Responda: — Gracias, amiguito, y póngale en la mano seis ú ocho cuartos. Con esto y desprenderse de toda educacion, para poder dejar al barbero empezando á referir cualquier historieta, dará vuelta á su casa, y allí se podrá aplicar tres ó cuatro telas de araña segun el número de deslices que hubiese cometido la navaja.

La misma funcion se repite con todos los parroquianos, con mas el guiño de ojos que suelen hacerse mutuamente los barberos cuando entra alguno de barba cerrada, y sobre todo *vidriosa*. En estos casos se necesita una orden expresa del maestro ó una reprimenda de la maestra, para que los mancebos cumplan su obligacion.

Por la mañana temprano, salen de cada barberia uno ó dos mancebos, á cumplir con los parroquianos que esperando en sus casas al barbero suelen perder mas tiempo del que gastarían en arrancarse uno á uno los pelos de la barba.

En cuanto al momento del sacrificio hacen lo mismo, ni mas ni menos que en las tiendas; lo único que suele ocurrir de nuevo en casa de los parroquianos, es la consulta de la amarillenta y desecada doncella que cuenta en secreto al barbero su enfermedad. Este no es hombre aprensivo, y la ordena unos polvos cualqueras, que tras de cinco ó seis meses de hospital, hacen crónica la palidez, y la pobre muchacha acude con su palma al cementerio. Y hénos aquí en un punto de la fisiología que nos obliga á decir algo sobre la posicion social del barbero, y sus ocupaciones en el resto del dia.

La primera diligencia del barbero, apenas se ha botado de la cama (á las seis de la mañana en invierno,

y á las cuatro en verano), es sacar las llaves de la tienda debajo de la almohada del maestro; abrir de par en par las puertas de la calle, regar la barbería y un trozo de cuatro varas en cuadro hasta el arroyo, barrerlo muy bien todo, limpiar los muebles, sacudir los peñadores, colgar las vacías en las palomillas que, aunque no han pasado la noche con las llaves, no se quedaron al raso por necesitarlas el maestro debajo de la cama; y últimamente, colocar las puertas vidrieras, meter la cabeza en un cubo de *l'eau véritable* de pozo, hacerse el rizo consabido, ajustarse la corbata escocesa, y sobre todo, alzarse las mangas de la casaca, y puntear un poco la vihuela, que es un reclamo seguro para los parroquianos. A esas horas suelen estrenar la navaja los horteras, los jornaleros y tal cual sacristán de monjas. Mas tarde empiezan á rasurarse los que han vendido en las plazuelas á las cuatro de la mañana, y los nacionales que salen de guardia; los mas perezosos, en fin, suelen ser porteros de oficinas, varios holgazanes y demas gente de la que madruga á las diez y no se sabe afeitarse sola, ni recibir en su casa al barbero.

Después de las dos de la tarde apenas acude nadie á las barberías, y entonces coje el mancebo su capa parda, se emboza bien en ella, mete un libro en cuarto debajo del brazo y dirige sus pasos hácia el colegio de medicina, á donde aumenta el número de mas de 2000 capas pardas y otras tantas boinas, propias de otros tantos mancebos de barbería que acuden allí á lo mismo que el nuestro: á ponerse en estado de ser cirujanos romancistas, aprendiendo á sangrar, á echar sanguijuelas, aplicar ventosas, y en suma á que el pueblo los llame *lanceros*, y estar autorizados para llevar siempre consigo la lanceta y demas chismes corrientes del oficio.

En esta época del día, es cuando el barbero se lanza á la política, y se pronuncia contra el catedrático porque comete la necedad de decirle que estudie si quiere saber cuanto ignora; y en estos casos tiembla el gobierno y vigilan las autoridades, porque los lanceros son un combustible seguro en las revoluciones.

Pero dejando en paz que el estudiante romancista, con cincuenta ó mas de su calaña, vaya encendiendo la guerra por las calles de la capital, cantando el *himno de Riego* en los tiempos del absolutismo, y la *pitita* en las épocas constitucionales; examinemos sus ocupaciones en la tarde del domingo, y demas fiestas solemnes. Dejémosle pasar en vela la noche del sábado, restituyendo el color perdido en ciertos trozos del frac; dando friegas espirituosas á las costuras del pantalón, y cerremos los ojos por un momento, interin elegante mancebo se afana por encorvar las alas del sombrero, y descose avergonzado las borlas que ha lucido toda una semana, sin que su invención haya tenido mas prosélitos que el diputado por su provincia, y tal cual cofrade del gremio barberil. Apartemos sobre todo la vista cuando se envuelva en el gaban azul, y no tendremos necesidad de averiguar porque se le vendió en cuarenta reales el criado del cuarto segundo, mandándole por única condicion de venta, que no le usase sin teñir, y mucho menos sin mudarle los botones. Figurémonos ya que el mancebo está en la calle, y procuremos no perderle de vista, porque apenas haya llegado al Prado se confundirá con los primeros elegantes que paseen allí, y en este caso es imposible reconocerle. Los días de fiesta por la tarde, hace sombra el barbero á las mas esquisitas notabilidades de figurin. Las academias de baile y los teatros caseros le abren sus puertas por la noche; de esto resulta que nuestro mocito se enamora de la hermosa jóven que ocupa la silla inmediata; se vuelve loco de alegría al observar la franqueza con que aquella responde á su amor, la ofrece el brazo al salir, y casi está resuelto á decirle: «Señora marquesa, usted se ha engañado; soy.... un mancebo de barbería;» pero

gracias á una llave que la elegante jóven saca del pecho para abrir la puerta de su boardilla, conoce el barbero que no es un obstáculo ser oficiala de modista para vestirse de señora los domingos.

Reducido es, como se ha dicho ya, el número de atenciones pecuniarias que pesan sobre nuestro mancebo, pero siendo algo menores las cantidades que ingresan en sus bolsillos, nos vemos obligados á escudriñar los medios de que se vale para la adquisicion del chaleco blanco, que luce en Minerva y las Delicias, con mas los cuarenta reales de aquel gaban y otras frioleras, que no fundiéndose con los garbanzos en el puchero, gravitan sobre los débiles hombros del mancebito. El maestro le da por único salario la comida, y la maestra le lava gratis camisas y calzoncillos. Puchero y rompa limpia es todo lo que tienen por rasurar á destajo. Los abanicos y pañuelos que de vez en cuando regala á su novia, y las bocanadas de humo habano con que acompaña su amorosa declaracion, son para nuestro propósito del mismo género que los chalecos y las corbatas. ¿De donde sale el dinero para todo? es lo que pretendemos averiguar, suponiendo que no le paga al maestro tres barbas cuando cobra siete, ó que no recoge el valor de cuatro después de haberlas entregado todas. El barbero en general es honrado, aunque pobre, y solo toma lo ageno contra la voluntad de su dueño, cuando saca tres muelas en vez de una, y este precisamente es uno de sus recursos pecuniarios. El maestro ignora ó aparenta ignorar los casos de medicina y cirugía que diariamente resuelven los mancebos porque él hizo otro tanto en sus mocedades, y porque ya de tiempo inmemorial ha sucedido lo mismo: entre morir de cornada de buey, y ponerse en manos de un barberillo no hay diferencia alguna: la muerte nos hace á todos iguales, y se lleva sus parroquianos como mejor le place. El único consuelo en esos casos es conformarse con la voluntad de Dios, y gracias, que á cada cual le llega su San Martín. Y como este santo se aparece siempre bajo distintas formas, segun la gente á quien visita, el S. Martín de los enfermos pobres que tienen asco al hospital, es el mancebo de la barbería inmediata. Su habilidad en la guitarra le proporciona varios admiradores, que á poco mas se llaman sus amigos, y andando el tiempo enferman, porque la sociedad de Seguros generales no llega á prevenir las calenturas ni las tercianas. Esta última enfermedad es la que mejor conoce el barbero, gracias á los muchos desgraciados que imploran su auxilio cuando sienten el frio de la calentura.

Sea cualquiera la clase de enfermedad que padecen sus parroquianos, los medicamentos que aplica siempre son los mismos. Sangrias, ventosas y sanguijuelas; de este modo cobra por médico, cirujano y barbero á la vez. Lo primero que hace al entregarse de algun enfermo, no es la señal de la cruz, ni otra invocacion por el estilo; se contenta con advertir á la familia del paciente que él no está autorizado para visitar enfermos aunque bien pudiera, pues sabe tanto como cualquier médico, á cuya modesta ignorancia añaden los interesados: — ¡Y algo mas! Con esto basta, para coger la mano del enfermo, hacer con ella lo mismo que hacen los médicos cuando toman el pulso y decir á renglón seguido:

— Esto no vale nada por ahora; haremos una sangria para ver si se presenta enfermedad conocida; y no se aflijan ustedes, añade dirigiéndose á la angustiada familia, tengo unas pastillas secretas que va... *el panaceum universalitatem*, que decimos en la facultad. Si hubiese caído usted en manos de algun médico moderno, dice dirigiéndose al paciente, ¡ya la lleva usted larga!

— Como que estan interesados en que duren los males, responde en voz débil el desgraciado. Desde que un compañero de usted, andaluz por cierto, curó á

mi compadre una pulmonia que trujo del hospital no tengo fe ninguna en los médicos.

— Pues ea, venga el brazo, replica el improvisado doctor; y diciendo y haciendo toma una cazuela que le presentan al efecto, saca una cinta del bolsillo, y aquí es donde hace la señal de la cruz sobre la vena que ha de rasgar ó sobre el tendon que ha de romper pero esto no indica miedo en el operario, ni mucho menos que el enfermo se halle poseido de los demonios; sino que así lo hacia el barbero de su pueblo, y «cuando él lo hacia, estudiado lo tendria.» Por lo demas el mancebo aprendió á sangrar en una hoja de berza, y se atreve á sacar la sangre de cualquiera á traves de una toalla, ó con los ojos vendados.

De estas empresas sale casi siempre mal, como se debe suponer, pero como se viene á la mano, lo que está de Dios, y nadie se muere hasta que sufre la última enfermedad; por mas esfuerzos, que de buena fe hace el barbero para quitar la vida al infeliz que la puso en sus manos, deja de conseguirlo algunas veces, y la naturaleza suele triunfar de la enfermedad, y de los disparates barberiles, que precisamente es la parte mas rebelde y el enemigo mas formidable de la humanidad. Y si estos casos no fuesen del número de las chiripas, algo mas lucido andaria el barbero; porque cuando se pone bueno el zapatero de la boardilla, lo primero que hace es cumplir con el facultativo, aunque para ello necesite destinar los jornales de toda una semana.

Ahora bien, ya parece que con la escrupulosa revista que hemos practicado en todos los pasos de la vida barberil, no debiéramos tener nada que añadir sobre el porvenir de estos señores, apenas han terminado sus años de colegio y establecido su oficina, para cumplir con su lanceta las disposiciones del médico cirujano, y visitar por sí y ante sí á las gentes pobres de su barrio, que no por el deseo de morir mas pronto, sino con ánimo de pagar menos el asesinato, le nombran médico de cabecera. Pero hay una cierta clase de barberos *apóstatas*, que á voz en grito reclaman un lugar en este artículo. Es muy difícil que entre los diversos parroquianos de barba que tiene el mancebo, no cuente algun marqués, senador, diputado á Cortes, ó tal vez un ministro; y en cualquiera de estos casos, especialmente en el último, ya puede decirse que el barbero ha tirado la navaja, y que llegará á ser, cuando menos, comisionado de amortizacion en su pueblo. El mancebo, charlatan de oficio y adulador de circunstancias, no amortigua nunca sus palabras en estas ocasiones, y empieza su carrera reemplazando al ayuda de cámara del ministro, ó sirviendo este oficio por primera vez en casa de S. E. porque no todos los secretarios del despacho usan esta clase de sirvientes. Pasa en seguida á ser secretario particular del magnate, se casa con la doncella mas querida de este señor, y marcha á su pueblo con una comision del gobierno, y una doncella... del ministro á quien afeitaba. Esta brillante posicion no la logran muchos barberos, pero se les presenta á casi todos, y la saben aprovechar algunos.

Hay mas divisiones que hacer aun entre esa clase de gente, que si no vive de lo que rapa como otros muchos, vive rapanlo que es una vida como otra cualquiera, y no de los peores por cierto. Existe un gremio de barberos *ambulantes*, que nos echaria en cara nuestro olvido, sino diésemos cuenta aquí de sus trabajos, en obsequio del rostro tiznado del carbonero, de la dificultosa patilla del mozo de esquina, y de la evacuacion sanguinea que hace sufrir á los aguadores.

Con una chaqueta de pieles en invierno, y en mangas de camisa los veranos, se ajusta un cinturón de cuero con diferentes bolsas, en las que lleva un par de navajas y otros de tijeras, media docena de nueces chicas con grandes, un trozo de jabon y media vara

en cuadro de trapo blanco que fue, una vacia de hierro colada debajo del brazo, un *escalfador* del mismo metal, con agua caliente, en la mano derecha, y un asiento de tijera en la izquierda. Así sale el barbero ambulante todas las mañanas, y se dirige á la fuente inmediata como teatro principal de sus operaciones. Extiende el asiento, acomoda con él al aguador, le introduce una nuez en la boca, chica ó grande segun el calibre del asturiano; á beneficio de este cuerpó extraño *infla* los carrillos el paciente, le jabona el barbero la cara, y entre la navaja y el agua hirviendo, saltan las barbas que crecieron en una semana, y se renuevan las heridas que se cicatrizaron aquel mismo dia tal vez. Esta operacion se repite con todos los aguadores que teniendo barbas, pueden pagar tres cuartos al que se las quita, y seis cuando hace uso de la tijera para pelarle la cabeza, y cogerte tal cual vez las orejas con el mismo instrumento. Ademas de los citados carboneros y mozos de cordel, son tambien pasto del hombre escalfador, los aldeanos transeúntes, que sufren los mismos tajos y las mismas cortaduras, á vista y presencia de todo el que pasea por las calles, y tropieza con estos sangrientos espectáculos. De este modo pasa el barbero ambulante todas las calles de la capital, afeitando gratis á uno de los carboneros para que este le suministre á igual precio el carbon necesario á mantener caliente el agua del escalfador, y entra en un bodegon, cuando se siente acometido del hambre y puede disponer de dos reales, y dar de baja en el barreño de la mondonguera uno de los pucherillos que humean al efecto.

Nada hemos dicho sobre la procedencia de los barberos en cuanto á su naturaleza, ni de su instalacion en las barberias, porque ambas cosas son de poca importancia para nuestros lectores. Aconsejámosles únicamente que rehusen el trato íntimo con los dueños de tienda, porque todos los mancebos se reciben á prueba, y para averiguar su habilidad en la navaja, se estrenan manoseando al párroquiano mas amable y menos exigente. Tauromáquicamente hablando, se diria que la prueba barberil, era la suerte de perros en dia de toros.

Sin embargo, y á pesar de que la elegancia y el aseo interior de las barberias, no cambia en nada las noticias que dejamos apuntadas sobre el barbero, no será demas que los nombres de Reigon, Munilla, y otros varios en cuyos elegantes gabinetes de tocador completo se afeita con delicadeza y esmero, nos sirvan para terminar aquí este artículo.

ANTONIO FLORES.

EL INDIANO.

Si Dios en sus justas iras no hubiera roto las cataratas del cielo y levantado los mares sobre el nivel de la tierra: si Isabel la Católica no hubiera cedido á las súplicas de un extranjero que mendigára de trono en trono algo de proteccion en cambio de un nuevo mundo, no habria en España á quien aplicar con exactitud la calificacion de Indiano. Noé, demostrando desde el arca á sus descendientes como podian surcarse las olas con el auxilio de frágiles leños: Flavio Gioia, regalando á los navegantes desde el bello recinto de Amalfi su portentoso invento de la brújula para que sin temor alguno se desviasen de las costas; Colon, señalando á sus compañeros de viaje regiones desconocidas desde la popa de sus carabelas; Diego Velazquez, Hernan-Cortés y Francisco Pizarro, con la conquista y gobernacion del territorio de América, prepararon al indiano el teatro de sus glorias, la palestra de sus aventuras. Y, sin que haya vuelta de hoja, la existencia del tipo que nos ocupa va unida á la historia de tan insignes sucesos y de tan altos per-

sonages como el estío al otoño, como la almeja á su concha, como el dolor á la vida.

No teman mis lectores que, prevalido de la voz Indiano, les retrate en bosquejo á un sucesor de Motezuma ó de Atabaliba, que haya bebido en su niñez las aguas del Marañón ó del Orinoco, ni recreado sus ojos infantiles en las cimas del Cuzco ó de los Andes, ni descansado de sus juegos á la sombra de las ceibas ó las palmas. Nada tiene que ver el protagonista de este cuadro con Incas ni con Tlascaltecas, ni sabe cosa alguna en sus primeros años de las Antillas, ni de las Californias. Quien aspire á conocer el país de donde es oriundo, recorra las aldeas de la antigua Cantabria, ó los concejos de Asturias, ó las parroquias de Galicia: tome á su antojo una partida de bautismo, y llámese como quiera de nombre y apellido el sugeto á quien corresponda, se las ha de seguro con el padre, deudo ó amigo de un Indiano, ó con el mismo Indiano en persona. Pocos días de residencia en cualquiera de esos pueblos le bastan para enterarse á fondo del instinto unánime y vocacion firme del cuajado enjambre de chicos que allí pululan: solo un fanático por la milicia, solo un hombre, cuyos marciales ensueños se balanceen entre broqueles y arcabuces, columbrará en ellos inclinación á las armas, solo quien delire por la agricultura contará con la robustez de aquellos brazos para el cultivo de las propias tierras. Mas como, por fortuna de la ciencia y por desgracia del individuo, sabe al dedillo todo español que la prostracion es el invierno de las naciones, y como esta imagen fúnebre se le presentará mas viva al trasladarse al centro de esos muchachos gallegos, asturianos y montañeses, por cuya circunferencia gira nuestro relato, ha de compararlos sin duda á esas bandadas de golondrinas que buscan en mas suaves climas amparo contra las nieves y las escarchas que yerman los vergeles donde fabricáran sus nidos: como ellas emigrarán á centenares apenas consigan desplegar al viento sus alas, y mientras llega ese día forman en conjunto un abundoso plantel de Indianos.

A duras penas matareis el tiempo en una aldea, si no pasais tres ó cuatro horas al día en la esquina de una calle ó en el ángulo de una plaza. De este modo observareis de cerca á esos chicos, y os persuadireis de que cuanto les rodea sirve de jugoso pasto al único pensamiento que les anima y crece con ellos y con ellos se desarrolla. Si descubriérais algún muchacho que va por leña, no le perdais de vista: el camino que conduce al monte es mas llano y espacioso que todos los de la comarca, y ántes de aprender el Credo, sabia el leñadorcito ser obra de un paisano suyo, que ganó pingüe fortuna á favor de veinte años de permanencia en Lima. Si á la caída de una tarde de verano tropezáis con un chicuelo que viene de apacantar cinco ó seis vaquillas y le preguntais donde se guarece de los ardores de la siesta, os ponderará cuán amena sombra le brindan las tapias de una fértil huerta contigua al prado, propiedad de un pariente suyo, si bien remoto, que regresó á su país cuando Méjico dejó de pertenecer á España. Acaso, sin aperebiros de ello, se os cruce en angosta travesía algun rapaz para quien es árdua empresa sostener la vasija que lleva en la mano, pues si os viniera en voluntad adquirir pormenores sobre aquel encuentro, insignificante segun las apariencias, averiguaríais como hace un viaje cotidiano á la taberna en busca de media azumbre que el autor de sus dias, natural de Reinosa, y vecino de Cartagena de Indias, tiene la humorada de costearle á su abuelo, un si es no es dado al mosto. Si sois observador profundo hasta comprenderéis como el muchacho, que por su desdicha pasa la niñez endeble y enfermizo, disfruta como todos los de su edad de ese poderoso estímulo, de ese irresistible aliciente, bajo cuyo influjo merma de día en

día la poblacion española, porque desde el poyo ó tarima, testigo de sus dolencias, tiene fijos sus ojos de continuo en los terrados y chimeneas de un magnífico edificio, propio de un sugeto á quien los ancianos del país vieron marchar vestido de paño burdo y con almadreñas, para volver con tres millones de reales, amen de un condado.

Aun cuando no llevo escrita ni una sola línea que no sea indispensable para el conocimiento, análisis y estudio del tipo, manantial de mis actuales inspiraciones, circunscribiré el asunto á mas estrechos limites para que sobresalgan como es debido las brillantes formas del Aquiles de mi liada, del Godofredo de mi Jerusalem, del héroe de mi epopeya. Así como de una crisálida sale una mariposa, un montañés se convierte en Indiano; y afuer de prácticos naturalistas conviene paremos mientes en el incidente mas mínimo que concurra á tan importante metamorfosis.

Si eligiéramos por tipo á un gallego, le trasladáramos desde su hogar á la Coruña: si á un asturiano, forzoso era comenzar por llevarle á Vigo á toda costa; preferimos de buen grado á un montañésillo, y desde su aldea le trasladaremos via recta á Santander. Allí le acompaña su padre ó pariente mas cercano, siendo portador del producto de su última aranzada de tierra, vendida para satisfacer el flete del viajero y para la manutencion de ambos, mientras una velera fragata cierra su registro y sopla viento favorable: en Santander se necesita nordeste hasta para ir á misa. Llegado el instante fiero, el montañés pimpollo, que se columpia entre dos y tres lustros, responde con suspiros á los consejos de su padre, y con sollozos á las exhortaciones de la mujer, en cuya casa se hospedan, y para demostrar si serán impertinentes, baste decir que la compungida dueña llevó al cuello por dote una moneda de la proclamacion de Carlos III, solemnidad que coincidió con su nacimiento. Por último, en el muelle y con un pié en el bote, que ha de conducirlo á bordo de la fragata, recibe el hijo de manos del padre un escapulario de la Virgen de las Angustias, dos bendiciones, tres abrazos y cuatro pesetas sevillanas: sentidas palabras y dolorosas frases dan fin á tan patético cuadro. Triste y macilento regresa el padre de familia al seno de la suya: por honda que sea la del chico desaparece de su corazón ántes que el mareo de su cabeza: por copiosas y ardientes que broten sus lágrimas, caen, se hielan y confunden entre las primeras olas del golfo de Gascuña. Al doblar el cabo de Finisterre hace crisis la existencia del adalid cántabro: bullen en su mente asombrosas ideas: se ofrecen á sus ojos magníficas ilusiones: pueblan sus sueños nunca vistas imágenes: en perpétuo éxtasis con su porvenir sepulta su pasado en el Leteo: todo lo tiene delante, detrás nada; la golondrina engalana ya los espacios con su flexible vuelo: toca ya la crisálida en el primer período de su transformacion: ya se nos presenta el montañés con sus ribetes de Indiano.

A las Indias, como al reino de los cielos, son muchos los llamados y pocos los escogidos. Todos los que dirigen su rumbo á tan encantados países van á romper lanzas como paladines de un torneo en que es reina la fortuna, dama voluble en sus gracias para los galanes á quienes concede sus favores, consecuentemente en sus crueldades para los infelices á quienes miró una vez con faz esquiva y desdeñosa. En tanto que vaga la fragata por esas azarosas y movibles sendas que trazan los vientos en los mares; en tanto que divisa las pintorescas playas de Cuba, descifremos, sin hacinar geroglíficos, emblemas ni conjuros, el inmutable sino de los rapaces que van á bordo de ella, escrito, ántes que saliera del astillero, en el voluminoso libro de los hados. Oigamos las palabras, estudiemos el carácter, observemos las acciones del montañésillo del escapulario, diametralmente opues-

tas á las de un primo suyo que come en su mismo plato y duerme en su misma cama, así deduciremos de un modo infalible cuál se halla entre el número de los *escogidos*, y cuál solo en el de los *llamados*.

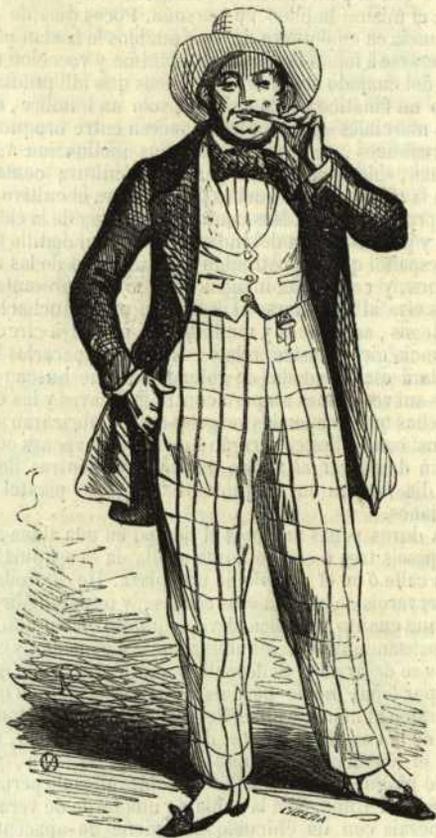
Mi campeón es alegre y vivaracho; se desliza de noche por la borda del buque á la mesa de guarnición, donde elige á su estómago por confidente único de cierto hurto consumado en la despensa: solo para hacer alard: de su travesura trepa á todas horas por las jarcias hasta la cofa del trinquete, ó monta á caballo en el bauprés: entretiene con sus agudezas á los pasajeros de popa; traduce el Telémaco y las fábulas de Fedro: sabe de la historia que los moros vinieron á España despues que los romanos, y que D. Castor de Andechaga enarbó en su pueblo la bandera del mal aconsejado príncipe: es el niño mimado de la tripulación, y como se empeña en ello hasta tendrá agua dulce para lavarse las manos: lleva recomendaciones para comerciantes, propietarios, tenientes gobernadores y aun para el Intendente de la Habana: no sufre ancas de nadie: si le dan un bofetón devuelve cinco, sin reparar en que mejilla: posee un mediano equipage: saltará en tierra con levita de cutí, sombrero de paja, chaleco de piqué, pantalon blanco, corbatín de gró, y borceguíes. Su primo es el reverso de la medalla: siempre está sério y cabizbajo: come tan solo lo que le dan: sumiso á las mas leves insinuaciones del piloto no sale del recinto comprendido entre la proa y el palo mayor: busca un rinconcillo al sol ó á la sombra, segun cumple á su deseo, y se pasa allí las horas muertas: si le veis con un libro en la mano apostad la vida á que es el Bertoldo ó los Doce Pares de Francia: sábase á bordo que entona el romance de la Rosaura, y que cantó en la misa del Gallo de su pueblo los villancicos, pero no hay fuerzas humanas que alcancen á vencer su obstinado propósito de tener oculta su habilidad: á las palabras que le dirigen responde con rústicas sentencias: nadie le hace caso por adusto; si el contramaestre le da un golpe se volverá con mansedumbre del otro lado para que acabe de saciar su furia: si sopla el viento de proa ó sobreviene una calma chicha, le tasan el agua hasta el extremo de dársela por el oído de un fusil; cuando desembarque lo verificará con el mismo traje que lleva á bordo, salvo que se mudará de camisa y estrenará un chaleco de percal pagizo y unos zapatos de becerro blanco con cintas verdes: lleva una carta de recomendacion para un soldado del Fijo, y cuenta ademas con la benevolencia de un tiosuyo, de quien sabe por toda noticia que vivia sano y bueno en Guanabacoa dos años ántes.

Ea, amabilísimos lectores, ¿cual de estos dos seres se os figura que respirará algun dia el ámbar de la opulencia arrullado con la música que formen sus onzas de oro al caer en las arcas de su erario, y engraido con el crédito de que goce su firma en todos los mercados? Aun no es tiempo de que lo sepais.

Hasta que el buque echa el ancla en la bahía de la primera ciudad de Cuba puede decirse que los dos primos han seguido un curso paralelo, como dos arroyos que brotan de un mismo manantial y riegan una misma llanura: desde aquel punto se separan para no encontrarse jamás: fuerza es que los sigamos en sus opuestas y en sus revueltas sinuosidades.

El montañésillo jovial y bullicioso es de los primeros que saltan en tierra, acaso trascurren dos ó tres semanas ántes que lo verifique el del chaleco pagizo: un mes ántes de su llegada ha fallecido su tío en la última miseria: el soldado en quien cifraba su postrer consuelo se halla destacado en lo interior de la Isla, tales son los funestos informes que adquiere el infeliz, hostigando con sus preguntas á cuantos llegan á bordo: no se le alcanza medio de conseguir su licencia de desembarque: se resigna á los rigores de su estrella, y todo lo compone con no decir esta boca es

mía. Al fin el capitán de la fragata se conduele de tan triste abandono, y la vispera de tomar la vuelta de Europa le saca á tierra, y se lo encarga al dueño de una bodega, sita en la plaza de S. Francisco, con quien tiene suma franqueza. «Allí te dejo ese chico, le dice, atiéndele hasta que se coloque.» Y al hallarse con tan inesperada acogida, da el pobre rapaz la primera muestra de no ser indiferente á cuanto le rodea: un solidificado lagrimon resbala lento y despacio por aquel rostro de estuco. Su primo está ya en otro rango, es dependiente en una tienda de ropas de la calle de la Muralla: se grangea el afecto de su amo por lo mucho que promete su viveza y desenfado: lee todas las mañanas el Diario y el Noticioso Lucero: se egercita en la ciencia de vender, no permitiendo salga de allí ningun marchante sin alojar la mosca é irse



El Indiano.

muy contento; cada semana se le permite una noche de holgura, y el montañésillo va á la retreta: cada mes va al teatro un domingo por la tarde: cada año gana por de pronto cien duros: aprende la partida doble, se perfecciona en el francés y se impone en los primeros rudimentos de la lengua inglesa. Un muchacho de tan brillantes disposiciones debe subir como la espuma, ó no hay justicia en el universo: tiene fe en sí mismo y se envanece al ver cómo le solicitan, ya el primer socio de un almacén de loza, ya un baratillero de la plaza vieja, ofreciéndole triple salario del que disfruta. ¿Como resistir á tan ligeras tentaciones? También le sonsaca de su nueva colocacion con el cebo de mejorar de suerte el ferretero cuya tienda está dos puertas mas arriba. Así anda el montañés de Heródes á Pilátos dos, tres, cuatro años, ganando siempre en provecho y categoria, hasta que

logra pertenecer al escritorio de una casa de comercio, para llevar los libros ó la correspondencia. Hé aquí la época de su apogeo: en pos vienen el reloj y la cadena del metal mas fino de las minas del Perú, y el alfiler de brillantes, y la camisa de tela real, y el frac negro, y el abono al teatro, y las suscripciones á los bailes de *Sta. Cecilia* y la *Habanera*, y los primeros amores: se encuentra como el pez en el agua, y todos sus conatos se encaminan á equilibrar sus gastos con sus ingresos: su principal no tiene de él queja alguna y comerá el pan de su mesa hasta el día del juicio, si ambos viven y el montañés no se cansa de ello: ocupémonos de su primo y paisano.

Desde que el capitán del buque le deja en la bodega, hace propósito su dueño de formarlo para si y de amoldarle á sus hábitos: en pocas palabras le traza cual ha de ser su método de vida; y en su consecuencia el muchacho abandona su catre una hora antes que salga el sol del cristalino alcázar de Anfitrite: en los primeros meses barre, friega y se ocupa en otros oficios de este jaez: luego que aprende, guisa cuanto comen el amo y sus otros dependientes: hasta los dos ó tres años no le dan sueldo ninguno: despues tampoco se le dan, se le señalan: cuando el bodeguero realice sus intereses dejará treinta ó cuarenta mil duros de capital, y la cantidad que sumen los salarios del montañés con el agregado de su industria y trabajo se reputan por un capital equivalente: otro sócio deposita en metálico la misma cantidad, y ya entra el cantor de la Rosaura á disfrutar en las ganancias una tercera parte. Por lo general nunca se realiza esto sino despues de haber pasado dos ó tres años bisiestos: en tan largo trascurso de días, solo ha gozado nuestro mancebo tres ratos de solaz, y son un almuerzo que dió su amo en el torreón de la Chorrera en celebridad de haber sacado el premio grande: cinco ó seis partidas de tute que jugó una noche con un compañero suyo mientras estaban en vela por hallarse enfermo el dependiente principal; y ciertos festivos coloquios que tuvo á hurtadillas con una mulata. Además de los cotidianos afanes estuvo á la muerte de resultados de la fiebre amarilla, y por milagro se libró de las garras del tétano de la Isla de Cuba.

Ya tenemos en posición á los dos primos: de ella han de desprenderse de un modo inmediato sus opuestos destinos: ambos sentirían cerrar el ojo sin pisar de nuevo los maravillosos paisajes donde corriera su infancia: quizá no esté lejos el día en que vean colmada esa idea de ventura que con tanto esmero acarician en su mente.

El montañés de la bodega avanza que es un portento: trabajillo le costó descubrir el filon de su mina, mas llegó la época de explotarla, y á fe que lo hace con buen éxito, y no se da mala maña: todo le sale á pedir de boca: no hay empresa que no prospere si en ella figura como socio, ni especulación que no le reditue siquiera un diez por ciento: tiene en la uña el vocabulario mercantil: sus papeles se reducen á pagarés y letras de cambio: sus libros á los de cuenta y razón, de cargo y data. Al que le pregunte cuándo piensa volver á Europa, le contesta: «¡Quién sabe!» En tan lacónico período hay mas significacion de la que pudiéramos darle comentándolo. Pero á fuerza de vogar sus asuntos viento en popa, se determina á soltar prenda. «Así que junte cincuenta mil duros, dice, voy á dar un abrazo á los abuelos.» Se hace el balance por Navidad, y como resulten á su favor cuarenta y nueve mil duros y pico, bregará otros dos meses á fin de completar la suma: entre los Indianos se cuentan real por real los pesos duros, como entre los militares se cuentan los años de servicio día por día. Ocurre con frecuencia dilatar el plazo de la vuelta á Europa y duplicar el capital apetecido; porque tambien se asemeja el Indiano

al cazador, que sin cimbel ni reclamo se sitúa á la márgen de un arroyo: le costará muchos sudores adquirir elementos tan indispensables para henchir sus jaulas de prisioneros, mas luego que los adquiriera caeran pájaros en sus redes como gotas de agua en los campos por la estacion de las lluvias. Todos los afanes, las fatigas, todas las contrariedades que afligen al Indiano, duran lo que tarda en poseer los primeros cien mil reales: vencido este inconveniente como la gracia de Dios se propagan las onzas de oro en sus baules, y se declara entre ellos crónica tan salúfiera epidemia. Así que cunde lo bastante al colmo de su anhelo, solo aguarda para hacerse á la vela á que pase el equinoccio de marzo.

Con trasladarse á la Habana y con disfrutar mil y quinientos duros cada año no ha hecho el otro montañés sino ensanchar el círculo de sus necesidades, á medida que se ha dilatado el de sus recursos: medio que conduce á no alcanzar medro alguno: todo lo que no sea trazarse dos circunferencias concéntricas y reducir la que represente los gastos cuanto mas se dilate la de los productos, es andarse por las ramas. Su principal arma es un buque para la costa de Africa, y á instancias suyas arriesga en la expedicion una de sus anualidades: hé aquí la primera y la última de sus especulaciones mercantiles: corre el mes de diciembre: si los vientos no le son constantemente contrarios en todo abril, dará el barco cima á su viaje. Si desembarca en las inmediaciones del Mariel ó del Batabanó trescientos ó cuatrocientos bozales, en lo cual nada habria de milagroso, realizará nuestro jóven su proyecto, refrigerará la sed de diez y siete años en las deliciosas aguas del Nervion. ¡Ah cuántos suicidios se han consumado por haberse destruido castillos fabricados en el aire! ¡Que de huéspedes no han admitido en su seno las casas de Orates y del Nuncio, porque una maléfica ráfaga de desengaños vino á dar al traste con las mas arraigadas ilusiones! ¡Preserve Dios al mercader visono de tamañas desventuras cuando llegue á sus oídos la fatal noticia que le trae un bergantin, señalado ya en las almenas del Morro, por los mismos días en que, segun sus planes, debia hallarse dando tumbos en el golfo de las Yeguas! La corbeta expedicionaria cayó en las garras del Leopardo marino, y se declaró buena presa en el tribunal de Sierra Leona. Del mal el menos: el montañés ni se suicida, ni se vuelve loco: abúrrese algun tanto, y al fin decide á todo trance volver á la tierra: su principal le indemniza de la última pérdida, y entre unas cosas y otras reúne dos mil duros escasos, y algunas alhajas de su uso.

Ya se ha operado la metamorfosis: ni la madre que los parió conocería á los antiguos montañeses aunque se encontrara con ellos de manos á boca: el dependiente de la casa de comercio viste con elegancia y se presenta en la calle con el porte de un usia: tambien el bodeguero gasta levita y corbata, y aunque no es afroso ni pulido se ha impregnado su figura en esa especie de barniz que destila la riqueza; maravillosa óptica por cuyo cristal parece mas sutil y delgado su cabello, menos tosco su cutis, y no tan paralela su persona desde hombros á tobillos; ambos pueden caer de sorpresa en la casa paternal solicitando hospedaje al anochecer de un día nebuloso, ó representando otra inocente farsa que pase á ser anécdota y folletín de un periódico. Aquel montañésillo alegre y bullicioso, que era el Benjamin de sus compañeros de viaje, desembarca en Santander á su regreso de América: trae unos pañuelos de batista para sus hermanas, un cajon de tabacos para su padre, una rueda de cajetillas para el maestro de escuela, y dos cajas de dulce de guayaba para el ama del cura de su pueblo: cumple con todos y todos le agasajan: no llora lástimas á que no ha de proporcionar alivio quien las escuche; y así están sus compatriotas en la creencia de que viene po-

derosísimo de las Indias: le hacen padrino de todas las bodas, y le llevan en palmas á todas las romerías. No le disgustan aquellas distinciones: si permaneciera allí le nombrarían de seguro alcalde ó comandante de la milicia, y no deja de alhagarle lo del uniforme: pero su bolsa vá quedándose sin sustancia, y por lo mismo que le aguija el orgullo, ántes sería mártir que confesor. Se halla en el caso de tomar una resolución decisiva, porque el asunto urge, y la que adopta como menos mala es dar otra vez con sus huesos en la isla de Cuba, despues de vivir tres meses entre los suyos. Vuelve de nuevo á su escritorio, y acaba por dar lecciones de gramática y geografía á los hijos de un excelencia.

Aquel otro montañés sério y cabizbajo, á quien todos detestaban por adusto, regresa al país por *Nev Yorck*, *Liverpool*, y las capitales de Inglaterra y Francia: habla pestes de los extranjeros porque no comprenden el español, único idioma que posee, y porque para alternar con ellos en la mesa á bordo del *Greatwestern* tenia que ponerse de punta en blanco: celebra su regreso á Europa calzando guantes á sus manos por la primera vez: nada le preguntéis de la Gran-Bretaña, pues solo se detuvo en Londres el tiempo necesario para hacerse un traje completo y para ver que hora era: de Paris os informará mejor; ha asistido una noche á la Academia real de música, ha visto por fuera el cuartel de Inválidos, y compró en cierta estamperia una caricatura de Luis Felipe. Procura entrar en su aldea á la sordina: no es portador de ningun regalo: solo trae dinero: nadie sabe á cuánto asciende su fortuna: segun su dictámen en tan graves materias lo que está por decir es la mejor palabra: se lamenta de los tiempos; propiedad de todos los que tienen, llorar para que no les pidan: señala á sus padres una buena mensualidad: edifica una casa de tres pisos mas suntuosa que todas cuantas construyeron sus predecesores en aquellos contornos. ¡Una casa de tres pisos! Pirámide elocuente que atestigüa su victoria, espléndido trofeo de su insigne campaña; gigantesca columna en cuyo pedestal se esculpirá su nombre con letras de oro puro; pirámide, trofeo y columna que servirán de cebo padre por hijo á cuantos montañeses nazcan y se sucedan en el curso de los años, mientras los años no corroan sus cienientos y aplanen su techumbre.

Ni obsequios, ni agasajos le hacen olvidar al recién venido que no es solo en el mundo, y que donde él viva ha de vivir su metálico: y acto continuo se le vienen á la memoria las contribuciones extraordinarias y los préstamos forzosos: de aquí las cavilaciones y los insomnios y los cálculos ambiguos. Es español rancio, y si en su país no anduviera todo manga por hombro, como él dice, se estableciera en Santander ó en la Coruña, botaría buques á la mar, y le nombrarían diputado á Cortes ó senador del reino en las primeras elecciones. Tampoco le desagrada vivir en España sin traer á ella sus capitales; mas como los refranes castellanos son la norma de su conducta, se le ocurre al punto aquel de «Hacienda tu amo te vea» y decide volver á la Habana, no sin dar ántes un vistazo por Madrid, donde permanece quince días: en ellos conoce á Isabel II, vé la historia natural, pasea una vez en el prado, vá á los toros, asiste á la representacion del *Pelo de la Dehesa*, y frecuenta los ministerios. Merced á estas visitas y á algunos centenares de peluconas, obtiene grado de capitán, ó título de marqués, ó la gran cruz de Isabel la Católica, ó las tres cosas juntas; todo estriba en su desprendimiento. ¡Cómo lo vá á lucir por semana santa en la plaza de armas, en las procesiones y en las iglesias! Esta vez se embarca en la ciudad de Alcides, y al cabo de un mes pisa de nuevo su tierra de promision. Lejos de experimentar quebranto alguno han crecido sus fondos: se casa

con una criolla rica de fortuna y de belleza: administra sus cafetales, beneficia un ingenio en la *vuelta de arriba*, y engrandece su comercio. En seis años le dá su linda pareja seis robustas criaturas: ellas crecerán y darán buena cuenta del fruto de tantos afanes y tan repetidos sinsabores luego que papá cierre el ojo. Mas no le hagais semejante observacion, porque os dejará frios contestándoos: «Por mucho que ellos disfruten con despifarrarlo, no gozarán tanto como yo guardándolo en mis arcones.»

En España no hay pueblo alguno que no surta de habitantes á Querétaro y Caracas, á Montevideo y Arequipa. Como ya no se aparece la madre de Dios á los pastores, ni se tañen solas las campanas cuando entran los arzobispos en las aldeas, mucho es si de cada ciento vuelve uno á su país satisfecho de haber hallado lo que le indujo á atravesar el charco: basta ese número para que no se resfrie el entusiasmo de sus compatriotas, y para que á un dos por tres imiten su ejemplo. Contadísimos son los que se trasladan con sus fortunas al suelo natal; de como lo hacian ántes son testigos esos edificios que en todos los pueblos de alguna importancia se conocen con el distintivo de *casa del indiano*: á pocas leguas de la corte y en la lóbrega villa de Tembleque, descuella entre su humilde caserío una suntuosa morada con sus honores de palacio, en prueba de que todo el que trae de las Indias buena porcion de barras de oro dedica un espléndido recuerdo al rincón donde tuvo su cuna. Tan populares se hacen estos sucesos que para enteraros de sus mas triviales pormenores no necesitáis sino dirigiros á la mas concienzuda santurrona ó á la mas liviana posadera, al primer labrador de aquellos contornos, ó al último mozo de mulas: segun la persona que elijais oireis la historia apetecida en son de jácara ó conseja, de tradicion ó de romance.

«De luengas tierras luengas mentiras», por eso algunos individuos, enriquecidos en América, vienen al país creyendo que España voga en un océano de venturas: salen de su error á los pocos minutos de pisar las fértiles playas de Andalucía ó la amena costa de Cataluña, y resueltos á no pasar segunda vez el golfo de las Damas, se establecen en Burdeos, donde si no se avienen del todo con el refinamiento de la sociedad francesa, figuran entre lo mas florido, merced á la preponderancia que ejercen sus caudales.

Costumbre es llamar *Indiano* á todo peninsular que regresa de América. Si se lo llamais á alguno y se sonrie es porque, no lo dudeis, al oír como le nombrásteis *Indiano*, dice en sus adentros «sin calzones»; pero si su faz permanece inmóvil y su lengua muda, le regalais el oído y tenéis delante al verdadero *Indiano*, esto es, al que sale pobre de su aldea y vuelve opulento.

Por último, agradecido al lector, cuya condescendencia le haya inclinado á seguirme hasta este punto, es mi voluntad que si no le agradare el epigrafe de mi artículo, aunque es tan propio como ámplio y significativo, le sustituya con otro mas sonoro y denomine al tipo que dejo bosquejado *el Montañés de las Indias*.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

EL ESCRIBIENTE MEMORIALISTA.

No es mi intencion, benévolo lector, trazar aquí un cuadro completo de la existencia del Escribiente Memorialista: se necesitarian mas páginas que tiene un Calepino, solo para trazar el cuadro exterior de la existencia aparente, el panorama material del pobre y desdeñado Memorialista; porque si hubiese de penetrar en el caos de esa vida agitada, si hubiese de educir á palabras todo lo que encierra su alma de

dolores, de abatimiento, de proyectos y esperanzas, todo el papel de Burgos y Candelario, no bastaría á contener mis reflexiones; toda tu paciencia sería poca para sufrirme. Así, pues, pasaremos rápidamente por ambas faces, desterraremos el insupportable análisis, y como la abeja volaremos de una en otra flor salvo que no libamos miel ni cosa parecida, porque, caro lector, en la vida del Memorialista, apenas hay otra cosa que acibar y cicuta, amargura y dolor.

Vedle, escondido á medias, detras de su biombo, sudando tinta, derramando el genio á borbotones, poniendo continuamente en prensa una inteligencia no vulgar, y todo á tan módico precio, que apenas basta á satisfacer la menor de sus necesidades. Vedle otras veces cruzar las calles de la corte, ligero como una ardilla, activo como el mas activo corredor de la Bolsa. A veces parece una sombra, una pesadilla: por todas partes se le encuentra, siempre incansable, siempre impulsado como una máquina de vapor cuyo motor es el hambre. Verdadero judío errante, apenas el cansancio le detiene algunos momentos, cuando la voz de la necesidad, le grita: «¡Anda! ¡Anda!» y el Memorialista con un sacudimiento que puede llamarse galvánico, se despoja de su flaqueza mortal y vuelve á cobrar vigor para emprender su camino.

¿Y que necesidad tiene el escribiente, cuya vida parece que debía ser poltrona y sedentaria, de tanta actividad, de tan incansables incursiones, fuera del techo de su vivienda?

Esta es acaso la primera reflexion que se te ocurra, ¡ó inconsiderado lector! ¡ó lector de alma marmórea y berroqueña! ¿piensas tú que el Escribiente Memorialista, escribe las mas veces memoriales ni otra cosa ninguna?

¿Piensas tú que todos los que esta profesion ejercen, saben escribir? Si esto consideráras, conocerías todas las amarguras que el Memorialista sufre, todo el talento que emplea, y el inmenso tesoro de ingenio y de memoria que á veces malgasta, para vivir siempre pobre, para arrastrarse en la abyeccion de la servidumbre y acabar su peregrinacion en el hospital general ó el rincón estrecho de alguna portería. Por mi parte, te lo digo con verdad, creo que el ser mas desdichado de la tierra, el mas combatido por la fortuna entre todos los otros seres, es el Memorialista.

¿Y en que se ocupa el Memorialista? ¿por que se le llama así? ¿En que se ocupa? ¿por que se le llama así?—Se ocupa en todo, y se llama así, porque no hay una palabra que pueda significar una profesion tan universal y heterogénea. Podía llamarse *omnibus*, pero por una parte, el Memorialista no es pedante ni sabe latin, y por otra ya está profanada la palabra por asquerosas tartanas é inmundos carro-matos. Otros mil sustantivos podrías encontrar sin duda; pero aun cuando hallases al fin, que no lo creo, la calificación exacta de este ente universal, reducida á un vocablo, el memorialista no adoptaría la innovacion, porque es enemigo de novedades, y el nombre que lleva, heredado de sus antecesores, es para él mas sagrado, mas noble y respetable, que para un hidalgo de provincia los signos heráldicos de su escudo de armas.

El Memorialista vende cosméticos que vuelven en blanco ó rojo el pelo negro, que quitan el cutis de las manchas y producen otros milagros tan sorprendentes ó mas que los dichos.

Proporciona criados de ambos sexos. (No seamos rigoristas: quiere decir de uno ú otro sexo.)

Dá razon de casas de huéspedes, donde por seis reales diarios satisfacen todas las exigencias.

Tiene amas de cria. (No para él: para el que las pida.)

Ajusta cuentas en toda clase de idiomas.

Enseña á hacer agua de colonia, betun, cerillas de fósforo y otras ciencias.

Tiene amos que colocar.

Hace toda clase de negocios: es corredor universal.

Por último, (y este es el Memorialista privilegiado, el aristócrata, el doctor *in utroque* de la profesion,) escribe cartas y memoriales, da el sér á los villancicos de noche buena, y á los estrechos para damas y galanes, y si no le confían el juicio del año para el calendario, cúltese á la oscuridad que le rodea, y que no deja descubrir al genio sumido en el rincón en que se oculta, pero del que mal su grado, ha de salir hoy á donde le vean el sol y el mundo.

Así verás, lector, que hago bien en clasificar el Memorialista en dos distintas órdenes.

1.º El Memorialista que sabe escribir.

2.º El Memorialista que no sabe escribir, ni leer.

El primero es desde luego hombre pachon y bien hallado, avaro, sedentario tal como tú le concibes: es por último, el memorialista vulgar, sin poesia, todo carne y positivismo. Y sin embargo, si en su cabeza, cupiese una idea de lo bello, si un solo rayo de ilusion cupiese en aquel cerebro macizo y apelmazado, ¿que felicidad envidiaría? ¿que existencia correría mas venturosa y risueña en la populosa corte, aun de escaleras abajo, que es donde se anida la felicidad si es que hay alguna?

Considérate tú, lector, en tu cómoda banqueta, mirando tras de tus vidrios y esperando á la fortuna; (es decir, al parroquiano,) figúrate que ves abrirse la portezuela de tu jaula, y que entra una sonrosada muchacha de ojos vivarachos, modestamente vestida con su limpio traje de percal, arrebujada en su negra mantilla, y sustentando en el siniestro brazo la cesta de la compra. Ya te parece que la ves acercarse á tí....

Detente, lector mio, y no arranques al Memorialista la poca ventura que goza. Tú no serías, además, tan reservado y prudente como él: tú no sabrías guardar en tu corazón todo el tesoro de preciosos secretos, de dulces palabras, de amantes propósitos, de frases apasionadas, que se escapan involuntariamente de aquellos dulces lábios, con la sonora entonacion de las Maravillas y el Rastro. Tú te sonreirías malignamente, tú la echarías á hurtadillas a guna mirada poco casta, que revelaría al instinto de la muchacha que tú no ejercías de mucho tiempo la profesion de Memorialista de ese intérprete de sus amores en quien está acostumbrada á mirar un ente bruto, una máquina inanimada, que no ve sino para escribir, que no oye sino para transmitir sus palabras al papel, como si estas palabras corriesen á manera de un fluido eléctrico desde su oído hasta su pluma, sin dejar el menor rastro de sí. Verías entónces cómo retrocedía asombrada, como las palabras se perdían entre sus lábios, como no articulaba mas que frases vagas é incoherentes, sin vida, sin calor.

Retrocede pues, y no turbes al Memorialista en su blando somnambulismo, y á la pobre muchacha en las ilusiones de su ausente amor.

Pasemos ahora al memorialista, que no sabe escribir, al memorialista activo, emprendedor. Este es el que mas trabaja y el que hace ménos fortuna, cosa que no te sorprenderá si consideras que en esta tierra de desalmados, lo mismo nos sucede á todos, desde el patán hasta el covachuelista, desde el zapatero de viejo hasta el ministro de Hacienda. Nuestro desdichado *escribiente*, necesita vegetar sin escribir; engañar con sutileza al que le encarga un memorial, una carta, un comunicado para un periódico, la copia tal vez de algun drama ó novela original. Discúlpase con algun que hacer importante, oye que le llaman, se mueve convulsivamente sobre su banco, como hombre á quien agujian urgentes negocios, se da en fin la importancia de un secretario del despacho, y atrapando ya en borrador, ya en la memoria la carta, memorial, etc., corre como un relámpago á subarren-

dar el escrito: quédale por consiguiente tan módica ganancia, que es ventura para el asendereado corredor, que no se haya inventado moneda menor que la calderilla.

Le encargas algun criado, nodriza, cochero, mozo para cuidar caballos, etc. No habrá pasado media hora, y tu casa se verá inundada de todos los vagos que en Madrid hurtan pañuelos, de todas las pasiegas de los portales de Santa Cruz, de todo cuanto necesites, en fin. Y cuando consideres que el Memorialista ha corrido en este tiempo los 50 barrios intramuros de Madrid, te reirás, como yo lo hago, de todas esas peligrosas invenciones de los caminos de hierro que tú no has visto ni verás en España. Bien puedes apostar por él contra el mejor caballo del lord Sidney, porque yo tengo para mí que el mas aéreo y ligero de cuantos posee el opulento aristócrata inglés, ha de tener huesos y pellejo como el de Gónela, y el Memorialista todo es momia y cartilagos. Tal le ha parado su pasmosa actividad, tal vive siempre famélico y vacío, que si obedece á las leyes de la gravedad, puede agradecerlo al supremo Autor que sujetó á la tierra con una cadena invisible, al aire como al Memorialista. Y solo así podia tener esa envidiable celeridad, con él es pesada la ardilla y perezoso el gaviilan. Si tuviera el olfato del perdiguero, grande seria su fortuna: pero, ¿quien posee juntas tantas perfecciones? ¿á quien no le falta algo para hacer completa su felicidad?

Pero si el Memorialista que no escribe, está flaco y digámoslo así, evaporado, goza en cambio de una salud á prueba, resiste al frío, al calor, al viento, al agua. Es preciso conceder que el ejercicio es un gran elemento de higiene; es fuerza confesar que la dieta es un gran preservativo, y que no en vano la recomiendan los *Brusistas*. ¡Ahí teneis la prueba, incrédulos! el famélico y activo corredor, desafía á Codorniu y á Delgrás: nunca ha entrado en botica; jamás ha querido imponer leyes á la naturaleza. Ella que le ha curtido, escudándole así contra todos los sistemas conocidos de la medicina, ella tendrá cuidado de llamarle á su hora, sin ruido y sin violencia. Esta es una de las pocas venturas que el pobre Memorialista disfruta.

Y ya que hablamos de sus venturas, no las dejemos pasar por alto, pues que de sus desdichas hemos hablado. El Domingo, día de descanso para todos los que trabajan, (los que no trabajan, no descansan nunca) el Domingo como digo, es el día de sus mayores felicidades, porque está consagrado al reposo del alma, á las ilusiones risueñas, á la vanidad de que no esta exento el mas humilde de los mortales. La mañana está destinada á las obligaciones religiosas: ayuda misas ó acompaña al viático.

Por la tarde va á Chamberí, ó á la Virgen del Puerto, se pasea gravemente por entre la *canalla*, saluda á las criadas que le deben su colocacion, permite que le den tratamiento, y envuelto en su ancha levita y blandiendo su nudoso baston de encina, olvida por un momento su miseria pavoneándose con ridicula gravedad.

Pero el memorialista debe al fin envejecer, como envejece todo, como el mundo mismo, como la naturaleza misma. Considera su desesperacion, ¡oh lector mio! el ave encerrada en su estrecha jaula, ansiosa de aire y de espacio no sufre lo que el sufre, ligado por la edad; cogido en el lazo inflexible de la vejez. Entonces empieza el reposo de su cuerpo: su destino regular es la portería. ¡La portería! ¡lo que él considera como su degradacion y afrenta!

¡Pobre memorialista! ¡antes tan activo, libre como el aire, ligero como el águila; ahora encerrado en una angosta celda! ¡antes tan bullicioso y decididor! ¡ahora tan meditabundo y silencioso! ¡Adios, esperanzas proyectos, ilusiones! ya habeis muerto para el viejo me-

morialista, que ya no aguarda sino el momento de que le saquen de aquella tumba para encerrarle en otra aun mas estrecha.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

EL AMA DEL CURA.

Incedo per ignem.
Camino sobre ascuas.

HALLÁBAME ASAZ embebido en pintar esa singular mujer que nosotros los españoles llamamos figuradamente el ama del cura, calificacion que por si sola suple por un difuso comentario, cuando de improviso fui sorprendido por una voz que me gritaba: «¡que te quemas! ¡que te quemas! No yo, sino ella» contesté con viveza sin haber reflexionado todo el valor de esta expresion, sin duda porque las delicadas facciones y las gracias del tipo que habia empezado á trazar escitaron en mi mente ideas demasiado terrenales. Luego, repuesto de la primera sorpresa, y viendo á mi lado un antiguo y apreciable amigo, que era el que me hablaba, retiré pausadamente el guardamano, solté la paleta y los pinceles, y acomodándome bien en la silla le dije:

«En verdad, amigo, que no dejas de tener razon, conozco que he tomado á mi cargo una empresa erizada de punzantes espinas, y rodeada de escollos, pudiendo decir que navego entre Scyla y Caribdis. Ese retrato que aun está en bosquejo, y al que me prometo dar toda la exactitud en las formas, con la mayor perfeccion de coloridos, es el de una española que se diferencia de todas las de su sexo por mas de una circunstancia curiosa é importante de su vida. Ha de representar á la compañera del director de la conciencia de los demas hombres, y no así como quiera compañera, sino compañera inseparable, depositaria de todos sus secretos que le consueta en sus aflicciones y le alienta en sus trabajos pastorales. De aquí nace el papel que ella hace en la sociedad, y de aquí tambien procede que en todos tiempos ha ofrecido un problema de difícil resolucion, escitando la envidia de muchas mujeres por mas de un motivo.

«Si se atiende á que el ama del cura suele ser por lo regular jóven y bonita, ó por lo menos rolliza y no mal encarada; porque esos benditos señores con muy leves escepciones, han dado siempre en la terquedad de tomar amas que llegan á los veinte y nunca pasan de los treinta abries, faltando á lo que se les preceptúa en repetidos cánones eclesiásticos, se descubre un *fomes peccati* que eternamente ha sido piedra de escándalo para la generalidad, digo la generalidad para que no te imagines hablo de lo que llaman vulgo, porque mira las cosas solo por lo corteza, ni creas han pensado esclusivamente de esa matrona con mezquindad ó malicia los que se reunen á matar el tiempo en el café ó en la taberna. Papas y concilios, reyes y legisladores, escritores demoralreligiosa, y por complemento muchos poetas, todos, todos se han esforzado en censurar esta costumbre, naciendo contra ella un argumento poderoso del conjunto de estas autoridades:

»De que el señor cura tenga
Por ama una moza alegre,
Siendo mejor una vieja
Para que su ajuar gobierne

¿Que se infiere?

Así se espesaba Iglesias y en verdad que siendo clérigo muy bien podia decir aquello de que *quien las sabe las toñe*. Pero en honor de la justicia me decido á no dar á esta pregunta el valor de un raptó poético, de una inspiracion del dios del Pindo, teniéndola mas bien por una sugestion diabólico de su *ánima apicarrada*, que le dió esa libertad en el decir, segun el mismo confiesa; libertad que degenera en ligereza, y le

hace faltar á la veracidad, con olvido de uno de los mejores preceptos de Horacio, pues, si hemos de mirar este asunto con imparcialidad, de que los curas y los clérigos tengan mujeres mozas á su lado, solo puede inferirse, que como es natural prefieren la edad lozana á aquella en que decaen las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y por consiguiente para darles en esto razon no precisa meterse en mayores honduras. Así es que se cuenta de un cura que en lugar de un ama de mas de cuarenta tenia dos de mas de veinte y un años cada una, y habiendo sido reconvenido por su superior sobre este particular, le contestó con agudeza: «señor ilustrísimo, en nada he faltado al concilio porque tengo la obra en dos tomos.»

«Pero no es ese el punto de la dificultad, sino que al paso que tanto se ha escrito sobre las amas de los clérigos, como puedes ver si te place en ese gran monton de libros que estan sobre la mesa y he registrado con detencion, hay tambien algunos esclusivamente dedicados á hacer su panegírico sin distincion de mozas ó solteras, no faltando quien las compare con la mujer fuerte del Evangelio, haciendo una larga enumeracion de los servicios que han prestado á la iglesia.

«En medio de este choque de opiniones, solo la filosofia y la propia esperiencia pueden servir de brújula para seguir un seguro derrotero, por lo que me veo precisado á separarme de todas esas autoridades, y tomar el rumbo natural por donde me guia la mas constante y larga observacion, sobre todo cuando ninguno de esos escritores ha tomado en consideracion las diferencias de tiempos, de circunstancias y opiniones que tanto influyen en los hábitos, usos y costumbres de los hombres.

«En paz sea dicho de los encomiadores de las amas de los curas, que tanto nos recuerdan los consejos de san Pablo y las costumbres de los primeros siglos de la cristiandad, lo mismo que de sus exagerados destructores; esa mujer no es lo que los unos sostienen ni lo que los otros discurren; es y será siempre una persona misteriosa é indefinible en su posicion social. No es viuda, casada ni soltera, aunque de todo tiene un poquito; es un ser semi-espiritualizado, que por prevision primero, despues por hábito, y siempre por el mas refinado egoismo, se convierte en un riguroso trasunto de las ideas, genio y carácter del hombre que lo es todo para ella, y cuyo corazon quiere conquistar; como prenda hipotecaria de su bienestar presente y futuro. Por eso se la vé en toda la escala clerical, desde el canónigo ó el opulento patrimonista hasta el cura de aldea ó el alquíviv, imitando minuciosamente al que se ha dignado tomarla bajo su proteccion, y le trasmite la influencia que disfruta: sígmola observando en esta escala, que es método analítico y nos ha de suministrar algunos medios de conocerla.

«La primera dificultad que se me presentó cuando empecé á trazar esa figura, fue relativa al trage con que la adornára. Pasaron ya aquellos tiempos en que las amas de los clérigos españoles llamaban por su lujo la atencion del legislador, como lo demuestran varias leyes suntuarias insertas en nuestros códigos, y aunque en muchos pueblos de escaso y pobre vecindario suelen tener reservado en la iglesia, donde debiera desaparecer toda distincion, un lugar preferente, es lo cierto que ni llevan cojines, alfombras, ni cosa que lo valga, ni pueden gastar profusion en el vestir, pues como hoy el abad solo de lo que canta yanta, es decir, que viviendo el cura del pié de altar, consiste lo restante de su renta en esperanzas para cuando el pueblo se encuentre mas adinerado, ó el tesoro haya salido de sus apuros y como las rentas del patrimonista ó nuevo capellan han disminuido en proporcion del valor de los frutos de las fincas, es lo cierto que sus amas no pueden extenderse como quisieran, y tienen que moderar sus gastos, de lo que se lamentan sin

cesar, maldiciendo la revolucion y á los reformadores.

«¡Malditos de Dios esos judios fracmasones que han destruido la religion!» decia el ama de un canónigo que habia ido con este á visitar una compañera. «¿Como querrá vd. creer, doña Josefa, que mi casa está toda desarreglada y desprovista desde que empezaron estas revueltas? A don Tadeo parece que le han echado encima cien años, me figuro que se le ha de ir el juicio.

—Y con sobrada razon: «contestó doña Cándida; lo mismo sucede al mio, porque ¿quien puede mirar con paciencia el estado precario á que nos hallamos reducidos todos los que dependemos de la iglesia? Yo no he podido salir estas pascuas porque todos mis vestidos necesitan compostura; unos por tener la manga antigua y otros el talle muy alto ó muy bajo, y no me he atrevido á llamar la modista por no tener para pagarla.»

«Estas quejas son sin embargo algo exageradas, pues las amas de los clérigos, aun los de aldea, se distinguen todavia por la riqueza del trage. En las ciudades se las vé vestir con la mayor elegancia y gusto esquisito, aunque siempre sin entrar en la última moda por no confundirse con las profanas. En los pueblos de alguna extension gastan mejor apostura que la mujer del juez de primera instancia, si es que este puede mantener á una mujer, lo que ahora anda muy dudoso, ó la del alcalde constitucional, y esto ya sube de punto, por serlo regularmente el propietario mas rico de la poblacion, y disfrutar mayor consideracion que el pobre sacerdote de Themis. En los pueblos pequeños y en las aldeas presentan mas lisura, pero siempre el ama se diferencia de sus convecinas por el aseo, primor y finura de la tela de sus ropas, ofreciendo en todas las localidades por resultado la singularidad.

«Causas muy poderosas han influido ciertamente en esta ostentacion lujosa de las amas: unas traen su origen de las combinaciones de su propio interés, y otras es menester buscarlas en el modo de discurrir del clérigo. Piensa el ama, y piensa con fundamento, que el trage comun la confundiria con una simple criada, siendo llano y humilde, que el desaliño no es decente en la del estado honesto; y que el luto de la viuda infunde tristeza. Por eso, tomando el consejo de San Agustin, procura adornarse como la casada, para llamar la atencion de aquel mortal de quien depende su ventura, pero siempre acomodando sus trages á su estado ambiguo y misterioso. El clérigo por su parte, prescindiendo de la natural inclinacion del hombre á ver engalanado el objeto de su aprecio, y de la satisfaccion que produce la presencia de la hermosura con sus legítimos adornos tiene tambien otros motivos muy graves para deseárselo así. ¡Que se diria de él si los que viven á su lado no diesen á conocer por su aliño que sabe darles el lugar que á cada uno corresponde, teniendo metotizada y bien morigerada su familia, cuando es el que por obligacion ha de dar ejemplo á los demas! Así mira por el prisma de su disfrazado amor propio el lujo del ama como una cosa consiguiente indispensable, como una muestra de prudencia y prevision. ¡Triste humanidad, siempre débil y extraviada!

«En resúmen, el ama del cura mientras no llega á una edad provecta, en que pueda considerarse como jubilada, solo se diferencia de las demas mujeres por el trage, no en sus formas y prendido, sino por su mayor elegancia y riqueza. Cuando para ella ha pasado el tiempo de las ilusiones, cuando raya en los cincuenta años, entónces, entran los repulgos, los remilgos y los escrupulillos, que tambien se apoderan del buen sacerdote octogenario. Ya gasta por fin saya y manto, ó mantilla lisa, ó á lo mas con una blondita angosta, segun el uso de cada pueblo ó provincia; lleva su alfiler en el pañuelo del cuello, colocado allá

junto á la barba; sus zapatos son de cordoban ó becerillo, y en cuanto á las pocas canas que le han quedado, las recoge con un cordon negro lo mejor que Dios la da á entender. Nada de pendientes ó arracadas pues no lo permite la enjuta y mortificada oreja, y si en los dedos, que empiezan á padecer igual consuncion, conserva algun anillo, es de cuatro metales para preservarse de un ataque epiléptico, ó el que le regaló su cura allá en cierta ocasion solemne, y ella piensa dejar en herencia á un sobrinito de aquel en prueba del maternal afecto que le conserva, por haberle criado, asi como está en dejarle el remanente de sus ahorros despues de descargada su conciencia, acerca de cuya arreglada disposicion testamentaria ha hecho mas de una consulta al anciano casuista.

«Pero basta de trapos, moños y perifollos, que aunque tratándose de mujeres tienen siempre su importancia, no es este el punto de vista por donde conviene examinar á nuestra heroína y lo que ha dado pié á nuestra conversacion.... Llegando aquí me interrumpió el amigo y dijo: «Ya se á donde vas á parar. El ama del cura de cualquier modo que se vista, hará siempre rancho aparte de todas las demas mujeres por sus maneras, sus hábitos y su modo de pensar.»

«Lo hará, amigo, y lo hace en efecto: esto es muy sencillo, y no necesita comprobarse con la autoridad de Séneca ni de ningun otro filósofo. Basta la luz natural para conocerlo. Este es uno de los muchos casos comprobantes de los sabidos refranes (con perdon del buen Sancho sea dicho): «no con quien naces sino con quien paces» «dime con quien andas decirte hé quien eres» «quien con lobos anda á ahullar se enseña.» ¿Como ha de pensar y obrar una mujer que continuamente pasa sus dias bebiendo los hálitos de un hombre superior á ella en todos conceptos, ya se atiende á la mayor firmeza de su sexo, ya á la edad, ya á la educacion é instruccion, ya, en fin porque es su protector su amigo y su consejero? Ella tiene su dormitorio inmediato al del *Padre* por si se ofrece algo á media noche, hallarse pronta á prestarle todo el servicio que le ha prometido y es de su deber. Por la mañana suele levantarse primero para tener todas las cosas dispuestas y arreglada la casa en lo que se manifiesta muy solícita. En seguida, si este va á la iglesia, ó le acompaña ó entra á ella pocos minutos despues, ó le precede para enterarse del sacristan de si hace falta alguna cosa en el recado de decir misa. De vuelta al hogar se desayunan juntos, y los dias que el uno nada tiene urgente que le obligue á volver á la calle, toma parte en los quehaceres domésticos, ya cuidando los pájaros, y otros animalillos, ya regando las flores, ó cultivando las berzas del corral.

«En todas estas faenas ó entretenimientos le acompaña el ama con su acostumbrada complacencia, y llegada la hora del medio dia comen juntos, duermen ambos la siesta, repitiéndose á la noche la misma escena, de suerte que el ama del cura puede decir como Xira en la tragedia de Voltaire: «á Orosman solamente oigo y veo; de su bondad recibo honras continuas que me esclavizan mas y mas.» viene pues el ama á reducirse á un eco del clérigo; piensa como él, siente lo que él, y obra como él, salvas las diferencias del sexo. Por eso nunca entra en franca sociedad con otras mujeres, á las que se cree superior hallando siempre en ellas motivos de censura. No se acompaña con las mocitas porque no saben hablar como buenas casquivanas, de otra cosa que de novios y las tiene por atolondradas é insustanciales, esto cuando no las califique de lividinosas ó desenvueltas, que es lo mas frecuente. Si por casualidad concurre alguna vez donde hay casadas, y alguna se lamenta de la mala conducta ó del génio áspero del marido, y otra de lo mucho que los chiquillos le dan que hacer, al instante dice:

«¡ Gracias á Dios que no tengo que pasar por todas esas penalidades! Si tuviese que sufrir, que contem-

plar á un hombre tan osco, tan ingrato, me moría á los cuatro dias: por eso no me he casado, y cuenta que no me han faltado proporciones. He tenido la suerte de que el padre es una malva, un almívar, un bendito, un santo, y ademas un pozo de ciencia. ¡ Que órden, que reposo, que paz reina en mi casa! No hay mas voluntad que la mia, que siempre es la de él, pues mis complacencias se cifran en obedecerle, así como él en darme gusto en todo. ¡ Cuánto pierden los que pierden la tranquilidad del espíritu! Pues ¿y la educacion de los hijos? ¡ que cargos, que cargos en la presencia de Dios! ¡ Cuántas gracias debo dar á este Señor que me ha librado de tan gran responsabilidad!»

«Si llama á la puerta de su casa una pobre viuda cargada de hijos, que viene acongojada á implorar la caridad de su párroco, ó para que la socorra con alguna limosna que ha sabido se reparte á las de su estado por conducto del mismo, ó para que la consuele ó la alumbre algun arbitrio que la pueda sacar de su indigencia, el ama, informada de su cuita, vuelve á su acostumbrada cantinela. « Cuánto mejor no le habria estado á Vd. no casarse, pues no se veria sola, jóven todavia y cargada de hijos? Vea Vd. por que yo no me atrevido á abrazar un estado que trae en pos de si tan fatales consecuencias.» Por últimos el ama del clérigo es enteramente opuesta á los casamientos, porque con este austero y místico lenguaje procura disimular su posicion equívoca, y llenar el vacío que esta deja en su conversacion con las que por las diversas relaciones de sus respectivos estados solo hablan de lo que mas les punza, y en cuyos, detalles ni puede ni quiere tomar parte, naciendo de aquí y de la envidia que las casadas escitan en las solteras que se han quedado para vestir imágenes, como suele decirse, el general desvío que entre todas ellas se observa.

«No por esto se crea que el Ama del Cura se muestra siempre mezquina y poco compasiva. Nunca incurre en semejante torpeza, tan contraria á su propio interés: este se disfraza con el manto de la caridad, cuando es oportuno ó indispensable, si hemos de creer al sentencioso La Rochefoucault. ¿ Que se diria del Cura y de su Ama si esta no diese limosna, si no socorriese al pobre y al necesitado? Ningun mendigo que llega á su puerta se retira con las manos vacias, especialmente á la hora de medio dia, y en los pueblos pequeños, en que está su casa junto á la parroquia, á la hora de misa mayor. Suelen ser madriñas de bautismo ó confirmacion de los hijos de los pobres, distribuyen el hilado de su lino y lana entre las mas necesitadas, y se encargan de referir al cura los ayes del bracero enfermo que no puede trabajar. Son pues el dechado de las vecinas, el modelo de la caridad cristiana. Tambien suelen tomar á su cargo el cuidado y aseo de algun altar, y cuando pasan de la edad florida dan á todos buenos consejos, cuentan mil ejemplos, milagros y casos prácticos de conciencia; traen siempre un púlpito en las manos, hablando de los apóstoles y el Evangelio, y repitiendo lo que les ha ido enseñando el cura en el largo discurso de su vida. Esto se entiende cuando el buen señor ha sido lo que debe ser un cura, pues tratándose del que olvida su ministerio pastoral, dice misa temprano el dia que la dice, y se marcha de caceria en el hijo del secretario y el del regidor primero, que son dos buenos neñes; del que pasa el dia entero en el ayuntamiento, disputando con el alcalde y el síndico sobre todos los negocios que allí se ventilan y en que toma una parte activa; ó finalmente del que se asocia al eterno juego de la malilla ó del solo en casa del boticario, claro está que el ama nada bueno ha aprendido, y por lo mismo no puede hacer bien este papel. Con todo, como por lo regular la mujer suele ser mas astuta que el hombre, son pocos los casos en que se

encuentra fuera del círculo en que se ha colocado. Su casa está cerrada, y ella dentro, entregada á sus labores como Penélope.

«Empero estas mujeres no viven del todo aisladas: en las ciudades y pueblos numerosos forman tertulia varios clérigos, á la que concurren sus amas, haciendo tercio para jugar un mediator ó una malilla. En esta reunion se habla de todo, concluyéndose por dar un repaso general á la vecindad bajo el conocido tema del desarreglo de las costumbres, y la censura del libertinaje que en ellas se ha introducido. Uno de aquellos señores habla de lo mucho que ha padecido el culto con la reforma del clero, y el eco de este buen eclesiástico, es decir, su ama, cita la supresion de las hermandades y rosarios. Otro saca á volar la inquisicion y los frailes, que eran el mas firme sosten de la iglesia; otro se desata en una furibunda diatriba contra los liberales y el gobierno representativo, y alguno mas anciano cuenta sus dolencias, que el amano se descuida de lamentar, quejándose de la intemperie de la estacion.

«Luego se habla de música, y no falta aficionado que pondere la buena voz del nuevo sochantre, ó la habilidad del organista, como tampoco quiense queja de haberse introducido en los templos una música profana. En fin, se habla de todo lo acomodado á las ideas de los concurrentes, como el cultivo de las flores, la recoleccion de cosechas, de muebles primorosos, de la cria de animalillos, y por último forma la parte mas sustanciosa y recreativa de la conversacion el buen tabaco, los dulces y los casos ocurridos á los conocidos, que es donde esplayan las amas su reprimida locuacidad, separándose todos amigos y contentos, quedando cada clérigo convencido por su parte de que su ama es la mas discreta de toda la concurrencia, así como esta sale satisfecha de haber sabido lisonjear el amor propio del eclesiástico su protector.

He dicho que el ama no descuida ninguno de sus deberes domésticos, y que lejos de adormecerse en la molicie se levanta antes del dia y se ocupa en la direccion de la casa. En efecto, con dificultad se encuentra una que presente en lo interior mejor aspec-

to que la del clérigo, y donde esten mas exactamente distribuidos el tiempo y los quehaceres. Los muebles de todos las habitaciones se hallan limpiísimos y colocados en su lugar respectivo, lo mismo que los útiles de cocina, y demas oficinas. El perrito y los gatos, animalillos predilectos de los comensales, tienen señalado el sitio donde han de dormir. La criada y el criado los ha escogido tan á propósito que de puro buenos pueden arder en un candil: la primera por callada, limpia y hacendosa, el segundo porque pasa por todo, siendo incapaz de decir fuera lo que pasa de puertas adentro, escelente cualidad tan rara como el ave fénix. Para ello siempre que tiene que tomar algun sirviente, ademas de adquirir ántes los mas minuciosos informes, le hace un largo y prolijo interrogatorio, y concluye con el siguiente catálogo de prevenciones.

«Bien, dice á la que ha de ser criada, en atencion á los buenos informes que me han dado de tí, y á que ni tienes novio, ni piensas tenerlo, es menester que

sepas que si te quedas en casa debes no olvidar que esta es un convento, y que has de ser muy humilde. Lo que yo te mande es como si lo mandara el Padre cura, pues aqui no hay mas voz que la mia, y su merced se entiende siempre conmigo, por que estoy enterada en todo y sé cómo se le ha de dar gusto. Nada de cuentecillos á las vecinas de lo que pasa en casa, y poco trato con todas, sin reñir con ninguna.» En cuanto al criado le previene que no ha de tener chichisveo con aquella, entendiéndose para todo solo con el amo y con ella, siendo bien hablado y asistente á la iglesia. Tal es el buen orden que el Ama del Cura observa y hace guardar á sus domésticos.

«Mas no es oro todo lo que reluce, ni en el mundo hay felicidad completa. Si el clérigo y su ama son de una misma edad, llegan juntos al fin de una vida pa-

cífica, que han pasado pensando esclusivamente en lo que podrán dejar al sobrinito, único objeto de su predileccion. No sucede otro tanto al ama jóven de clérigo anciano, porque esta, en medio de las comodidades y gustos que disfruta, no vive tranquila. Hay



El Ama del Cura.

un gusanillo que la roe interiormente, un pensamiento mortificante que la hace temer para lo futuro. La seguridad de su bienestar no solo depende de la vida de aquel sino de su última voluntad, y esta puede no serle favorable, aunque ya tiene hecho testamento en su favor. Hay unos malditos parientes pobres que se han empeñado en heredarle. De aquí su continuo afán para estorbar todo trato y comunicacion del uno con los otros, y aunque esto lo ha conseguido hasta aquí, mientras su bienhechor goza salud, teme el momento crítico de la proximidad al sepulcro, cuando el hombre vé las cosas de este mundo al revés que en todo el discurso de su vida. Así pasa el ama sus días entre esperanzas y sobresaltos, recelosa de perder el verdadero precio de tanto sacrificio.

«Llega por fin ese momento fatal tan temido y azaroso: cae gravemente enfermo el clérigo; acuden los parientes, desentendiéndose de anteriores justos motivos de resentimiento, para aprovechar esta ocasion crítica que encubre su sumision ó su bajeza, pero han llegado tarde, y la suerte está echada, porque para ellos ya su pariente no existe. El médico, estimulado disimuladamente por el ama, ha prevenido se acerquen solo al enfermo las personas que le asisten, y ninguno de ellos consigue penetrar en la misteriosa alcoba, de cuyas puertas no se separa el ama un instante. El clérigo atribuye á estremada ingratitud el desden ó olvido que muestran sus parientes; vé los extremos de sentimiento que hace el ama, y muere sin variar su disposicion testamentaria, concluyendo al cabo los temores de la agraciada. Luego que pasan los días del funeral, despide al criado, conservando solo la criada, reduce algo su gasto, se rodea de su familia, si la tiene, y se dedica esclusivamente á disfrutar los bienes heredados.»

Supongo, lector benévolo, no se habrá escapado á tu sagaz penetracion que eres el amigo á quien he dirigido la palabra desde un principio. Me parece haber satisfecho tu oportuna curiosidad, haber desvanecido tus dudas, y haberte presentado con la exactitud que me ha sido posible el retrato característico de una española, de cuya misteriosa vida tanto se ha escrito y hablado en todos tiempos, y que en el presente sufre como cada hijo de vecino los embates de la tormenta revolucionaria, que tan rápidamente va alterando nuestras antiguas costumbres, de las que apenas nos quedan reminiscencias.

JOSE MARIA TENORIO.

EL PRETENDIENTE.

TRATANDO de delinear los tipos mas generales y característicos de la sociedad española, muy pocos pasos podríamos dar en tan vasto campo, sin tropezar de buenas á primeras con el que queda estampado por cabeza de este artículo.

Donde quiera, con efecto, que dirijamos nuestra vista, donde quiera que alarguemos nuestra mano, el pretendiente nos presenta su atareada figura, el pretendiente nos ofrece su envejecido memorial. Desde el humilde taller del artesano, hasta los aureos escalones del trono, ni una sola clase, apenas ni un solo individuo, dejamos de ver atacado mas ó menos de esta enfermedad endémica, de este tifus contagioso, designado por los fisiologistas de sociedad con el espresivo título de *la empleomanía*; y aunque variados en los accidentes, siempre habremos de reconocer en todos ellos los caracteres principales de tal dolencia; la ambicion ó la miseria por causas; la agitacion, la intriga y desvelo por efectos consiguientes. El término del mal tambien varia segun los individuos ó segun las circunstancias; sos hay que se darian por sanos y salvos con la posesion de una estafeta de correos ó un estanquillo de ta-

bacos; los hay que aspiran á ornar su persona con un capisayo de obispo ó un uniforme ministerial; hasta los hemos visto, que en mas elevada clase, no dudaron un punto en lanzarse á la pelea y conmovier al país á trueque de conquistar una corona. Todos son pretendientes; todos están atacados del tifus de la ambicion.

Para conseguir sus deseos, cada cual pone de su parte los medios respectivos que entiene por mas análogos; y estos medios, este sistema, varian tambien frecuentemente segun los caracteres peculiares de cada siglo, de cada *civilizacion*, de cada mes. Los que eran ayer oportunos y de seguro efecto, suelen aparecer hoy ridículos y producir el contrario; los que en el momento presente están indicados, hubieran sido temerarios ejercidos en la antigüedad: *la antigüedad* en el lenguaje moderno, suele ser la década última, el año pasado; y nunca mas que ahora tiene su significacion genuina la emblemática figura del tiempo viejo y volador.



El Pretendiente.

Tanto mas difícil para el dibujante retratar con exactitud la fisonomia de un objeto tan móvil, cuanto que á cada paso se viste como el camaleon de los colores que le rodean; que ayer humilde, hoy arrogante; ayer hipócrita y compungido, hoy desenvuelto y lenguaraz, como que parece desafiar á la observacion mas constante, al mas atinado pincel, á la pluma mas bien cortada.

Válgannos para el desempeño mas ó menos acertado de nuestra difícil tarea los procedimientos veloci-

feros del siglo en que vivimos; hagamos en vez de un esmerado retrato al óleo, un risueño bosquejo á la aguada; y si esto no basta, préstenos el *daguerreotipo* su máquina ingeniosa, la estereotipia su prodigiosa multiplicidad, el vapor su fuerza de movimiento, y la viva lumbre de su llama, el fantástico gas; aun así, procediendo con tan rápidos auxiliares y pidiendo por favor al modelo unos instantes de reposo, todavía nos tememos que ha de cambiar á nuestra vista, y que si le empezamos á dibujar semejante, ha de haber envejecido antes que concluyamos la operacion.

Para ofrecer algun ligero estimulante al complaciente auditorio, bueno será preparar la escena en que ha de aparecer nuestro protagonista, con una primera parte que sirva de prólogo ó introito como acostumbramos los modernos dramaturgos, en el cual alargando nuestra vista retrospectiva á unos diez ó doce años atras, podremos ebservar cualera entonces el pretendiente cortesano y cuales las condiciones á que habia de sugetarse en aquella clásica sociedad. Este paso retrógrado que habrán de dar con nosotros los lectores, hallará gracia en sus corazones, si quiera no sea mas que por la circunstancia de trasladarse en imaginacion á una edad mas juvenil; que tambien en retroceder hay progreso, sobre todo cuando se cuentan diez ó doce navidades de progreso mas.

1823 á 1833.

No bien en aquellos *pretendidos* años apuntaba el bozo en el labio superior del mancebo, y no bien el sacristan del pueblo y el maestro de escuela habian declarado solemnemente que el muchacho *prometia mucho*, como que sabia de memoria casi todas las églogas de Virgilio y recitaba á propósito ei *Quousque tandem CATHILINA?* á todas las Catalinas del pueblo, cuando el padre vicario ó el administrador del duque, que se interesaban por la viuda madre del mancebo, le tomaban bajo su proteccion y amparo; inoculábanle los mas recónditos preceptos de la ciencia del mundo, y con ellos en la cabeza y unos cuantos ducados en el bolsillo, encaminábanle á la corte atravesado en un macho, en busca de la próspera fortuna.

Durante el camino (que por lo regular pasaba de la semana) podia el muchacho entregarse á su sabor á mil profundas meditaciones sobre su porvenir, y adiestrado por las iudicaciones de sus maestros, se revestia ya de aquella amanerada compostura, de aquel exterior respetuoso y deferente, de aquella completa abnegacion de sus propios deseos, que al decir de sus patronos le eran necesarios para conquistar las voluntades ajenas, para obtener del poderoso el necesario favor.—No hay hombre sin hombre—repetiase á si mismo el aventurero viandante; y esto le daba materia á estenderse en cálculos sobre cual seria el hombre que el cielo le destinase por escudo, el que la próspera fortuna le habia de brindar como escabel. Sin embargo, la severidad del aspecto del que él suponía su futuro ángel tutelar, lo rígido del servicio ajenos y lo crítico de la edad propia influian alternativamente en la imaginacion del mancebo, y allá en lo mas íntimo de su corazon, repitiendo fervientemente el axioma del hombre con hombre se ponía á pedir á Dios y los santos que aquel hombre fuese si era posible... una mujer.

Llegado á Madrid, su primera diligencia era entregar las cartas del vicario al padre guardian de San Francisco, ó al mayordomo de S. E. el regalito del administrador; con lo cual y sus sucesivas visitas al paisano funcionario ó al pariente mercader, entregábase nuestro neófito á las primeras pruebas de su curso social, de este curso social, de este curso que el vulgo maligno se placia en designar con el título expresivo de *gramática parda*; que los rígidos censores apellidaban *falsa mónica*; y que daba en fin al que

sabia aprovecharle el apreciado título de *mozo de provecho*.

Un *mozo de provecho* era por entónces un diligente mancebo, que hacia buena letra y ayudaba á misa todos los días; que si su patrono era el fraile, entraba de esclavo en tres ó cuatro confradiás, llevaba el estandarte en las procesiones, ó en los rosarios el farol; si servía al abogado ó al fiscal, limpiaba las ropas, y ponía los alegatos y respuestas, iba á comprar á la plaza, y agenciaba aguinaldo, por pascuas, ferias, y dulces en cualquier ocasion. Si era al mayordomo de su excelencia, entendia los tratados secretos con los arrendadores y comensales, llevaba la cuenta de la refaccion de las once y bajaba al portal á ver pasar el carbon, si era en fin ahijado del mercader, barria al amanecer la tienda, comia en la hortera, y daba trazas para el recibo de un fardo sin pasar por la aduana, ó enganchaba á las parroquianas con su charla y su despejo marcial.

Triste habia de correr la suerte del tal mocito, para que á vuelta de algunos años de sublime abnegacion no acertase á meter la cabeza de *meritorio* en alguna oficina, por recomendacion del padre guardian; ó á ascender á paje del consejero ú oficial de la escribanía de cámara; ó á entrar de escribiente en la contaduría de S. E.; ó á aspirar á la mano de una hija del mercader.

A propósito de faldas; cuando el *hombre* de nuestro hombre era muger; cuando su ingenio despejado ó su próspera fortuna le hacian interesar en esta á la mas bella mitad del género humano, entonces el avance en la carrera era por lo regular mas rápido; entonces volaba por los espacios de la dicha, sostenido é impulsado por las alas del amor. Verdad es que el tierno rapazuelo solia aparecérsese bajo la fermentada estampa de una dueña quintañona, moza de retrete de palacio ó viuda de un covachuelo; de una taimada doncella protegida del viejo consejero; de una sobrina anónima del padre guardian; ó de la mas contrahecha y anti-pática de las hijas del mercader. Pero... ¿quién dijo miedo? la ocasion la pintan calva, y no por eso deja de tener demasiados apasionados; y nuestro pretendiente de entónces rendia el mas humilde tributo á la diosa de la ocasion.

Limitándonos, pues, al pretendiente propiamente dicho, que era el que seguia la carrera de los empleos públicos, lo regular era que, á vuelta de alguna de aquellas combinaciones, acertase al fin á calzarse una administracion de rentas ó una visita de propios, con que brillar en mayor escala en una capital de provincia; y si era letrado y acertaba á enlazar su mano con una de las ya indicadas doncellas, lo natural era ponerle una vara... en las manos, y enviarle de alcalde mayor a Móstoles ó á Griñón.—Pero está variante del *pretendiente á varas* merece por si solo un episodio, que habrán de perdonar los lectores, como uno de los tipos mas característicos de la época en cuestion.

Figúrense pues, (si no lo han por enojo) un hombre grave, ventruado y reluciente, entrado ya en los ocho lustros (pues entónces la capacidad y las togas no se concedian sino á los que acertaban á casarse con la hija de una camarista) que concluido su primer sexenio en un pueblo de las montañas de Leon, se hallaba en la necesidad de venir á la corte, en solicitud de la consulta de la cámara de Castilla, necesaria para ser proveido en un juzgado superior.—Sorprendámosle en las primeras horas de la mañana, paseando reposado el portalon de los consejos, ó las galerías bajas de palacio, espiando el instante de que suene el coche del presidente de Castilla ó del ministro de gracia y justicia para colocarse al pie del estribo, con papel en mano, cabeza al aire, y encorvada espina dorsal. Esta rápida transicion en un hombre que pocos momentos antes ostentaba todo el aire de un *capitan de guerra*, y cuyo traje serio y de oficio, sus medias, calzon y casaca negros, su blanca corbata, su caña con

puño de oro y su tricórnio horizontal, daban muestras visibles de hallarse pocos días antes colocado al frente de todo un partido, encima de todo un pueblo, á la cabeza de todo un ayuntamiento, y en un importante empleo, término entre merced y señoría; esta súbita metamorfosis, repetimos, desde la autoridad á la demanda, desde el funcionario al postulante, desde la providencia al memorial, era en efecto una de las mas graciosas y dignas de observacion.

A la presencia del magnate, la autoridad del alcalde desaparecia, y en su lugar se reflejaba en su semblante toda la humildad y compuncion del *ex*; calculaba sus movimientos; media sus palabras por las palabras y movimientos del presidente ó del ministro; (porque conviene saber que entonces los ministros y los presidentes lo eran *de veras*, y su presencia hacia temblar las rodillas y babucear la voz del mas aguerrido presidente); sacaba del bolsillo un ciento de relaciones y testimonios de meritos; esforzabase á comentarlos con la palabra, y si por toda respuesta obtenia una benévola sonrisa ó un dudoso *veremos* del magistrado, deshaciase á cortesias que pudieran llamarse genuflexiones, quebraba el hilo de su discurso, paralizabanse sus miembros y caian inadvertidamente de sus manos sombrero y baston.—Esta escena repetida diariamente durante tres ó cuatro meses, acababa por darle un primer lugar en la consulta de la Cámara, una linea en la Guia de Forasteros, y una segunda vara con que hacer el Sancho Abarca en Avila ó en Alcaraz.

Pero el proto-tipo de la época en cuestion, y la *vera* *efigies* del pretendiente veterano, era D. Verecundo Corbeta y Luenga vista, cuya anudada historia ocupó ya el clarín de la Fama, y de cuyo dramático desenlace quedan todavia recuerdos en el Nuncio de Toledo.

Ninguno como D. Verecundo acertó á reunir en su privilegiada persona la esbeltez é impermeabilidad físicas, la ductilidad y movilidad huesosas, la imperturbabilidad fósil, la diligencia y actividad mental, necesarias al hombre que para alcanzar el termino que desea no cuenta con mas favor que su perseverancia, su ingenio y su físico á prueba de vientos y tempestad. Nadie como él llegó á obligar á sus ojos á velar día y noche, y á ver de lejos al ministro ó á su amigo, ó al amigo de su amigo, ó al pariente de su pariente; nadie como él acertó á escuchar los pensamientos del poderoso, á calcular sus proximos deseos, á leer en sus ojos las mas remotas esperanzas; nadie en fin llegó á oñatear de mas lejos las proximas elevaciones, las remotas caidas de los magnates cortesanos, con un instinto semejante al del ave que predice anticipadamente la borrasca en un sereno cielo, ó que canta adivinando la futura vuelta del aura primavera.

Verdaderamente grande en sus pensamientos, el blanco de sus tiros se extendia á todos los empleos civiles y eclesiásticos, desde una intendencia hasta una plaza de aforador, desde una demanda de monjas hasta un deanato de catedral. Escribia 365 memoriales en cada año y 366 los que eran bisiestos; pero tenia la precaucion de repararlos entre los cinco ministros; y aconteciale á veces entablar simultáneamente dos solicitudes á una plaza de correo de gabinete ó una reposada canongía, á una direccion de rentas ó á una porteria militar.

Los escribientes, los oficiales, los ministros, los porteros, los centinelas, todos le conocian y mostraban el semblante risuoso, y sin embargo ¡los ingratos! le dejaban envejecer en la tarea, y si le alargaban la mano era solo para darle un empujon. Pero él, impávido, no por eso cejaba en su propósito, antes bien reproduciendose fabulosamente, siempre se le veia de jefe de fila de toda audiencia, de fila marmórea de toda escalera, de trasto obligado de toda ante-

sala, y aun llevó su audacia hasta el extremo de introducirse un día furtivamente en el coche del ministro y esperarle allí á pié firme y en la mano el memorial.—Verdad es que aquel día precisamente era el día 29 de setiembre de 1834, en que Fernando VII murió definitivamente y por la última vez.

1833 á 1843.

Un pretendiente como los que quedan delineados seria un verdadero anacronismo en estos tiempos de gracia y de progreso social. Ahora los honores y los empleos públicos no se reciben; se toman por asalto á la punta de la espada ó á la boca de un fusil; y para hablar con mas propiedad, con los tiros de la elocuencia ó los cañones de la pluma, á la luz del día y entre los agitados gritos de la plaza pública, ó en las sombras de la noche, entre los tenebrosos círculos de la conspiracion. ¡Papel sellado, cortesias y genuflexiones, audiencias y cartas recomendarorias!... papeles mojados, viejos, de liguron, resortes mohosos y gastados; habiendo imprentas y tinteros, y espadas y tribunas, y juramentos y apostasias y oratoria de levaduras y masas dispuestas á fermentar.

Ademas ¿á quien pudiera satisfacer como antiguamente un miserable empleo de *escala*, en que era preciso constituirse en eterno fiscal de la salud de quince ó veinte delanteros, espiar la llegada de una benéfica pulmonía para el uno, la de una tisis para el otro, ó calcular en fin sobre la futura boda con una hija recién nacida del jefe? Y todo ¿para que? para llegar al cabo de muchos años á colocarse en el centro de la mesa, en lugar de colocarse á la esquina; para cobrar en los últimos meses de la vida algunos reales mas.

Ahora bendito Dios, es distinto, y puede principiarse por donde acababan nuestros retrógados abuelos.—Ejemplo.

Aparece en una de nuestras mil y tantas universidades un estudiantillo despierto y procaz, que argumenta fuerte *ad hominem* y *ad mulierem*; que niega la autoridad del libro, del maestro, de la ley; que habla á todas horas y sobre todas materias, sin la mas mínima apreusion; que escribe en mala prosa y peores versos discursos políticos, letrillas fúnebres, sátiras amargas y protestas energicas contra la sociedad.—No hay remedio. La estrella de este niño es ser un hombre grande, su mision sobre la tierra ser ministro, los medios para llevarlo á cabo, su pico, su pluma y su caracter audaz.

Pertrechado con tan buenos atavíos, descuélgase en la corte, que para él no es mas que un teatro donde hace su primera salida. Pónese á contemplar los hombres á quienes se digna conferir mentalmente los demas papeles; mira colocarse á su frente á los curiosos espectadores; tira él mismo la cortina, suena el silbato, y comienza á representar.

Por lo regular la escena suele ofrecer el interior de una redaccion de periódico, en donde entre el humo del cigarro y el trafago de papeles y personajes, se deja ver nuestro mozo colocado primero en los puestos inferiores y armado de una tijera, (inteligencia mecánica del redactor subalterno de *noticias varias* ó evuelto humildemente entre las flores del *folletín*). De allí á unos días, auxiliado por una vacante repentina, una enfermedad súbita ó una espontanea inspiracion, salta los últimos términos del periódico, abrazase á sus columnas, trepa por ellas, tiende el paño y comienza á lanzar desde aquella altura los dardos acerados que aillaba para esta ocasion.—Sus colaboradores se admiran y estasian de aquel *ex abrupto*; el publico aplaude la demasia, los funcionarios atacados que al principio desprecian los fuegos de aquel insignificante enemigo, mas tarde quieren atraérsele con una mezquina gracia; pero él, lejos de humillarseles y atender á sus bondades, les persigue, les acusa

incesantemente, les lanza por miles las acusaciones, les busca enemigos en su propio bando, les separa de sus propios súbditos, y les mira en fin, engreído con la llaneza de igual, con la arrogancia de dueño, con la sarcástica sonrisa de un genio fascinador. Y sin embargo, todos aquellos argumentos no son muchas veces convicción: todos aquellos insultos no son odio ni enemistad: todas aquellas apóstrofes no son dañada intención. — ¿Pues que son entónfes?... — ¿No lo han adivinado los lectores?... — Súplicas impresas; rebozado material.

A los pocos días de los mas furibundos ataques, el enemigo cede, los preliminares de paz comienzan, la enérgica pluma del publicista va haciéndose mas dúctil y suspicaz; calla luego de repente, y en la semana próxima viene encabezado el Boletín oficial de una provincia con esta alocucion:

HABITANTES DE.....

El supremo gobierno, celoso siempre por el bienestar de los pueblos, se ha dignado conferirle el mando de esta provincia, etc.,

y firmado por el mismo Pretendiente en cuestion. — Pero alto ahí, pluma parlera, no hay que salirse del tipo que hoy nos ocupa; dejemos para otra mas atrevida y versada en estas materias, el delinear uno de los mas risueños de la época, el tipo de *La autoridad*.

La fama de nuestro hombre grande, no cabiendo á veces en los salones de la capital, y viniéndole aun estrecho el uniforme de covachuelo ó de gefe, vuela diligente por las ciudades y aldeas de su provincia, y hace repetir las glorias del personaje por mil lenguas entusiastas ó comanditarias. Por cuanto á la sazón la dicha provincia suele hallarse ocupada en procurarse un padre que la defienda por tres años en el Congreso nacional de esta corte, como dicen los ciegos papeleos. ¡Que mejor ocasion! Hinchense con el nombre del joven candidato las urnas electorales; vótanle regocijados como patrono aquellos que le auxiliaron con algunos realejos para venir á darse en espectáculo á los heróicos vecinos de Madrid: admiran y encomian su improvisado talento los mismos que ha poco tiempo le negaban hasta el sentido comun: dispúntanse y le proclaman los propios parientes y amigos que antes no hallaban ocasion para echarle de sí.

Ya le tenemos, pues, sentado en los escaños del parlamento; sus discursos fogosos arrebatan á la multitud; lanzado á la tribuna, truena con voz terrible contra los hombres del poder; apostrofales duramente por sus palabras, por sus acciones, por sus pensamientos; llama en su apoyo la opinion del país y de la Europa entera, y concita á sus conciudadanos á salvar la patria, á derrocar la tiranía, á vengar la libertad... — Al día siguiente el fogoso tribuno es llamado á sentarse en el negro banco; y en fuerza de su mágica influencia cambia de continente, modera sus acciones, mitiga sus palabras y prueba que es necesario á todo buen patricio acudir ganoso á defender el orden y robustecer su poder. — No hay como los teatros parlamentarios para estos dramas á grande espectáculo; no hay como los gobiernos representativos para estas representaciones á beneficio de un actor.

No todos, es verdad, acuden al gran teatro de la corte á desplegar sus facultades. Pretendientes hay tambien de la *legua*, que sin salir de su pueblo y sin grandes escándalos acaban por conseguir; que modestos y buenos ciudadanos, hombres francos y desinteresados, se hacen la violencia de servir al pueblo en las cargas concejiles, de crear establecimientos benéficos, de mandar la fuerza armada, ó influir con sus consejos en la opinion; el pueblo en recompensa les nombra sus patronos, les encomia, les ensalza, y acaba por imponérselos al mismo gobierno como una necesidad. Este camino es acaso mas lento, pero mas seguro: los aduladores del poder reciben por premio

un insignificante diploma ó una módica soldada: los que sirven al pueblo pueden aspirar á una corona cívica ó un sillón ministerial.

Otros, echando por diverso camino, sostienen con destreza el precioso balancin, y ora trabajan y se agitan de orden superior en favor de una candidatura circular: ora se descuelgan desde su rincon con un comunicado vejigatorio contra la autoridad: ya proponen en pleno concejo cien planes de público beneficio, ya dan auxilio al intendente para llevar á sangre y fuego la recaudacion del subsidio industrial: ora en fin marchan al frente de los mas ardientes agitadores, reúnen la fuerza armada y se pronuncian por la anarquía, ora se colocan al lado de la autoridad cuando esta manda algunos batallones, y se precian y glorian de sostener los buenos principios, el orden y la justicia.

Otros por último, careciendo de estos recursos intelectuales, y mas prosáicos en sus medios de accion, benefician en provecho propio el saber ó la influencia de un lejano pariente, de un condiscípulo, de un amigo, ¡y quien en estos benditos tiempos no es condiscípulo, amigo ó pariente de algun hombre grande! No hay en la estension de la monarquía ciudad ni villa, lugar, aldea ni despoblado, que no haya producido un ministro al menos, y los grandes oradores, los eminentes repúblicos, los héroes de todos calibres, nacen espontáneamente á cada paso en este siglo feliz.

Epilogo. — Todos aquellos servicios, todos estos manejos pueden traducirse por *pretension* pura, puro y esplicito *memorial*. La hipocresía religiosa ha cedido el paso á la filantropía política; el amor de la patria es hoy en ciertos labios lo mismo que era en otros anteriormente el amor de Dios: el club ha sustituido á la cofradía, al estandarte la bandera, y á la imagen del santo la inveterada efigie de algun santón.

El Pretendiente, este tipo prodigiosamente móvil é impresionable á quien comparáramos en el principio de este artículo con el simpático camaleon, reviste como él todos los matices que le rodean, trueca los ídolos antiguos por otros nuevos; olvida la añeja flexibilidad del espinazo, y apela á la fuerza de sus pulmones; ataca por asalto la plaza que antes bloqueaba, y en vez de presentarse con humildes memoriales, habla gordo al poder y le impone su *pretension*.

EL CURIOSO PARLANTE.

LA CRIADA.

Dichoso el mortal que cansado de la vida bulliciosa y arrastrada, de los placeres fáciles y de la dependencia paternal, da entrada en su mente á graves reflexiones que fijan de una vez el firme propósito que ha hecho de mudar de estado y condicion. Este mortal precisamente piensa en casarse, y desde el instante en que lo piensa, establece por alto un balance general de sus fondos, con el objeto de arreglar la cuenta corriente de su casa. Ya se entiende que esta operacion tiene lugar en la imaginacion de un hombre prudente y económico, ó que se empeña en serlo, luego que aseiene á la clase de cabeza de familia: si se propone seguir como hasta allí, dado á la disipacion ó á los vicios, nada establece, ni cuenta corriente, ni balance, pues que solo se casa por variar, por probar de todo, como él dice, y á salga lo que saliere.

Esto no quiere decir que el pretendiente á marido, por mucho juicio que abrigue su mollera ó por grandes que sean sus deseos de convertirse en hombre de bien, no padezca extraordinarias equivocaciones en el arreglo de los cálculos que forma para la acertada

marcha y sabia distribucion de las domésticas urgencias que comienzan á acosar su corazon y su bolsillo bastantes dias ántes de aquel afortunado en que recibe la bendicion nupcial. Padéceias en efecto, y la prueba está á la mano. Sabe por ejemplo que la casa le cuesta *dos mil novecientos reales anuales* á razon de ocho diarios; que la plaza, la tahona, el vinatero, el lonjista y el carnicero le consumen un duro largo; que tiene que alojar entre carboneria y aguador dos ó tres duros mas mensuales: item otros dos ó tres de lavandera, con la añadidura del gasto de costurera y planchadora, y de *cuatro* reales al mozo de la compañía á que pertenece, si es miliciano nacional. Sabe tambien que ha de llevar de vez en cuando á su esposa al *Príncipe*, al *Circo* y á la *Cruz*, porque al fin no se casa ella para meterse cartuja, y que la ha de llevar de modo que no desmerezca en su porte de las



La Criada.

demás señoras que se dejan ver en público: si hay angelitos, es forzoso que el presupuesto vaya ascendiendo en progresion del número de los que van asomando las narices al mundo, empezando por la casa y acabando por el ama de cria, por la niñera y por el maestro de primeras letras. Agréguese á estas partidas las sueltas del sastre, del zapatero, de la modista, de la *fábrica de guantes* y otras por el estilo, y tendremos que un honrado marido cree inocentemente que sus desembolsos anuales ascienden, poco mas ó menos, á tanto ó cuanto.

Pero el honrado marido ha echado la cuenta sin la huésped; quiero decir, sin la Criada, sin esta perla de todas las provincias de España, sin este tipo hermoso, feo, sucio, reluciente como plata, fiel, vendido, siempre murmurador, siempre alegre, respondón, cariñoso, atrevido y de rompe y rasga. El cabeza de familia comprende muy bien que tiene Criada en su casa, porque se vé obligado á destinar para ese renglon cincuenta ó sesenta reales; llega así mismo á su noticia que la tal se llama Manuela, Juana, Ignacia ó cosa semejante, y por conversaciones que casualmente ha presenciado, habidas entre su cara mitad y la vecina del otro cuarto, se ha convencido de que para que sus asuntos de puertas adentro y aun de puertas afuera continuen bajo un órden regular, es absolutamente indispensable mudar de Criada todos los meses.

A estas semi-noticias se reducen los resultados de las investigaciones del hombre casado: la muger casada ya es otra cosa con respecto á la Criada; la observa en sus manejos interiores de cocina; cuenta los minutos que tarda en los recados, y se informa minuciosamente de sus amistades y de sus amores de calle. Cuando la recibe, la sujeta á un exámen riguroso; la primera pregunta se reduce generalmente á averiguar las casas en que ha servido; despues entran el pueblo de su nacimiento, el nombre, la habilidad, las personas de categoria que la abonan, si es que no va recomendada por agencia ó por memorialista, y por último los honorarios que pide.

Para entender esto algo mejor voy á copiar un diálogo de los muchos de esta especie con que pudiera entretener al lector.

Lorenza es una muchacha alcarreña, novicia en las calles de Madrid, que sin embargo no ignora donde le aprieta el zapato: solo ha servido en casa de un empleado, habiendo dejado la colocacion porque andaba el pan debajo de llave y la soldada por las nubes. Cansada de contar sus cuitas á sus compañeras, y de bailar en *Chamberí* los domingos, se decide á presentarse en el cuarto de doña Engracia, mujer de un cesante, cuya Criada ha sido despedida por devaneos con un cabo de no sé qué regimiento, y por chismosa.

Entre D.^a Engracia y Lorenza se entabla la conversacion de este modo, despues de los *buenos dias*, y el *cómo está* usted de ordenanza:

—Me han dicho que necesita Vd. Criada y venia...

—¿Tiene Vd. personas que la abonen? D.^a Engracia, al hacer esta pregunta, fija sus ojos inquisidores en la fisonomia de Lorenza; esta se mantiene en una actitud que indica no haber roto un plato en toda su vida. Despues de su respuesta afirmativa prosigue el exámen de conciencia:

—¿Que sabe Vd. hacer?—«Yo, Sra.... todo lo de una casa: sé barrer, comprar, hacer las camas, fregar, limpiar el polvo....—¿Y guisar?—Guisar... tambien. Vamos... quiero decir... no sé hacer *primores* que digamos, pero así, lo ordinario... en fin, arrimar un puchero, y espumarlo, y preparar una tortilla ó freir un par de huevos, ó otra cosa por el estilo... ¡Oh! En cuanto á eso, sí Sra. En cá el señor de loterías no habia mas que yo para la cocina y en jamás tuvo que regañarme la Sra. porque los garbanzos salian duros. ¡Pues no faltaba mas!—No, pues si nos convenimos, aquí no tendrá V. mucho trabajo: por la mañana... eso sí, me gusta que las criadas madruguen mucho; en este tiempo me parece que á las cinco es una hora regular.—Sí Señora.—Y ademas, yo padezco mucho de debilidades y necesito tomar el chocolate temprano. Mire V.: en cuanto V. se levante, me enciende V. la lumbre; en seguida baja V. á buscar la leche y un panecillo; luego hace V. mi chocolate; despues el del amo; mientras yo me levanto barre V. la sala, el gabinete, el comedor y el recibimiento... ¡ah! y me tiene us-

ted mucho cuidado de limpiar bien los cristales; concluido esto, viste V. á los niños, les dá el desayuno y los lleva á la escuela; á la vuelta compra V. lo necesario en la plaza, dispone V. el almuerzo, que ha de estar en la mesa á las once en punto, para que el amo no refunfuñe, y entretanto se pueden hacer las camas y lo demas de la casa. Para la comida ya lo sabe V.; nosotros comemos á las cinco, despues que traiga V. los niños de la escuela: ese es poco trabajo, porque aquí no comemos principios; eso sí, un cocido abundante y santas pascuas; lo que es hambre no pasará V. en mi casa, y tampoco le faltará lo suyo todos los meses.—Ya lo sé, Sra., que á no ser así, tampoco hubiera venido, porque en algunas partes..... en *cá e mi ama* me daban el pan por alquilará y....—Lo demas, se escusa hablar; el fregado y los recados que ocurran.—Eso ya se sabe.—Yo quiero mucha fidelidad en mi casa, porque ya conoce V. que en una casa anda á veces todo tirado, y es preciso que uno sepa á quien mete dentro, por los continuos chascos y desengaños que se llevan.—En ese punto no hay entodavía quien pueda decir en el mundo de mí la menor queja; pobre, si Sra., pero mas honrada que pobre tambien: pregunté usté á la Pepa que está sirviendo hay en esa casa de la esquina, y que es de mi mismo pueblo, y á la ama en donde he servido y á otras personas de categoría que puedo presentar, y todas dirán mi buena conducta y que no trato de engañarla á usté, y sino usté misma lo verá.—Tambien hay que jabonar en casa, y hay que ir al rio algunas veces.—Bien, Señora, por eso que no quede.—¿Y cuanto piensa V. ganar?—Yo Sra.... en *en cá el Sr.* de loterías me daban cuarenta reales; con que es decir que lo mismo.—Es mucho, hija mia.—Pues por menos... ya vé usté.—Ni por un ojo de la cara viene una Criada hoy día menos de cuarenta reales; parece que todas se han dado las manos.—Es que el trabajo.... los zapatos se rompen, y luego hay que salir mucho á la calle y llevar y traer los niños.—Vaya, pues si V. merece los dos duros, no reñiremos.—Quiero además los domingos por la tarde libres.—Eso si que no puede ser, porque tiene V. que salir con los niños.—Pues bien; quiere decir que los llevaré conmigo.—Si, pero á buenos sitios ¿eh?... ya sabe V. que hay mucha corrupcion; y á mí no me gusta que las criaturas.... por lo demas, yo no me meto en nada: V. cumpla bien con su obligacion, y Cristo con todos.—Pierda usté cuidado, Sra., que ya verá usté que no soy ninguna loca.—Corriente: venga V. desde mañana, y si V. se porta tendrá casa para años.

Poco mas ó menos tal es la admission de la Criada en todas las casas: unas vuelven al día siguiente para disgustarse á los ocho y despedirse ó ser despedidas á los quince; otras no vuelven y se evitan el trabajo de correr una casa mas; pocas son las que parecen á primera vista; muchas parecen desde luego lo que son.

La Criada perfecta ha de tener, cuando menos, dos amantes; uno en su pueblo, y otro en el pueblo en que sirve: con el primero se cartea, sirviéndole de escribiente y lector el zapatero del portal, mediante una retribucion de salchicha que ella sisa de la despensa ó de la olla, y un traguete diario de vino cuando lo compra en la taberna, déficit que le es fácil cubrir en la botella con el líquido de la tinaja. Con el segundo arma palique en todas sus salidas de casa, circunstancia que la expone sin cesar á reprimendas y alborotos, á causa de la tardanza con que hace los recados, ó porque durante su ausencia se ha ido el puchero ó se ha quemado el pollo. Cuando he dicho que estos dos amantes son necesarios á la Criada, no he establecido que sean los únicos; puede tener tres y hasta media docena, si encuentra seis hijos de

Adan que le plazcan, que si encontrará por poco tiempo que emplee en buscarlos. El inconveniente mayor que para la Criada puede resultar de esta séxtupla iatriga es que el día mas bonito del año la trate uno en la plazuela de *arrastráa*, otro en el Rastro de *perdia*, este en los toros de *toas caras*, aquel en el Retiro de *pavera*, el quinto en el Manzanares de *chupona*, y el sexto en la Fuente Castellana de.... lo primero que le ocurra, que nunca ocurre cosa buena al amante de una Criada, celoso con motivo, y desesperado sin por qué. Pero inconvenientes son estos que la Criada sortea con admirable destreza y habilidad, por poco que le ayuden la adquirida práctica y la natural malicia de su oficio, profesion, arte, recurso, pasatiempo, ó sea lo que fuere aquello de revolver platos y sacar por las noches espuelas de basura. Al primero de sus amantes le dice que está desesperada con la casa que le ha cabido en suerte, y que á él solo le adora: aquí entra de cajon el quitar el pellejo al ama, asegurando que mientras el Sr. se despepita buscando empeños para el ministro, á fin de que le vuelvan el destino que perdió por falsos informes, ella (la susodicha ama) se entretiene en escribir billetes amorosos que ella (la Criada) se vé en el caso de llevar al oficial H... y al encargado del negociado D. N.... sugetos sumamente amables, que no se desdeñan de hacer á la conductora de la correspondencia, si á pelo viene, cuatro fiestas y un como medio regalo. Jura y protesta al segundo de los referidos amantes que es mentira todo lo que ha llegado á oler del primero, y que el caramillo de sus pendencias se ha armado por envidias y malquerer de Tomasa, que es, como si dijéramos, otra Criada amiga de la nuestra y tan Criada como ella. Al tercero le vuelve á jurar lo que mejor le parece, echanero siempre á vanguardia su honradez y su aquel, que nadie delante de su cara es capaz de poner en duda, so pena de un bofetón ó de un escándalo; percances de que todos tenemos buen cuidado de huir en esta tierra de lágrimas. La misma táctica observa la Criada con el cuarto, quinto y sexto de sus amantes. Vaya Vd. á averiguar las protestas que les hace: el resultado es que los deja á todos mas suaves que una malva, ó descompadra con algunos de ellos; ó parte peras con los seis. ¿Que le importa el resultado? En el primer caso, ya que son novelas, sigue engañándolos con buenas palabras y malas obras; en el segundo, por lo mismo que han dado en la necedad de mantenerse en sus trece, los reemplaza ¿Y cuando falta reemplazo de amantes á la Criada? Era preciso que en España no hubiese quintas para el reemplazo del ejército.

Mientras sucede toda esta barahunda de cortejos, de quejas, de satisfacciones, de contentamientos y de riñas, que es justamente el tiempo que debe transcurrir sin apelacion para que la Criada vaya y venga de la lonja con un cuarteron de fideos, ó una *panilla* de aceite, sucede tambien que se chamusca el guisado ó que llega la hora de comer y los cubiertos están por fregar: allí es Troya. El ama grita por la tardanza; la Criada se escuda con la mueltila de que en la tienda había mucha gente y no la han despachado á tiempo; vuelve á reproducir el ama aquello de *no me replique V.*, y torna la Criada con lo de *si V. no está contenta, la casa es de V. y la calle es mia*; y el paciente esposo se pasea por la sala esperando con evangélica resignacion el momento deseado en que le avise su cara consorte que por fin han cesado los inconvenientes que le impedían sentarse á la mesa á la hora acostumbrada. Se sienta en efecto de mal humor y de peor gana, y ó come poco, ó no come, ó come muy mal, que es lo mas comun, por aquello de

A Criada loca y ama entretenida,
Cruda comida.

Esto del amo paciente se entiende cuando no median relaciones particulares entre él y la Criada, porque en este caso varía tanto la escena que la segunda se convierte en ama con aprobacion del que manda, ó del que paga, que es una cosa misma, y el ama se encuentra, si van mal dadas, en disposicion de ponerse á servir, de divorciarse ó punto menos: ejemplos palpitanes, como dicen los escritores políticos, hay en nuestra España de estas miserias, los cuales prueban irrecusablemente la moralidad de los nobles tiempos que alcanzamos.

El lector que no conozca á la Criada (¿habrá algun lector tan negado en España?) imaginará que este tesoro nacional es una mina de cobre, que solo acarrea gastos á los accionistas, ó un cuadro de Lucifer que no presenta lado hermoso por donde se le mire, por bella que sea la pintura. El tal lector, se lo aseguro, se engaña miserablemente. La Criada es en nuestra nacion un personaje tan útil, tan patrióticamente interesante como un diputado á Córtes, ó cuando menos como un ministro.

¿De qué apuros no saca la Criada á unos amos pobres? Verdad es que en desquite se vuelve mas orgullosa, ménos sufrida para los regaños, un tanto perezosa y díscola, y pone mala cara el día que su señora no se muestra comunicativa con ella. Esto consiste no precisamente en su condicion de Criada, sino en que ha ascendido desde Criada á amiga; ó al ménos á confidente de los trabajos de la familia. ¿Y por que no hemos de sufrir el orgullo, el quietismo y las malas respuestas de una Criada que nos proporciona recursos para comer quince días, probándonos así su buena ley, cuando á todas horas tenemos que bajar la cabeza delante de personas, que en vez de premiar, cual deben, nuestras tareas ó servicios, nos insultan con su fausto ó nos obligan á ser testigos de su ridícula vanidad? ¿Cuando besamos manos que quisiéramos ver cortadas? ¿Pero cuales son esos méritos que la Criada contrae ó puede certificar y que le dan un derecho incontestable á la gratitud de sus amos?

Allí es nada. Consideremos á la mencionada Lorenza, que á pesar de las impertinencias de doña Engracia, la esposa del cesante, y de las pesadas travesuras de los niños, se mantiene en casa; considerémosla á las siete y media de una horrorosa mañana del mes de enero, con la cesta debajo del brazo, abrigada con una mala saya de percal, en pelo ó con mantilla, arrastrando unas chancletas viejas, y recogiendo con una mano las puntas del agujereado pañuelo de muleton, ó levantando por detras los pingajos del zagalejo para guarecerlos del espeso fango de las calles: sigámosla los pasos hasta cualquiera de las plazas de Madrid; observemos lo que hace en el puesto de la verdulera y en la tabla del carnicero; sin duda compra.... No lo creais; no compran, á lo ménos al contado, todas las criadas que van á la plaza. Lorenza conoce á la tia Jesusa, conoce á Esteban, y saca de este la carne y de aquella el repollo, los nabos, el perejil y las cebollas, con promesa de pagarlo todo á la primera paga que reciba su amo el cesante: como esta garantía no hace hoy fe en España, figuráos la cara que pondrá Esteban á la primera proposicion, pero la cara de Lorenza la suaviza, y un *bendita seas maldencia* , que ella admite acordándose de la familia menesterosa, y una *pasadita de mano* por aquel soberano rostro, ó tal cual beso rezagado en el que el carnicero roba, completan el contrato, y por consiguiente ya tiene la casa carne fiada. En cuanto á la tia Jesusa es mas sorda que un deudor moderno, y por lo tanto permite á Lorenza sin desconfianza escoger lo mejor y mas maduro de las verduras; como Lorenza se sonrie y no le paga, entiende la tia Jesusa que ya le pagará al día siguiente ó al otro; lenguaje, si bien mudo, expresivo, que entre verduleras y cria-

das equivale á la cuenta corriente del mas acreditado comerciante.

¿Y que! ¿No contaremos por nada el servicio que á costa de un beso y de una sonrisa hace á sus amos la Criada, proporcionándoles los viveres con que no cuentan? Pues ¿que diremos de los consuelos y recursos que inventa para mitigar las amarguras de su señora que se desespera porque no tienen sus hijos un pedazo de pan que llevar á la boca? — Vaya, no se alja vd. por eso, que no todos los días son iguales, y tras de uno malo viene otro bueno; á mas de que Dios aprieta, pero no ahoga, y la mala suerte se ha de cansar. ¿Que le hemos de hacer?... ¡Ah! Mire V.: me ocurre ahora mismo.... Si V. tuviese algunas cosas que darne, unos pendientes ó algo de ropa blanca; se podrian llevar á empeño al *Monte de Piedad* justamente es mañana sábada.... — Hija, pero yo no estoy acostumbrada á eso; me da tanta vergüenza ir allí á que me miren las gentes. — Es que si V. quiere iré yo; á mí no me conocen, y no le dé á V. cuidado que nadie necesita saberlo. — Siendo así, estoy pronta.

En estos casos es la Criada un ángel doméstico, por mas demonio que en otros parezca; ya está contenta porque va á buscar dinero para seis días; carga con el lio de ropas ó las alhajas escapadas como por milagro del furor del hambre *cesantit* ; llega al *Monte* ; disputa con el contraste tasador porque señala poco precio á lo que lleva; envuelve en un papel el dinero y la papeleta ó billete al portador que el establecimiento otorga á su propio nombre y no al de su ama, y vuelve volando á casa, tan alegre, como si hubiera sacado un terno á la loteria. Volando, si señores, porque en semejantes urgencias es cuando la Criada, por enamorada y pizpireta que la consideremos, tiene en la punta de la lengua para cualquiera de sus amantes el *luego hablaremos que voy de prisa* , palabras que sabe muy bien pueden ahorrar á sus amos una ó dos horas de crueles tormentos.

Entre las buenas cualidades que adornan á la Criada, debe contarse como una de las principales el ser buena cristiana, pues mas quiere sufrir un regaño por tener la cocina sucia, que detenerse á barrerla cuando oye tocar á misa: sabe por experiencia que el santificar las fiestas es una obligacion, y que por lo mismo no necesita permiso de nadie para cumplirla: lo único que hace es soltar la escoba, calzarse los zapatos y coger la mantilla para ponerla en la escalera ó en el portal, diciendo al salir: *Señora, voy á misa, que están tocando* . A estas palabras se humilla toda autoridad doméstica, así como quedan postergados los mas indispensables quehaceres, las obligaciones profanas mas perentorias.

Por otra parte, y aun cuando sean sumamente capitales los defectos y nulidades de la Criada, no pesa sobre nuestros frágiles hombros como una carga insoportable, supuesto que con motivo ó sin él somos dueños de deshacernos de ella cuando nos acomoda: pero esto se entiende tocante á la criada que nosotros mismos recibimos y pagamos: mas claro, tocante á la Criada que no hemos conocido en casa de nuestros padres. La que nos ha visto nacer se convierte con el tiempo en una verdadera plaga; por lo mismo que nos ha manejado como muñecos cuando gateábamos por sillas y baules, ha llegado á adquirir sobre nuestra imaginacion una especie de predominio que nos humilla y encocora; su presencia en nuestro estudio si somos abogados, ó en nuestros aristocráticos salones, si por dicha nos hemos convertido en marqueses, es un anacronismo insoportable: si á esto se añade que nos tutea delante de nuestros ménos íntimos amigos, y que nos detiene en la calle para informarse de nuestra salud, aun cuando vea que nos apeamos de una elegante carretela en compañía de la dama mas encopetada de la corte, vendrá cualquiera en co-

nocimiento de las mortificaciones, del fastidio, del enojo que debe causarnos á todas horas la Criada vieja que nos narra cuentos de duendes y aparecidos en nuestra infancia, en pago de lo que la hacíamos rabiar.

La criada es una crónica de todos los chismes de la vecindad; tercera de los amores de la señorita, lleva y trae sus amorosos billetes, y siempre retozona, siempre cantando, pasa la vida de casa en casa, como el pájaro burlon de árbol en árbol, hasta que la pesadez de los años la conduce á vender palillos en un portal ó á meterse á ama de gobierno, si es que no llega á contraer matrimonio con algun oficial de cerregero que audando los días hereda el obrador de su amo. Ni aun así olvida la Criada sus habituales ocupaciones, pues se la ve madrugando, ir á la compra con su cesta y al Manzanares con su lio de ropa, por muy ama que sea de su casa.

JOSÉ MARIA DE ANDUEZA.

LA NODRIZA.

¡Y no siempre una madre cariñosa
te cabe en suerte, malhadado infante,
que en su seno te abrigue
y á tu labio anhelante
dulce néctar solicita prodigue!
No por tu cara linda
es justo que prescinda
del baile doña Flor, del coliseo,
del público paseo,
de visitar las tiendas de la plaza,
ó tal vez de la cita misteriosa,
do en adulterio torpe se solaza.

«¡Criar y mas criar! ¡Jesus, que empacho!
¡Compadézcanme ustedes!

Una mujer de tono entre paredes
no ha de pasar su juventud amena.
¡Pues no faltaba mas! ¡Y este muchacho
que mama sin conciencia! Yo me seco.
¡Eh! que se desgañite enhorabuena,
ó que le den gazpacho.

No he de morirme yo por un muñeco.»

Así razona, y razonando engulle
ya el cangilon de pingüe gelatina,
ya la perdiz sabrosa ó la gallina,
ya la pintada trucha,
ya un piélagos de espeso chocolate
con esponjado bollo, ó con tomate
luengua magra se embucha
del animal grasiento que abomina
el pueblo de Israel. El apetito
del cuitado angelito
con lacónico sorbo satisface,
y, mármol á su queja,
préndese la mantilla
y eternas horas huérfano le deja.

En tanto al jugo del materno pecho
de insípida papilla
el glutinoso pábulo reemplaza,
que ha de tragar el nene á su despecho,
aunque su llanto el alma despedaza.

¡Vieras allí la retirada pugna
de la fámula hedionda que la embute,
y del labio infantil que la repugna!
¡Vieras allí de su grosera boca,
que no es tan infernal la de una foca,
á la del puro y cándido retoño
trasegar la bazofia Maritornes!

Y si la arroja el desgraciado chillá,
¡erre que erre, y vuelta á la escudilla,
y á la carga otra vez! —Crudo tormento,
¡oh Tántalo! en castigo de tu crimen
te depara de Júpiter la ira

cuando á tu labio hambriento,
que por ello sin término suspira,
te defiende llegar la rubia poma
que de fácil arbusto se desgaja;
mas tal vez en crudeza le aventaja
la bárbara porfia
de forzar á que coma
contra su gusto al prójimo ó sin gana,
aunque le den olimpica ambrosia.

Otras madres, y abundan en la córte,
yo pudiera citar á una cohorte,
nacidas entre el oro y los placeres,
desde que nace el niño—¡Qué mujeres!...—
como odioso embarazo
le arrojan sin piedad de su regazo.
Empero de otras madres... ¡me horripilo!...
mas feroces quizá compran el quilo;
que arrebatadas de codicia inmundá
y con el rostro enjuto,
el que dieron á luz misero fruto,
ya de casta coyunda,
ya de torpe concubito, almacenan
en público hospital, y al fruto ageno
después alquilan el ingrato seno.

¡Siglo de vanidad y de miseria!
¿qué diria á las madres de la Iberia
una madre de Esparta ó de Corinto,
si de Madrid se alzara en el recinto
desde la yerta losa
do su ceniza secular reposa?

No cual vosotras en serviles manos
sus hijos entregaban;

y no valian ellos
menos que valen hoy los castellanos.
No sus pechos al párvulo negaban
por conservarlos túrgidos y bellos.

¡Santa naturaleza!
embelesada en su materno arrullo,
les inspirabas tú mas noble orgullo;
de efímera belleza
abreviar no temian el imperio,
si el público respeto cranjeaban
y á la virtud robustos y á la gloria
los Leonidas, los Héctores criaban.

No entónces cual enjambre
esquizaros con faldas se veian
infestar la metrópoli opulenta
que su sangre y su afrenta
al que mejor pagaba revendian.

¡Qué es ver á la prolifera Cantabria,
desde Irun á la Puebla de Sanabria,
cual allá de sus mares
acarrea besugos y salmones,
madres acarrear al Manzanares!

¡Qué es ver tan moletuda y tan rolliza
ostentar en landó por ese prado
áureo galon sobre la verde falda
la pasiega Nodriza,
que ocho arrobas ayer sobre su espalda
de coton ambulaba y de terlices
en público mercado,
y á riesgo de romperle las narices
un robusto mamón de añadidura
en el cuévano inmenso postergado!

¡Qué es ver sobre su seno exorbitante
sonreír á un infante
que otra mujer parió, y el dulce nombre
prodigarla de madre, y de la propia
algun beso tardío
con desden rechazar y con hastío!

¡Oh de las Amas pernicioso flujo,
trampas de la infeliz naturaleza,
cual si hartas ya no hiciera en esta córte
al crédulo marido
la pérdida consorte!

¡Oh mundo corrompido!
 ¡Oh del soberbio, estravagante lujo
 desvarío fatal, plaga ominosa!...—
 Pero hablemos en prosa
 y dejemos el tono de Cartujo.

Si hay madres, en efecto, muy merecedoras de la invectiva con que ya encabezado este artículo, otras, y en número infinitamente mayor, acogen, miman y amamantan con ardiente idolatría al hijo de sus amores. También puede haber algo de ficción poética, ó de hipérbolo cuando menos, en la filípica que antecede. Acaso no sea este siglo mas perverso que otros; y la imparcialidad nos manda declarar que en todos tiempos há habido *burras de leche* y *amas de cria*; y si es innegable que algunas de estas aciertan á ser algo mas *racionales* que aquellas por lo que respecta á la índole y á la genialidad, digámoslo así, cualquiera daría la preferencia á las primeras; esto es, á las *amas cuadrúpedas*. Pero no involucremos las cuestiones, que ahora se trata de las madres en propiedad y no de las sustitutas.

Al amor de madre no hay afecto que le iguale, es el título; y ciertamente no hay amor tan entrañable como el de una madre; no cabe en el corazón humano un sentimiento mas profundo, mas legítimo ni mas capaz de inspirar acciones heroicas y sacrificios sublimes. Y este sentimiento, como el mas inmediatamente derivado de la naturaleza, es el menos accesible al nocivo influjo de las malas costumbres. En cada siglo, mientras dure el mundo, se contarán mas *Andrómacas* que *Medeas*, y si la moda, la vanidad ó el capricho son causas de que algunas madres aparezcan menos asiduas y fervorosas que debieran en el cuidado y educación de sus hijos, aun estas mismas, ó no nacieron para amar, ó es seguro que los aman sobre cuanto es amable en la tierra.

Pudiera argüirseme diciendo que la multitud, todos los días creciente, de amas de leche, que hormiguean en la capital, atestigua contra la ternura de las madres españolas; pero conviene advertir que muchas confían con harta dolor sus niños á zafias y descastadas pasiegas, no por punible desvío hácia ellos, ni por conformarse á las absurdas leyes del *buen tono* y de la *elegancia*, ni por miras de una higiene reprensible y de un refinado egoísmo, sino porque la falta de robustez les impone tan triste necesidad. Es cierto que obedientes en demasía á las exigencias de una sociedad muy culta, muy galante y muy entendida, eso sí, pero mas frívola que previsora, á nadie tienen que echar la culpa sino á sí mismas del quebranto de su salud las que lloran desmejorada por la tortura del corsé, del zapato y del cinturón, por los excesos de la danza, y por los abusos de la gula; ya que algun otro de los siete pecados capitales, que llaman mortales, no remuerda su conciencia. Dirán, empero, las que en este caso se hallen, que hartas incomodidades lleva consigo el embarazo sin hacerlo mas penoso sujetándose á molestas privaciones, y que por estar *en cinta* una dama no se ha de incomunicar como una lechuzna, ni ha de consentir que su mórbido talle rebose indisciplinado, y que *los orbes depositarios del jugo lácteo* (no cabe nombrarlos con mas pulcritud) por falta de sujeción se desordenen y *traslúminen*. ¡Pobres señoras! Preciso es aceptar sus convincentes disculpas ó no tener pizca de consideración y de crianza.

Otras parturientas, por amor al feto que abrigan en sus entrañas, se han abstenido con loable abnegación hasta de los mas inocentes placeres, y sin embargo se ven imposibilitadas de criar por sí mismas á sus caros hijuelos, y otras ¡mal pecado! ó paren dos no teniendo *viveres* mas que para uno, ó lastimosamente fecundas conciben el segundo antes que sea posible destetar al primero sin inminente peligro de verle muerto de inanición. Semejantes trabajos no suelen

afligir á las familias acomodadas: son privilegio ordinariamente reservado á las mujeres de los sastres *sin ejercicio*, de los empleados escedentes, ó de los cómicos ambulantes. ¡Bendito sea Dios!!!

Infinidad de mujeres de esta muy heroica villa necesitan pues, por varios motivos, delegar en otras los venerables deberes de la maternidad, y de aquí la necesaria afluencia de Nodrizas de todas clases, dimensiones, cataduras y gerarquías.

El litoral de nuestro Océano cantábrico provee en su mayor parte á Madrid de esta humana mercancía, cuya casta mas aventajada se produce en el famoso valle de *Pas*, de donde se deriva el nombre de *pasiegas* con que designamos á todas las amas de leche, aunque no sean de menos pujanza y calibre las que procedan del Vierzo ó de los montes de Oca. Pero háya pácido las yerbas del Septentrion. ó las del Oeste de la Península, es forzoso que la Nodriz sea montañesa para aspirar á la honra de dar teta al mamon que nació en dorada cuna; y aun así no está segura de conseguirlo si el médico no certifica despues de un prolijo exámen: ¡diantre de médicos! que el *Amá* carece de todo vicio orgánico, que su leche es fresca, sana y abundante, que su estómago puede dar quince y falta al de un avestruz, y que la *candidata* podria en un apuro tirar de un cabriolé. Son enalidades no menos indispensables para pertenecer á la aristocracia de las pasiegas el tener facciones regulares, ya que no sean graciosas, el ser blancotas, coloradotas y carrilludas, y que sobre una espalda de vara y tercia de latitud columpie larga y trenzada la negra cabellera. Las manos pueden ser ímpidamente callosas y descomunales, y se les permite gastar una piel de becerro para calzar cada una de sus enormes patas.

Las otras montañesas que en grado igual no poseen los mencionados requisitos pertenecen, unas á la clase media y otras á la plebe de las Nodrizas *trashumantes*. Las primeras se colocan en casas decentes, aunque no de mucho rumbó; las últimas establecen su asiento (no digo *cuartel general* por lo mucho que se ha abusado ya de esta frase) agrupadas en los portales de la plazuela de Santa Cruz y accesorias, como en la *tela* y otras afueras de Madrid los rebaños de ovejas; y así como la leche de estas, esto es, de las ovejas de extramuros, cuesta mas barata, así tambien aquellas; quiero decir las madres de alquiler, estacionadas en dicha plazuela de Santa Cruz, se ajustan con mas equidad. Entretanto hılan, ó remiendan, ó charlan, ó riñen, ó juegan á la brisca, esperando impacientes la hora de confinar en la *Inclusa* su chiquillo para dejarse chupar por el ageno; y á falta de mejor acomodo, tienen bastante envidia y osadía para encargarse de alimentar con sus lacias mamilas y por un módico salario á diez de los desventurados inquilinos de aquel piadoso establecimiento; mas como Dios no las concede la gracia de repetir el milagro de los panes y los peces, aunque se afanen por suplir la falta de leche con sendas tazas de nauseabunda y salcóchada papilla, la mayoría, sino la totalidad de sus alumnos, fallecen hambrientos y encanijados.

Tales pasiegas y otras tales que no són pasiegas, y que, solo por no serlo, para obtener colocación se ven precisadas á solicitarla, como si el cielo negase facultades maternales á las que nacieron orillas del Tajo, del Turia ó del Guadiana, acuden con frecuencia y ansiedad á la redacción de *Diario de Avisos* con este ú otros anuncios semejantes:

NODRIZAS.—*Encarnacion*
 Valmojado, natural
 de la villa de Alcobendas,
 busca cria. Abonará
 su conducta e' limpia-botas
 de la calle de la Paz.

Hay también Nodrizas clandestinas y vergonzosas, como hay madres anónimas y vergonzantes, aconteciendo más de una vez que la flaqueza de la una sirve de salvaguardia, ó si se quiere, de *editor responsable* á la otra. Los cirujanos comadrones y los administradores del *Refugio*, confidentes habituales de semejantes episodios, nos revelarían sobre este particular anecdotillas tan curiosas como interesantes, si les fuera lícito quebrantar el religioso sigilo á que su caridad y sus juramentos les obligan; pero madres y Nodrizas sin duda alguna fueron víctimas, no de sus instintos pecaminosos... ¡vaya!... sino de su credulidad é inesperienza.

Una vez instalada la Nodriz, (hablo de las que crían en casa ajena, que las otras no tienen tantas ocasiones para ser exigentes) una vez posesionada de su empleo, ejerce, no solo sobre su cría, sino sobre toda la familia y parte de la vecindad, un despotismo que está muy lejos de ser *ilustrado*. Empieza por ser *Ama de leche* únicamente, y acaba por ser *ama* en toda la estension de la palabra. Sea primeriza y como tal no haya tenido medios todavía para equiparse; ó á fuer de veterana conserve en su país dentro de un apollado arcon tantos vestidos completos por lo menos como sean las casas donde ha servido, es de rigor que ha de presentarse á las vistas casi en el estado de nuestra madre Eva. Exige, por tanto, como primera condición que se la vista de piés á cabeza; y gracias si se da por satisfecha con un solo traje, que muchas quieren otro más fino y lujoso para los días de fiesta. Casas hay donde, por su propio decoro ó por hacer ostentación de su opulencia, nada escasean los señores sobre este punto ni sobre alguna de las gollerías que sin cesar están pidiendo las *Amas* con insaciable avaricia y desvergonzada inconsideración; pero el lujo de unas pasiegas escita la envidia de las otras, y sus amos necesitan hacer continuos y no leves sacrificios para tenerlas contentas, no sea que viéndose contrariadas tomen una rabieta y de sus resultados den mala leche á los inocentes chichuelos. Porque bueno es prevenir á los que lo ignoren, por no haber tenido fruto de *bendición*, ó porque con una prógima de *Pas* no haya entrado todavía la *maldición* en sus hogares; bueno es prevenir, repito, que esas acémilas bautizadas son muy propensas á la *hidrofobia*. Ni basta muchas veces á domesticarlas la no interrumpida concurrencia con que los que de ellas forzosamente se valen, acaso en justa espiciación de sus culpas, satisfacen todos sus antojos; que aun así acostumbran á responder con un par de coces á las mas inofensivas amonestaciones y hasta á los mismos halagos. ¡Oh! y han de tener ustedes entendido que cuando ellas tiran un par de coces..., regla general, siempre quedan preparadas para otro.

Sabido es que todos los días tienen las consabidas un pretexto para conspirar contra el bolsillo de sus amos. Son gentes que tienen en la uña el almanaque, y no hay en la casa aniversario, mas ó menos plausible, que no esploten en su provecho. ¿Llegan los días ó cumpleaños del Sr., de la Sra. y de cada uno de los señoritos? Regalo. ¿Ascende el amo, ó le nombran senador, ó gana un pleito? Propina. ¿Suenan rabeles y zambombas? Aguinaldo. Pero la mina inagotable para una ama de cría es el mismo pimpollo á quien sustenta y arrulla. Todos los progresos que va haciendo, físicos ó intelectuales, son para ella otras tantas aedealas. Que se rie: que dice: *ajó, ajó*; que hoy hace pinitos y mañana el gesto de la vieja; que menea el sonajero; que estrena los andadores y la pollera; que le visten de corto; que le ponen zarcillos; que sufre la operación de la vacuna; que le confirma un obispo *in partibus infidelium*; todo son milagros de la leche que mama, todas son gracias que es necesario atribuir y recompensar á los desvelos de la madre aquilona. ¿Y la dentición? A cada huesecillo que echa en las

encías, á cada nuevo poblador de aquellas desiertas mandíbulas, nueva petición de la importuna montañesa; ó en otros términos, á cada *diente* que le nace al heredero es forzoso sacar una *muela* á su padre.

Cuando nuestras *heroínas* se presentan en las casas, que no tardarán en mirar como país conquistado, á todo se allanan; protestan tener paladar de fraile y estómago de pobre; llenen ellas el buche, y aunque sea de berzas y nabos; pero lograda ya su admisión y á medida que van usurpando á las madres efectivas el cariño de las criaturas, insinúan poco á poco dengues, apetitos y delicadezas que contrastan de notable manera con su rúsaica extracción y su insolente obesidad; y llega día en que es preciso recorrer todas las fondas y todos los mercados de la corte para satisfacer su voraz inapetencia. ¡Cuántos padres, resignados á la frugal comida que vulgarmente llaman *sota, caballo y rey*, gimen en silencio viéndolas saborear los ricos manjares de que ayunan ellos por no apresurar la ruina que les amenaza! Azotes de los demas criados, donde los hay, lejos de ayudarles en sus faenas, como un día prometieron, los mandan con mas autoridad y urgencia que los amos; con chismes y peloterías y calumnias les roban la confianza y afecto de que son tal vez mas dignos que su tirana; se desdennan de altercar con ellos en la cocina, y exigen por lo menos que se les ponga mesa aparte las que no se sientan muy orondas á la mesa de sus señores dándoles martirio con sus groseros modales.

¡Pobre del ciudadano que tiene hijos y abre, por ende, sus puertas á tan horrible calamidad! ¿Pues que diré si el *pobre ciudadano* es además *ciudadano pobre*? No hay ahorros y economías que basten á sufragar tantos dispendios. El *ama* es una lima sorda, una carcoma perdurable, una calentura lenta, y hay cristiano que con dos lustros de abstinencia no seredime de los empeños que contrajo en dos años de lactancia.

Pudiera suceder que, así como todas las susodichas saben al dedillo la *gramática parda*, algunas supieran igualmente deletrear, y llegase á sus manos este articulo lejo, ó se lo oyeran leer á algun oficioso ayuda de cámara; y por tanto declaro, como haya mas lugar en derecho, que todo lo que he dicho de las nodrizas en general no obsta para que algunas en particular sean mujeres muy honradas y temerosas de Dios. Antes que incurrir en la tremenda cólera de una pasiega y de verme acaso en el duro trance de luchar con ella á brazo partido, prefiero cantar esta especie de palinodia. Y diré mas: estoy íntimamente persuadido de que habrá algunas que lleguen á encarnarse con los chiquillos á quienes crían tanto como si los hubiesen parido.

Hecha la precedente salvedad, y para no moler mas á mis lectores, acaso empalagados ya de tanto *lacticio*, confesaré tambien que aun las *amas* de mas áspera condición se amansan cuando se va acercando el para ellas muy desagradable, como para los padres muy lisóngero momento del destete, mansedumbre que tiene el doble objeto de prorogar cuanto puedan su *dictadura* y el ser á la despedida mas liberal y generosamente remuneradas.

Pero la nodriza de raza y de *buen trapío* no permanece mucho tiempo cesante. O después de criar á un niño conserva todavía bastante repuesto para abastecer á otro, ó recurre á los medios ordinarios de proveer nuevamente del alma licor las fuentes de la vida. ¡Dios me libre de imaginar que en un raptó de filantropía contribuya al logro de sus designios el señorito de la casa! Para constituirse una individuo de esas en la situación *interesante* que la Providencia suele depurar á las reinas de luglaterra, no ha menester inspirar *excéntricas* pasiones. Un viaje á la tierra y Cristo contodos. Allí la espera fiel, amoroso y lozano su marido y conjunta persona;—y tambien alguna vieja

maligna que mas adelante ajuste con nimia escrupulosidad cuentas que no son de su incumbencia, y en que pone sin embargo sus cinco sentidos mejor que en las del rosario.



La Nodriza.

—«Pero, tía fulana, responde la tía mengana, no sea usted el enemigo. Pensando piadosamente....»—
«No hay tu tía, replica la otra tía. ¡Son habas contadas! O al chico de Geroma le faltan cinco semanas para ser *sietemesino*, ó el papamoscas de Tiburcio puede y debe probar la *coartada*».

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

LA COQUETA.

Si hace cien años, allá en los tiempos en que se gastaban, entre otras zarandajas, espadín y polvos, se hubiese pronunciado la palabra que sirve de epígrafe á este artículo, hubiéranse mirado unos á otros los que la oyeran, demandándose su significacion. En el transcurso de un siglo, y quizás mucho ménos, se ha vulgarizado de tal modo, que apenas hay quien ignore la acepcion que en nuestro idioma tiene. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, altos y bajos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, todos conocen ese epíteto, y quizás es una de las primeras voces que el tierno infante aprende á murmurar. ¡Tanto es lo que se repite, y tanto lo que abunda el ser á quien se le aplica!

¿Deberemos inferir que el tipo sea moderno? No; así como Bossuet dijo: «Estudiad el hombre y estudiareis los vicios;» también podemos decir: «Buscad la mujer, y hallareis la coqueta.» En efecto, parece averiguado que nuestra madre Eva consintió en comer del fruto prohibido, porque Luzbel le aseguró que así agradaría mas á Adán. Véase como de todos los males de la humanidad tiene la culpa la coquetería de las mujeres.

Dedúcese de aquí que el tipo es antídiluviano, aunque el nombre sea moderno é importado de la Francia, de ese país de donde nos vienen tantas cosas buenas y malas, como la libertad de imprenta, las modas, las costumbres parlamentarias, los dramas, las coaliciones, los sastres y las telas. Mas todo cargo exige pruebas, y yo voy á aducir algunas no solo para demostrar la fecha del vicio, sino también sus funestos resultados.

Elena, la causa eficiente de la guerra de Troya, fué una coqueta, y algo mas, que se dejó robar por París: Dido, la reina de Cartago, con remilgo y monadas, hizo que Enéas olvidase sus deberes y faltase á sus juramentos; Calipo se consoló de la partida de Ulises con la llegada de Telemaco; Cleopatra solo se aplicó el áspid, cuando no tuvo quien la requiriese de amores; Isabel de Inglaterra dió muerte á María Stuard, porque le disputaba sus amantes; y la infeliz reina de Escocia pagó en el cadalso sus veleidades y coqueterías.

Aun pudiera alargar mucho este catálogo, si no fuera inútil, porque basta á mi propósito lo dicho, y porque en este punto, gracias á Dios, todos los hombres estamos acordos. Pero cúpleme asentar que por el progreso de los siglos, y por el adelantamiento de las ideas, las Circes y sirenas de los remotos tiempos se llaman en nuestra época Emilias, Serafinas y hasta Gerónimas.

Falta ahora no mas que averiguar la generalidad de este achaque femenino, y si está vinculado en una ó determinadas clases de la sociedad, ó si es común á todas. Pretenden algunos que la franqueza es la virtud de los dioses; otros aseguran que es máscara de la impudencia, no faltando quien afirme que mohina y avergonzada la tal señora, ha huido en nuestros días á los desiertos del Africa. Por tanto, yo no me atrevo á resolver la delicada tésis que he sentado arriba, y me escaparé por la tangente diciendo tan solo que si fuese académico ó siquiera autor del *Pantexico*, al llegar á la palabra *Coqueta*, saldría del paso añadiendo: Véase *Mujer*, y vice-versa.

Ya concibo la noble indignacion que al llegar aquí sentirá la hermosa mitad del género humano. Mas por Dios que se tranquilice y sosiegue, pues tienen excepciones todas las reglas, y sin duda habrá muchas en la presente. No importa que en el mismo momento que le doy tan cumplida satisfaccion dirija alguna lectora sus miradas á la calle, donde las aguarda anheloso el capitán de artillería, mientras en el canapé de enfrente escribe su primito en un precioso album tiernísimas endechas, cantando la constancia y el amor.

Sentado, pues, que la coqueta es la mujer, no nos admirará encontrarla en todas las clases de la sociedad. Lo son, pues, las damas elegantes y melancólicas; las matronas añejas y graves; las jóvenes alegres y pizpiretas; las solteras de 32, que pasan por austeras y devotas; la hija del comerciante y del tendero que venden terciopelo y garbanzos; la doncella de labor que se pasea el domingo en el Prado; la criada para todo que baila los días de fiesta en la Virgen del Puerto, y hasta la desenvuelta y descocada manola que contesta con un sopapo al que se atreve á mayores. Consiste en que la coquetería no es como la tisis ó el asma, que se adquieren, sino como las enfermedades heredadas, que se nace con ellas.

Existe una diferencia, sin embargo, que en prueba de lealtad quiero notar aquí: en esta clasificación general hay tres secciones de todo punto diversas; las coquetas por instinto, las que lo son por estudio, y las que no lo son (vulgo feas). La cuestión se reduce pues á tres extremos: naturalidad, arte é impotencia. En el vasto círculo que abraza y comprende hay mujeres que aspiran santamente al matrimonio, y que para alcanzar ese fin ponen en planta todos los medios: algunas (pocas, muy pocas) que renuncian á la coquetería el mismo día que al celibato; otras por último, para quienes *el estado perfecto*, como le llaman los teólogos, no es sino un resorte mas con que ejercer, y en mas vasta escala, sus artes.

Resulta que este vicio es la esencia del corazón femenino; que es un gérmen que en todas las mujeres

se halla, y en unas se revela espontáneamente, y en otras se desarrolla á favor de constantes esfuerzos.—Sentadas estas bases, fuerza es entrar ya en materia: expuesta la teoría, justo es hacer las aplicaciones necesarias.

La coquetería es un instinto: desde muy temprana edad aparece ya y se formula; ved á la niña que juega con sus muñecas á los amantes; que sin saber por que, busca y prefiere la sociedad de los hombres; que se goza en adornar su frente con flores del jardín por donde alegre trisca; que se mira en la limpida corriente de los ríos; que se envanece y ufana al oírse llamar hermosa; que siente el agudo dardo de la envidia si á otra en su presencia se le otorgan elogios, y que ya ambiciona y codicia galas y atavíos brillantes. Volved también los ojos á la sencilla é inesperta



La Coqueta.

aldeana, que escucha amores de los mozos de su pueblo; que se cantonea orgullosa al oír sus piropos; que acepta las músicas que le dan por la noche tres manebos distintos, y que á todos responde, y con todos baila. ¿Quién puede haber revelado en esas almas infantiles y cándidas las aficiones de otra edad y los refinamientos de la civilización? La naturaleza, la naturaleza solamente.

Pero esta propensión íntima de la mujer, ese gér-

men que nace con ella, muere en unas sin desarrollarse, y en otras se engrandece y cultiva, elevándose á la esfera de arte ó de ciencia, que de ambas cosas tiene mucho, aunque hasta ahora no se haya determinado de cual de las dos tiene mas.

La dama elegante y de alto rango es la coqueta por excelencia, porque posee mas medios de que disponer para servir á sus inclinaciones, y porque su vida entera se consagra á perfeccionar el sistema que sigue.

Así se la vé por días lánguida, vaporosa, sentimental, alegre, viva ó revoltosa; así combina el traje y los colores con la importancia del papel que va á representar, adoptando el negro cuando quiere dár á su semblante una expresion grave y triste; el rosa para aparecer fresca y lozana; el blanco cuando desea que se la juzgue candorosa é inocente, y en fin el azul cuando se finge celosa.

Y digo *se finge*, porque la coqueta no siente nada de lo que expresa; porque todas las variaciones de su carácter son producidas por la índole del carácter mismo; porque acostumbrada á jugar con los sentimientos del corazón, á remedarlos sucesivamente, se hace escéptica y positiva, y en nada cree, y en todo busca un goce material ó el logro de una esperanza cualquiera.

Hay coquetas que se sublevan á este título; que lo rechazan con indignacion, pretendiendo que solo lo merecen las que mantienen relaciones con mas de un hombre á la vez. En muchas puede ser virtud que no hagan esto; en otras es necesidad. Quiere decir que las que tal consiguen, que las que logran engañar verbi-gracia á cinco á un tiempo, merecen citarse como modelos, y llevar la borla de doctoras en la facultad. Son mas hábiles sin duda, son mas diestras innegablemente las que maña se dan para tanto; pero no son ni mas ni menos coquetas que las demas, ni hay por qué ofenderse de que con ese honroso epíteto se las clasifique y decore.

La coqueta de buen tono, que es el tipo legítimo y verdadero, y el que me propongo describir, no tiene mas ocupacion, ni mas deberes que los de su coqueteria: no hay distincion entre solteras y casadas, entre niñas ó adultas: iguales son sus medios, iguales sus resortes, é idénticos por fin su sistema y su arte.

Emilia, Julia ó Isabel, que de cualquiera de estos modos se llama, se levanta tarde, muy tarde, cuando el sol está en la mitad de su carrera. En la estrecha y suntuosa alcoba todo revela ya quien es la que allí descansa; respirase una atmósfera embalsamada; arden ricos perfumes en dorados pebeteros; cubren el tálamo de la esposa ó el sencillo lecho de la doncella, ya el terciopelo y el raso, ya la muselina y el gró, de agudas saetas suspendidos, ó por lindas coronas rematados; difunde una lámpara de china un resplandor tibio y voluptuoso, y cobijada entre batistas y encaje, se contempla á la deidad de aquel templo, no sueltas las trenzas de su alisado cabello, sino recogidas en una elegante gorra de tul y blanca. Hasta en el sueño es estudiada la posicion de la hermosa: no está tendida prosáicamente sobre la pluma y la seda; no están descubiertos su albo seno, ni sus torneados hombros; solo se vé una blanquísima mano donde apoya la pura mejilla, ligeramente sonrosada; y así duerme casta y pudorosamente, con la sonrisa en los labios que nunca la abandona sino cuando es menester que la abandone, y soñando quizás nuevos triunfos y nuevas glorias.

Toda esta poesia de que se rodea, y de que no prescinde ni con su marido, todo ese arte maravilloso que emplea hasta en los menores detalles, y hasta en las situaciones mas solemnes de su vida, es lo que constituye su fuerza y lo que hace irresistibles sus encantos. El mismo esposo no penetra en el santuario cuando se le otorga tal merced, sino con emocion y con interes; porque nada destruye tanto las ilusiones, nada mata tan presto el cariño como cerciorarse de que el ángel que se ama es una mujer como todas; que bajo una capa de oro y seda está encubierto un pútrido cadáver; que el ídolo ante quien nos prosternamos es un autómatas de barro comun y grosero.

Por eso la verdadera coqueta ni un momento sale del círculo en que gira, y por hábito y por conveniencia es inexorable en este particular: aun cuando esté enferma, aunque solo vea al médico y á la

doncella, no faltará por eso á ninguna de las reglas que se ha impuesto; y recibirá al facultativo sonriendo en medio de sus dolores, y preferirá morir á que corten impiamente su cabello, ó á que maltraten sus brazos ó su espalda con cantáridas y sanguijuelas. ¿Por que no hemos de llamar heroínas á las que así se sacrifican á sus voluntarios deberes, á las que en su afán de conquistar al hombre, prefieren la muerte á dejar de agradarle?

El tocador de la coqueta es la parte mas importante de su vida: así se la ve largas horas casando los colores y los adornos del modo que mejor le parece, estudiando la expresion que cuadra mejor á su semblante aquel dia, y que no variará despues de resuelta, ni un instante. Verdad es que en este punto, como en varios otros, no tiene opinion propia, y admite las telas, los lazos ó las flores que la proporcionaron mas incienso y mas conquistas. Si uno de sus amantes elogia su palidez, la coqueta usa exclusivamente el blanquete; si otro menos romántico se pronuncia por unos buenos colores, hace provision de carmin y de papelillos de rosa. Si el adadorador es melancólico y sentimental, no hay batistas bastantes para enjugar las lágrimas de su amada; si es un desenfadado militar, mi tipo adopta el tono y las maneras desenvueltas de su víctima: si le gusta á uno la soledad, ella pinta con poéticos colores los placeres del retiro, habla de deliciosas *oásis*, de quesseras edificadas en el pico mas escabroso de una montaña suiza; ensalza la vida pastoril, y envidia á los pacíficos habitantes de la antigua Arcadia: si otro pondera los deleites de la vida social, también ella es de esta opinion. Y en tal variedad de gustos, y en tal contraste de aficiones, y en semejante laberinto de pareceres, pasa su vida contenta, satisfecho su amor propio, colmada su ambicion; sin pasiones violentas y sin dulces afectos, verdad es, pero sin dolores ni pesares tampoco.

Esta disposicion para plegarse á todo dócilmente, esta flexibilidad de carácter es mas admirable, cuando á un mismo tiempo tiene que variar de un extremo á otro. Supongamos, pues, que Adela tiene cuatro amantes; el uno es un mozalvete inesperto, uno de esos niños que acaban de salir del cascaron, como vulgarmente se dice, y que por tanto trae un corazón vírgen, y una porcion de ilusiones idem; que el segundo es un capitán de caballería, andaluz por mas señas, y de los que declaran á una mujer en estado de sitio, y la requiebran y obsequian marcialmente; que el tercero es un abogado rechoncho como su entendimiento, de peluquita rubia, de rostro cándido; en suma, uno de tantos como conocemos por el nombre de *predestinados*; que el último es por fin un *Otelo* pasado de moda, un catalán selvático y feroz; que se encela por un quitame allá esas pajas, que frunce el gesto por la menor cosa, y que jura vengarse á sangre y fuego si se le ultraja ó se le vende. En este contraste de caracteres, en este dedalo oscurísimo y enmarañado, la coqueta no se aturde ni desmaya: al inocente pipiolo le engaña de cualquier modo; al capitán le deslumbra con sus dengues y gachonadas; al mofletudo jurisperito llamándole su esposo; al terrible catalán desempeñando el papel de víctima, derramando á lo mejor un torrente de lágrimas, ó haciendo uso, en caso de necesidad, de los ataques de nervios. Así viven los cuatro en una paz octaviana, todos arrullados por blandas esperanzas, adormidos en dulces ensueños, mecidos en gratas ilusiones. La farsa dura hasta que uno de ellos avanza mas que los otros, y pide al papá ó al tío la mano de la inocente doncella, á la que se le da un ardite del dolor del jovenzuelo, y de sus amenazas de suicidio; de los sarcasmos del capitán, de las burletas del abogado (que es las mas veces el preferido) ó de la teatral desesperacion del *Otelo*. A veces suele calmarlos con seductoras promesas para el porvenir.

También puede alcanzar otro desenlace la comedia: un día el más inesperado de los cuatro tiene la candidez de enseñar á cualquiera de los restantes un lazo de rubios cabellos: el otro se alarma por el color y por la forma de la prenda, y saca una igual del bolsillo; comunicando sus dudas al mancebo; pero este se irrita con semejante sospecha, llama calumniador al que toma el asunto con tanta frescura, y si aun así no le hace perder su sangre fría, hasta le apostrofa de cobarde. El resultado es el que puede colegirse: salen con los padrinos correspondientes, y por donde hace el demonio que sean estos los dos compañeros de la coalición amorosa, y que al enterarse del motivo de la contienda, saquen otros dos lazos idénticos, finalizando la intriga, con no poco contento de todos, menos del que amaba de buena fe, que se mesa y arranca las barbas, si va las ha, y que canta doloridas trovas, si el destino le hizo nacer poeta: pero en fin, el lance no tiene mas consecuencias que escribir una epístola que firman los cuatro, y que va concebida en estos ó parecidos términos:

«Temiendo que si sigue Vd. tan pródiga en la repartición de cabellos, tenga que hacer pronto uso del tuétano de vaca ó de la grasa de oso; ó que como la de Sanson, su fuerza consista en el pelo, y que quedando calva, pierda las proporciones á que aun puede aspirar; le devolvemos los preciosos recuerdos que de su amor guardábamos, para que los traspase á otros mas inocentes y menos ingratos.»

Tampoco es raro que media docena de amigos se encuentren con seis ediciones de un mismo billete, ó con seis copias de un mismo retrato. En este caso la alocución de despedida se formula del modo siguiente:

«Habiendo leído y discutido maduramente los que suscriben la adjunta circular, han resuelto negarle su voto, en atención al descrédito de la candidatura que propone. Lo que comunicamos á V. para su inteligencia y fines convenientes.»—Dios guarde á V. muchos años.—Madrid, etc.

No piensen mis lectores que la coqueta se corre ni desconcierta por esto: así como un propietario no teme ver siempre desalquilada la casa que un inquilino abandona, entonces lo mismo que aquel, Adela pone papeles: es decir, que destina una hora mas al tocador; que si canta dirige sus miradas, mientras entona una *romanza* amorosa, al que mas cerca tiene; que si baila el cotillon, saca tres veces seguidas á uno mismo; que si este ó aquel la contempla un instante, clava en él sus ojos toda la noche. Otras veces se resuelve á atacar el alcázar de la vanidad humana: al tieso y afectado *dandy*, que no piensa mas que en el frac de Utrilla, en el charol de Fortis ó en las corbatas de Bomel, le encomia cualquiera de sus trajes, y hé aquí la conquista hecha: si es un autor dramático silbado, habla contra las cábalas literarias, se enciende en ira con las intrigas de bastidores, y acaba por decir que no conoce drama mejor que el suyo, aunque no lo haya visto, ó desde el prólogo comenzase á bostezar y á dormirse. Si es un artista, le saca á relucir dos ó tres nombres que leyó en un periódico por la mañana, como Van-Dick y Correggio; hace el elogio del claro oscurro de sus cuadros, aunque sean chillones y desentonados, y le predice un porvenir brillante. Si es por último un hombre juicioso y racional (porque ni estos están libres de la fascinación), comienza por hablar mal de las mujeres, truena contra las coquetas, hace el elogio de la que no gusta de sacros ni diversiones, y que limitada á sus faenas domésticas, cumple todos sus deberes dedicando su existencia á su esposo y á sus hijos. Con esto le basta para armarse en poco tiempo, y para no echar de menos el descalabro anterior.

La arena verdadera en que combate mi tipo, el campo donde hace gala de su talento, donde despliega

todos sus inmensos recursos, todas sus facultades físicas y morales, es un baile, es una reunión cualquiera. Allí prodiga sus mejores sonrisas: allí otorga sus codiciados favores: ya estrecha la mano de uno en el reposado rigodon; ya se abandona lánguida en los brazos de otro al lanzarse al rápido wals; ya se deja caer sobre una banqueta exánime y fatigada, mientras este la abanica: va irguiéndose de pronto como una rosa abatida por el ábrego, deja con la palabra en la boca al que la improvisaba una bien pensada declaración.

El carnaval es un gran recurso para la coqueta: sobre la careta natural que lleva siempre, se pone otra artificial: con el traje de valenciana da una cita en un salon de Villa-hermosa; y cuando el anzuelo ha prendido, pónese encima un dominó, y pasa cogida de otro junto al que la busca desalado. Esta operación se repite diferentes veces, sin mas que cambiar tres ó cuatro disfraces de diferentes colores, y pasando la noche entera en tan inocente ocupación.

El teatro es otro de los sitios donde tiene erigido su trono: situada en un palco bajo, echa los anteojos al *lion* de la décima fila de lunetas, dirige la vista al que ocupa la galería de enfrente, y de vez en cuando levanta los ojos hácia el infeliz á quien relega á la tertulia con cualquier especioso pretexto. Entónces de verla orgullosa de tener en todas partes obedientes siervos; entónces es de verla gozarse con el imperio que ejerce; entónces, por último, es de verla repartir miradas y sonrisas á diestro y siniestro, hacer imperceptibles señas con la cabeza, ó mover ligeramente los dedos. Nada mas frecuente que escenas semejantes en los teatros: yo trocaria el nombre de estos por el de *oficinas telegráficas de coquetos*. Y forzoso es convenir en que las empresas de espectáculos públicos tienen mucho que agradecer á las coquetas, y que debieran erigirlas estatuas y aun altares, en muestra de justa gratitud.

Ofrece ademas el coliseo una porción de ocasiones favorables para que mi tipo afiance y consolide su dominio: si el drama es triste, la coqueta halla coyuntura para demostrar su sensibilidad; y ¡ luego son tan hechiceros unos ojos empañados por las lágrimas! Si es alegre la pieza, al reirse descubre dos filas seductoras de preciosos dientes: si un chiste grosero ó impudente excita carcajadas en el patio, se enciende ruboroso su semblante, revelando así su pureza: si hay una catástrofe horrible, se cubre la cara con el abanico.... para coquetear por entre las varillas con algun neófito ó inocente. Por último, si es ópera, se agita, se conmueve, y tiene que aspirar varias veces su frasco de sales, para no desmayarse con la emoción que siente. Luego á la salida hay mil ocasiones favorables para trocar algunas palabras, para deslizar una cartita, para dejarse estrechar la mano, para regalar el ramillete que aspiraba, *reseco con su hálito y humedecido con sus lágrimas*. ¡ Y con que riquezas se paga ese *bouquet* que ha recibido todas las impresiones de la hermosa por quien suspiran seis ó siete? La moda ha dado un compañero al abanico: este divide sus funciones con el lindo manojito de flores, que á las veces hasta suele asemejarse á la banda con que la hermosura recompensaba en los torneos la destreza de vencedor.

Hay mujeres que son eternamente coquetas, y estas tienen sus cabellos cuando comienzan á blanquear, estiran su cutis con cosméticos y menjerges cuando principia á arrugarse, y reemplazan sus dientes con los que construyen Rotondo y Monasterio, cuando los primitivos desaparecen. Esas no son ni solteras, ni casadas, ni viudas, ni madres; no son mas que coquetas. Sacerdotisas de ese nuevo ídolo, á él lo sacrifican todo, las afecciones lo mismo que los deberes: si son ricas, cuando no obtienen ya obsequios, los compran: si son pobres, se mueren ó se hacen devotas.

A esta última especie corresponden las tías ó las madres severas é implacables, que tienen en duro cautiverio á sus hijas ó á sus sobrinas; las que declaman contra las costumbres de la época; las ásperas y regañonas, las de gesto avinagrado, y las que cubren su desoplada cabeza á favor del arte de Reigon y de Peláez.

Ellas, y por aquel adagio de *no hay peor cuña que la de la misma madera*, se muestran inexorables con la coquetería: ellas, sobre todo si son solteronas, predicán fervorosamente contra aquel vicio; ellas en fin, inflamadas en santo celo, dan á las jóvenes rectos y saludables avisos..... Pero sin querer é involuntariamente iba invadiendo un terreno que no me pertenece: de la coqueta iba pasando á la devota, tipo no menos abundante y no menos digno de estudiarse y describirse.

Así como las obras dramáticas terminaban en otros tiempos con su correspondiente moraleja, que resumía el pensamiento moral del autor al escribirlas, así también quiero dar fin á este artículo con una reflexión filosófica. En todos estos caracteres de la naturaleza, en todos estos tipos que se distinguen por sí solos, y á los que dá color, por decirlo así, la mano eterna del tiempo, hay un enlace y una conexión íntimos, hay una semejanza, una identidad asombrosas. De la niña nace la mujer; de la mujer sale la coqueta; de la coqueta se desprenden otra porción de eslabones, que diferentes entre sí, guardan todos grande analogía con el primitivo, y nos lo hace reconocer como los hijos de una nación, como las flores de una misma planta, como los dedos de una misma mano, iguales aunque desemejantes.

RAMON DE NAVARRETE.

EL EMPLEADO.

Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer á hoy;
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía lo soy.

Con efecto: ¿á quién con mas razon que al empleado español puede aplicarse tan sabida y manoseada copla? ¿Dónde se encontrará un dechado mas perfecto de las mudanzas humanas? El zapatero hace ahora zapatos como antaño, y como antaño los cobra, excepto de los tramposos que son de todas las épocas. El propietario percibe los alquileres de sus fincas, aunque ande á pleito con inquilinos renitentes, plaga muy anterior á las reformas modernas. El cura, si ha perdido el diezmo, tiene esperanza en la caridad de los fieles, mientras el empleado ni aguarda caridad, ni conoce fieles en el mundo. En ninguna clase, en fin, ha impreso la revolucion tan profundamente su sello; él es la revolucion personificada.

Aprended, flores, de mí, puede en verdad decir el Empleado, porque el Empleado es ahora flor de efímera existencia, que nace por la mañana y por la tarde ha desaparecido, cuando antes no viene á troncharla inesperado huracan en su mayor lozanía. Antes ¡ay! no era flor, sino una cosa á manera de ostra, tenazmente agarrada á la roca de su destino, ostra que en un mar siempre bonancible, allí vivía, allí engordaba, sin mas movimiento que el de abrir sus conchas para recibir los rayos de su sol querido, es decir, las mesadas que en su periódico curso volvían con tanta regularidad como el astro del día en el suyo. ¡Aquel si que era el régimen perfecto y sabiamente combinado. Aquella si que se podía llamar constitucion-verdad; y no ahora que solo predomina el régimen dietético, el cual, destruyendo la constitucion física del empleado, no le enseña mas verdad que una: que su sueldo es una mentira! ¡Tiempos

felices de Carlos III y de su hijo! Vosotros fuisteis la edad dorada de los empleados. Ahora no nos hallamos siquiera en la edad de hierro: estamos en la de barro, fiel emblema de la fragilidad de los empleos.

El Empleado de antaño, seguro de su inmovilidad, vivía feliz, tendiéndose á la bartola: el de ogaño, es puesto á mil vaivenes, no conoce lo que es paz ni contento. Aquel ostentaba en su rostro una serenidad inalterable: este es la vera-efigies del susto y de la zozobra. El primero era mas cachazudo; el segundo es mas activo. En el uno había mayor inteligencia de los negocios; el otro vence en travesura. Ambos á dos podrian correr parejas en cuanto á instruccion y conocimientos; pero al menos el antiguo sabia el camino de su oficina, en vez de que el moderno suele ignorarlo; bien que tampoco necesita saberle.

Resultan, pues, dos tipos distintos de Empleados en España: el antiguo, que es el primordial, el genuino; el moderno, que es el tipo reformado. Hablando con propiedad, solo el antiguo es un verdadero tipo porque el personage á que se refiere es el único que tenia ocupaciones constantes, ideas fijas, costumbres inalterables, circunstancias necesarias para formar un tipo: el moderno es un camaleon que no se sabe por donde cogerle, tanto varía de formas y colores. El tipo antiguo va desapareciendo: únicamente se encuentra alguno en la inmensa masa de cesantes; el moderno puebla toda España; y al paso que vamos, no habrá en breve un ciudadano que no pueda decir como aquel célebre artista *anch' to sono pittore*. Sin embargo, á pesar de la abundancia de este, y de la escasez de aquel, necesitamos principiar por el Empleado de antaño, porque, como ya hemos dicho, es el verdadero tipo: el otro no es mas que una variedad debida á las circunstancias.

Aunque el ser Empleado no era en España antiguamente privilegio esclusivo de ninguna clase, una práctica constante hacia que por lo general el empleado naciese del empleado. Apenas el hijo de un oficinista habia salido de la escuela, cuando, teniendo á lo sumo doce años, se le colocaba de meritorio al lado de su padre. Allí se soltaba en la letra, se perfeccionaba en las cuentas, y aprendía lentamente las prácticas burocráticas. Al cabo de seis ó mas años habia por fin una vacante, y entraba el neófito de escribiente de número con sus trescientos ducados de sueldo, habiendo aquel día arroz y gallo muerto en la casa paterna, refresco en la botillería de Canosa, y palco segundo en el coliseo para ver la comedia de magia. Cate usted á nuestro muñeco hecho todo un hombre: ya estaba encarrilado; ya no tenia mas que dormirse sobre su cartapacio, dejarse llevar suavemente, y entregarse al dulce y pausado movimiento que año tras año le hacia recorrer todos los grados de la escala hasta llegar á escribiente primero: desde allí daba en otro empujon el suspirado salto á la categoría de oficial; y ya entónces, si ántes no habia hecho una calaverada, teniendo treinta años, con diez y seis de buenos servicios, y en atencion á que pagaba el descuento para el Monte Pío, elegía esposa entre las hijas de los oficiales primeros, con lo cual ponía un nuevo clavo á la rueda de su fortuna, y tomaba puesto entre los padres graves de la comunidad. El horizonte de sus deseos no se estendía mas allá del círculo de su oficina; aspiraba únicamente, si Dios le daba vida, al puesto de oficial mayor; y cuando al cabo de años le alcanzaba, cubierto de canas, con la dignidad de secretario del rey, y tal vez la cruz de Carlos III, teníase por un personage en la sociedad, viéndose acatado por todas partes, honrado en las tertulias, funciones públicas y actos del gobierno, y optando en cualquier ocasion á todas las preeminencias de su distinguida categoría.

Escusado es decir, que en estas transformaciones

había ido tomando el Empleado la fisonomía correspondiente á la situación que ocupaba. Al muchacho motilon que salía de la escuela para ir á copiar oficios al lado de su padre, se le arreglaba una casaca vieja de este, dejándosela bien larga para que fuese crecedera: su madre le peinaba cuidadosamente, recogién-dole el pelo, en coleta; pero sin polvo todavía; y con su ancho sombrero de tres picos, sus calzones cortos, su chupa que no llegaba á los calzones, dejando ver algo de la camisa, sus calcetas arrugadas, y sus zapatos de cabra sin hebillas, iba hecho un hombrecito, encantando á toda la oficina con su aire candoroso y su docilidad. Cuando entraba en la adolescencia, y á esto se añadia un sueldecillo de cuatro reales diarios, ya se vestía con ropa nueva, pero si no le arrastraban los faldones de la casaca, solían por el contrario hacerse cortos, y las mangas harto estrechas, porque la escasez de los fondos, menguados todavía con las sisas paternas, no permitía renovar con la necesaria frecuencia las prendas del vestuario. Pero una vez nombrado escribiente de número, y adquirida de este modo la investidura de verdadero empleado, ya era preciso presentarse con los requisitos del tal, y desde entónces, procurando imitar á los petimetres de la época, se colgaba el espadín, se clavaba sus hebillas, añadia chorrera á la camisa, vuelos á los puños y lucía su brillante botonadura de acero sobre el rico paño de Guadalajara. Este equipaje, sin embargo, no llegaba á su complemento, sino cuando era ya oficial, y andando mucho el tiempo, tomada posesión de los grados altos, se usaba la vieuña, el terciopelo, rizado el encaje en vuelos y chorrera, y la ancha bolsa en el peluquin muy empolvado. Así por el aspecto exterior de un oficinista, podía decirse desde luego sin mas informacion el puesto que ocupaba, y las madres calculaban si había llegado ya el punto en que era un novio conveniente para la niña.

Però veamos á este tipo primordial de nuestros empleados en las dos situaciones de su monotona vida, en la oficina y en el interior doméstico.

El empleado antiguo era mas matinal que el moderno. A las nueve ya estaba andando para su oficina; llegaba, abría la papelería con calma, aquella papelería modelo donde estaba colocado todo en un órden admirable, ostentando los legajos su perfecta simetría, sin que ningun pliego se atreviese á interrumpir la recta alineacion con sus hermanos, comprimidos todos en amarillentas carpetas mediante el encarnado balduque artísticamente enlazado, y á la vista el correspondiente rótulo en hermosa letra bastardilla. Sacados que eran los papeles, colocados cada cual en el lugar oportuno, cortadas las plumas y dispuesto el tinglado de forma que anunciase la presencia del dueño, echada una ojeada á la gaceta que por fortuna era corta y no diaria, principiábanse los trabajos por la indispensable tarea del cigarro. El cigarro en las oficinas sirve para dos cosas: para dejar de trabajar, y para armar conversacion. Formábase, pues, el corro; y como entónces la política no preocupaba los ánimos, se hablaba de la última corrida, de la caída de Costillares, de la estocada de Pedro Romano, ó bien del admirable paso del puñal hecho por la Rita Luna en la Esclava del Negroponto. No faltaba algun gastrónomo que daba noticia de donde se vendían los mejores jamones de Candelario, ó á qué punto habían llegado los mas frescos besugos; y en tan sabrosa conversacion, daban las once, hora en que se tomaba el refrigerio que de la puntualidad con que entónces se servía ha conservado este nombre. Reconfortado el estómago, hallábase por fin un hombre en disposicion de entregarse al trabajo, y de emprender la lectura de un espediente, formar su extracto, ó redactar algun informe, hecho todo con pausa, circunspeccion y esmero. En aquellas caras no se veía la agitacion del que anhela despachar pronto, ni la contraccion del pensador profundo, ni la animacion del que en-

gendra en su cabeza un pensamiento grande; todo era serenidad, cachaza, imperturbabilidad, como quien trabaja por rutina, siguiendo el camino trillado, y sin dársele un pito de acabar hoy ó mañana. En esto daba la una; de repente las plumas todas se paraban donde las hallaba la campanada: echábanse polvos; se recojía, oyéndose un ruido de papeleras á manera de fuego graneado, y tomando cada cual capa y sombrero, con un «hasta mañana, caballeros», se despedía la gente. ¡Oh vida feliz aquella! ¡A la una cesaba el trabajo!... ¡Cuánto han variado los tiempos! ¿Qué dirían aquellos benditos y patriarcales oficinistas,



El Empleado.

tas, si alzasen ahora la cabeza, y viesen á sus sucesores salir á las cinco de la tarde? Y ¿qué, si hubiesen alcanzado la diabólica invencion de volver á la oficina por las noches? Pero no os asustéis, venerables sombras de la antigua burocracia española, no es tan fiero el leon como le pintan. Si ahora salimos á las cinco, tambien vamos á las dos ó no vamos, que es lo mas fijo: si ahora volvemos por las noches, el daño es para las pobres luces que arden sin duda para las ánimas. Hoy dia hay largos y eternos periódicos, novelas de Jorge Sand, discusiones políticas: todo esto ocupa y hace pasar agradablemente las eternas horas, cuando no es uno tan concienzudo que sacrifica el teatro ó el liceo á la material presencia en la oficina.

A la una, pues, volvía el Empleado á su hogar: desaparecía el hombre público, y hasta las nueve del día siguiente, si no era domingo, fiesta de guardar ó día feriado, es decir, la mitad del año, quedaba reducido á caballero particular, tan dueño de su persona como el ocioso mayorazgo. Comía con calma, echábase á dormir la siesta, salía á dar un paseo, volvía al anochecer á tomar su chocolate, ó le tomaba en casa ajena, iba á su tertulia y á las diez ya estaba recogido para entregarse al sueño despues de una parca cena. Ese sueño no era turbado por visiones horribles de revolucion y trastorno; la idea de su destitucion no le atormentaba; hallábase aun por inventar la palabra *cesante*, torcedor continuo del empleado; y si acaso se trasladaba su imaginacion al porvenir, era solo para contar los años ó enumerar los achaques de los que le precedían en la escala, estendiéndose todo su encono á desear que los jubilasen.

Si el sueldo no era grande, pagábase al menos puntualmente, y había gajes, regalos y obvenciones; no hablamos de manos puercas, estas son de todos tiempos. La casa del empleado era por Navidad una colmena. ¿Que pretendiente no hacia su obsequio al oficial de la mesa? ¿Que agente no mandaba á los gefes un mozo cargado con frutas de la época? ¿Que intendente, que cabildo, que ayuntamiento dejaba de cumplir con los covachuelistas influyentes? ¡Oh, España era entónces un pais de Jauja para los empleados! Ahora han desaparecido los regalos, aunque suelen subsistir en las cuentas de los agentes; y es en verdad calamitosa la poca generosidad de los que solicitan.

Aun había mas. Pocos empleados eran los que no acumulaban á su empleo una administracion de fincas, otro destino en casa de algun grande, ó que por lo menos no aumentasen su escaso peculio con los productos de copias, arreglo de papeles ó liquidaciones de cuentas; y si á esta nueva ocupacion querían añadir la respetabilidad, se hacían nombrar síndicos de alguna cofradía, cuyo pendon llevaban en la procesion del Corpus; ó bien pedían en las calles para el pecado mortal, entonando con voz sonora sus agudas saetillas.

¿Y que diremos del alto empleado, del oficial de covachuela? ¿Le pintaremos con su uniforme, yendo tarde á la secretaria, no para trabajar, sino para presentarse al ministro y despachar con él; no ensuciándose nunca los dedos con la tinta de su escribanía de plata, ni con el polvo de su papelera forrada de taflete; teniendo un escribiente que le hacia el trabajo; respondiendo al humilde pretendiente con desdenosos monosílabos; citando á su casa al agente de Indias, que se insinuaba cual conviene; y corriendo en seguida á hacer su córte al ídolo de la época de quien esperaba conseguir una plaza de camarista ó ser nombrado asistente de Sevilla? Pero el espacio nos falta para tanto, y tenemos que venir á los tiempos modernos, tiempos calamitosos, en que los españoles hubieran renunciado á la empleo-manía, sin los gratos antecedentes que ha dejado, y si no fuese una plaga incurable en esta patria favorecida del cielo.

No sé si el hambre habrá dejado todavía vivo á algun empleado del tiempo de Carlos IV. Si este fenómeno existe, él podrá decir las revoluciones que su clase ha padecido desde entónces, y como ha variado hasta el aspecto exterior del oficinista, que tampoco el oficinista está libre del imperio de la moda, aunque por motivos independientes de su voluntad, suele seguirla de lejos. Este venerable y escuálido resto de la antigua burocracia diría como se apartó del costado el espadín, reemplazado hoy con el sable de miliciano; como se abandonaron las casacas redondas para substituir las con el frac y la levita; como el calzon corto que resistió mas tiempo, se alargó en fin hasta caer en pantalon sobre

el tobillo; y como perecieron los peluquines, cayeron las coletas, y las calvas se cubrieron trayéndose hácia delante el pelo de atrás que ondeaba á veces á guisa de penacho, á pesar del artístico batido. Tal ha sido, en fin, la revolucion, que hoy ya se ven empleados con trabillas, guantes amarillos, cabello largo y rizado.... y hasta con barbas: con barbas, si, que hubieran horrorizado á sus antecesores, y fueran suficientes á ocasionar su destitucion en un tiempo en que esta ominosa palabra solo se encontraba por lujo en el Diccionario de la lengua castellana.

Pero, ¿que ha de suceder, si todo ha variado á tal punto, que una oficina, símbolo antes de la paz y suavidad de costumbres, ofrece ahora el aspecto de un cuartel lleno de uniformes, armas é insignias militares? ¿Si en vez de las palabras *expediente*, *legajo*, *extracto*, *minuta*, *orden*, solo se oyen las de *batallon*, *compañía*, *fusil*, *guardia*, *formacion* y *ejercicio*? ¿Si á la palabra *señor mayor* han sustituido los subalternos las de *mi capitán*, *mi comandante*? ¿Nos hemos vuelto todos guerreros? Si; porque los destinos no se consiguen ahora por escala, ni á fuerza de años de servicios, como antiguamente; sino que se asaltan, se ganan en buena ó mala lid, y se quitan al que los tiene para colocarse uno en ellos. Este es un nuevo método que hemos inventado mucho mas expedito y cómodo, porque en estos tiempos de máquinas de vapor, queremos tambien carreras al vapor que en un periquete nos alcen á los cuernos de la luna.

Con efecto, ya no existe el meritorio, aquel tierno y cándido novicio que, con la leche en los labios, iba á aprender el oficio al lado de su padre. ¿Donde hay paciencia ahora para esperar seis ó ocho años hasta obtener una miserable plaza de escribiente? La táctica es otra. ¿Se halla V. sin oficio ni beneficio? ¿Aspira á una placita en rentas ó en un gobierno político? ¿No es V. en fin, mas que un pretendiente de escalera abajo? Pues se mete V. miliciano, alborota y chillá en su compañía; se hace nombrar sargento; la echa de patriota; arma alguna bullanga; se luce en un pronunciamiento; y mal ha de andar la cosa para que al fin no se *calce* (esta es voz nuevamente inventada para significar que se ha alcanzado un destino.) ¿Tiene V. mas ambicion? ¿Apetece una intendencia, una gefatura política, una magistratura, un ministerio? ¡Oh! entonces, segun la categoria del destino, adelanta V. mas en la milicia, se hace capitán ó comandante, se cuela en un ayuntamiento, se ingiere en una diputacion provincial, se arroja á la tribuna parlamentaria, ó bien se constituye miembro de alguna junta revolucionaria, y ya no necesita mas: por poco que se mueva, que charle, que farolee, ó que, segun convenga, haga la oposicion ó apoye al ministerio, no hay falencia, á los dos meses, cate V. á Periquito hecho fraile; y el que no ha mucho era paseante en corte, manda á toda una provincia, dirige un vasto ramo de la administracion, en una palabra, tiene cuarenta ó cincuenta mil reales de sueldo, que es el problema que habia que resolver.

Pero ¡oh vanidad de las vanidades humanas! Apenas se ha llegado al suspirado término; apenas se ha satisfecho la ambicion, ó se ha matado al hambre que mataba, cuando se entra en un mar tempestuoso, en un piélago de inquietudes, en fin, en una vida de perros. Y no porque abruma el trabajo: gracias á Dios, esto es lo que da menos cuidado, lo que menos ocupa; pero el mónstruo de la *cesantía* se le pone á uno delante, con faz torva y desabrida, le sigue á todas partes, le acusa en los paseos, envenena las comidas, altera el sueño, y haría caer la pluma de las manos, si alguna vez la pluma se cojiese. Ved al Empleado sentado en su silla, delante de su papelera, no aquella papelera antigua, modelo de órden y simetría, sino revuelta, desarreglada, confusa, símbolo de la época y del alma de su dueño: ved, decimos, al

Empleado, inmóvil, aunque la procesion ande por dentro, pálido, mirar sombrío, meditabundo. Cualquiera dirá que piensa en los negocios que le están encomendados, que se hilvana los sesos por despacharlos con acierto; nada de eso; piensa en su destino, en el tiempo que le tiene, en el tiempo que le durará, en los medios de conservarle. Calcula, lee los papeles que tiene delante, que no son expedientes, sino periódicos: repasa los sucesos del día, procura adivinar los de mañana; desearía tener al lado una sibila (si es que sabe lo que es una sibila) que le descudiese el velo del porvenir; se afana por averiguar de que lado ha de soplar el viento. ¿Triunfará la oposición? ¿Vencerá el Ministerio? ¿Habrá mudanza, crisis? ¿Conviene ser todavía fiel, ó es tiempo ya de virar de bordo y pasarse á los contrarios? Dispuestos estamos á una defección; pero ¿ha llegado la hora de la defección? ¡Terrible problema! ¿Quién le resolverá? Se levanta: va á charlar por lo bajo con otro camarada que se halla en la misma disposición de ánimo.—«¿Qué hay?—Hombre, esto se pone de mala data.—¿Habrá mudanza?—Peor.—¿Pues qué?—Pronunciamiento.—¿Qué dice Vd.?—Está reunido el consejo: la sesión de mañana será borrascosa.—¿Qué haremos?—Estemos á ver venir.—¡Válgame Dios! ¿Que situación!—No, pues yo.... esto de quedarme apeado....—Déje Vd. conozco.... Sobre todo, ¿no es V. de *aquello*?—Sí, pero hace tiempo que no he asistido.—¿Quién diablos deja eso? Esta noche es preciso que V. venga.—Sin falta, si, veremos de que se trata; allí se sabrá algo; se tomará un partido....—Cualquiera, con tal de tenernos firmes.—Yo por mí no me importa que me quiten de aquí... como me lleven á otra parte mejor.—Toma, entonces no tenemos caso.» Dicho esto, se amontonan los papeles, se arrojan barajados dentro de la taquilla, se cierra, se toma sombrero y baston, se lanza uno á la calle, se va á la Puerta del Sol, luego por la tarde al café, se charla, se patriotiza; llega la noche, se acude á aquella parte, los cofrades echan cuatro arengas, se alborota el cotarro, se toma una resolución enérgica, y cada uno sale á ocupar el puesto que le ha sido señalado. Hay bullanga: se grita á favor del que vence, se brama contra el vencido, se aprovecha la ocasión, y si es posible se sube un escaloncito.

¡Vida de tribulaciones y amarguras! Y ¡si á todo esto se comiese! Pero las pagas van atrasadas: nos deben ya treinta meses: el tesoro está exhausto: no se habla siquiera de una nueva contribucion; el ministro de Hacienda es un hombre sin entrañas. El ciudadano empleado va á su casa, y encuentra que aquel día no se ha encendido lumbre, y que el casero ha estado por la mañana á reclamar los alquileres de seis meses, y que el sastre apura para el pago de la única levita que tiene. ¡Pagar la levita cuando ya está raída, cuando los ojales se niegan al servicio, servicio necesario para ocultar el mal estado de la camisa! Y ¡para esto ha de haber andado en seis pronunciamientos! Y ¡esto se saca de haber mudado otras tantas veces de partido! ¡Mas le valiera el haberse quedado en la antigua oscuridad!

Pero ¿qué es esto? ¡Han pasado solo seis meses, y al mismo hombre, tan tronado antes, le veo ahora hecho un milor, vestido con la mayor elegancia, habitando una casa magníficamente alhajada, teniendo opipara mes. é insultando en su bombé al que no ha mucho se paseaba con él, oyéndole el triste relato de sus miserias! ¿Cómo se ha verificado tan estraña mudanza? ¿Ha heredado? ¿Ha contraído el Estado algun empréstito y paga ya corriente? No señor: no se le ha muerto ningun pariente millonario: la nacion está cada día mas pobre y atrasada. Pues ¿qué milagro es este? Recóndito misterio que no nos incumbe profundizar: bástanos dejar consignado, como única cosa que hace á nuestro propósito, que el empleado de

ogaño está destinado, ó bien á pasar miserias y penalidades, ó bien á escandalizar con su repentina fortuna. Sobre todo, aconsejaremos, y no diremos por qué, á los que quieran ser empleados de provecho que dejen la córte y se vayan á una provincia. Lo que hay que ser es empleado de provincia, y si es posible en alguna aduana. No deslumbré el oropel de la córte que solo procura indigencia: en la provincia se halla lo positivo, y seis reales de sueldo en ella, dan mas de sí quo sesenta mil en el tribunal supremo de Justicia.

Diré mas; aun ese oropel que ántes existía, y que satisfacía la vanidad, ha desaparecido. Y si no, trasladados á una audiencia. Antes salía el oficial muy finchado, con uniforme bordado de oro, la mano derecha metida en el pecho, y el brazo izquierdo apoyado en la espalda. Su mirar erguido se dignaba apenas caer sobre el trémulo pretendiente que se acercaba con el sombrero en la mano, inclinándose hasta el suelo, y atreviéndose apenas á preguntar con voz desmayada acerca del estado de su expediente. Ahora ha variado de posición: el oficial parece ser el pretendiente, y este el que dá la audiencia. Aquel, vestido con sencillez, toma una actitud humilde á fuerza de querer mostrarse amable: él es el que se encorva, mientras el otro se engríe: la sonrisa afectada del Empleado contrasta con el ceño adusto del solicitante: su voz meliflua apenas se oye apagada por el eco imperioso de la del peticionario que vestido de meliciano con enormes barbas, retorcido bigote y facha de patriota crudo, se olvida tal vez de quitarse el chacó y acaricia con áspera mano, en aire de amenaza, el puño de su sable.

Pero lo que hay que ver es una secretaria del despacho en dia que se muda el ministro. ¡Que semblantes tan largos y macilentos! ¡Que miradas tan inquietas! ¡Que afán, que desasosiego! Las mesas están abandonadas; los expedientes amontonados sin despachar, en todas las piezas corros y conversaciones misteriosas. ¡Que ir y venir! ¡Que informarse! ¡Que hablar de las cualidades y de los antecedentes favorables ó contrarios del nuevo gefe! De repente viene un portero. «Señores, que se sirvan usías pasar á la subsecretaría.» Este es el momento de la presentación; todos acuden cabizbajos; se reunen, y con el subsecretario al frente, pasan al despacho de S. E. colocándose en círculo, y observando con inquietud el semblante del árbitro de sus destinos, con el fin de adivinar en sus ojos la suerte que les espera. Pero el taimado, con una sonrisa nacida, mas bien que de amabilidad, del contento de su reciente elevacion, los desorienta y los recibe afectuoso, maravillándose tal vez de la numerosa grey que tiene á sus órdenes, y habiendo ministro que en semejante ocasion ha exclamado con estúpida candidez: «¡Oh! ¡oh! ¡parece una comunidad!» Oye el balbuciente cumplido que le dirige el subsecretario en nombre de sus subordinados, y en seguida responde que se ha visto precisado á aceptar aquel puesto, que se sacrifica al bien público, y que solo la cooperacion, las luces de los que están presentes podrán sacarle airoso del árduo empeño, y ayudarle á llevar la pesada carga que han arrojado sobre sus débiles hombros. «Espero, dice (son palabras históricas), que con los brazos *unísonos* me ayudarán ustedes á tirar del carro.» En seguida le hacen todos una profunda cortesía, y la comunidad se larga silenciosa por la puerta, quedando el ministro ocupado en nombrar á otros para tirar del carro, y los oficiales haciendo comentarios sobre la entrevista, hasta que reciben la órden de irse con la música á otra parte.

¡Irse con la música á otra parte! ¡Caer en el inmenso panteon de los cesantes! Triste suerte; pero suerte infalible de todo empleado moderno. El empleo no es mas que un pasadizo que lleva desde la nada á la cesantía, es decir, á otra nada peor que la anterior,

por estar llena de recuerdos y de esperanzas burladas, burladas, digo, pero no perdidas porque el cesante siempre espera. Puesta la vista en el destino que ha dejado, aguarda una nueva revolucion que le reintegre en su pristino esplendor, para perderle de nuevo, y recobrarle otra vez, y otras veinte en el espacio de pocos años. Como los arcaduces de una noria, los empleados actuales suben y bajan alternativamente, y se sumergen, y vuelven á aparecer, y están llenos unas veces, y otras vacíos, y nunca quietos, porque la rueda á que van atados los arrastra en su incesante movimiento; y como los mismos arcaduces, solo sirven todos para agotar el manantial por donde pasan, es decir, la nacion, á la cual, ya en activo servicio, ya cesantes, arruinan y sirven poco. Agentes, mas bien que del gobierno, de la revolucion, ellos y los aspirantes á serlo son los que alimentan nuestras revueltas, y nos tienen en perpétua alarma. Antiguamente al ménos, si trabajaban poco, hacian mucho mas y no eran tantos; y sobre todo, pacíficos y morigerados, servian con fidelidad y no armaban trastornos. Ahora... Pero basta, basta, ya es tiempo de acabar, que harto he dicho y harto he murmurado de mis carísimos compañeros; pues por si lo ignora el benévolo lector, yo tambien he sido tres ó cuatro veces empleado y cesante, y soy esto último ahora, y mientras escribo este artículo, estoy pensando en cuando volveré á las ollas de Egipto, aguardando, como tantos, que haya una nueva revolucion, ó que suba al ministerio un amigo que bien me quiera. Por desgracia del pais, lo primero es mas fácil que lo segundo.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

EL CESANTE.

El *cesante* es una de las que en España se llaman *clases pasivas*, nombradas sin duda así porque *padece* es su destino. Estas clases toman diferentes títulos como *jubilados, cesantes, retirados, cedentes, ilimitados, indefinidos, viudas, huérfanos*, etc. etc. etc., segun su origen y derechos, y todos convienen en un carácter general que es el *tener señalada* una pension sobre el erario público, con obligacion de no hacer nada. Decimos *tener señalada* para ser exactos; pues si usáramos del verbo *cobrar*, daríamos una idea muy equivocada de este carácter especial y distintivo que tiene mucho mas de aparente que de sólido y verdadero. Aquí sobre todo viene de perilla á quel refran que dice: *del dicho al hecho hay mucho trecho*.

Podríase escribir una obra tan voluminosa como promete ser la Enciclopedia Española del presente siglo, con solo tratar de estas diferentes clases y sus especies, obra que, á falta de otra utilidad, tendria la de ser un archivo de todas las flaquezas, injusticias y arbitrariedades humanas. Pero tan inmenso trabajo no es para nuestras débiles fuerzas, reduciéndose nuestro encargo á dar una idea de lo que proplamente se llama *cesante*; es decir aquella variedad de las clases pasivas que procede de los empleados civiles, aptos todavia para el servicio activo, pero que en virtud de una reforma, de un capricho ministerial, de una recomendacion parlamentaria, de la indicacion de un club subterráneo, ó del decreto de una jaula revolucionaria, han quedado, como se suele decir vulgarmente, *en la calle*; espresion propia, puesto que muchos de estos individuos suelen de resultas no tener otro domicilio que la via pública.

Así como el hombre ha sido lanzado al mundo para *trabajar*, el cesante, por el contrario, es arrojado á la sociedad para que *no trabaje*. No es esto decir que se le impida el ejercitar sus fuerzas en las faenas que á bien tenga; nada de eso, le es muy licito ponerse á peon de albañil, á memorialista, á repartidor de periódicos: en una palabra, no por ser cesante está exen-

to de la maldicion que Dios echó sobre la humanidad cuando dijo á nuestro primer padre: *Ganarás tu sustento con el sudor de tu frente*. El cesante solo deja de trabajar en aquello que sabe y puede: fuera de esto, cualquiera ocupacion le es permitida, lo que vale tanto como no permitirle ninguna. El cesante es, pues, un ser entregado á una holganza forzada.

En esto conviene con las demas clases pasivas, pero se distingue de ellas en cuanto á la pension asignada



El Cesante.

sobre el erario, pues hay cesantes que la tienen, y otros que carecen de ella. El que ha ocupado un empleo, aunque no sea mas que un solo dia, y al otro queda apeado, ese lleva ya la honrosa denominacion de *Cesante*, quedándole en recompensa dos papelitos firmados por dos distintas personas, y á veces por una misma: el uno que dice: «S. M. se ha servido nombrar á vd. para tal ó cual empleo»; y el otro con un «S. M. ha tenido á bien exonerar á vd.» Ambos papelitos se guardan cuidadosamente como oro en paño, sino por lo útiles que son, por los recuerdos que dejan.

Ahora bien; la distancia entre las fechas de uno y otro no es cosa indiferente, puesto que si esa distancia no llega á quince años, el empleado desposeido queda *cesante sin cesantía*; y si pasa, es *cesante con cesantía*. Para entender esto conviene advertir que la palabra *cesantía* tiene dos acepciones, primera el estado de cesante, que es la genuina; segunda, la pension ó sueldo que segun los años de servicio le queda señalada al cesante. Ambas cosas vienen á ser para los efectos materiales una misma, pero establecen una

diferencia grande en cuanto á los derechos. La *cesantía con cesantía* da derecho á ser inscrito en una nómina; para la *cesantía sin cesantía* no hay nómina; es decir que queda este cuidado menos, pues entónces el cesante no se desespera, esperando el santo advenimiento de una paga que tarde ó nunca llega.

Explicado ya lo que es cesante, resta saber de que causa procede, como se forma y que variedades ofrece.

La causa primordial de la cesantía está en aquella propiedad de la materia llamada *impenetrabilidad*, la cual, como todos saben, consiste en que dos cuerpos no pueden ocupar á un tiempo un mismo lugar en el espacio, de donde resulta que cuando un cuerpo extraño quiere colocarse en ese lugar, tiene que decir al que le ocupa aquello del consabido juego: *ese puesto le necesito yo*. Ahora bien, medite el benevolento lector sobre todos los pretextos que puede haber en el mundo para quitar á un hombre del lugar que ocupa, y otros tantos tendrá de producir un cesante. Sin embargo, aunque todos se tienen generalmente por buenos, existen dos principales que son los que mas se emplean.

1.º Extinción de una dependencia, supresion del destino, ó arpegio de la oficina para darle nueva planta. Este es un pretexto decoroso y contra el cual no puede haber reclamacion alguna, puesto que lleva siempre por objeto aparente la economía, aunque en realidad resulte lo contrario. Si se estingue la dependencia, renace con otro nombre, y claro está que los empleados en la antigua no tienen derecho para entrar en la nueva: si es el destino el suprimido, á poco tiempo se reconoce su falta y se rehabilita, aunque no á la persona que le ocupaba: si hay nueva planta se dice á los pacientes que no caben en ella, y se dice con razon puesto que los huecos han sido ocupados por otros. Es verdad que en todos estos casos se le hace la gracia al cesante para optar á la cesantía, de no exigirse mas que doce años de servicios, en vez de los quince que debería acreditar si hubiera sido meramente exonerado; y tambien es preciso hacer justicia al ministro; nunca deja de poner en la órden que «se tendrán presentes los servicios del interesado para colocarle con arreglo á sus méritos y circunstancias;» lo cual no deja de ser buen consuelo de tripas para el pobrete que se queda in albis, y sabe muy bien el valor que debe dar á semejante frase.

2.º Opiniones políticas. Este es el pretexto mas cómodo, el que hay siempre á la mano, y sobre todo el mas elástico, puesto que en él cabe toda clase de pretextos y de personas. Con efecto, ha sido el mas general en estos tiempos que alcanzamos. Desde el carlista mas fanático hasta el mas furibundo republicano, no hay color político que no sea materia dispuesta para formar un cesante: todos han pasado por el tamiz, yendo uno tras otro, y á veces todos juntos, á poblar el inmenso panteon destinado á la clase. Aquí sí que han metido el brazo hasta el codo ciertos ministros; y á fe que no les ha de pedir Dios cuenta de lo que han dejado de hacer en obra tan meritoria. Pero en honor de la verdad, se han quedado todos niños de teta en comparacion de las juntas revolucionarias, que, con varios y pomposos títulos, han desgobernado á España en los muchos pronunciamientos que para bien de esta heroica y pronunciada nacion hemos tenido desde que corren revoluciones. Es tal la maña que se dan las tales juntas en esto de quitar empleos, que parecen como nacidas para este solo objeto. Reúnense unos cuantos patriotas para salvar á la nacion, y el primer acto y el primer expediente que se les ocurre, por no decir el único, es el hacer un regular desmoche por todas las dependencias de que tienen noticia; cumplida esta faena, no sin provecho propio y de los suyos, tendiendo la vista por su obra, exclaman como Dios al acabar el mundo: «¡Bien hecho está!» y en seguida, como él

descansan y no nacen mas, y quedan coronados de gloria.

Cualquier pobrete á quien se le alcance poco en esto de cesantias, creará cándidamente que el verdadero motivo para dejar á un hombre apeado, ha de ser solo su ineptitud, su inmoraltad ó su mal comportamiento. En creerlo así demuestra su falta de cáñimen, y prueba que de achaque de empleos no entiende nada. ¿Que es un empleo? ¿Es por ventura una ocupacion, un servicio que se hace al estado? ¿un medio de ser útil á la patria y para lo cual se necesita aptitud, talento, aplicacion y probidad? Así era en otros tiempos; pero ahora, con las neformas, lo hemos arreglado de otro modo. Un empleo en la actualidad es pura y simplemente un medio de tener una rentita al año sin necesidad de trabajar ni molestarse, ni mas ni menos que como en otro tiempo le sucedía á un mayorazgo: y así como al mayorazgo no le obstaba para cobrar sus rentas y gastarlas el ser tonto, ignorante, ocioso y mala cabeza, sino que al contrario, estas cualidades parecian requisito indispensable de la clase, del propio modo le viene tambien de molde al empleado moderno. Y á la verdad para cobrar y gastar un sueldo no se necesita haber inventado la pólvora: por cuya razon, y conforme á esta teoria, la única verdadera, hemos declarado los modernos que la probidad, la aplicacion y el talento no hacen falta para ser empleado; que mas bien estorbian, y por lo tanto, para dar ó quitar un destino es inútil contar con semejantes frusterías, debiendo ser la única norma la conveniencia del individuo. Así queda muy simplificada la cuestion; y reducida al solo punto de si el que ocupa un empleo es ó no amigo, se le quitan al ministro ó junta destituidora muchos quebraderos de cabeza.

De aquí ha resultado que el cesante es un bicho que se ha multiplicado de un modo prodigioso en España, y va cubriendo toda su haz como las hormigas cubren un campo en el estío. Cesantes hay de todos colores, de todas edades, y hasta las amas de cria han quedado cesantes. Véanse las aldeas; allí cesantes; recorranse las ciudades populosas; allí cesantes; éntrese en los cafes; allí cesantes; penétrese en los establecimientos fabriles, comerciales y literarios; allí cesantes; visítense los hospicios y hospitales; allí sobre todo cesantes: España no tiene españoles; todos son cesantes: España va á perder su nombre; y en vez del que ahora lleva, olvidándose hasta las antiguas denominaciones de Iberia, Bética, Castilla, Aragon, etc. etc.; no conservará mas que el de *Cesantia* ó patria de los cesantes. Con efecto, semejante casta no es conocida mas que en este pais privilegiado: es peculiar de nuestro suelo: ninguna otra nacion del mundo la posee, y para ella sola hay en el dia Pirineos. Por lo mismo y para que los extranjeros, si llegan á leer estos tipos, adquieran una idea exacta de tan rara y nueva especie, vamos á manifestar aquí sus caractéres y variedades.

El cesante es, por lo visto, un animal bipedo, bastante parecido al hombre, y que participa mucho de la naturaleza del camaleon: como este vive en gran parte del aire, y merced á su forma exterior, se pasea entre los humanos, con los cuales alterna, las mas veces á guisa de sombra ó espectro, que á tal suele reducirle el leve elemento de que se mantiene. Esta especie no fué incluida por Linneo en su clasificacion del reino animal, porque fundado su sistema únicamente en los caractéres exteriores, la confundió aquel célebre naturalista con el hombre; ó mas bien, porque viviendo en pais donde no existia, no tuvo ocasion de observarla.

Dividese esta especie en variedades que se multiplican al infinito, pero cuyas principales son las siguientes: el *cesante acomodado*, el *industrioso*, el *literato*, el *económico*, el *mendicante* y el *revolucionario*. El *Cesante acomodado* es aquel que teniendo al-

gunos bienes de fortuna, ya patrimoniales, ya adquiridos (aquí no se trata del como), no necesita para vivir mas ó menos decorosamente, ni del sueldo de su empleo, ni de su mal pagada cesantía. Este cesante conserva buen aspecto; sus carnes no han padecido disminucion notable, su vestido es aseado y su habitacion elegante: se da todavia los aires de hombre de alguna importancia, sobre todo si guarda el carácter de secretario de S. M. con su tratamiento al canto y su cruz de Carlos III ó de comendador. Concorre infaliblemente de dos á tres de la tarde á la calle de la Montera, no ha dejado de ir á tomar su taza de café á los *Dos Amigos* ó á *Gaspar Amato*, y al anocheecer, en el buen tiempo, se le ve sentado en las sillas del Prado formando corro con otros muchos de su especie. Por la noche tiene su tertulia en el *Casino* ó el *Ateneo*, es individuo del *Liceo*, y hace siempre un esfuerzo para suscribirse á las funciones extraordinarias de *Rubini* ó de cualquier otro artista extranjero. La funcion nueva que llama la atencion en el teatro le tiene fijo en la tercera ó cuarta representacion (cuando ya ha cesado el saqueo de los revendedores), y por supuesto en luneta, que no ha de rebajar todavia nada de su dignidad y decoro. En suma, á primera vista, es su porte el mismo que cuando ocupaba su poltrona, y no falta quien en el despecho ó el asombro de no verle abatido, dice para su capote: «bien te se conoce, bribon, lo que has robado.»

Sin embargo, para el observador atento y escrupuloso no es oro todo lo que reluce, y no dejan de advertirse en este cesante senales de decadencia. Al fin y al cabo, aunque se tenga algun caudal, veinte ó treinta mil reales de menos al año no son moco de pavo, y su falta obliga siempre á muchas economias aunque disminuidas. Si lo necesario no falta, han dejado de tenerse aquellas gollerias á que daba margen la no escasa mesada, y que constituyendo la ostentacion de la persona, hacen la vida mas regalada y gustosa. El pastelero de al lado no guarda ya para su vecino, como antes solia, la rica anguila del Ebro, ni el exquisito salmon, ni el pastel de Perigord, ni mucho menos el *dindon truffé* por el que antaño le llevaba sus diez ó doce duros. Las visitas al sastreson mucho menos frecuentes y aun se ha reñido con él bajo pretexto de haber echado á perder la última levita. El asco de la persona es siempre grande, y si cabe mayor que antes; pero la ropa no sigue ya la volubilidad de las modas; se hace antigua, las costuras blanquean y se mantiene lustrosa a fuerza de cepillo. Todas estas privaciones, si bien no atacan la existencia del individuo, si bien no obligan á buscar trabajosos recursos, sostienen y avivan la ira del cesante; y como pasa todo el dia en santa ociosidad, se distrae de ella hablando mal de los ministros; lee exclusivamente los periódicos de la oposicion, arrullándose con los insultos que se prodigan á sus contrarios, va á todas partes por noticias, las lleva, las trae y las inventa en caso necesario, en una palabra, el cesante acomodado no conspira, no obra directamente contra el gobierno, pero es el que mas trabaja con su continua charla en desacreditarle.

El *Cesante industrial* no tiene bienes de fortuna, pero posee un genio activo y emprendedor. En vez de amilanarse con la desgracia, saca fuerzas de flaqueza, busca ardentemente los medios de subsanar lo que ha perdido, y lo consigue á menudo con creces y ventaja suya. Su principal objeto es que no le vean decaer un punto de su esplendor antiguo, y antes bien procura aumentarle para dar en rostro á sus enemigos. Su misma actividad le ha hecho adquirir, siendo empleado, numerosas y útiles relaciones; su perspicacia le ha descubierto medios de fortuna que antes ignoraba y que beneficia ahora. Ya se convierte en agente de negocios, sirviéndole los conocimientos burocráticos que posee, los amigos que en las oficinas conserva, y los porteros que siempre le respetan y atien-

den en la expectativa de que pueda volver á su destino; ya consigue administrar los bienes de algun grande ó de un rico hacendado; ya un comerciante le coloca en su escritorio, poniéndole al frente de sus negocios; ya se introduce en la Bolsa, observa el alza y baja de los fondos, se hace amigo de los especuladores y agentes, arriesga algunas operaciones y con prudencia y maña saca al cabo del año su regular ganancia; ya encontrando apoyo en un capitalista amigo, se lanza en el ramo de suministros y anticipaciones al gobierno, ó emprende alguna especulacion productiva; ya, en fin, trocando en oficio lo que hasta entónces fue diversion, saca producto de su habilidad al tresillo, al golfo, al villar, ó de su fortuna á la banca. Su porte es brillante, no hay en él señal alguna de decadencia como en el empleado acomodado; gasta, triunfa, se divierte y pasa con desdenosa altanería al lado del que le ha sustituido en el empleo. Come en el *Casino*, no falta al *Liceo*, asiste casi todas las noches al teatro, va siempre en coche propio ó ageno; habla mal del gobierno por costumbre y sucede al cabo de algun tiempo una de dos cosas: ó que da un batacazo y desaparece dejando colgados á sus acreedores, ó que hace realmente fortuna, logra vivir independiente, y se olvida del gobierno, de la politica, y hasta de que hay empleos en el mundo.

El Cesante literato. Esta variedad es rara pero existe. Como no suele ser el talento poético, ni la vasta erudicion lo que entre nosotros conduce á los destinos, tampoco abundan los que desposeidos de ellos pueden fundar su nueva subsistencia en ocupaciones literarias. Sin embargo, muchos jóvenes al salir de la Universidad, han preferido el servicio del Estado al ejercicio de su profesion, y en las oficinas se encuentran infinitos abogados y no pocos médicos. Algunos vuelven á la primitiva carrera, tal vez con harto provecho y gloria suya, pero los mas faltos de práctica en ella, y habiendo tomado gusto á esto de manejar la pluma, tienen por mas socorrido el meterse á escritores públicos. Ya se ve, el escribir bien ó mal es cosa de que todos presumen entender un poco; y no se necesita en estos tiempos que corren ser un Garcilaso ó un Cervantes para llamarse literato. Por mal que vaya, no ha de faltar alguna novela que traducir, ó algun rinconcito de periódico donde un hombre pueda echar á volar por el mundo sus pensamientos. Si escribir para la gloria es privilegio de pocos, hacerlo de pane lucrando está al alcance de muchos. La libertad de imprenta es una mina que con un poco de maña puede beneficiar el mas zote, pues no son tan escrupulosos los lectores ni libreros, y si el producto no es grande, al menos se vive y se va pasando hasta que abra Dios otro camino.

Lo malo que hay para el gobierno es que en esta clase de *Cesantes literatos* es donde encuentra sus mas acérrimos y temibles enemigos. La ira literaria fue siempre la mas rencorosa de todas. ¿Que será, pues, si á la sana natural de la especie se añade la venganza? Apodérase el cesante del arma que mas daña al gobierno, es decir, de un periódico; y aquí te quiero escopeta. Cada mañana lanza contra el poder un par de articulos capaces de poner en combustion el mismo reino de los cielos, y que levantando ampollas al malhadado ministro, no le dejan comer ni dormir pensando en su antagonista. Así pues, la mayor parte de los periodistas de oposicion son siempre empleados cesantes, jóvenes ardientes, que no solo combaten por el triunfo de sus ideas, sino tambien por reconquistar una posicion política con la fuerza que les dan su ilustracion e indisputables talentos. Ellos creen ser dueños del porvenir; escriben menos para alcanzar riquezas, que para arrebatrar el poder, la reputacion y la gloria; y tal vez entre ellos se ocultan futuros hombres de estado, en cuyas manos caerán algun dia los destinos de la patria.

El *Cesante económico* es generalmente algún antiguo empleado con veinticinco ó treinta años de buenos servicios. Acometido el infeliz de improviso por el duro golpe que en su vejez le priva de subsistencia, acostumbrado á una vida pacífica y metódica, no siendo útil á otra cosa mas que á lo que desde la infancia ha sido su ocupacion constante, se encuentra como el pez fuera del agua y desmaya y perece. Sin embargo, tiene mujer, tiene una hija, necesita vivir para sostenerlas y se resigna con su suerte. Reúne el consejo de familia á fin de decretar las medidas extraordinarias que la situacion exige. Apesar del escaso sueldo, tantos años de vida arreglada le han dejado algunos ahorros que puestos á ganancias aumentaban el anual peculio. ¿Se echará mano de este fondo destinado para dote de la niña? No es bella, y aunque bien criada y hacendosa, sin aquel aliciente se quedará tal vez sin novio. Vence el amor paternal y se resuelve no encantar el depósito. Sus réditos llegan á tres mil reales; si se cobra una tercera parte de la cesantía, resultarán otros tantos: con dos mil que copiando y haciendo ajustes de cuentas podrá ganar el papá, ascenderá todo á ocho mil reales, cantidad mezquina, pero con la cual ninguna familia se muere de hambre. Hecho este computo se deja el cuarto de la calle del Principe, dándose un salto á otra habitacion modesta del barrio de Aflijidos: se despiden los criados, la madre guisa, la niña cose, plancha y tiene aseada la casa, la comida se reduce al puchero, se renuncia al teatro, nada de refrescos en las botillerías, cuando mas los dias que repican recio, se extiende el exceso á un chico de michi-michi; fuera galas superfluas, pero se conservan cuidadosamente las antiguas, á fin de no hacer mal papel ni ahuyentar á los novios; y de este modo, mediante la mas estricta economía, sin goces ningunos, pero sin grandes penalidades, se llega al cabo del año quedando pié con bola.

Este cesante en su porte exterior es aseado, su ropa es antigua pero limpia y bien cuidada, no va al Prado ni á las grandes reuniones, se le suele encontrar en Chamberí y en la fuente Castellana, con su cara mitad y la niña, ó con otros viejos venerables, y por la noche nunca falta á la partida de mediador ó de malilla. Es ademas enteramente inofensivo: todo su afán se reduce á recuperar su perdido empleo, y no murmura del gobierno, sea el que fuere, al menos de modo que se llegue á saber por temor de perder toda esperanza y de inutilizar los pasos que da y los empeños que busca.

El *Cesante mendicante* es una degeneracion del anterior: bien sea por causa de su dilatada familia, bien por falta de economía, bien por vicio ó indolencia, el dia que se vió sin destino se encontró sin un cuarto ni de donde le viniera. Es incapaz de ocuparse en nada, ni de buscar ningun medio decoroso de subsistencia: aun su cesantía, si llega á cobrar alguna parte, no le sirve de nada; porque el mismo dia que cobra se lo gasta todo alegremente; en suma, se pasa la mano por la cara, se quita la poca vergüenza que le queda, y resuelve vivir sobre el pais.

Desgraciadamente es esta una variedad muy numerosa, y la que se podria considerar como el tipo genuino y verdadero de la especie. Al aspecto exterior se la puede reconocer. Este aspecto es el de un ser flaco y estenuado; rostro macilento, estirado é intenso, ojos hundidos pero perspicaces y codiciosos. Suele llevar un gaban ó paletot de hechura antigua que en tiempos mas felices se ostentaba sobre el rico frac de sedan y el precioso chaleco, y ahora sirve solo para mal encubrir la falta de uno y otro y el estado fatal de la camisa. En cuanto al dichoso gaban no le conoceria el sastre que le engendrò: perdida la memoria de su primitivo color, no admite ya siquiera las oficiosas caricias del cepillo, é indiscretos boquerones dan suelta á la entretela que á toda prisa se escapa. Los

anchos pantalones emancipados de las trabillas, no sujetan el zapato que quiere divorciarse del pié y renegar de su dueño por lo mal parado que le trae. El sombrero, que apenas tapa la enmarañada cabellera, parece haber recibido tormento en la santa inquisicion por lo desvencijado que está, resguardándole del contacto ajeno lo empolvado y mugriento. Con este pelaje, sin embargo, pasea impávido el mendicante las calles y plazas de Madrid, penetra en los cafés, alterna en los corrillos y se da todavia la importancia de un funcionario público. Estacionase en la Puerta del Sol, junto al antiguo-café de Lorencini, donde se abriga cuando llueve ó entra á leer la Gaceta que devora á falta de otro alimento, teniendo al lado un vaso de agua que la caridad del mozo no le niega. Si ve á lo lejos algun antiguo compañero, al punto corre tras de él, le sigue impertérrito contándole todas sus lástimas y no le deja hasta arrancarle su peseta. Otras veces emplea la noche en escribir esquelas de pedir; y al siguiente dia las va llevando por las casas de todos sus conocidos, sacando raja de ellos, hasta que escamados dan orden á sus criados de no admitir ya semejantes papelitos; otras en fin, se presenta en casa de algun rico, se hace anunciar como el coronel tal ó el magistrado cual, y con una relacion lastimosa consigue sacar un par de duros, que no es posible dar menos á un personaje de tal categoría. Por la noche guardaos, si no tenéis precision, de atravesar el café de los Dos Amigos; pues sabiendo el taimado que tiene salida á dos calles principales y que muchos para ahorrar camino le convierten en pasadizo, está colocado de acécho en parage oportuno, y como la araña á la mosca pilla al pobrete que pasa, y sin ser mosca le hace que la suelte. En fin, es una plaga para la cual haria bien el gobierno en fundar un nuevo San Bernardino.

Pero todavia es mas plaga el *Cesante Revolucionario*. Este es la peor ralea de cesantes que existe. Tiene mucha afinidad con la variedad anterior, y se diferencia poco en el pelaje, pero con peor catadura y manías mas aviesas. Como él, saquea al prójimo, ya sea á domicilio, ya al paso; como él, obstruye la Puerta del Sol, habita Lorencini, y chilla en el Café Nuevo que es el asiento principal de esta especie de sabandijas. El cesante mendicante suele por lo menos ser viejo é inspirar compasion: el revolucionario es por lo regular jóven, y como solo ha debido el ser empleado á algun pronunciamiento, no teniendo años de servicio, ha quedado sin cesantía, y funda su única esperanza en otro pronunciamiento. Casi siempre gasta largas melenas, ancha barba y retorcido vigoite: es muy comun en él llevar debajo de un mal capote una levita rota de miliciano, y por supuesto, la echa de patriota puro. Perora en el café; insulta en la Puerta del Sol al que cree ser de opinion contraria; intriga y alborota en su compañía; aplaude y silba en las galerías del Congreso; amenaza á los diputados y los quiere matar á su salida; no hay sociedad secreta en que no entre, bullanga que no promueva, conspiracion á que no sirva de instrumento; en suma, es una de esas alimañas que salidas de lo mas corrompido de la sociedad, abortan las revoluciones para deshonra del pueblo, gangrena del estado, ruina de los hombres de bien y destruccion de todo buen gobierno.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

EL ALCALDE DE MONTERILLA.

CONFIESO yo pecador, que acabo de tomar la pluma para escribir de lo que dió el artículo, y al segundo renglon me encuentro en mayor aprieto que el que acaban de pasar los empleados electores; porque obligado por el título de la obra, y como español que soy,

(con perdón de la nacional independencia) á pintarme á mí mismo, y comprometido en el presente artículo á retratar un *Alcalde de Monterilla*, que ni fui ni soy, ni seré, como no me den un cetro para trocarlo por la vara de mi lugar, dudaba en qué términos daría principio á mi tarea, hasta que me he desembarazado del comienzo con el parralillo que aquí acaba.

Allá en tiempo de antaño cuando el señorón de mas alcurnia se honraba con los títulos de regidor perpétuo y de alguacil mayor, cuando todo viviente en los dominios de España é Indias nombraba al monarca el *Rey nuestro señor*, y cuantos lo escuchaban decían, descubriéndose la cabeza: *Dios le guarde si comia y bebía, ó en gloria está*, si yacía en el panteón del Escorial; cuando la familia alcaldesca era tan numerosa que se conocían

Alcalde de Hijosdalgo.
Alcalde de Casa, Corte y Rastro,
Alcalde del Crimen,
Alcalde de Obras y Bosques,
Alcalde de Alzadas,
Alcalde de Sacas,
Alcalde entregador de la Mesta,
Alcalde Mayor,
Alcalde Ordinario,
Alcalde Pedáneo,
Alcalde de la Hermandad,
Alcalde de Cofradía,

y hasta Alcalde del Trespiso, entónces sin duda les vino en voluntad á los chuzones literatos ó á los rufianes palaciegos de aumentar el catálogo con la denominación de *Alcalde de Monterilla*.

Es preciso ser tan ciego como un ministro tonto para no advertir desde luego que este título era ilegal, inconstitucional y excepcional, porque ni le reconocían las leyes, estatutos y constituciones vigentes, ni se leía en el orden normal alfabético de los vocabularios, ni existía en otra parte que en la república ideal de las fantasías románticas, en las novelas y en los dramas. Solamente el uso, ese dictador de vocablos, ese rey absoluto de las lenguas ciudadanas, ese tirano que prescinde de las reglas parlamentarias ó parladorescas, es el que ha podido sostener la alcaldía enmonterada, no digo á la par de tantos alcaldes ilustres del antiguo régimen, sino hasta en el mas democrático de los ayuntamientos constitucionales.

¿Y que han querido expresar con alcalde de Monterilla? ¿Que significa esta frase? ¿Que es un alcalde de Monterilla? Puto de mí que voy á retratarle y así tropiezo con el original como con el ave Fénix ó la cuadratura del círculo. Pues no, sino irlo á buscar en el Diccionario completísimo de la academia, que á lo sumo nos encontraremos con un *alcalde de palo*, que los españoles estamos destinados siempre á ser regidos como los rebaños, ya por académicos que dan palo por montera, ya por hacendistas que dan gato por liebre, ya por gobernantes que dan bombazos por razon. Pero hete aquí á dos señoras mías, cuyos pies beso, que vienen á sacarme de la duda y á presentarme la *vera efigies* del alcalde de Monterilla.

Doña Etimología.—Alcalde de Monterilla es aquel que gusta montera, y si V. gusta montera pequeña.

Doña Aceptación.—Alcalde de Monterilla designa un alcalde lego, liso, llano y abonado; un alcalde comun de pueblo ó aldea.

Vive Dios que las dos señoras catedráticas me dejan tan confuso como ántes, si ya no redoblan mis dudas sus encontrados pareceres como embrollan la inteligencia de las leyes las aclaraciones covachuelísticas. Porque, una de dos, ó el hábito hace este monje, es decir, ó alude la denominación á la prenda de vestuario y entónces es alcalde de Monterilla el que la gusta aunque sepa mas leyes que Gregorio Lopez, y ejerza su jurisdicción en la ciudad mas culta, ó

atañe á la rústica simplicidad del juez, á su torpeza innata, y en este caso hay Alcaldes de Monterilla con birretes y bandas, aunque estén aposentados por arte del Diablo en el consistorio de la corte. Mas haciendo una coalición de las opiniones antedichas, se encontrará la solución del enigma, el voto de la mayoría parladora.

Entiéndese en esta España de conejos y gazapos por *Alcalde de Monterilla* un Alcalde zote, sin carrera literaria, que necesita asesor para actuar en negocios graves, que obra á tontas y á locas cuando le guía su instinto zopenco, ó que cede á las inspiraciones de un Mentor petulante y enredador; un Alcalde labriego mas ó menos burdo. Y como esta rudeza se ha creído propia de los Alcaldes campesinos de chupa y garrote, que ordinariamente usaban montera, se dió el apodo de *Alcalde de Monterilla* al que hace alcazales de patan, aunque tenga mas sombreros que las fábricas de Leza, y mas condecoraciones que un via crucis. Y nota bien que no dijeron *Alcalde Montera*, diminutivando de *Monterilla*, modo despreciativo, usual en los cortesanos orgullosos, siempre que han de tratar de las cosas y de las personas, de los lugareños paganos, antes plebe, y ahora masa inerte de la sociedad.

Entre tanto que la gente de letras se ocupaba del distintivo capital de los Alcaldes, la moda caprichosa que todo lo lleva por delante, como el espíritu reformador del siglo, hizo en nuestras provincias un pronunciamiento general contra las monteras. Así debia de suceder á fe. Las cabezas constitucionales no era razon que continuasen cubriéndose con el aparato que cobijara las testas del servilismo. A la sombra del árbol de la libertad progresaron los *sombreros*, y las fanáticas monteras fueron á esconderse avergonzadas con los señoríos y los diezmos, con las vinculaciones y las santas hermandades. Coincidencia fué que oriundo el régimen constitucional de la Andalucía, vino tambien por Sierra Morena la inundación de calañeses, gachos, chamborgos y de chozo, que tan pronto como los sarracenos, se apoderaron de Castilla, sin dejar cabeza con montera.

Deducirás de aquí, lector benévolo, que hoy puede caer bajo el dictado de *Alcalde de Monterilla* todo mandarin municipal simple y atestuzado, ora le cubra un pavelo, un tres-candiles ó un copudo sombrero, ora vista al modelo del último figurín de París. Tan variados y multiformes son en nuestros dias los Alcaldes de Monterilla como los rateros de corte y los esbirros de policía. Si entre político y naturalista me propusiera hacer una clasificación botánica lineana del reino alcalescico monterillal, verian ustedes cuantos órdenes, géneros, especies y variedades. A pintarlos todos era cosa de alquilar conventos para formar galerías y museos. Iré describiendo algunos, y por ligeras que sean las pinceladas no será difícil al curioso observador el cotejarlos con ciertos originales de los que funcionan por estos mundos de Dios, si es que este mundo no está dejado de su mano, y entregado á mandones del otro.

La escena es en un lugar de trescientos vecinos, entre Alcarria y Mancha. El protagonista es un labrador de la medianía, de genio apacible y zozco, y obeso á fuerza de comer mucho y pensar poco. Sus cinco compañeros de ayuntamiento son: un mayorazguillo simplete, que tiene un par de mulas flacas y bastantes tierras eriales; un cultivador rentero, viudo y con dos hijastras; otro labrador de primavera que gran parte del año se ocupa en la arriería; un tintorero codicioso, escogido para procurador del comun; y un sacristan maestro de escuela y fiel de fechos en una pieza, pendolista de mal gusto, practicon confuso, pero ducho en los enredos de cuentas, libretes y manejo de Propios. Acostumbrados los concejales á fiarse en el Alcalde, y no pudiendo este

fiarse de sí mismo, preciso es un resorte privado que mueva la máquina municipal. El secretario es el alma de la corporacion, los piés y las manos de su presidente; como si dijéramos la camarilla que se oculta tras los ministros responsables. Bueno será conocer bien á este favorito, para comprender los actos de su dirigido.

Dr. Deogracias Langarica es un vecino, natural del pueblo, oriundo de Vizcaya, cuyo padre picapedrero se estableció aquí con el ama de un clérigo. Este cuidó de la educacion del hijo de su padre, que llegó á reunir los tres cargos, eclesiástico, literario y municipal, que le rinden al año doscientos ducados y muchos puercas. Soltero de por vida, á fuer de escar-

mentado no tiene mas familia que una criada anciana, tan gruñidora como sucia. La casa es un zaquizamí con cuatro taburetes de pino, y una mesa vieja de nogal, sobre la cual se halla todo el archivo de la Villa; que se conocerá por el índice: «un monton de papeles confusos, llenos de manchas del candil: otro brazo de pedazos de pergamino, medios pliegos rotos, salpicados de gotas de flor baja: y varios papeles, oficios, tiras y retazos dispersos, jaspeados de moscas y de chinches.» Unas veces en la estancia angustica, y otras en el corral al sol, se ocupa en escribir las cosas del ayuntamiento, interpolando los renglones para las planas de los chicos, y las cuentas de la fábrica, á mas de invertir algunos ratos en el libro de



El Alcalde de Monterilla.

caja del obligado de la carne, y en la lista de lo que fia el abacero. Este es el asesor, el oráculo, el todo de nuestro Alcalde de Monterilla: el que sabe hacer que su merced salga siempre alcanzando á los fondos de Villa y de Propios; el que entiende como se confeccionan dos subastas de los puestos públicos, una secreta y verdadera para cobrar, y otra aparente mas baja para las oficinas y menos repartir; el que liberta al juez de los sablazos que quiere darle un caho de escuadra, porque no le suministran un bagage mayor por cada dos soldados, y el que en los sorteos de quintas acierta á combinar las cédulas de modo que

siempre saca números altos el hijo del cacique su protector.

¡Qué mucho que el buen Alcalde no acierte á respirar sin el soplo de tan afamado entonador! Si viene una orden de la capital ha de leerse y explicársela á su modo el secretario: si pide justicia una mozueta, atropellada en el campo por un zagal incontinente, responde que tiene que consultarlo con su secretario: si el guarda del monte trae un dañador penado, lo envia al fiel para que lo absuelva ó condene: si han de correrse novillos en la fiesta del patron, es preciso saber que lo aprueba D. Deogracias: y si se

trata de cualquier negocio que exige ver papeles ó recordar costumbre, debe oirse *in voce* al secretario para que instruya el asunto con antecedentes. No hay día en que su merced no vaya un par de veces á casa del fiel de fechos, y en que no le envíe al alguacil mas de otras tantas: se guardaria de llamarle como de azotar á un Cristo; que la supremacía inteligente, sabe aquí como en otras partes, hacerse necesaria y respetable.

Figúrense mis leyentes que se hallan presenciando una sesion de nuestro cabildo, en que amen de los seis municipales hay cuatro repartidores nombrados por el mismo ayuntamiento, y son, un ganadero, un labrador ricote, otro mediano, y un bracero acomodado. La sala capitular en donde están reunidos, sobre ser estrecha de suyo, se halla ocupada por un arcon viejo de tres cerraduras, que servia en lo antiguo para guardar los caudales que ya no hay; por dos bancos de respaldo carcomidos y rotos; por una mesa travesera de aspa; por la marca para tallar los mozos; y principalmente por un montoncillo de tranquillon que llaman el Pósito. Abre la sesion D. Deogracias, sentado á la derecha del Alcalde; se cala las antiparras de muelle, y lee un presupuesto de contribuciones y gastos para el año entrante. Advierte á los oyentes que el ascender á trescientos ducados mas que en el año anterior consiste en que quedó un déficit por partidas incobrables, en las costas de causa criminal del que dió de navajadas al Monito, suplidas por la Villa á falta de bienes del reo; y en que el pliego de cargo aumenta mil quinientos reales para indemnizacion de daños causados por las facciones. Y mientras el secretario se pone á extender la cabeza del acta con una pluma de pavo; mojada en tintero de vidrio del Recuenco, se entabla entre los repúblicos la siguiente discusion.

El procurador síndico dice que todos los años va subiendo el presupuesto como la espuma: que cuando se reparte se excluye á los pobres, viudas y vecinos inútiles, y no debe haber fallidos si se quiere cobrar: que el autor de las heridas tiene un solar de casa, y no es justo que pague la Villa sus delitos: y que el recargo para indemnizacion es indebido, porque todos han experimentado daños en la guerra, y se trata de indemnizar á los embrollones agibilibus, que han supuesto lo que no hubo, y centuplicado lo que perdieron. Esfuerza un repartidor lo expuesto por el preopinante, añadiendo que si no se pone coto al desórden que hay en las gabelas será cosa de abandonar el pueblo: que antes se excusaban las derramas con la guerra, y ahora que no la hay (gracias al Dios de los cielos, y á los Dioses de la tierra, que de valde y de bóbilis bóbilis nos han dado la paz) se saca lo mismo y mas, no sabe para quien; porque, segun dicen los papeles católicos que lee el Sr. cura, todos están rabiando de hambre, y el dinero se desaparece entre los músicos y danzantes que andan por Madrid y por las oficinas de Mortizacion. Al llegar á este punto, D. Deogracias interpela al Alcalde para que haga guardar el órden, increpando duramente á los que sin saber critican á las autoridades, y amenazando á los que vierten doctrinas republicanas contrarias á la regencia del reino y á la religion de nuestros padres. Concluye con decir, que allí son llamados á hacer el reparto, y que todo lo que se hable fuera de esto es nulo y de ningun valor con arreglo á la ley de febrero. El Alcalde se conforma; el regidor decano es de la misma opinion, y los demas se encogen de hombros dándose por cachiporrados.

Sale el librete cobratorio del año anterior para que vean lo que cada vecino tiene de cuota, y regulen si está alto ó bajo, si ha decaído ó medrado desde entónces. Generalmente se opina por la subida, porque á excepcion de los diez presentes todos parecen beneficiados, y sobre todo los forasteros. Echarle á ese

mas, que le ha caído dos veces la lotería, dice un repartidor. Ese otro bien puede pagar ogaño, replica el síndico, que heredó un buche de su Sra. Por todos lados suenan las voces de—Fulano paga poco, que nunca le tocó quinto á su hijo.—Citano sacó mucho de su tierra de la vega, que primero tuvo un gran alcacer y luego un patatar.—Mengano no deja de comprar lo que sale, y cuando adquiere sobrado estará.—Zutano bien la chupa á la bija que tiene con el administrador del duque.—Perengano fue muy perseguidor cuando marras, y luego ha estado con los Palillos cogiendo lo que ha podido, que bien le luce; echarle de firme. No en mis días, repone el secretario, que por el convenio de Vergara se echaron pelitos á la mar, y á quien Dios se la dió, S. Pedro se la bendiga. Pues al Majo bien se le puede meter mano, objeta el regidor segundo, que cuando se dividió la dehesilla se puso á la par con los ricos; no haya una medida para tomar y otra distinta para el pago. Por este órden van siguiendo la tarea, y si al concluir salen algunos miles de mas, el Alcalde, con acuerdo de su D. Deogracias, alega que siempre conviene dejar algun sobrante para cosas extraordinarias é imprevistas, que son los fondos secretos de la diplomacia aldeana. Un tanto gruñen los de la junta; pero como es engorrosa la rebaja partida por partida, están, como los diputados á última hora de sesion, por irse á comer, y queda aprobado *ef statu quo*. La opinion de no hacer, y de rueda la bola, tiene mucho adelantado en este perro mundo.

Todos los alcaldes bozales no están dominados por el escribano; hay variedades en este tipo. Véase un Juan Lanas por el estilo, subyugado por su mujer, que es á lo paleta la Ana Bolena del pueblo. Y no se crea padosamente, que la tal hembra le ha cautivado el corazon con sus gracias, cual aquella de quien se canta.

Un juez dijo á una moza
¿Como se entiende
Que siendo yo justicia
Usted me prende?

La alcaldesa de nuestra historia es una harpia en condicion, y en figura un basilisco, una sátira. Varonil y dominante, ni admite superior, ni aguanta contradiccion: tiene los calzones en su casa, y el mero y misto imperio en la poblacion.

El día de año nuevo van, segun estilo, á darle la enhorabuena de alcaldía, y entre los tragos de vino y rosoli, y los escitantes cañamones y torrados, gira la conversacion sobre el motivo de la visita. Los ministeriales, que adularon al Alcalde colocado, y ven lucir otro sol en el horizonte, se desatan en declamaciones contra el gobierno del año que fina, en el cual, á decir de los tornadizos, ni se ha guardado el campo, ni ha habido órden en el riego, ni igualdad en las cargas, ni justicia para el pobre; pero ya ha llegado el día, añaden mirando al ama, de que todo se enderece, con la buena eleccion que acabamos de hacer.

D.^a Eduvigis, pavoneándose con los requiebros generales y particulares, en estilo mordiente y aire rabanesco, jura y perjura que no se han de rcir de su nombre como de otros, y que en buenas manos está el panderero para que quede la vara mal puesta. El escribano aprovecha el momento para celebrar las buenas partes de la señora, refiriendo á los circunstantes lances de su teson de cuando fue Alcalde, por el estado noble, su primer esposo, que le hizo quemar el banco de la iglesia porque se habia sentado en él un pechero. Mientras estos diálogos, el Alcalde bonachon está pensativo y cabizbajo, dando señales de que no sirve para el caso en que le mete su mujer.

Quedan al fin solos los dos cónyuges, y Md. Eduvigis comienza á dar á su Oyes la primera leccion de lo que debe hacer, si ha de haber paz en la casa,

y no ha de andar la de Dios es Cristo: y entre los preceptos acalorados y fervientes de la Dómine, se halla el siguiente razonamiento:

«Mira, bruto, (no es errata la *b* minúscula, porque no es nombre de bautismo), un Alcalde es el rey de su pueblo, y le deben temblar como las hojas en el árbol. No seas tan bragazas como sueles. Al que no te dé el tratamiento, ó deje de descubrirse á tu presencia, ó te desobedeza de pensamiento, le has de dar una calabozada que lo deshuese. Los días de tribunal que te busque el que te necesite; y en los feriados has de ir á misa al banco de la señora justicia, con tu acompañamiento de dependientes; y no seas tan llano que dejes sentar á nadie cerca de tí, ni consientas que el cura dé agua bendita á otro primero que al soberano del lugar. Cuando vayas á las oficinas á llevar caudales, cuida de que no te desprecien los mequetrefes empleados, como suelen; que sobre ser tú empleado de la nación, contribuyes á pagarles el sueldo y á que sus mujeres gasten moños. El maestro de escuela ha de venir á dar lección á los chicos en casa, que no son los míos ménos que los del Indiano, y no quiero yo que vayan á oler á pobre mezclados con los hijos de los jornaleros. Por lo que á mí toca, el sacristan me ha de tener bien limpio el felpudo junto al presbiterio: en los novillos se me ha de aderezar el palco de órden: el escribano no ha de despachar cosa alguna sin mi consentimiento: y el alguacil ha de estar de ordenanza junto á mi cuarto para lo que yo le mande; pero cuidado con que tenga la montera en la mano y se esté de pié, que estos plebeyos sirvientes se toman licencias si no se les trata con imperio, y si las señoras del lugar quieren darme en ojos con su lujo, páguenlo sus bienes en contribuciones y multas, que yo no me caso con nadie, y el que me la haga me la ha de pagar, aunque sea el lucero del alba. Cuidado conmigo... y no digo más.»

Régida la aldea conforme á los estatutos femeniles preinsertos, calcúlese cómo andará la justicia, el gobierno económico y el órden público. Los paniaguados de la alcaldesa cuentan con carta blanca para hacer lo que gusten; cazan sin licencia hasta en tiempo de veda; no van de bagajes ni con pliegos; usan pasaporte de gratis; sacan el trigo del alor; riegan cuando quieren; apenas pagan libros; se traen la leña del vedado; son cobradores, alcabalers y expendedores de bulas; hacen de peritos y hombres buenos y pueden dejar sus bestias sia bozal para que pasten por los erreñales ajenos, por mas que murmure el pópulo bárbaro. Por el contrario los que no están bien quistos con D.^a Eduvigis, ó por tener mujer mas jóven y bonita, ó porque no le hacen el zalame, ó porque no convidaron los chicos al bautizo, ni pueden usar armas, ni reciben las cartas á tiempo, ni rondan por la noche, ni venden vino al por menor, ni son de la milicia nacional.

Poniendo en miniatura este boceto, resulta un alcalde andrógino, cuya parte hominal corresponde á las autoridades provinciales y á los protocolos en los encabezamientos y en las firmas, quedando la parte femenina en la region de los hechos que presencian los vecinos. El varon suena, la mujer obra: el marido escribe, la esposa dicta: el Alcalde lleva la vara, la alcaldesa tiene la autoridad: en suma, lo masculino es una abstracción, que reina y no gobierna, y doña Eduvigis egerce en nombre de este automática el gobierno supremo. De aquí debió sacarse la teoría constitucional de la inviolabilidad del monarca y la responsabilidad de los ministros. Semejante administración suele proporcionar al Alcalde enemistades, choques, cuentos y chismes; pero sus intereses materiales ganan comunmente: porque como v. le mas ochavo de mujer que real de hombre, queda equipada la casa, renovada la labor, repuestas las paneras,

y aumentado el terrazgo con alguna haza adquirida en las glorias del reinado.

Otro género bastante comun de Alcaldes de Monterilla es el que se funda en un carácter bronco, crudo y aferrado, cuya suprema ley es el capricho. Sea para lo bueno ó para lo malo, lo que aprende sostiene, y lo que se propone lleva adelante, sin que le retraigan de su empeño ni influencias, ni dificultades. Este puede reputarse el prototipo del Alcalde de Monterilla; el que mantiene la fama concejil; el que aun sirve para hacer el coco á los muchachos y á los gobernantes débiles; y el que ha dado lugar al proverbio de

Señor Alcalde, vinagre
¿se vende en este lugar?

Uno de estos Alcaldes tremebundos hubo en un pueblo del partido de Alcalá, provincia de Madrid. Habia reunido bienes de fortuna con su actividad y natural despejo; que instrucción maldita la que tenia, pues la señal de la cruz era su firma y no conocia la Q. Tomó la manía de no dar cumplimiento á las cédulas y pragmáticas, y la lógica de Lesmes Cabezuado era esta. Leiaselas el escribano; escuchaba atento la retaila cancelleresca de *rey de Castilla, de Leon, de Toledo, de Sevilla, de Valencia, de Murcia, de Jerusalem, etc.*, y notando que no decia *rey de Daganzuelo*, mandaba cesar al escribano y que archivar la órden porque era visto que con ellos no hablaba.

Con la misma frescura que obraba en tiempo del extinguido Consejo Real, se resistió á obedecer órdenes de la Diputación y del jefe político, siendo Alcalde por la Constitución de la Monarquía. Tres veces seguidas negó el cumplimiento al juez de primera instancia, que venia comisionado para presidir las elecciones municipales, en ocasion de hallarse el pueblo dividido en bandos. Decia, y decia como un ángel, que él era el presidente nato, el exclusivo por la ley; y como se mantuvo tieso en sus trece, presidió, escrutó, ganó la votada, á pesar de superioridades y de adversarios. Pedirle el jefe político partes diarios de las elecciones de diputados estando él en la mesa de su distrito, era lo mismo que pedir peras al olmo: contestaba á S. S. que la ley electoral no le marcaba otro deber que fijar al público el resultado, y que allí podia verlo si gustaba. Cuestar en su jurisdicción nadie lo hacia impunemente: á dos pedigueños italianos, con bulas del obispo de Rimini, con pasaporte en regla, y garantidos con suscripciones de todos los preladados y magnates de España, me los sopló en la trena, les siguió causa, les sacó los cien mil y mas reales que llevaban de ofrendas, y tuvieron que largarse á contar en Roma lo que es un Alcalde de Monterilla en los dominios del Rey Católico. Y para decirlo de una vez, nuestro D. Lesmes fue el Sancho de la insula Daganzaria, el Abdon Terradas de la Campiña, el *non plus ultra* de los alcaldes tozudos é indomables.

Reverso de esta medalla es D. Caraciolo Benavides, Alcalde de un pueblo andaluz, que guarda su atestuzamiento para ser ministerial incansable, de todos los gabinetes presentes y futuros. Da por razon de esta conducta que los Alcaldes deben atender á las mejoras materiales de sus localidades, y que el gobierno amigo las concede y el enemigo las niega: que por haber ayuntamientos hostiles, nan tomado tierra contra ellos los doctrinarios, y piensan en poner Alcaldes reales: y que el buen liberal debe ayudar al que manda, para que no le derriben los serviles y carlistas. Con estas bases previas, es un constitucional furibundo, del movimiento rápido, progresista legal, y tan exaltado, que al escribano su secretario le tiene hechas estas prevenciones terminantes: 1.^a Que jamás use en los escritos *real* de vellon, sino *nacional* de vellon: 2.^a Que no ponga ni por pienso *real* órden, sino *órden nacional*: y 3.^a Que en las escrituras públicas,

en vez de empezar invocando la Santísima Trinidad, sustituya esta cláusula: « En el nombre de las inspecciones de infantería y de milicias, y de la secretaría de S. A. que son tres cosas distintas regidas por un solo hombre v. rdad. ro, etc. » Y al que no abunda en estos sentimientos, lo tiene por absolutista, moderado, afrancesado y mal patriota.

Con las pinceladas, rasguños y brochazos antecedentes, creo haber pintado Alcaldes de Monterilla de fisonomía bien marcada: concluiré dando por vía de epílogo algunas reglas para conocer las pertenencias de sus mercedes.

Si veis á una lugareña oronda de vanidad que grita á otra vecina: ¡tú pagarás la desvergüenza! tened por seguro que es la alcaldesa la que habla.

El jóven labriego á quien llaman de V. los ancianos de su misma clase, ó es Alcalde en la actualidad, ó lo ha sido en años precedentes.

Cuando entre los niños que juegan en la plaza oigais á uno que exclama ofendido: ¡mira que se lo he de decir á mi padre! aquel es hijo del Alcalde.

La zagala que á pesar de su desgraciada figura sale la primera á bailar, y recibe el primer mayo de los mozaletes, cuéntala por hija de su merced.

Ves aquel gañan, que con imperio exige de otro labrador que le haga lado para pasar con la yunta sin detenerse: criado del Alcalde sin falta.

Aquel forastero viajante, que cerca del pueblo y á la vista del guarda entra con desenfado á coger uvas de las viñas, es huésped del Alcalde y lobo de su camada.

Si ves un cerdo andar suelto por do quiere, que en todos los portales entra sin recelo, y que tiene una gordura extraordinaria, cree á pies juntillos que es el cochino de S. Anton, ó el marrano del Alcalde.

Ultimamente, si leéis el último renglon de este artículo escrito con letras mayúsculas, contad por averiguado quien es el retratista del Alcalde de Monterilla.

FERMIN CABALLERO.

EL AMA DE LLAVES.

D. Diego.—Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor: regalonas, entremetidas, habladoras: llenas de histórico, viejas, feas como demonios. — MOKATIN: Si de las niñas esc. I.

ESTA baraja de figuras que lleva el título de *Los españoles pintados por sí mismos*, no se publica solo para los españoles, sino para todos los que gusten de verla: maldita la pesadumbre que le dará al editor el saber que se la manosean el inglés y el chino, el francés y el moro, el portugués y el brasileño, siempre que para entretenerse con ella, se la compren a su legítimo propietario. Todo español sabe lo que significan las palabras *Ama de Llaves* ó de *Gobierno*; pero en manos de tal extranjero pueden caer nuestras páginas, que fijándose en el distintivo de *las llaves*, vaya á figurarse que la persona á quien se aplica es una portera; ó que descaminado por la voz sonora de *Ama*, piense que se trata de una mujer casera, de una consorte hacendosa por cuya mano corren todas las llaves, inclusa la del dinero, en fin, de una *Ama de casa*. No señor: por *Ama de Llaves* se entiende acá en nuestro país (que es como si dijéramos en toda tierra de garbanos) lo que dice el Diccionario del idioma: « una criada encargada de las llaves y economía doméstica: » una criada á quien se lia la ropa, utensilios y provisiones. — « ¿ Con que es una sirvienta, y le dan ustedes el nombre de *Ama*, (exclamará aquí

alguno de nuestros melindrosos lectores de extranjis)? ¡qué contradicción! ¡qué rareza! — Amiguito, ¿ qué quiere usted? ¡ Cosas de España!

Este dictado de imperio ó dominio cuadra perfectamente á la que por él se designa, porque hay Amas de Llaves que tienen á sus órdenes doncella, criado, cocinera, y aun quizá otra ama también, la de cria: estas aristócratas de la servidumbre, estas sultanas validas ya se vé que son señoras durante la época de su inseguro reinado. Otras hay, por ejemplo, que viven con un solteron ó viudo sin otro vicho viviente en su compañía: que guisan, que cosen, que friegan, que en nada se distinguen de una criada comun sino por su mayor edad, saber y gobierno, que inspiran mas confianza al que les da el salario: estas, claro es que no tienen á nadie bajo su inspeccion, y por consiguiente podria decirse que no les conviene el título de *amas*; con todo, les conviene en efecto, y lo son, porque mandan al amo. Regla general: la criada única de un celibato, de un ex-marido, de cualquier hombre que vive aislado, mondo y lirondo, sin hermanos ni tias, sin sobrino, cuñada ni suegra, (que son para el mundo sirviente los enemigos del alma y del cuerpo), no solo es el *Ama de las Llaves*, sino el *ama de todo*, en el mismo y aun en superior grado tal vez que una esposa.

Si este artículo hubiese de ser, no una copia lo mas fiel posible, sino una caricatura deforme, la tarea del escritor estaba reducida á desleír ó amplificar un poco las expresiones del célebre poeta dramático arriba puestas por epígrafe, las cuales son muy dignas de notar por haber salido de la pluma de un solteron, que por lo mismo hubo de vivir siempre entre amas, y debia conocerlas á fondo; pero como lo que aqui se pretende es retratar al *Ama de Llaves*, cual si ella hiciera el cuadro por sí misma, principiaremos por suavizar ó explicar aquellas expresiones presentándolas á la luz á que deben verse. Condicion general, aunque no sin excepciones, es en achaque de amas que han de ser solteras ó viudas; cláusula importantísima, aunque no sin dispensa, es que hayan de contar una edad razonable: ahora bien, la mujer que haya cruzado la línea equinoccial sin haber celebrado primeras ó segundas nupcias, ¿ qué ha de ser en general sino fea? Y siendo vieja y fea, ¿ qué ha de ser sino amiga de la comodidad, habladora y entremetida? Por consiguiente no hay que echar en rostro al *Ama de Llaves* lo que forma sus cualidades constitutivas; Quería el D. Diego de Moratin por *Ama de Llaves* á una buena moza, calladita y sana? No era mal gusto; pero niñas de esos requisitos difícil es que se libren de ser casadas ó cosa equivalente. Amas de Llaves se usan tambien jóvenes y bonitas; pero estas pertenecen á una especie bastarda: la raza pura, el tipo original, la verdadera *Ama de Llaves* debe ser jamona, gruñona y feotona. Siendo pues en su mas genuina forma una muger de cuarenta á cincuenta, y hallándonos actualmente en el año 1843 de la era cristiana (4087 de la poblacion de España segun el calendario); esta hembra ha debido nacer á principios del siglo presente ó fines del próximo pasado: es decir de su educacion, carácter, lenguaje, atavio y hasta su busto, han de resentirse forzosamente del influjo de aquella época: es decir que una *Ama de Llaves* en el apogeo de su saber y experiencia es una sirvienta del siglo xviii. Antes de tirar en el lienzo trazo ninguno de la figura que ha de bosquejarse, importa dar á conocer qué cosa eran en España las criadas antiguamente, y qué rasgos de estas conserva aun el *Ama de Llaves* en su singular y variada fisonomía. Sin esta explicacion, sin este conocimiento de las causas, podria creerse que tales y tales rasgos característicos eran individuales y caprichosos, cuando lejos de entrar en el número de las excepciones, son cabalmente distintivos forzosos y genéricos.

Hubo un tiempo en que la condicion de las criadas en España se diferenciaba poco de la servidumbre. Las costumbres galantes y caballerescas de la edad media nada tenían de suaves ni de benignas. Hasta el siglo xvii inclusive; el látigo era el que dirigía la enseñanza pública; el que afianzaba la obediencia filial el que mantenía el orden doméstico. Un maestro en teología azotaba en la universidad á un discípulo tonsurado, aunque contase ya cuatro lustros; un mayordomo de grande zurraba sin misericordia la piel de sus pajes de su señor, aunque tuviesen medianamente poblado el bozo; el padre hartaba de soplamocos al hijo por quitame allá esas pajas, y la mamá, cuando se le ponía en el moño, echaba mano al de la señorita y la arrastraba por el suelo, el abofetear, repelar, mesar ó dar una vuelta de cabellos, como solían decir, era entonces, pan de cada día. La tal propension al zarandeo, que se ha conservado hasta nuestros días, era naturalísima en unos tiempos en que hasta los reyes se disciplinaban: ¿Cómo había de respetar la costilla ajena el que se mosqueaba la propia? Pues bien: en país donde tan duro trato recibían los hijos é hijas de los amos, ¿cuál deberían recibir las criadas? Oigámoslo de una mozueta desenfadada de los últimos años del siglo xv, platicando muy de propósito con la insigne madre *Celestina*. «¡ Oh y qué duro nombre, y qué grave y sobervio es señora contigo en la boca! mayormente de estas señoras que agora se usan. Gástase con ellas lo mejor del tiempo, y con una saya rota pagan el servicio de diez años. Denostadas, maltratadas las traen; y cuando ven cerca el tiempo de la *obligacion de casallas*, levántales un caramillo; pídenle celos del marido; ó que hurtó la taza, ó que perdió el anillo; danle un ciento de azotes, y echánle la puerta afuera diciendo: allá irás, ladrona; no destruirás mi casa y honra. Estos son sus premios, estos son sus beneficios y pagos: *obliganse á darte marido*; quítanles el vestido. Nunca oyen sus nombres propios en boca de ellas, sino: ¿qué hiciste, bellaca? ¿por qué comiste esto, golosa? ¿Por qué no limpiaste el manto, sucia? ¿Quién perdió el paño de manos, ladrona? Y tras esto mil chapinazos, pellizcos, palos y azotes.» — «¡ Y aguantaban eso las criadas de antaño! » saltará aquí echando fuego por los ojos alguna doncella de labor de estas elegantitas y pizpiretas de ahora — «Salero, ¿no ha oído V. que los amos de entonces ponían en estado á las mozas de servir? ¿Por qué se dijo el refran de que *todo lo compone un buen dote*? ¿Qué no sufrirá una mujer por casarse? » — Las pobres Amas de Llaves que por ser cuerpecitos mayores ó malos cuerpos, no tuviesen esperanzas de salir de penas á favor de una boda, esas sí que debían sufrir el infierno en la vida.

Pero pasaron años y siglos y costumbres; dejaron los señores á las criadas que cuidasen por sí solas de establecerse con dote ó sin él; emancipóse la criada; y ¿qué sucedió? Que no teniendo ya freno que la sujetase, toda la soberbia indómita de la clase baja y sin educacion, se desarrolló á sus anchas, y la sirvienta que ántes era sufrida, se hizo insufrible. Nayan para hacer contraste con el trozo anterior esos otros, copiados de los sainetes de D. Ramon de la Cruz; y no se imagine que por tomarse de obras de invencion no merecen crédito: el que extiende este artículo, que ha tratado Amas por espacio de muchos años, ha presenciado una porcion de escenas análogas, que hacen muy creible lo que va á leerse y mas todavía. En el sainete de la *presumida burlada*, la cual es una sirvienta que por el matrimonio ascendió á señora, ella y la que la sirve se dicen las lindezas siguientes:

EL AMA. Friega otra vez mal, vea yo alguna mota en los platos, y verás si te los tiro á la cabeza.

TOMO I.

LA CRIADA.

Despacio, señora de poco acá que un poco mejor fregados están que cuando usiría manejaba el estropajo.

Pero de fregoncillas de mala muerte no se debe hacer cuenta: escuchemos á una Ama de Llaves, persona que como constituida ya en cierta dignidad debe expresarse con mas miramiento y decoro. Escuche-



CIVENZ

DE VIZKINA

El Ama de Llaves.

mos en *los hombres solos á la Señora Lucía*, Ama de D. Pedro y D. Lucas, caballeros que tratan de hacer un obsequio á unas damas. Toman parte en el diálogo, además de los dichos, un barbero, un peluquero y el criado Juanillo

D. P. (á D. L.) Digo, ¿y has contado con nuestra mujer de gobierno?

D. LUCAS. Hará lo que se le mande.

D. PEDRO. Conforme la coja el viento.

¿De qué humor se ha levantado hoy, Juanillo?

JUANILLO. De perverso.

Yo me estoy sin almorzar por no decirselo; y eso que la tengo dadas pruebas de que soy buen compañero.

EL BARBERO. Porque yo quise poner el escalfador al fuego mientras V. se vestía, agarró un tizon ardiendo,

9

- y si me descuido un poco,
me afeitó ella á mí primero.
- D. LUCAS. Sin embargo llámala.
(*Juanillo va á llamarla, y Lucía se presenta hosca y ceñuda.*)
- LUCIA. ¿Qué quiere el concejo,
que necesita en persona
mi asistencia?
- JUANILLO (aparte.) ¡Aquí te quiero!
- EL BARBERO. Pocas criadas hay de estas
en las casas donde afeitó.
- JUANILLO. Pues yo en las mas que he servido
las encontré de este genio.
- D. LUCAS. Señora Doña Lucía,
es preciso echar el resto
de los primores de V.,
y que tenga con aseo
prevenida una salvilla,
los vasos y los cubiertos,
porque vendrán unas damas
quizás á favorecernos,
y es preciso quedar bien.
- LUCIA. Pues muy mal día escogieron
de venir esas señoras.
- D. PEDRO. ¿Y por qué?
- LUCIA. porque yo tengo
que salir precisamente
esta mañana.
- D. LUCAS. ¿podemos
saber á qué?
- LUCIA. A visitar
también á otro caballero,
que me tiene prevenido
chocolate con pan tierno.
- D. LUCAS. ¿Y quién te ha dado licencia
de que salgas?
- LUCIA. En no haciendo
cuenta de volver aquí,
para irme yo me la tengo.
- D. LUCAS. Ni la tienes ni te irás,
y harás cuanto te mandemos.
- LUCIA. ¿Yo? ¿Qué gracioso es V.!
- ¿Y me lo dice V. sério?
Si me he puesto yo á servir
en casa de hombres solteros
por no aguantar amas, ¡vean
cómo aguantaré cortejos
de mis amos, y servirles
para que vayan haciendo
burla de mí, y esta noche
se publiquen mis defectos
en la tertulia! ¡Un demonio
para ellas, y cuatrocientos
para ustedes!
- EL PELUQUERO. (*que está peinando á D. Lucas.*)
Un petit Morceau de sebo,
madama.
- LUCIA. Por la otra oreja,
que por esta no lo entiendo.
- LUCIA. Un poco de sebo pide.
- LUCIA. No le hay.
- D. LUCAS. Anda ves á verlo.
(*El peluquero dirige aquí un cumplimiento en francés á Lucía, que se enfurece como si la hubiesen llamado bruja.*)
- LUCIA. ¡Esto nos faltaba ahora!
¿Qué apuesta V. que le peino?
- EL PELUQUERO. ¿qué dis busté?
- LUCIA. ¿No lo entiende?
- EL PELUQUERO. Non.
- LUCIA. Pues óigalo mas recio.
(*Dale un manoton y vase.*)

Aquí se ve al Ama del siglo XVIII, provocativa, fe-
roz y ágil de manos, haciendo el papel de una seño-

rota del siglo XV: en esto habian venido á parar el
sufrimiento, la mansedumbre y la esclavitud antigua.
Pues de esta ferocidad y de aquella sumision partici-
pa hoy el carácter del Ama de Llaves; de la una
por efecto de la pésima crianza que recibió, de la otra
por efecto de los años y los reveses sufridos, como
también por el conocimiento de su interés personal.
Una mujer de edad cuando ha tropezado en una casa
con un amo bueno conoce que su porvenir depende
de su permanencia allí, de su perseverancia en tener-
le contento; pero no siempre puede tanto consigo
misma, que por no aventurar su suerte renuncie al
gusto de soltar una insolencia ó hacer una trastada.
Esta irritabilidad depende también de los incidentes
que han traído al Ama de Llaves á serlo, y del país á
que pertenece: las Amas naturales de Cataluña por
fuerza han de ser mas desabridas que las gallegas y
valencianas; las aragonesas mas tercas que las anda-
luzas, y estas mas picudas y perezosas que las vizcai-
nas: las de los pueblos inmediatos á Madrid compiten
en lo záfio y desvergonzado con lo peor de la
península. Nadie sirve sino porque es pobre; pero de
distinto modo influye la pobreza en una mujer que
nació destinada á servir desde luego, que en la que
nacida en mejor fortuna hubo de abrazar el servicio
doméstico porque se quedó sin padres ó sin marido:
aquella será mas grosera y alegre, y esta mas civili-
zada y quejumbrosa. Y como diversas y aun contra-
rias han de aparecer forzosamente en su modo de
pensar, obrar, hablar y vestir el ama vieja y la jóven,
la que sirve en un pueblo y la que habita en una capi-
tal, la que vive con un soltero sin hijos y la que ha
dado vida á los hijos de un soltero; el expediente me-
jor para que se comprenda todo lo que por término
medio cabe en este brevisimo vocablo de Ama, será
referir sencillamente dos biografías de dos Amas, ex-
tremadas las dos en su linea, entre cuyas individua-
lidades se encuentra la verdad genérica del tipo: ad-
virtiendo que en lo que vamos á referir todo es cierto
menos los nombres de las heroínas, los cuales signi-
fican puramente para el lector «Fulana yo no sé
como, Zutana ¿qué se yo cuantos?»

Cándida Rosa, Rosalia Robledales, hija del remen-
don titular de un triste villorrio, se crió chiquituela
y endeble, morenuzca, gangosilla y zazona. Malas len-
guas dicen que su padre, infatigable hablador cuando
bebía un trago mas (y bebía á todas horas porque
no podía menos), influyó no poco en el gangueo y ce-
ceo de su hija: como charlaba sin cesar, le incomo-
daba sobre manera que le interrumpiesen; y un dia
en que nuestra Rosa Cándida le atajó su palabra hon-
rada tres veces seguidas, el prudente padre para cor-
regir á la niña del resabio de bachillera, le tiró una
horma á la cara que la dejó para siempre con las na-
rices apuntando al juanete izquierdo. Con este y otros
avisos del tirapié igualmente misericordiosos, com-
prendió Cándida lo que le importaba no desplegar los
labios, de lo que resultó que no aprendiese á pronun-
ciar bien por falta de ejercicio. Con un padre tan
amoroso, claro es que la criatura consideraria el sa-
lir á servir con la mayor felicidad: acomodáronla de
niñera en otro pueblo, y de niñera pasó á criada. A
fuerza de oír decir por unanimidad que era fea y sim-
ple, hubo casi de llegar á creerlo; á fuerza de obser-
var que se le reían en sus bigotes (tenia este adorno
también) casi siempre que hablaba, hubo de tomar
la resolucion de callar; á fuerza de notar que siempre
que se presentaba á vistas producía su nariz un efec-
to nada favorable, trató de neutralizar la impresion
de su fealdad con la limpieza y esmero del traje; y
como para vestir bien era menester ganar buen sala-
rio, hizose aplicada y laboriosa para merecerlo. Hú-
milde Rosalia, callada, limpia y trabajadora, valia un
Perú para criada, si Dios la hubiese dotado de un po-
co mas de capacidad; pero en apartándola del fogen

ó de la mesa de planchar, no había mujer para nada. Llamaba á la puerta un sujeto á quien el amo deseaba hacer un recibimiento amistoso; y Cándida, ó le despedía ó le hacía esperar un cuarto de hora á la puerta: venía un acreedor ó un pegote, y se los encajaba hasta en la alcoba. Por esto hubo de perder buenos acomodos, cuando por su traza explicaderas no le era fácil hallarlos. Dió por fin con un ricacho sesenton que harto de amas bonitas se prendó de la cara de Rosa la mas apropósito para espantar importunos, y ella le desquitó esta vez á la susodicha de todos los malos oficios que le había hecho en otras ocasiones: el ser fea le había impedido entrar como criada en algunas casas, y por fea ascendió en aquella al segundo grado de la escala servil femenina, es decir, á ser ama de Llaves. Entónces descubrió nuestra heroína una cualidad que aun no había tenido proporción de manifestar, y fué un amor á la economía que rayaba en miseria, dote que le valió la confianza del amo en términos de hacer á Cándida depositaria del numerario. Pasaba esto en tiempo de la guerra civil: un susto que dió una partida al pobre sesenton, le dejó medio lelo; Cándida aunque simple, conoció que debía poner el dinero á buen recaudo, y por sí propia lo escondió en paraje seguro sin decir nada al amo: fuertes tentaciones había sentido siempre hácia la sisa; pero siempre la había contenido la idea de que si aun siendo fiel le costaba trabajo acomodarse, teniendo malas mañas; quién la sufriría? Por el contrario, si se portaba honradamente con el viejo, natural era que este se acordase de ella al testar. Desde que se le ocurrió á nuestra simple tal pensamiento (que no era una simpleza á la verdad), empezó á mirar aquel dinero suyo en parte, y como no sabía la parte que había de ser suya, claro es que debía custodiarlo todo con igual celo. Pronto dió de él una prueba heroica en grado sublime: vuelven los facciosos al pueblo, entran en casa del anciano y le sorprenden en la cocina al amor de la lumbre, y por contribucion extraordinaria le intiman que apronte hasta el último ochavo. El viejo se remite al Ama de Llaves; el ama afirma que no tiene en su poder un real; los huéspedes rejistran la casa y no dan con el nido; cuál fué la cólera de aquellos cristianos guerreros! Colgada de las llaves estaba en el hogar una caldera de agua cociendo: dos de los contribucionarios cojen de los brazos á Cándida y la amenazan con sumergirselos en la caldera si no declara; Cándida se mantiene firme; y por tres veces la zampán de manos aquellos sayones en el líquido, á 80 grados justos del termómetro de Reaumur. Suena generala; «los cristinos están ahí» es la voz que cunde, los verdugos de Cándida llaman á talones, y el pobre viejo, reciamente conmovido por tal escena, tiene que llamar al escribano, de camino que traen al barbero para la fidelísima Ama de Llaves. El viejo testa y se muere; Cándida se cura y hereda la mitad del tesoro salvado con su silencio: la otra mitad pasa al único pariente del testador, otro viejo de pocos menos años, que se casa con Cándida, la cual feliz y llena de comodidades, goza hoy el premio que ganó con sus manos. Esta mujer pasaba por simple, por tonta: á fé que en todo el trascurso de su vida de sirvienta pudo apostárselas á la mas hábil y honrada.

Múdase la decoracion. Armengola Chirivia ni fué pobre ni simple, ni era tan fea, ni llegó al puesto de Ama de Llaves por escala rigurosa: hija de un labrador, y dotada de anchos hombros y talle, piés atroces y boca desahogada, amen de ser un poco bizca de un ojo y algo mas del otro, en época en que era desconocida la operacion nueva del estrabismo; todavía pudo agradar á un zurdo su paisano, á quien sedujo sin duda la imponente mole de la bizca, la cual por su parte hacia lo imposible por mirarle con buenos ojos. El padre, que queria casarla á derechas, la traspuso á un convento de monjas, donde aprendió á confeccionar

mantecados y rosquillas, hojuelas, tortas de chicharones y demas artículos *ejusdem farinae*: del monasterio se trasladó ella á los brazos del zurdo, y de ellos á la vicaría; y así los amantes pasaron á novios, y ascendieron á consortes, y descendieron luego á indiferentes, y pararon en enemigos mortales, porque el zurdo era un vago, jugador y pendenciero, que traía á la viza desnuda y hambrienta; y del suegro no había que esperar mas que su maldicion. Consolábase el zurdo con la esperanza de alcanzar en dias al viejo; pero se dió tan mala maña con las suyas, que hubo de morir de mano airada en un garito, dejando viuda á Armengola, que lloró de veras cuando supo que ni aun por esas le perdonaba el padre su aciaga boda. «A servir», dijo entónces la valerosa viuda; y en pago de lo que había sufrido en su matrimonio, le deparó el cielo una buena casa donde *debutó* (estrenarse se decía en tiempo del antiguo régimen) por Ama de Llaves; y en poco tiempo se impuso en todos los primores de la profesion. Acostumbróse á cuidar la dentadura terreo-metálica del ama, y á despertar con la aurora para abrir la puerta al trasnochador señorito: constante espía de las revoluciones de la moda, no se descuidaba en prevenir á la señora que á los dos meses de uso ya no se podia llevar decentemente el vestido A ó el pañuelo X ó la mantilla Z; todo lo cual refluía en creces y plenitud de su cofre ó su bolsillo. Llegó á ganar cuatro duros mensuales; pero era tan generosa la viuda del zurdo, que afirmaba serviría de balde á sus amos, y era capaz de hacerlo por las circunstancias siguientes. En aquella casa nadie tomaba chocolate sino el ama propiamente dicha (la cual tenia tan estragado el paladar como la dentadura) y nuestra D.^a Chirivia que estipulé en su ajuste la condicion de que había de asistirsele con chocolate por mañana y tarde. Suprimíase ella voluntariamente las dos onzas de desayuno y merienda, porque realmente comia muy poco, (ya sabremos la causa); y como ella era la que compraba el dicho género, ahorrábase en ocho dias una libra, que á diez reales le redituaba dos duros cada treinta y dos dias, viniendo á juntar una mesada de seis pesos fuertes. Agregábase á esto veinte reales mas, porque de un onza de chocolate hacia dos jícaras para la poco delicada señora, expesando el líquido con harina tostada, y ya la mensualidad resultaba de siete duros. Item mas: aunque no corriese por su mano la compra del aceite, carbon, tocino y demas cochinerías, jabon, garbanzos y otros artículos por mayor, y siempre tenia ella un conocido de su tierra que recomendara al ama; garbanero ó choriceiro ó cosechero de vino; y por el corretaje de parroquia percibía del vendedor la bizca su tanto por ciento, que no podia estimarse en menos de otros dos pesos al mes: cero y van nueve. Mas: el producto de la venta licita anual de sendas arrobadas de papel de periódicos, flanqueados de prospectos y anuncios; mas; las docenas de frasquetes vacíos de aguas de olor y dentríficos, los guantes y zapatos del ama que Armengola no podia usar porque los necesitaba de triple tamaño; la ceniza del fagon y braseros que le compraban en los tintes, la retribucion del señorito por la porteria matutina, y una limosna mensual tambien, que había tenido la habilidad de sacar á la señora en favor de una religiosa exclaustrada, y la exclaustrada era ella misma: partidas todas que componian mas de un doblon al mes, de manera que nuestra industriosa viuda se embolsaba doce duros cada treinta dias, sin tener que gastar en vestirse. Gracias á los deshechos útiles que hacia desechar al ama, con seis pares de zapatos al año y un añadido para el pelo (que ponía gran empeño en que no se le conociese, y siempre se dejaba fuera el cordon del tronco); estaba la Buena de Armengola aviada de piés á cabeza.—¿Qué hacia esa mujer de tanto dinero? —La cuarta parte la empleaba en dulces y golosinas que le estropeaban el es-

tógamo y la traian siempre, sin apetito, y el resto lo imponia á ganancias en las administraciones de Loterías. — ¿Ganó alguna vez? — Un terno de diez mil reales, que se puede decir fueron dos, porque al mismo tiempo heredó á su padre. Entónces dejó de servir; entónces la obsequió un agente de cierta empresa de minas, que no era zurdo; se apoderó de los cuartos de la viuda, mina única que él se habia propuesto explotar; desapareció el día menos pensado, dejando á Armengola sin auxilio y enferma! y conducida al santo Hospital, expiró por gran favor en la sala de clínica, y su cadáver fué abandonado al cuchillo anatómico.

Casi á estos dos ejemplares puede reducirse el nacimiento, vida, pasión y muerte de la generalidad de las Amas: las que por instinto ó reflexion se portan con prudencia y rectitud, que son las menos, alcanzan una descansada vejez, las demás son infelicitimas. A muy pocas cabe la suerte de morir jubiladas, gozando una pensión, premio de haber servido bien largos años á un señor poderoso; muchas menos se jubilan por sí, porque el ahorrar es costumbre que no ha cundido nunca mucho en España, y el imponer en la caja de ahorros es cosa harto nueva todavía. Entre el porte, mañas, carácter y aspecto de Cándida y Armengola está el de todo el resto de las Amas de Llaves, participando mas ó menos ya de la torpeza y fidelidad mazorrall de la una, y de la destreza poco laudable de la otra. Ambas á dos carecieron del distintivo mas general del Ama, que es el mal genio; la una por ser una Ave zozna, que hasta para dar bufidos carecia de espíritu; la otra por que su mal humor no hubiera podido fundarse en el orgullo que inspira una buena conciencia: callada por que tenia qué callar. Entre la sisona y la limpia de manos está la que ni es del todo fiel, ni del todo digna de desconfianza; entre los dos extremos del silencio por incapacidad y por la culpabilidad está la mediana impertinencia de la mediana capacidad y honradez; entre la lugareña y la ciudadana de provincia, una y otra bastante cerriles é ignorantes, se halla el Ama de Llaves hija de Madrid, de mas disposición que las otras, pero menos amante del trabajo; mas instruida, pero mas quisquillosa, mas murmuradora y antojadiza; entre los dos límites de la fealdad están las fealdades de menor cuantía, hasta ir desapareciendo del todo, y quedar en medio la flor de la hermosura. En efecto, hasta ahora solo hemos hablado de Amas feas: ¿y las bonitas? Las bonitas no tienen carácter general propio, porque son pocas, porque no son precisamente Amas de Llaves, y porque gozan de todas las esenciones concedidas á la belleza. El Ama de Llaves bonita está dispensada de ser hacendosa y madruguera, y aun de ser obediente, porque sea como sea, no le ha de faltar acomodo. El Ama bonita no tiene necesidad de apropiarse lo ajeno sin contar con la voluntad de su dueño, porque su asignacion por lo regular es crecida, y aunque no lo sea, le importa poco: sabe hacerse regalar y siempre le sale la cuenta. El Ama bonita suele gastar buen genio, pues como se la mima y regala, no hay motivo para que se le exalte la bilis. El Ama bonita, como está mas desocupada que las otras tiene mas proporcion para cultivar su entendimiento: lee periódicos, novelas y dramas, asiste al teatro, y se escandaliza de los equívocos y no puede sufrir á las damas de comedia que *hán olvidado su virtud*. Su lenguaje es culto, su pronunciacion pura y clara; sus antecedentes juveniles no suelen ser muy claros ni puros. Todas han nacido en buenos pañales; todas han quedado huérfanas; y desde catorce años á veinte ó veinticinco, esto es, desde que perdieron á su madre hasta que hallaron su conveniencia... «¡lo que ha pasado por nosotras (dicen) solo Dios lo sabe!» Las Amas bonitas son por lo comun solteras, pocas hay viudas, mas hay casadas, emancipadas del marido: caras son to-

das las Amas bonitas, pero esta última es la mas cara de todas, porque de continuo hay que echar una torta al consabido Cancerbero. El Ama bonita solo es para ricos, verdad es que ellas saben convertirlos en pobres: algunas suelen casarse con el amo *in articulo mortis*; otras se retiran á tiempo con sus ganancias que de ordinario les luce poco. Por fin las Amas bonitas llegan con el tiempo y los achaques á ser viejas y feas, y entónces sufren la ley comun: vejez miserable y muerte en el Hospital.

Ensayada la parte anecdótica y moral del género, y bosquejados los principales distintivos de las especies, veamos obrar al Ama de Llaves bajo el aspecto comun á todas: considerémosla desde el día en que va á vistas hasta que se pierde de vista para sus señores. Las criadas se ponen para esta solemne ocasion el mejor vestido; el Ama se contenta con ir decente: el calzado eso sí, tiene que ser nuevo. Habito ó vestido negro, liso, de tafetan, con manga de jamon ó de fraile, y cuyo vuelo no ahueca el mirriñaque engañoso, pañuelo imitado á manta ó de crespon, mantilla de tafetan, guantes de seda ó los naturales, y un precioso abanico, regalo de alguna de sus amas, componen el ornato exterior de la pretendiente, si habita en la corte ó en alguna capital de provincia; en las demas poblaciones, jubon capilar, basquilla y mantilla redonda. El tocado con igual atraso respecto de la ley vigente; por delante una raya, y cogido el pelo á cada lado, formando un nudo ó rodaja mucho menor que la que usan ó usaban criadas y manolas, por detrás un rodete alto y su peinetita: en provincia el pelo echado atrás y moño de aldban. La prenda mas característica del vestido del Ama es la que no se ve: un par de faltriqueras tamañas como alforjas. La candidata pregunta por la señora cuando la hay, se anuncia, y si la encaminan á la sala, insta modestamente que la señora no deje sus ocupaciones, y que la reciba en cualquier parte: y todo es porque el Ama sabe ya en virtud de su práctica que mejor se conoce el estado rentístico de una casa por el comedor que por el gabinete. En esta sesion preparatoria, el Ama de Llaves se distingue notablemente de la criada; esta charla por los codos y murmura de sus amos anteriores; el Ama no habla mas que lo preciso, y los elogia, porque tiene mas conocimiento de mundo. Al contar el aprecio que hacia de ella en su última colocacion y lo que la queria la señorita mas jóven, el Ama no puede contener las lágrimas, y saca un pañuelo planchado en complicadísimo dobleces, que lleva de intento para dar casualmente una muestra de sus habilidades. Si el amo es soltero ó viudo sin hijos, el ajuste es cosa de un momento; si hay señora y es jóven, agraciada y elegante, tambien se contenta el Ama con un corto salario, porque damas de circunstancias tales nunca inspeccionan la cocina ni la despensa; si la señora es de las que llaman *caseras*, especie ya casi desconocida, si hay además muchachos de cinco años á catorce, el Ama de Llaves pide doble remuneracion, porque le consta que se le preparan mucha brega y continuas disputas. Hecho el tratado á satisfaccion de ambas partes, y traído el baul, á la nueva casa, el Ama se entrega de su negociado. El acto de pasar lista á la ropa, suele ser bastante pesado, porque el Ama no elegante, si lee, lee muy mal el manuscrito, tal vez no conoce los números, y hay que hacerle delante de cada articulo tantas rayitas como piezas comprende. Aquí suele caer en la tentacion de murmurar de su antecesora, si el estado de los efectos que recibe da lugar á ello; indica reformas y anuncia el programa de su gobierno, desde cuyo punto principia ya á funcionar. Es la primera que se levanta y la última que se acuesta, esfuerzo no muy penoso para quien por su edad suele ya tener poco sueño. Si está encargada de la compra, coje el talego ó manda coger el cesto al criado, á quien procura

tener contento, porque no hay cosa mejor que la buena armonía entre compañeros y compinches. Las Amas de Llaves místicas y rezadoras que son de la hermandad de Servitas y de otras cuatro ó cinco, porque una sola no basta á su ardiente devoción, nunca se acomodan sino en casas donde hayan de salir á comprar ellas solas; y no sé crea que es con el objeto de monopolizar libremente el ramo de sisas y alcabalas (¿y la conciencia?) es para poder oír las misas que tienen de obligación por los estatutos de las hermandades. En ellas por cada individuo que muere hay que hacer ciertos sufragios: los hermanos son muchos, las muertes menudean, y ninguna devota se contenta con oír las dos ó tres misas que previenen las ordenanzas por cada difunto, sino que duplican á lo menos la cantidad, y de esto resulta que no hay día que no tengan que emplear hora y media en la iglesia. Por eso es axioma inconcuso en materia de economía doméstica, que toda Ama de Llaves que sea tan santurróna es muy cara de carbon en Madrid: mientras ella va á conversar con los santos, queda ardiendo en balde la lumbre que dejó encendida para encontrar á la vuelta, una hermosa brasa, á favor de la cual despache en un abrir de ojos los almuerzos. Al dar los buenos días ó el chocolate á los amos, nunca deja de darles también algún consejo higiénico en órden al mayor ó menor abrigo con que deben vestirse segun el estado de la temperatura. Por la noche ó en algun rato desocupado se calza en la nariz los anteojos y se ocupa en deletrear el Diario para saber si ha llegado ya aquel arriero que trae las remolachas tan gordas, y á qué precio corren las medias negras *para señora, de estambre*. Este ameno y variado periódico, el libro de confesar, la lista de la ropa de que se hizo cargo y la tabla en que se apunta la que lleva la lavandera, son las únicas lecturas del Ama. Toda es celo y diligencia durante los primeros cuarenta días; pasada la cuarentena es de ley que ha de haber una cuestion mas ó menos suave, segun el genio de los interlocutores: la tal disputa puede adelantarse ó atrasarse, pero nunca suprimirse, porque es una necesidad, un secreto del oficio: el Ama que la ha promovido adrede, conoce por ella el aguante del amo ó ama, y calcula cuantos años ó meses podrá pasar en su compañía. La invencion de esta táctica se atribuye á las Amas gallegas: las alcarreñas la han adornado de variaciones. Si la prueba ha salido á satisfaccion del Ama, su celo que hasta entónces era un poco facticio, se convierte en real y verdadero: vigila y estimula al criado, riñe con la lavandera y el carbonero, lleva la condescendencia hasta ir á paseo con los chicos por donde ellos quieran, y compra de su mismo peculio un par de libras de membrillos que distribuye en las diversas tablas del armario de la ropa para que huela bien, y cuando se pasan, se los abandona generosamente á los muchachos. El Ama entónces se amolda al carácter del amo: pone buena cara á las visitas no femeninas que á él le son agradables, y despide á los que sabe que le importunan; se inquieta si viene tarde á casa; se asusta si no come con apetito; si cae enfermo, suspira, se angustia, entra una docena de veces por hora en el dormitorio á preguntar al paciente cómo se halla; con lo cual y con andar gritando todo el día á los chicos, al criado y á la vecindad que guarden silencio, consigue que no le haya nunca. Corre á la botica, y de allí al herbolario, y luego á la posada donde se venden las mejores sanguijuelas, finas y á prueba, y de camino dice en la lonja, y en la cacharrería, y en todas partes que el amo está muy malito y que ella va á caer mala de pesadumbre: todo por tener el gusto de oír alabar su celo y cuidado. Entónces es ver al Ama en todo su esplendor, en el centro de su elemento propio. — Que se necesita una sábana: — á oscuras, á tientas la encontrará al golpe en el guardarropa. — Que hace falta una bayeta amarilla.... — « ¡Jesus! lavadita la tengo

de la semana pasada: parecia que me daba á mí el corazon que pronto habia de necesitarse: ¡ si una no estuviera en todo!... » — Pide el cirujano trapos para cataplasmas. — « ¿ Los quiere V. de lienzo fino, de coruña, de vivero? Mire V., ¡ que de lios hay en la escusabaraja! cada uno es de su clase. Estos están casi nuevecitos; pero no, que el lienzo es tupido y gordo y hace mucho peso sobre el vientre; no señor: trapo á medio usar es lo que corresponde. ¿ Verdad V? Aquí los hay que ni pintados, y sin un pelo de algodón. » — « Pongan Vds. al señor un botijo de agua caliente á los piés. » — « Ven Vds. ? » prorrumpie el Ama dirigiéndose á los niños, que con la boca abierta rodean el lecho de su padre. « ven Vds. como hice yo bien en no dejarles jugar á la calva con el botijo del verano pasado? » — « Si se le habian roto los pitorrros y el asa » contestan los chicos. — « Mejor para ahora, que así no le incomodarán á papá en los piés: voy á buscar tapones de los que conservo de las botellas de cerveza. » — El ama va y viene, se afana, trasnocha, y cuando el amo cura, ella con mas razon que la mula del coche

.....s'en attribue uniquement la gloire.

Autorizada por estos servicios va cobrando satisfaccion y alas, y haciéndose áspera y regañona. Generalmente la petulancia de las Amas es relativa á su fidelidad, laboriosidad y limpieza: el amo que da con una de las que tienen, como ellas dicen, la casa hecha un cielo, tiene un infierno continuo con ella. Riña porque la servilleta está mal doblada, riña porque la puerta se cerró con sola una vuelta de llave; riña porque el panecillo de hoy vino muy tostado y el de ayer casi crudo; riña porque no se le hace caso; riña porque se consulta con ella; riña porque se la riñe; riña porque se la deja. En estado tan violento y hostil, tres ó cuatro peleonas en grande preparan la dimision ó expulsion del Ama, aunque generalmente ellas son las que toman la iniciativa. El motivo de despedirse suele ser una grandísima friolera; pero como ya llueve sobre mojado: es el grano de arena que hace inclinar la balanza. Murió hace algunos años una ama, devota como ninguna y colérica como ella sola, mujer que rezaba matando un pollo y pelando un pavo, mujer que rezaba todas las horas que no empleaba en regañar, la cual vivamente irritada una vez con los hijos del amo, hizo venir á un hijo suyo, alguacil y voluntario realista nada menos entónces, para que amenazase á los muchachos que les pisaria las tripas si no guardaban respeto á su madre: no hay que preguntar cuál habria sido la opinion política del padre, cuando los chicos no se atrevieron á darle cuenta de la amenaza: Pues esta santa matrona que mandaba en gefe en casa del amo, la dejó porque la cumplieron un gusto. Tenia ella el encargo de la compra de provisiones, era su memoria infeliz, todas las noches al dar la cuenta se le olvidaba alguna partida, y por consiguiente le faltaba dinero. El amo que sabia que aunque soberbia y soez, era incapaz de engañarle, decia que le entregase el sobrante si lo habia, y se dejase de entrar en pormenores: empeñábase ella en que la cuenta se habia de ajustar cuarto por cuarto, y al ver que sabia alcanzada, concluia todas las noches rogando al amo que la exonerase de aquel empleo. Harto una vez de oirla, tuvo la debilidad de creerla, y mandó al criado que desempeñara desde el día siguiente las funciones de la perpétua dimisionaria: el mismo día por la tarde, la Sra. Hermenegilda Cambrones, con grandísimo placer de los referidos chichuelos, sacaba el padron para casa de su hijo el corchete, quejándose de que el amo ya no hacia confianza de ella. Otra se despide alegando que el amo le dijo tres veces *ya, ó sí, ó pues* con retintín, y al tiempo de marcharse no deja escapar la ocasion de ingerir una docena de iguales monosílabos retintinados. Otra oye decir á la señora que en verano se debe gastar

menos combustible; y á poco rato el Ama y su baul han desaparecido, y se encuentran apagada en la cocina la lumbre y puesto el puchero al sol en una ventana. Amos y amas quedan reciprocamente contentos de haber salido de maulas; ellas con marcharse y ellos con que se marchen: el amo recibe otra; el Ama se acomoda con otro; y todo es patilla y cruzado y vuelta á empezar.

Tal es la vida del Ama de Llaves: su porte y conducta son el resultado de la educacion que ha recibido, de la influencia del carácter nacional, del suyo propio, y demas circunstancias que han agitado su existencia. Como en España se educa mal; como no se quiere comprender que hay una educacion para cada gerarquía social; como se desconoce que cada estado y condicion es una carrera con su enseñanza privativa, sin la cual es un puro acaso que el pobre sepa ser pobre, y el rico acierte á ser rico, pues una cosa y otra tienen que aprender mas que parece; el Ama de Llaves, ignorante de los limites de sus obligaciones y derechos, pocas veces es lo que debe ser; y tan pronto aparece la esclava temporal del siglo xv, como la majota procaz del siglo pasado. Esta especie salvaje va desapareciendo, al paso que nuestras turbulencias políticas van formando otra, compuesta de mujeres de modo y principios, á quienes la guerra y demas calamidades han reducido á la servidumbre. De estas, la que de buena fe se resigna á su estado, es la mejor de todas las Amas: instruida y pundonosa, amante de su deber y capaz de respetar los agenos, se eleva á gran altura sobre la línea de sirviente y se convierte en amiga: esta no compra, ni vende, ni difama, ni golosea: viste como sus amas y es la compañera de las señoritas, que encuentran en ella juntamente doncella y aya. Ella y el ejemplar con que concluiremos son las que forman el Ama de Llaves tal como debiera ser, y como se ve raras veces. Hablamos de aquellas respetabilísimas mujeres, rara y noble herencia del siglo pasado, que como vástagos inertos en una familia entraron niñas en una casa, y firmes é inseparables de ella, han visto pasar tres generaciones sucesivas, tratadas de tú por el abuelo, el hijo y el nieto; pero queridas y respetadas de todos y cuya pérdida se llora como la de un pariente, la de una hermana. Una de estas crió á la madre del que escribe estas líneas; ella la acompañó á la casa de su esposo; en sus brazos nació yo; en sus brazos, dos años despues, murió la que me dió á luz; en su honesto regazo creció mi infancia; en la casa de mis abuelos acabó sus días; y su cariño dulcísimo fue el que desenvolvió en mi corazon el gérmen de ternura que me trasmitieron mis padres.

J. E. HARTZENBUSCH.

EL ESCRIBANO.

PÉSAME, lector amigo, no poder introducirte desde luego en la amistad y confianza del personaje que pretendes conocer. Supongo tu impaciencia por sondear las secretas sinuosidades, los tortuosos y prolongados subterráneos que á tu parecer va formando su pluma en la agena heredad, cuando explota el precioso *filon* que le hace subir en breve espacio de la pobreza á la medianía, y de aquí á la opulencia aunque sin alterar su posicion social. Paréceme tambien, que ya tienes observado como traza su plano en aquel enroscado é indefinible rasgo que llaman *signo*, y lo es en efecto de sus torcidas intenciones; como siempre coloca sobre él la cruz, para que los buenos cristianos á su vista encomienden á Dios á quien allí se encuen-

tra, avisando al propio tiempo que en aquel punto dejó de existir. Todo esto te trae inquieto y aumenta tu curiosidad, siendo lo peor que llegas acostumbrado á encajarte sin rodeos ni antesalas, en las tiendas del sastre; del barbero, del mercader, y de otros muchos que sin duda has recorrido, en donde habrás visto lo que pasa sin quitarte el sombrero ni aun desliar el embozo; pero ya conoce tu buen juicio la enorme diferencia entre esa clase de gentes que han de vivir á *puerta abierta*, y un Escribano que no la puede tener sino muy cerrada. Aguarda pues la ocasion de examinarle que en retaguarda te sirve la fortuna.

Pienso yo ademas llevarte por de pronto á visitar uno, establecido no ha mucho en la corte, porque sea mas fácil la entrada. Ni sus multiplicadas ocupaciones le impiden aun recibir salvo á los que tienen hecha informacion de pobreza, ni ha perdido todavia los modales sencillos del pueblo en que actuaba.

Allí reina la candidez de costumbres y por lo mismo el Escribano ha de ser honrado y fiel, mal que te pese lector; si no quiere atraerse la abominacion general; puesto que en los lugares son conocidos hasta los actos mas reservados de la vida. Es ni mas ni menos que un hombre público; y respetando su posicion como ellos, ha de cuidar mas bien de cautivar las voluntades que los intereses de los particulares. Así le verá constante en su empeño de hacerles felices aun á costa de su propia felicidad, no exigir contribuciones, esto es, nunca exigir que le contribuyan ni aun con sus *legítimos* derechos, á los ricotes y bien acondicionados; ni jamás perdonarlo á los pobres. Verdad es, que como amigos los primeros, no pueden negarse á ciertos adelantos ó empréstitos que la austeridad de tales principios le obliga á reclamar en repetidos apuros, y de cuya amortizacion nunca se trata. En sus salidas tampoco exige dietas algunas sino es las puramente precisas por *via de alimentos*.

De suponer es que tan excesiva delicadeza le tiene siempre en un pié de economía poco comun; y solo en fuerza de su aplicacion y buen manejo en el oficio, puede al poco tiempo procurarse con que ir pasando, y hacerse con una yegüecita torda que va manteniendo lucida y bien enjaezada; y así es que desde entónces todo queda para la condenacion de costas, donde presentados en globo los derechos de los *elaborantes* no se echa tanto de ver el exceso en su cuenta parcial. Agradecidos en cambio los aldeanos, envíanle de cuando en cuando regalos de diversas especies, que en hombre tan de provecho pueden suplir sin esfuerzo la manutencion de amo y jaca por la mitad del año. Con esto y con dar fé de que los bienes de cada vecino valen sus diez por ciento cuando llega el reparto catastral, que los Propios han invertido todos sus fondos y muchos mas en el mantenimiento de presos pobres, y que el hijo del alcalde no se halla en casa cuando le buscan, pasa por el hombre mas recto mas íntegro y mas cabal de cuantos han conocido hasta su tiempo. Ni puede ser de otra manera, porque es ademas un cristiano viejo *temeroso de Dios y de su conciencia*, con sus ribetes de devoto, que nunca se ha presentado sin capa en la misa mayor, ni ha dejado secar la pila de agua bendita á la cabecera de su cama.

Por otra parte como persona de mucho prestigio, no teme la murmuracion de aquellos que nada tienen que perder, y se quejan á veces de hallarse en aquel estado, merced á un embargo que se prolongó mas de lo justo, y en el cual por consiguiente el escribano con los demas funcionarios cobraron á razon de 60 rs. diarios (con arreglo á arancel) mucho mas de lo que correspondia. Y no por falta de licitadores, sino por guardar los bienes al abastecedor de carnes, quien manifestó desde el principio que le convenian.

Su estrecha amistad con el señor cura, cirujano y boticario (los tres poderes le garantizan tambien con-

tra el pulmon de un hacendado mal avenido con que el escribano haya de vender el grano que comienza á llamar de sus ahorros, á un tercio menos que el de su cosecha; y dice que está falta su medida porque nunca se la requisa el Almotacen. Mas no repara que en buena economía, los productos toman su precio del gasto que ocasionan al especulador: y el bobo del notario no hace mas que expender buenamente lo que le va sobrando en las recolecciones de los otros. El solo sabe que de esta suerte convierte á dinero hasta el último desperdicio en su verdadera piedra filosofal, y no se cuida del daño que causa á los propietarios en cuyo número no se le considera para el pago de adeudos á la Hacienda.

Con estos elementos cuenta para ensanchar la esfera de su poder; y por si pudiese ocurrir que alguno se descompusiera, no olvida de vez en cuando ostentar su valimiento, dejándoles sin percibir sus honorarios *devengados*, en aquellas causas cuyos fondos no alcanzan para todos. Así es como lleva siempre la voz y decide con su voto los interminables altercados que entre ellos se levantan diariamente, cuando se reúnen por las tardes á tomar el chocolate y jugar al *solo*. Allí se dilucidan los mas interesantes puntos de moral, botánica, medicina y legislación; se solventan las cuestiones mas delicadas de política y aun de derecho internacional; y en fin no hay dificultad de ningun género, que pudiendo caber en el escaso círculo de sus conocimientos esquive el ser controvertida y allanada en aquella Academia: pero entiéndase sin excepcion sujeta al fallo superior del Escribano, quien no siempre se conforma con las máximas de la Biblia, con los sistemas de Linneo, ni con los aforismos de Hipócrates.

Sin embargo debemos confesar que no es por extremo exigente: con tal que el cura apriete bien la mano á sus feligreses sobre los *juicios temerarios*, que el cirujano le dé exacta noticia de los lances á que asiste por si conviene mejor el otorgamiento de dote, ó la demanda de esponsales, y que el tercero y demas se adopten á sus consejos en las declaraciones periciales, elecciones de ayuntamiento y votaciones de diputados, su ambicion queda satisfecha por esta parte. En cambio pueden contar sin recelo con su proteccion para dictarles pedimentos, redactar acuerdos y asesorar en los casos dudosos: para esforzar el cobro de sus créditos reservándose la tercera parte por *décima y costas*.

De esta manera su posicion se va cimentando, y consigue en pocos años reunir un caudalejo mayor ó menor segun su habilidad en utilizar las ocasiones; pero siempre en buena moneda *usual y corriente*, y libre de toda *carga gravámen ó mala voz*. Entónces ya sus pretensiones mudan de rumbo: se queja de la escasez de negocios; los pocos que hay son criminales, de mucho trabajo y compromiso, pero de ningun producto; por tanto es preciso tratar de ascender, y si posible fuera pasar á la corte.

Esto exactamente sucedió con nuestro protagonista quien desde luego tropezó en el inconveniente de estar mandadas suprimir las vacantes que resultaron; mas votando diputado al primogénito de un rico ganadero, reciente doctor en derecho y acérrimo de la oposicion; pudo al cabo conseguir entrometerse en el *Ilustre Colegio como Notario del Reino y del número de esta muy heroica villa*. Despidióse de sus simpatías, y aunque á su parecer fue muy sentida su ausencia, nadie sin embargo suplicó que la dilatara.

Hoy ya le tenemos en Madrid donde los crecidos gastos de habilitacion, traslacion y establecimiento le han detenido por de pronto en un piso tercero de la izquierda y en una de sus calles de segundo orden. Pero el despacho á pesar de esto se halla montado al estilo de corte: la antigua gaveta y estampa de S. José con su marco de cinta azul y su media caña de cabos

dorados han desaparecido de la estancia. En su lugar se han colocado el retrato de Isabel II y un espejo de terciá en cuadro que ocupan los dos frentes. Una docena de sillas de Vitoria, la mesa y tres rinconeras por haberse suprimido la del ángulo menos notable, completan el adorno de la habitacion. Hay ademas un sillón ambulante ó sea presidencial, monumento y recuerdo perpetuo de los conventos extinguidos. Aquel está destinado á la estatua animada de la fé que los cristianos conocemos despues de emancipados de la dominacion romana: y hé aquí por donde viene á apoyarse la fé humana sobre la fé divina, ó al menos sobre sus asientos, con mucha mas propiedad que por los singulares motivos que han alegado los Escribanos escritores.

Sobre todo, obsérvase desde un principio que ni los documentos, ni las diligencias, ni aun la correspondencia particular fueron ya de *su puño y letra*, sino que tiene un practicante, aprendiz ó escribiente como correspondé á su categoria, que *corre* con los negocios, salvas la revision y direccion propias del superior.

En aquel *sacro scrinio* se encierra el buen muchacho desde las siete de la mañana, para trabajar despues de haberlo hecho durante toda la noche anterior, hasta las nueve poco mas ó menos, hora en que sale el dueño preguntando:

—Ola, Smplicio ¿se ha trabajado mucho?

—Así, así, señor D. Judas. ¿Ha pasado V. bien la noche?

Esta cariñosa interrogacion suele pasar desapercibida por el Sr. D. Judas, quien responde secamente.

—Me alegro: y ahora ¿estás parado?

—Si señor, para preguntar á V. á cuantos estamos del mes.

—¿De qué se trata?

—Extiende una notificacion al reo: la providencia tiene ya fecha del quince; hace diez dias.

—Bueno. Estamos á..... diez y seis. No importa, en esta causa no hay embargo: otra cosa.

—Esta minuta del auto de ayer sobre el inquilinato de aquel de los embozos verdes.

—Es preciso rasgarla. Pon ahí; «no ha lugar» la fecha de ayer mismo.

—Pero, señor; si dice lo contrario.

—Calla y escribe; «no ha lugar.» Esto se llevará á la firma pasado mañana: si; en tres dias, añade á media voz, ya vacila la memoria. Luego prosigue; ese caballerete ha preferido el dictámen del abogado al mio: pues bien, proceda ó no; yo le haré conocer que nunca me equivoco, que soy infalible.

Y tomando los expedientes D. Judas y colocándose así en el lugar de la Providencia, alarga ó cercena la vida de los seres subordinados, mientras el joven Smplicio que es muy aplicado y celoso de su obligacion, anota en su cuaderno por abreviaturas los autos desconocidos, y con extension sin omitir una letra las doctrinas de su maestro. Antes alguna vez añade sus comentarios sobre los compromisos que pueden producir, ó los diferentes casos que pueden abrazar. Piensa revalidarse dentro de un año, y es necesario ir bien preparado en los rudimentos.

—¿Firma V. este definitivo de posesion á favor de D. Donato Sintasa?

—A ver, á ver, ¿pues que ya se acabó este pleito?... y hojeándolo atrás y adelante, continua: me alegro, es un buen amigo que nunca olvida las navidades y da que hacer. verdad es, añade dirigiendo una mirada significativa; que como apoderado nada posee suyo; pero en fin me ha hablado algunas veces de una escribania de plata, y todo ello es de agradecer.... Ola, has hecho muy bien en no cerrar con la fecha.... Dos puntos... Ahora, «y se reserva.....»

—¿Pero sino dice mas el auto! Aquí está su...

—Silencio.

— Es que podría V. creer que un descuido.....

— No, ya sé que jamas te descuidas; ese es el mal. «Se reserva... al Prieto... su derecho, para que le ejercite en la *via, modo y forma* que viere conveniente.» Vé tú Simplicio como este asunto ya concluido, puede darte aun sendas travillas. Yo siempre me acuerdo del necesitado.

Claro es que esta filantrópica leccion, merece un lugar escogido y aun llamada en las apuntaciones del atento discípulo, quien no puede menos de admirar allí y propalar por todas partes la sagacidad, ciencia y compasivo celo de su principal.

Y no se limita á esto solo : entre los infelices encarcelados es donde halla ancho campo para desplegar su proteccion. No hay uno siquiera que por su consejo deje de hacer repetidas instancias solicitando la libertad; ninguno á quien no comprendan los indultos : ninguno en fin que no ensaye justas reclamaciones contra su juez : ¡es tan triste el cautiverio!.... Sin embargo su rectitud se ofenderia, si despues de pintarles la agradable idea de conseguir su intento y antes de que se arrojen á practicar los medios para ello, no les advirtiese que toda actuacion á *solicitud de parte, devenga derechos*, y ha de extenderse en papel de 40 maravedises.

— ¿Y lo demás, Simplicio, está corriente?

— Si señor, y arreglado para marchar cuando V. quiera.

— Pues vamos, que ya es hora.

Diciendo y haciendo el Sr. D. Judas, toma el sombrero y se envuelve en su capa nueva, bien á despecho del satélite que murmura interiormente porque no le ofrece otra que le queda allí ociosa y sin destino. A falta de ella sube y estira el cuello de su levita, abrochando los botones del pecho que todavia lo permiten; cálase el sombrero y los guantes de estambre y colocando debajo del brazo izquierdo dos resmas de papel escrito, parte á carrera en seguimiento de su principal, que ya va doblando la esquina.

Bajo este sistema de *correr con los negocios* dirigen-se el Escribano y su educando hácia el tribunal en que sirven, donde se representa una escena muy diferente si bien calcada por el mismo modelo. Siempre la celeridad en las acciones, siempre la austeridad en el semblante y la circunspeccion en las palabras; pero allí es preciso disfrazar mucho mas las ideas. Y no se crea que por respeto : el juez es para nuestro Escribano como la aguja eléctrica, que si atrae sobre sí los rayos liberta del destrozo á quienes al lado se cobijan : como el arma de fuego, objeto de terror para quien la mira y de confianza para quien la tiene : es la linterna sorda con que se oculta deslumbrando las miradas de una curiosidad atrevida : la túnica ensangrentada que envia, cual otra Deyanira, para envenenar y desesperar á su salvo á los ingratos que le olvidan y no *pagan* sus beneficios. Así lo sabe bien y atento, sin descanso á su interés propio, se pliega y se violenta en su presencia para mas fácil y seguramente manejarle.

En efecto, él jamás se ve en compromiso ; ¿quejarse un infeliz procesado de que no le cumplan promesas aseguradas? el juez es el engañador, el fementido : ¿se lamenta otro al ver como se pierde sin fruto la voz del sufrimiento? el juez es el injusto y cruel : ¿agravia la sentencia notoriamente á quien condena? el juez es el ignorante, el imbécil y el obstinado. Mas el infeliz actuario tiene la fatalidad de que siempre la esperanza se desvaneca despues de una benévola indicacion despreciada ; el favor huya despues de una sugestion mal entendida, y castigue el agravio despues de un método recorrido sin constancia. Véase como el maligno vulgo murmura sin razonar, y como la funesta combinacion de circunstancias casuales, tuerce contra la honradez los tiros que provoca la malicia.

De poco sirve que en multiplicadas ocasiones haga conocer al ganancioso que el auto favorable es totalmente debido á la influencia escribanil ; en vano que haga mérito del resultado feliz (acaso contra su intencion) ; en vano tambien que se descargue de las culpas con el pretexto de la obediencia : el mundo es necio ; no sabe estimar tales razones, y en su concepto aunque la opinion de los jueces vacile, la reputacion del escribano nunca mejora. Este es un daño y de grave trascendencia, porque tal vez obstruye el paso á un sincero arrepentimiento : así lo reconoce D. Judas á cada paso exclamando con la mas buena fé « ¿de qué sirve ser justo? las gentes siempre han de pensar mal »....

En cambio, y persuadido como manifiesta estarlo de la inutilidad de sus esfuerzos para bienquistarse con la opinion pública, los dirige á la privada del tribunal, y procura asegurar su apoyo. Pensando va en la entrevista durante su tránsito veloz, y ni apénas le dejan tiempo sus cavilaciones para responder á los corteses saludos que se le dirigen, «voy sumamente ocupado.» Y de cierto lo está, combinando la salida de las correcciones que se ha permitido hacer, si por acaso fueren advertidas.

Preciso es confesar que no se pierden sin fruto estos derechos, pues en el juzgado pasa por hombre asiduo y diligente, lleno de probidad, de inteligencia y atento en demasia. A tal grado se extiende el prestigio que á las veces es consultado su dictámen ; pero su modestia jamás le permite indicarle sino *salvo el mejor parecer* de su señoría.

Por fin, él llega antes que ningun otro ; y dejando en el recibimiento á su pupilo, entrea bre cuidadosamente la mampara de la audiencia, y pregunta si puede pasar.

— Adelante : responde una voz oculta con tono magistral.

— A las órdenes de V. (por que á puerta cerrada se excusa el tratamiento). ¿Está V. ocupado?, ó quiere V. que despachemos?

— ¿Hay mucho?

A esta expresiva interrogacion sale D. Judas con la velocidad de una saeta, como que es necesario aprovechar las coyunturas ; toma de Simplicio el fajo de papeles, y vuelve á entrar diciendo :

— Nada mas que esto.

— Ea, pues, vamos. ¿Aguarda alguno?

— No sé ; pero dos compañeros bajaban detras de mí. Por supuesto que no hay tal ; mas la precipitacion interesa.

Con este eficaz aunque breve exordio empieza don Judas á dar cuenta alargando los procesos con la mano derecha y escamoteándolos con la izquierda ; pero con una rapidez tan excesiva, que en la mayor parte de las rúbricas se corre el final del rasgo por no dar tiempo á levantar la pluma. A cada providencia acompaña vuelta del revés su borrador ; aunque poco se arriesgaria en que fuera naturalmente colocado : hay sin embargo alguna que por si acaso no le lleva. Precede además á su presentacion, la explicacion sucinta del contenido.

— A instancia de D.^a Concepcion Bienvista, sobre estupro : confiriendo traslado á la contraria : D. Sandalio Berruga y D. Primo Miraflores ; denegando la solicitud del segundo.

— ¿Quién es este?

D. Judas frunce las cejas : es justamente el que no queria recordar hasta pasado mañana ; sin embargo ha de responder.

— Ese petimetre que se niega á pagar los alquileres (ó su curador por él) so pretexto de haber obrado en la casa. Forma artículo de incontestacion por ser hijo de militar.

— Me parece, si mal no recuerdo, que mandé otra cosa.

—No señor; hablamos de ello: pero al fin se resolvió no haber lugar. ¿Estuvo V. anoche en el teatro?

—Sí... A ver, el borron de este auto.

—Aquí le tiene... calla... pues no parece... se habrá trasapelado... pero estoy bien seguro. Supongo que sabrá V. el cambio que se trata de hacer en el ministerio.

—Sí, lo he visto en los papeles. Pero hombre, estoy mirando que este auto...

—Señor, V. no se acuerda sin duda de la explicación que dije haberme hecho el mismo interesado. Esto no es precisamente lo que parece; y por tanto corresponde aquí. Ah; me olvidaba decir... ¿Sabe usted que en aquella causa de los palos la Audiencia exige al Juzgado la responsabilidad?

A estas palabras el color del juez se altera; suelta la pluma en el tintero, y levanta del papel la vista para fijarla en su interlocutor.

—¿Qué me dice V.?... ¿Está V. loco?... Vamos, esto es cruel, insoportable.

—No quisiera equivocarme; pero... voy si V. quiere en un instante por el proceso.

—Bien, D. Judas, y vuelva V. pronto.

La chispa eléctrica no dá un resultado mas veloz: D. Judas por medio de un rápido giro y una corbata, se halla ya fuera de la habitación: mas contramarchando luego con el mismo afán, vuelve á entrar fingiendo no acordarse que lleva el sombrero en la cabeza.

—Digo, que si V. firmara eso, lo podia notificar de paso porque me coje en camino: tiene ya doce dias de retraso, y como el superior está tan exigente... esto es, si á V. le parece.

—Si, si, tiene V. razon.

Parte D. Judas con el escabroso expediente, y el juez se queda diciendo allá en su interior: «no ten-



El Escribano.

go uno mas puntual ni mas celoso.» Pero la ausencia es corta, segun conviene á su acreditada presteza, el semblante risueño contra costumbre, y el aire satisfecho: ya queda el auto notificado; y en cuanto al compromiso fué en efecto una equivocación, una lectura precipitada; y se limita todo á un simple mandato bajo la mas estrecha responsabilidad de quien lo haya de ejecutar. Como quiera, su cuidadosa atención le vale agradecimiento, y aumenta su preponde-

rancia para en adelante. Desvanecida la zozobra, continua el despacho hasta concluir.

—¿Tenemos hoy algo? pregunta la autoridad.

—La declaración de esos testigos que se llamaron antes de ayer.

—Si han venido, que entren.

Aun no ha acabado de sonar la órden, y ya D. Judas ha derribado la silla y vertido la salvadera por salir cuanto antes: pregunta, grita, reconviene á todo

el mundo, y por último llega de nuevo con un aldeano que tiembla de pies á cabeza. Al entrar no se olvida la advertencia de «suelte V. el palo y que no se pase el tratamiento.» Todo esto aumenta la turbacion del sencillo jornalero que va por la vez primera á declarar *ante un juez*. En efecto, así lo cree en lo íntimo de su conciencia; así debe de ser, y así parece que se verifica recibiendo aquel funcionario el juramento que le acaba de aterrar, y dirigiéndole en seguida varias preguntas: no recuerda muy bien á que conciernen, porque no puede ser en el cúmulo de negocios que le rodean; pero sabe sí que las tiene escritas en las apuntaciones que D. Judas le acaba de poner delante. Por su parte el rústico ni entiende lo que le dicen, ni es capaz por entónces de ordenar sus ideas para responder: una sola le domina «que no se pase el tratamiento» y á ella reduce su atencion. Entre tanto D. Judas que ya profetizó al reo la deposicion de aquel testigo *citado*, va escribiendo en una mesa inferior el extracto de lo que dice, para traducirlo despues afuera, y extenderlo á lo que quiso *decir*.

En efecto, terminadas así las restantes indagaciones, sale nuestro Escribano á la pieza inmediata con los deponentes; y en ella con mas sosiego transcribe á los autos sus dichos. Mientras lo hace, y por no perder tiempo se encaja otro en el gabinete de Themis con su *lio* de expedientes y su manojito de enredos, y borra de la imaginacion judicial hasta el último recuerdo de cuanto acaba de oír.

—¿Con que V. ha dicho, pregunta D. Judas en la antesala, que á la hora en que se cometió el delito, estaba en la taberna?

—Yo, señor, no puedo afirmarlo, serian sobre las cuatro.

—No sale la cuenta, á ver, Simplicio, aguarda. Quiere decir que segun la estacion estaba la tarde al caer ¿no es esto?

—Aun quedaba buen rato de dia.

—Corriente; pero en aquella hora se empiezan á desuncir las yuntas el dia de labor.

—Segun y conforme, señor, yo sí porque trabajo muy largo de casa.

—Perfectamente: escribe, Simplicio, escribe: «á la hora en que se acostumbra desuncir.»

—Señor, yo solo; y eso porque estoy lejos.

—Eh, hombre, esas son circunstancias accidentales: *nullius in momentis*, que decimos en el foro.

—Si será, señor, eso que V. dice.

—Abrevia, Simplicio, que el buen amigo tendrá que hacer. Y llevaba pantalon azul ¿es verdad?

—No puedo decirlo; si, repito que no se detuvo mas que un momento.

—Dale bola con la ambigüedad... Pero ¿no era dia de fiesta?

—Sí, señor.

—¿No usa pantalon azul en tales dias?

—Sí, señor.

—Pues claro está que le llevaria.

—Sí, señor, sí, le llevaria.

—Escribe, Simplicio: «con pantalon azul á su parecer» ¿es así?

—Ya se ve que es lo regular.

—Concluye, Simplicio: «y en ella leida que le fué, se afirmó y ratificó, etc.»

—Se me figura que no ha puesto aquello de que entró descolorido y...

—Vaya, vaya, eso es *impertinente á la gestion*.

El pobre jornalero que oye lo de *impertinente*, se apresura á tomar su vara para marchar, pidiendo mil perdones; mas todavia es detenido por D. Judas que jamás omite requisito alguno, cuando cumple á su propósito.

—¿Sabe V. escribir?

—Pongo mi nombre muy mal, llevándome la mano.

—No importa, aguarde V. en aquel rincon.

Así van pasando sucesivamente los demás, que á su vez son detenidos para presentarse de nuevo al tribunal. Leidas allí las rectificadas declaraciones, se les pregunta con tono severo, si en ellas se afirman bajo la religion del juramento prestado; y cada cual dejando á un lado en su conciencia lo impertinente, contesta que sí, y lo autoriza tranquilo con su nombre y rúbrica. Firma tambien el juez, dá fé el escribano, y queda ya la declaracion con todo el carácter que se prometió la ley en el rigor de sus formalidades.

Hecho así, y precediendo una silenciosa reverencia, se retira D. Judas hasta el dia siguiente en que vuelva á repetir igual funcion. Retiranse tambien los tres llamados, conversando satisfechos del duro trance que vienen de apurar, como pudiera hacerlo el victorioso Horacio con sus capitanes, despues del famoso combate que decidió la suerte de Roma. Ellos tambien acaban de decidir la del encausado que instantivamente les citó, bajo la ciega confianza en su Dios tutelar. Por último han salido del aprieto; pero convienen todos en que el actuario es por extremo delicado en las indagaciones, y no deja circunstancia por escudriñar resuelven de comun acuerdo no acudir á otro, si necesario les fuese, y envidian no tenerle en su pueblo.

Al salir D. Judas descubren respetuosamente sus cabezas, y fijan en él sus sorprendidos ojos, contemplándole de hito en hito mientras pueden descubrirle. Aquel por su parte les contesta con un ligero movimiento de cabeza y con la diligencia acostumbrada, corre á dar una vuelta por la escribania.

¡La escribania!... nombre fatídico y misterioso que mucho mas complicado que el enigma de Thebas, nadie acertó debidamente á descifrar. En aquel *estanco* de negocios, en aquel laberinto de las solicitudes, en aquel telar de providencias, almacén de justicia y sumidero de derechos, en aquella caverna de las inspiraciones, plantel de curiales y brocal del averno mismo, en aquel recinto oscuro y estrecho con sus murallas de legajos y sus parapetos de pergamino, se encierra nuestro Escribano á dar audiencia por pocos minutos.

Esta audiencia nada tiene de análogo con la imponente severidad de las que celebran los tribunales superiores, nada de comun con el frio sosiego de las ministeriales; en ella todo es actividad, movimiento y vida. Todos entran ó trabajan con el sombrero caído, preguntan sin saludar y la abandonan del mismo modo: nadie se mira y todos se observan; nada se investiga y todo se sabe. Al entrar D. Judas, no se nota la mas leve alteracion. En el banco de la izquierda prosiguen tranquilamente su diálogo los abonados á aquel asiento, litigantes de profesion que nunca dejan de pedir la formacion de *ramo separado* en sus pleitos, ni desperdician coyuntura de *incoar* otros de nuevo. Posible es que pierdan los bienes, la tranquilidad y aun el juicio, pero jamás que abandonen *su derecho*: este es el pasto de sus almas, el norte de sus deseos y la pauta de sus acciones. Para ellos cuanto pasa fuera de allí es indiferente, despreciable; y si de noche se reunen en el café, es sin mezcla de cuerpo extraño que interrumpa su perpétua conversacion de los propios litigios, y á falta suya de los agenos. Con semejante abstraccion de las cosas del mundo, fácil es comprender que jamás se sujetaron al imperio de la moda, y así cómodamente se distinguen por sus largas levitas de manga rizada, y sus mugrientos sombreros de cubilete, salva tal cual excepcion de calzon de charretera ó pantalon de traviña, segun los tiempos que alcanzó cada uno. En aquel banco se encuentra constantemente D. Donato el administrador.

A su frente los procuradores con sus plumas de

genso anotan la entrada y salida de los negocios y la constante merma de los bolsillos: la turba de querellosos ambulantes que salen y entran, haciendo tiempo á la llegada del principal, llenan el escaso ámbito de la pieza ó tienda, y forman el resto del cuadro. Al través de aquel tropel, y no sin trabajo, logra introducirse D. Judas hasta su trípode de baqueta, y en el instante se le agrupan en torno aquellas mal aconsejadas criaturas. Diríase que despachaba billetes de teatros en día de beneficio. Quien repite las preguntas sin obtener respuesta, quien regaña; este suspira, el otro, dándose mas importancia, le dice no sé que al oído, lo cierto de ello es que produce una sonrisa: D. Judas imperturbable en medio de la confusión y estruendo que ocasiona aquella continua agitación, puede no obstante lo que se llama despachar.

Pero las grandes tormentas se desvanecen en breve; y así calmado el primer furor y desahogada la escribanía de la muchedumbre, queda espacio para atender á los de casa.

A este tiempo afortunadamente, acierta á llegar un día D. Primo Miraflores recogiendo su elegante capa verde, porque no la ensucie el polvo del pavimento.

—Mi curador me encarga que pase á informarme del estado de aquel asunto sobre la casa.

—Justamente esta mañana se despachó.

—¿Y qué hay?

—Salió negado como yo presumía.

El lindo jóven patea y jura, sin observar que sus botas de charol se cubren de una densa nube; reniega del momento en que se vió precisado á habérselas con tales gentes, y protesta en fin que vá en seguida á consultar á su letrado.

—Hará V. muy bien; replica reposadamente don Judas; pero estos abogados de ayer, no siempre aciertan en sus dictámenes; les falta lo principal que es la práctica.

D. Primo que esperaba por única respuesta un guante de desafío, y desconoce por completo este modo de lidiar, decae instantáneamente de su furibundo ardor, cambia el concepto que tenia formado de su interlocutor, y le pregunta con interés que debe hacer y á quien puede acudir. La opinion de D. Judas es que se conforme con el proveido por no paralizar un negocio que le es favorable; y en cuanto al consultor, su delicadeza le impide dar consejo: pero cuida de añadir.—Ya se vé, no quieren Vds. hacer caso de lo que uno dice...

Entretanto su ojo observador no pierde un punto los del sencillo Miraflores que está muy próximo á arrojar en sus brazos el éxito de aquel asunto: pero un lance imprevisto lo impide por entónces, interrumpiendo el diálogo. D. Judas se ha quitado respetuosamente el sombrero para saludar á una desconocida que á lentos pasos se adelanta, oculto el rostro entre los pliegues de su primoroso velo. Lo natural en cualquier persona cuya espalda da á la puerta, es volverse á conocer la causa de tal movimiento; y lo natural en un muchacho despues de vista la misteriosa dama, acercarse afablemente para rastrear por lo menos los grados de su hermosura: mas no bien lo hizo así don Primo, cuando la belleza soltó un ¡ay! penetrante de sorpresa, y sujetando con ambas manos el velo y dando un paso atrás, vino á reclinarse en el banco mas próximo. Acudió D. Judas al socorro; y aun cuando en la escribanía no hay agua, ni vinagre, ni otro específico alguno para ocurrir á semejantes casos, hállanse por ventura bien cerca tiendas de comestible, confiterías y hasta un café donde su galantería pueda desplegarse. Pero nada de esto llega á ser necesario, porque la hermosa incógnita se levanta de nuevo por su pié, cortada desde un principio la afección nerviosa con la rápida desaparición del jóven.

—Sosiéguese V., Señora, y tome asiento si gus-

ta, le dice D. Donato recogiendo al mismo tiempo el faldon de su levita.

—Tantas gracias, caballero: no puedo detenerme, y voy á hacer una pregunta al Escribano si tiene V. la bondad de decirme quien lo es.

—Servidor de V.: responde D. Judas. Ladama sin embargo no rompe el silencio ni hace otra cosa que mirar en derredor.

—¿Es secreta? vuelve á instar el notario; entónces puede V. pasar adelante.

Adelante en una escribanía, no indica que haya una pieza destinada á las personas ó casos de distincion; sino solo que puede retirarse á alguno de sus ángulos harto cercanos, donde en voz baja y á manera de confesion, se explican las cosas reservadas.

—Usted no me conoce ¿es verdad?

—Únicamente para servirla.

—Gracias. Pues mi nombre excusará una relacion que me abochornaría demasiado. Yo me llamo Concepcion Bienvista, soltera; hija de un americano.....

—Señora mia; tanto bueno por aquí... tome V. una silla (y esto decia acercando la suya) vendrá V. á saber el estado de su querella.....; y es contra este muchacho!..... vaya vaya.....

—Nada de eso; para saber su estado mi agente bastaría. Vengo á consultar con V. qué podríamos hacer para obligarle al casamiento; porque segun tengo entendido, todo lo que por justicia puede conseguir es un castigo sino quiere aceptarle ó una dote; pero esta no me es necesaria, y aquel no me satisface. Mi honor está en descubierto; y ahora... Los sollozos no la permiten continuar; y alzando un poco el velo aplica á sus ojos un finísimo pañuelo de batista para ocultar sus lágrimas.

—¿Pero V. tiene pruebas ciertas?

—Tengo un niño ya crecido que es el vivo retrato de su padre. No, no podrá negarlo.

—Pues entónces ¿cómo se resiste? Las familias tal vez.....

—No por cierto; ambos somos libres: el tiene un curador como V. sabrá, y yo un padre viudo que nada me niega, y le ofrece en dote todos sus bienes.

—La diferencia de clases.....

—Tampoco: pretextos frívolos.... celos.... es muy inconsequente.

—¿Celos!... ¿y de quién?

—De un capitán de caballería con quien tuve sencillas relaciones ántes de conocerle.

Una ráfaga de luz alumbró á D. Judas que pregunta con sorna.

—Diga V.: y el niño ¿tiene hermanos?

—Sí señor; otros dos mayorcitos.

—Calla, calla: el negocio va presentando dificultad.

—No tal; si todo el mundo es testigo: él mismo diferentes veces ha confesado..... en fin; yo no soy para estas cosas; y crea V. que no me empeñaría en obligarle, sino fuera... pero ahora mismo señor; acabo de perder una excelente proporcion por la publicidad que tiene esto; y... vamos, las perderé todas..... es preciso.

—Bueno, bueno: dése V. una vueltecita mañana y pensaremos el modo de arreglarlo. Digo, y sino yo pasaré por casa; como V. guste.

—Como V. disponga; aquí están las señas de mi habitacion.

—Hasta mañana pues; eh, Simplicio, acompaña á esta señora.

D. Sandalio Berruga el casero y D. Arcadio Prieto, acuden tambien como otros muchos á asesorarse en la escribanía; y cada cual escucha una opinion; sino siempre conforme á la suya, porque D. Judas es imparcial, al ménos consoladora: bien que ocasione *doble trabajo* á la curia solamente por servirle. Y no se sospeché que D. Judas trata de prolongar los expedien-

tes por miras siniestras; algunas veces y cuando las circunstancias lo exigen, aconseja de todas veras una transacción amistosa. No ha mucho que lo hizo así con dos tenaces litigantes del banco izquierdo que se veían ya en el caso de hacer información de pobreza: y no solo les indicó por su propio interés que transigiesen, sino se brindó además á formalizar la escritura, que ya no podía ser muy costosa, haciéndoles observar que una persona tan bien iniciada en los antecedentes como él, podría combinarlo todo de manera que no hubiese lugar á nuevos disturbios.

Por fin la mañana concluye, la escribanía se cierra, Simplicio recoge la llave de la calle, y marchan á comer. Así han transcurrido los días, los meses y los años desde tiempo inmemorial, sin alteración ni aun en el local del despacho, se van sucediendo las personas como en un vínculo.

Sería demasiado prolijo el presentarle en todas las posiciones diversas á que su destino le conduce: en las subastas extendiendo proposiciones aparentes que no tienen otro objeto sino el hacer destilar gota á gota los fondos que cuidadosamente guarda y en vano economiza el verdadero postor: en los jurados, trastornando el sentido de las oraciones, desvirtuando la energía y aun la verdad de los períodos que le mandan copiar, con su eterno *acto continuo*, la *precitada frase*, el *susodicho* defensor, y demas fórmulas de estilo; á la cabecera de los moribundos agonizándoles sin descanso con el *pío legado* y las *mandas forzosas* que ha de dejar en su testamento, para catequizar despues al heredero por ley, *vendiéndole* la fineza de haberle procurado lo que no le pudo raer: en los embargos judiciales, haciendo *la traba* en el cazo y gorro de dormir, con la ordinaria protesta de *ampliarle* y *mejorarle* hasta la cantidad suficiente, luego que el avisado deudor haya extraído de su casa todo lo que merezca algun precio: y en fin en todas partes representando el primer papel, y dominando las voluntades de los demas con su incontrastable *doy fe*; sin que á nadie le haya ocurrido nunca hacerle la natural observación de que á la primera vez que *la dió* se quedó para siempre sin ella.

Su mesa, sin ser opípara, pasa por una de las mejor servidas en la clase media á que pertenece. En efecto se dá buen trato en esta parte, y mas desdice si acaso por su vestido y traza que por sus privaciones en la gula. Por la tarde acostumbra dar un paseito acompañado de Simplicio ó de algun otro amigo, pero siempre en paraje solitario y distante. El Prado para él carece de atractivos; y en verdad ¿que va á hacer en el Prado? Su trage no es á propósito para llamar la atención, ni la suya se fija mucho en los agenos: la elegante pesadez con que allí se pasea, no está en armonía con su carácter: la fatuidad que todo ello respira, no se aviene con la gravedad de su ministerio: solo un incentivo podría atraerle; el encanto de la hermosura: pero un Escribano enamorado sería la excepcion mas sorprendente que se pudiera idear. En esta materia como en todas, la fria razon preside á sus cálculos, y el hábito constante de apagar sus impresiones, acaba por extinguirlas. Nada hay pues en el Prado que convida á D. Judas, si no es que vaya alguna noche en el estío, á respirar la frescura de los árboles y tomar un esponjado con su cuartillo de agua bien medido en los puestos que le adornan.

Las primeras horas de la noche se consumen en algun café que no sea de *tono*, y el resto de ella en arreglar trabajo para el dia siguiente. En general la vida de corte le ofrece poca distracción, y le parece insípida en sus diversiones y repugnante en sus planes: á nada aspira satisfecho con su estado, y á nada se aficiona en la aridez de sus costumbres.

Hasta la devoción, como resorte inútil en la capital, se ha ido disminuyendo gradualmente; y ya la reduce

á oír misa los dias de precepto cuando sus quehaceres se lo permiten. Pero en cambio no descuida el inscribir su nombre en cuantas sociedades filantrópicas se hallan establecidas. Este sistema le proporciona relaciones y prestigio, que han sido siempre los grandes objetos de su desvelo; y para alcanzarlos no desdeña el figurar como modesto contribuyente á S. Bernardino de una peseta mensual.

La última vez que le vi fue en aquel asilo de beneficencia, recorriendo sus galerías y enterándose de su régimen interior. Me dijo que se habia casado con la hija de un americano viudo, compadecido de sus desgracias; porque él no se cuidaba de las preocupaciones del vulgo. Pedfle las señas de su habitación, y me dió las del cuarto mismo en que vivia, pero con el agregado de casa propia. Ya mi natural curiosidad iba á sondear la explicación de tantas novedades, cuando un extrepitoso ruido de voces llamó nuestra atención hácia el patio de entrada; y dirigiéndonos á él acertamos á distinguir hasta cuatro dependientes del establecimiento que altercaban con calor. Era el uno jóven, de gallarda presencia, y sus modales des- embarazados descubrian una esmerada educación: los otros tres de edad media, le sostenian la disputa.

— Repito, decia el jóven cuando á cierta distancia llegamos á oírle, que si vuelven ustedes á usar la palabra de infamia, les he de arrancar la lengua que la pronuncie.

Confieso que me interesó su gentileza, y acercándome á donde estaban quise indagar el origen de aquel acceso de cólera. Mas; cual fue mi sorpresa al reconocer entre ellos á D. Donato Sintasa? híceme el desentendido por no aumentar su confusión; y el mas anciano me respondió.

— Yo lo diré brevemente. Hace poco que estamos en esta casa nos encontramos hoy por la primera vez. Yo me llamo Arcadio Prieto: nada tenia que ver con el señor; pero sobre un asunto de una novia, me buscó para fiador suyo proponiéndome ventajas en el negocio. Ventajas han sido, que yo he tenido que pagar una pingüe dote (por cierto que se la ha llevado el mismo que medió entre nosotros), y entre ella, y un pleito que sostuve con este otro de mi derecha; me han arruinado hasta ponerme en el punto que V. me ve.

— La tenacidad de V., repuso vivamente el aludido, me ha costado mi fortuna y acabará con mi vida; pero voto á tal que no lo he de pagar solo.

— Harto mas motivo tengo yo, exclamó el tercero, que he perdido mi casa por reclamar sus alquileres.

— Yo los negaba con justicia, interrumpió el jóven, al ménos así me lo decia el *Escribano*.

No es posible describir el tropel de gritos, la multitud de imprecaciones que se levantaron al oír este nombre, asaltábanse los unos á los otros, y pugnaban por sobrepujar en energía. Todo eran voces, confusión y desconsierto: el nombre de D. Judas andaba en sus bocas como la pelota en manos de jugadores; si mal parada le enviaba el uno, peor trecho le devolvian los demas; hasta que por fortuna llegó el director y restableció el órden tan deseado de mi pobre cabeza que ya no podia soportar el ruido, sacándome al propio tiempo de la embarazosa posición que me procuré yo mismo. Quise buscar á mi compañero, mas habia desaparecido; corrí á encontrarle y al fin le alcancé junto á la puerta de Madrid, cuando mohino y taciturno se dirigia hácia ella para ganar su casa por el camino mas breve, y dándole unos golpecitos en el hombro, le dije:

— Que tal, amigo mio, la trompa de la fama lleva el nombre de V. hasta los lugares mas recónditos y olvidados de la tierra.

— Que quiere V.; me dijo alargando el paso; ese es el modo de agradecer el bien que les dispense. Yo no tengo culpa en sus cuitas: *el brazo de la justicia á*

todos les hace iguales. Y esto añadió frotándose por rara coincidencia un poco de yeso en la manga de su levita. Su accion y su respuesta trajeron, sin querer, á mis lábios aquella tan sabida y discreta redondilla.

El Señor Don Juan de Robres, etc.

BONIFACIO GOMEZ.

EL SACRISTAN.

DICE la fábula, que Proteo era un buen Sr., hijo natural y legítimo de D. Océano y de la Sra. Tetis, el cual tenia el privilegio, atributo ó cosa tal, de mudar de formas segun se le antojaba. Yo digo que el buen Proteo era un niño de teta en eso de cambiar de formas y mudar de oficios, respecto del Sacristan español. A la verdad, de Proteo no se sabe á punto fijo que se trasformase en otra cosa que en arroyo y en culebron, aunque autores muy graves afirman que tambien sabia hacer el oso, al paso que el Sacristan español se transforma todos los dias de mil modos, y se nos presenta, segun es la urgencia, bajo las formas de organista, maestro de niños, fiel de fechos, *almotacen* ó vendedor de pesos y medidas, muñidor de cofradías, estanquero, memorialista práctico y mayordomo del duque, en los pueblos de señorío. Hay ademas otras mil y mil circunstancias aun mas eventuales, que varian este tipo hasta lo infinito, viniendo de este modo el Sacristan á ser una especie de *omnibus*, como si dijéramos, el *hombre universal* de su pueblo.

Reuniendo, pues, del mejor modo posible tan diferentes atribuciones y tan inconexas oficios, podremos considerar al Sacristan bajo tres aspectos; á saber: sagrado, artístico-literario, y administrativo. Si á fuer de rancieros peripatéticos quisiéramos dividir y subdividir, pudiéramos formar otras muchas fracciones, segun son las diferentes formas bajo las cuales se tergiversa y se nos escurre de las manos este moderno *proteo español*.

I.

La iglesia de Dios, decian los antiguos, va siempre por delante. No seré yo por cierto quien se aparte de esta antigua fórmula y por ende pláceme considerar al Sacristan bajo su aspecto sagrado y semi-eclesiástico. Bien mirado este asunto, el Sacristan es el eslabon ó punto de contacto que une el estado eclesiástico al seglar, y lo sagrado con lo profano; asi como el orang-outan es el intermedio del cuadrúpedo *al bipedo desplumado*, vera-efigies de un español, como si dijéramos el gallo de Morón sin plumas y cacareando.

En otros tiempos el Sacristan era un compuesto de hombre y de sotana con mangas, y como tal un papel obligado en sainetes y tonadillas. No ha muchos años que á nuestro deseado monarca se le caia la baba al ver los sainetes *del santo y del soldado exorcista*, y el público se repartía á pescozones los billetes de teatro, para tener por centésima vez el gusto de oír aquellas manoseadas coplas en boca de un sacristan.

De profundis clamavi son mis intentos
y de *requiem æternam* mis pensamientos.

Pero no es enteramente cierto que el Sacristan gaste siempre sotana. En muchas partes se contenta con el sobrepelliz ó roquete *en pelo*, si es que la chaqueta lo tiene, pues por lo que hace á la sotana por sabido se calla, que siempre es calva. En tal caso el Sacristan sin sotana tiene una magnífica ocasion de lucir sus pantalones y hasta los puntos corridos de las medias, si es que la renta alcanza para comprar esta prenda de su equipo, ó no ha tenido la precaucion de darse tinta en los parages *iluminados*.

Tampoco el bonete es prenda de absoluta necesidad para el Sacristan, pero cuando se decide á llevarle es de una forma tan ambigua y con los picos tan aplastados que parece gorro griego ó casquete de ajusticiado. Lo mas comun es que no gaste bonete, y de este modo se ahorra la molestia de quitárselo en la iglesia á cada paso, para hacer á los santos los saludos de ordenanza. Bien es verdad, que en esta parte el respeto del Sacristan por las cosas de iglesia es proverbial. Acostumbrado á sacudir el polvo de los retablos, encaramarse sobre los altares para colocar las velas y *vestir imágenes*, (privilegio exclusivo de sacristanes y solteronas) llega á familiarizarse con los objetos del culto, hasta el punto de identificarse con ellos y hacer vida comun. Su chaqueta está forrada de tunicas de santos y mantos de virgen, algo mas suaves por cierto, que los carteles de teatro, con que forraba sus ropas el có-



El Sacristan.

mico Melchor Zapata. A veces tambien remienda sus camisas con lo que sobró del alba nueva, pero en cambio no tendrá inconveniente en un caso de apuro, de remendar un alba casi nueva con un pedazo de su camisa vieja y todo queda compensado. Esto proviene de una especie de contrato de los que llaman los juristas *inominados*, porque si bien los santos prestan al Sacristan sus tunicas (como prestó Apolo la suya de pedrería al emperador Calígula), en cambio el Sacristan presta á los santos servicios de policía y seguridad, y si es necesario les da animacion y vida, aun cuando para ello haya de reproducir los oráculos de Serápis, ó escenas de *Cabeza Encantada*.

Todo esto contribuye á estrechar mas y mas su familiaridad, de modo que al salir de la sacristia con el gorro calado hasta las orejas, las mangas del sobrepepliz echadas hácia atrás, como las alas de un genio, ó la cola de un cometa, y llevando en una mano el apagador y en la otra el hisopo y la caldereta, emblemas de su dignidad, ni dobla la rodilla al pasar frente al sagrario, ni inclina la cabeza ante el crucifijo mas devoto.

Otro de los puntos de vista mas curiosos que ofrece el Sacristan son su canto y sus gorgoritos; así como por el sistema económico, que usa con la lámpara se le llama *chupalámparas*, y por su comercio de cera *rascacirios*, así tambien por sus gorgeos el Sacristan es llamado por antonomasia *gori-gori*. A la verdad es cosa de alabar á Dios oírle como estropea la lengua de Horacio y del misal romano. Unas veces acuchilla la prosodia, y al entonar el introito, que dice *cógito videre*, dice con mucha gracia *cóito*, á riesgo de tener un lance pesado con algun cojo espadachin: otras veces junta las palabras y donde dice *lava, riga*, entona todo junto la barriga, excandalizando á toda la iglesia y asustando á las recién casadas. Si fuéramos á referir todos los *quid-pro-quos* de este género y todas las heregias que por este mismo estilo se le escapan diariamente á un Sacristan seria cosa de no acabar.

Pero aun es mas original el modo que tiene de cantar el Gregoriano.

Id sino á misa mayor, principalmente en aquellos pueblos donde componen la gente de iglesia el cura y el Sacristan. Este no abandona la sacristia hasta que el señor cura se halla revestido, y entónces sale frotándose las manos rápidamente y repartiendo cabezadas y cortesías al alcalde y á la alcaldesa, al mayordomo de fábrica y á la *mayordomesa*. Si el cura es vivo de genio entona el *asperges* ántes que el Sacristan se haya encaramado al coro, pero este sin detenerse responde desde la escalera el *dómine guísopo*, y si esta es interior, viene á causar sobre poco mas ó menos el efecto que un coro subterráneo en una ópera seria.

Sigue el Sacristan impávido en su canto, suceda lo que quiera, pues todo se reduce á ingerir por via de recitado y sin perder compas algunas advertencias redactadas en pequeñas cláusulas expresadas con una rapidez y volubilidad que le son peculiares. Si al monago, por ejemplo, se le cae una ascua del incensario, el Sacristan sin interrumpir el *Gloria in excelsis*, se lo advierte á voces desde el coro en esta forma:

- ¡ Recoge esa ascua, bárbaro !...
 Lau... damus te.
- ¡ Maldito, que se quemá la alfombra !
 Bene... dici... mus-te.
- ¡ Yo te aseguro que en bajando !...
 Gracias agimus tibi.

Llega por fin el momento de la epístola, que pertenece al Sacristan, de rigor, cuando la misa no es de *tres en ringla*. Aquel momento es delicioso para el Sacristan: deja el órgano, se asoma á la barandilla del coro, y lanza una mirada excrutadora sobre todo el concurso, que tiene á sus piés. A veces la mirada excrutadora de que vamos hablando contiene revelaciones interesantes para el Sacristan, que por supuesto está al corriente de toda la chismografía de la parroquia: á veces tambien estas revelaciones no suelen ser muy satisfactorias. Al hojear, v. g., la epístola de una virgen y mártir, observa que el alguacil está haciendo muecas con mucha devoción á la vizca su vecina, la cual tiene empeñada al Sacristan la cuarta parte, nada mas, de una palabra de casamiento. Al mismo tiempo la presunta novia mira hácia el altar, pero el Sacristan que conoce muy bien las miradas de las bizcondesas, se penetra al punto de que no es al altar lo que realmente mira, sino mas bien la esquina del ban-

co de la justicia. Abrasado de celos ni aun encuentra la epístola, pero como sabe su principio entona con voz temblorosa y campanuda el consabido *mulierem fortem quis inveniet?* y sigue repitiendo lo mismo entre dientes y en tono epistólico. En esto el alguacil tose la bizca responde con un estornudo violento, el cura dice por lo bajo *Dominus vobiscum*, Dios os tenga de su mano, (traducción libre) y el Sacristan no pudiendo ya sufrir mas, cierra el libro de un golpetazo y concluye en el mismo tono con voz sepulcral, *¡ ego mulierem fortem non invenio!*

Este canto del Sacristan nos conduce por la mano á juzgarle bajo su aspecto artístico, si es que ya no estamos en él, prescindiendo de otras cosas, que tocan y atañen al Sacristan, para considerar mejor las cosas que el Sacristan toca y atañe.

II.

De músicos, poetas, pintores y locos, dice el refrán, que todos tenemos un poco: si esto es cierto todotemos algo de artistas. Para mí este refrán es una verdad como un templo, aun prescindiendo del dictamen de los que llaman á los refranes *evangélicos chicanos*. ¿ Quién hay que no sepa echar una bomba, (no de las que aplastan) disfrazada en décima, ó redondilla al fin de un convite de boda ó cumpleaños? ¿ quién será el que no sepa pintar un soldado *de carbon*, en la pared de un cuerpo de guardia, ó las narices del profesor en el encerado del aula? ¡ pues aqui de los pintores! De música no se hable: en cogiendo una guitarra, á poco que Dios asista, cada hijo de vecino es un trovador.

Pero por lo que hace al Sacristan es indudable que tiene los tres elementos de la locura (con perdon sea dicho) algo mas desarrollados que el resto de los profanos, es decir, que los no iniciados en los misterios artísticos. Por de contado es músico (de eso cabalmente estábamos hablando) y no como quiera sino vocal é instrumental: digo mas, que la música es su fuerte. Tiene visos de compositor y maestro de capilla, arregla *ave-marias* y *gloria-patris* á duo y á coro para el rosario, dirige sus ensayos y preside á su ejecución. Para ello tiene á sus órdenes dos chicos de la escuela, á quienes gratifica con algunas cortaduras de hostia, y para los bajos engancha dos ó tres ecos. Designase con este nombre á los aficionados al canto llano, que en algunos pueblos acompañan al Sacristan en la salmodia, haciendo de capiscoles ó sochantres. Pero como por lo comun aquellos becerros no saben leer de corrido, ni menos en latin, se contentan con repetir la última sílaba; de modo que cuando el Sacristan al principio del Credo arroja con todo el vigor de su pulmon el *patrem omnipotentem*, ellos zumban por lo bajo *tente*. De este modo vienen á ser unos verdaderos *orechiantes*.

El Sacristan es ademas músico de viento, porque el órgano, ya ve V... y tambien de cuerda, porque las campanas se tocan con ella.

El modo de tocar el órgano es original en muchos de los sacristanes: algunos de ellos no parece sino que aprendieron por ciencia infusa, sin necesidad de maestro, segun es la melodia de su incomprendible contrapunto. En tales iglesias no debe haber ratones, pues huirán de tan extrepitosa armonía. Por lo que hace al órgano suele reducirse su mecanismo á un armatoste de pino sin pintar, con unos embudos á manera de trompetas (ó trompetas á manera de embudos) cuyos bajos semejantes á los de la guitarra del P. Isla, suepan *piton*, *piton*, y los agudos *cuerni-cuerni gay*. El Sacristan suele echar al órgano la culpa y este en cambio parece que se venga del artista despidiendo unos gemidos acatarrados, que dan idea de lo que pudo ser el concierto de los gatos que enseñaba el italiano. Para evitar esto el Sacristan suelta con frecuen-

cia toda la lengüeteria, que no solamente llena sino que repleta el ámbito de la iglesia, verificándose aquel latin macarrónico: *quod déficit in scientia supletur in trompetis*.

Por desgracia el patriotismo ha metido las narices hasta en las sacristías, lo cual hace temer que el tipo sacristanesco vaya bastardeándose. En algunas partes el cura, que está diciendo misa en ayunas, por razones de disciplina y de alta economía, tiene al oleritorio el gusto de ser obsequiado por su Sacristan, con un *pot-purri* de patrióticas al órgano, y el *trágala* por añadidura. De modo que el pobre cura que apenas tiene, no digo para tragar, sino simplemente para comer, se ve precisado á escuchar aquel sonsonete, tan agradable para él, como los chirridos de una lima que adelgaza los dientes de la sierra.

Restanos considerar al Sacristan como músico de cuerda. ¿Pues qué no hay sino tocar las campanas de cualquier modo, á guisa de somaten? Nada de eso: el Sacristan se muestra en esta parte rígido observador del método tradicional, que siendo monago aprendió de su predecesor. Con mas facilidad abdicará quizá el órgano, que las campanas en manos inexpertas. Una imprevisión de esta clase puede comprometer la tranquilidad de un pueblo, haciendo correr para apagar el fuego en lugar de venir para acompañar el viático.

Aun cuando el Sacristan español no sea un *Quasimodo*, en eso de tocar las campanas; ni la gravedad del país le permita improvisar contradanzas ni rigodones en las altas regiones de la iglesia, (literalmente el campanario) como hacen los campaneros de Bélgica y otros países, siempre necesita tener alguna práctica para atemperarse á las circunstancias. Esta diferencia se echa de ver principalmente entre el funeral aristocrático y el entierro de *gori-gori*. En el primer caso, el muerto tiene el gusto (á pesar de lo serio que suele estar) de ser obsequiado con un clamor magestuoso y pausado, que entre una campanada y otra da tiempo para mojar la palabra: pero en el segundo apenas logra el difunto una especie de *tin-tán, tin-tán*, presuroso como un alegre y semejante al fuego de guerrilla de una mitad de cazadores. ¡Ni aun los muertos logran igualdad ante el Sacristan!

En las grandes festividades permite subir á la torre á todos los chicos del barrio para que diviertan á la vecindad echando las campanas á vuelo. Este no tiene mas inconveniente sino que á veces los improvisados campaneros suelen remedar el final del *vuelo de Jearo*, yendo á parar ya que no al Archipiélago cuando menos al tejado de la casa de enfrente.

Pero el Sacristan no es solamente artista por lo que hace á la música, sino que lo es tambien por lo que tiene de pintor. El es quien pinta el rodapié de la iglesia con cal y carbon de sarmiento molido, y si algun niño Jesus está bajito de color le da en los carrillos un poco de minio ú bermellon. Retoca los bigotes á los judios del monumento, restaura los cuadros de la iglesia poniéndoles por detras parchazos de papel con engrudo, y con figurin ó sin el, será capaz de vestir á las tres Marias de beatas y al Cirineo con zarzuelles de papel.

III.

Con las bellas artes van intimamente enlazadas las bellas letras, de lo cual podríamos alegar muchas pruebas, sino bastara el susodicho refrán, que pone á los poetas entre los músicos y pintores, y un poco antes de llegar á la casa de locos. Aun con todo algunos llamaron á la poesia *divina locura* y puede que sea cierto, segun que muchos poetas ven visiones.

En vista de esto no parecia regular que la divina Providencia dejase al Sacristan desprovisto de tan interesante ramo de conocimientos. Así es que el Sacristan por lo comun es poeta y no como quiera sino

improvisador. Obligado á intervenir en compañía del cura en casi todos los actos mas solemnes de la vida, haria seguramente en ellos un papel hartito triste, si careciese de tan brillante requisito. En tales ocasiones, principalmente en comidas y refrescos (de lo tinto) con motivo de bodas y bateos, es cuando el Sacristan despliega de lleno su talento y se deja llevar de su astro poético. Háganle enhorabuena los convidados blanco de su buen humor y de sus pullas, díganle, si se quiere, que ha estado purgándose por espacio de siete dias para prepararse al banquete nupcial, él sigue impávido en su destrozo hasta poner su plato como boquete de cueva de zorra. A un mismo tiempo encuentra palabras para responder á todos, y bocados para ocupar su dentadura, y de este modo las palabras tropiezan con los bocados y los bocados unos con otros. Si esta no es prueba de ser poeta venga Dios y véalo. Pero cual si este furor gastronómico no bastara para manifestar que arde en su pecho *el divino fuego de los vates*, él mismo se encarga de sacarnos de esta duda aceptando poéticamente los brindis que se le dirigen.

Bomba, bomba repite el numeroso
concurso, y cuatro décimas vomita
con pié forzado el bacanal furioso

Porque cada bomba le vale un *tringuis*, y el Sacristan á fuerza de improvisar, hace que estos se sucedan unos á otros con intervalo de cinco minutos.

La materia de gozos y villancicos es propia y peculiar del Sacristan y en ellos se ve campear la poesia en todo su vigor natural, sin reglas ni trabas como debió ser allá en tiempo del romántico Tersites. No, sino andaros con escrúpulos de monja y repulgos de empanada. Por la muestra se conoce el paño: salga pues, á lucirlo aqui el Sacristan de *Garganta-la olla* con los gozos del santo de su parroquia.

Glorioso S. Martin,
catecúmeno soberano,
todos las gracias te damos
por tan grandes beneficios.

Las aguas parece cesan
á tu amparo paternal.

Estríbillo. *Porque fuisteis concebida
sin pecado original.*

En los pueblos donde el Sacristan reúne á los demas cargos el de maestro de escuela (sigue el aspecto literario) su ocupacion es mucho mas complicada. Ya que tiene que asistir á la misa mayor, por no abandonar la escuela entretanto, se encamina á la iglesia con los chicos, que llevan delante una cruz con el Cristo de los doctrinos, y van entonando saetillas ó la prosa rimada del P. Ripalda. Luego que entran en la iglesia tiene buen cuidado de ponerlos en el sitio acostumbrado y á distancias regulares para que no se empujen y caigan unos sobre otros como soldados de plomo.

Pero esto mas bien que al Sacristan pertenece ya al maestro de primeras letras.

IV.

Los empleos del Sacristan referidos hasta el presente tienen alguna relacion entre si, ¿pero qué tiene que ver nuestro Proteo con la administracion pública? ¿Cuál es el punto de contacto entre la sacristia y la oficina?

Y con todo es indudable que el Sacristan es en el día una de las personas influyentes en la administracion. En los pueblos pequeños donde carecen de escribano, el Sacristan es el representante de la fe pú-

blica y desempeña el cargo de fiel de fechos. Como tal autoriza los actos de justicia, es corresponsal obligado de las autoridades de la provincia, suscriptor involuntario del Boletín oficial, á expensas del pueblo, y refrendador de pasaportes. Bien que en esto último comparte el destino con el mozo de paja y cebada del meson, á no ser que el viajero les odiorre la molestia al uno y al otro refrendándoselo él mismo.

Este empleo de fiel de fechos tiene sus ventajas y tambien sus perances, y es muy probable que preponderen estos últimos. Llega, por ejemplo, un cabo de escuadra destacado á un pueblo con cuatro soldados, para que convierta la torre de la iglesia en atalaya, ciudadela ó cosa que lo valga. Se le antoja al cabo, en virtud de sus imprescriptibles derechos, tener noticias exactas acerca de los latro-facciosos que recorren el pais: en tal caso dirige una circular á los pueblos de las inmediaciones mandando que le den cada cuarto de hora parte de lo que ocurra, pues de lo contrario fusilará al alcalde y al escribano, *por la esparda*, y al cura por respeto á su dignidad se contentará con suspenderlo por el pezcuelo del badajo de la campana. En este caso el fiel de fechos tiene el honor, el placer y la satisfaccion de ser fusilado en lugar del escribano. Esto es perance, al menos por tal le tengo.

Otras veces al dar cuentas omite poner como documento justificativo el recibo de suscripcion al Boletín, y á vuelta de correo la Diputacion provincial, rígida observadora de la ley, le devuelve las cuentas con multa y apercibimiento. Tambien esto es perance.

Pero en cambio de este y otros muchos, que seria prolijo enumerar, tiene tambien la ventaja de poder ejercitar con mas frecuencia su mision de memorialista práctico. A la verdad, todos los cargos de maestro de escuela, fiel de fechos, administrador del duque, idem de la fábrica de la iglesia, estanco y estafeta, pueden muy bien ser desempeñados por personas que no sean el Sacristan, pero por lo que hace al empleo de memorialista, dificilmente se podrá desempeñar por otra persona mas á propósito que por el Sacristan mismo. Es el caso que el memorialista es una especie de confesor lego, y él mismo no deja de advertirlo así á los que vienen á valerse de su auxilio, si andan algo rehacios en declarar la culpa. — Mi pecho, les dice, es un pozo sin suelo, donde V. arroja su secreto, un cofre con siete candados (alusión al libro del *Apocalipsis*) de los cuales V. solo tiene la llave: haga V. cuenta que se está confesando. — Ahora bien, el Sacristan es, como digimos al principio, un medio entre lo sagrado y lo profano, entre sacerdote y lego, y por consiguiente el mas á propósito para este cargo semi-confesional.

Los que tienen bastante práctica en los asuntos de vicaría y poseen un tacto delicado en materia de memoriales, olfatean á la legua los que son de sacristan. Uno de sus distintivos peculiares ó señales características es el mezclar palabras de la misa, textos de escritura y latinajos, vengan ó no á pelo, como tambien el ser muy breves en el fondo del memorial y acumular en la súplica á fuerza de gerundios todas las razones que antes omitieran. La conjuncion *empero* al principio de los párrafos es muy usada de los sacristanes.

El memorial mas raro que haya salido de manos de Sacristan, es el redactado por el célebre de *Apatueca*, del cual dicen los libros viejos entre otras lindezas, que tocaba á las oraciones con tanta pausa que tenia á los fieles por espacio de un cuarto de hora *descaperezados*. Este tal presentó á un obispo cuando vino de visita al pueblo un memorial á nombre de dos viejas samaritanas que habian dado su carne al diablo, y guardaban para Dios el hueso: el cura anterior por mantenerlas en su buen propósito les habia señalado una pequeña pensión, pero el sucesor se negó á con-

tinuar aquel dispendio. En vista de esto el Sacristan les redactó el memorial en estos términos.

Illmo. Sr.

El cura anterior era un *agnus Dei*, pero este otro es un *qui tollis*, y pues no valemos para *peccata mundi miserere nobis*.

V.

Réstanos solamente considerar al Sacristan como particular ó padre de familia, aunque bajo este aspecto no es mas que un ciudadano como otro cualquiera. Pero como el carácter y la ocupacion rara vez dejan de influir hasta en las acciones mas indiferentes de la vida, de ahí es que el Sacristan en muchas de las escenas de su vida privada descubre su carácter, ó hablando en lenguaje figurado, enseña por debajo de la capa su raída sotana. Así es que en su conversacion con frecuencia interpola alguna frase del misal romano. Si la mujer es despilfarradora la reprende con las palabras de la colecta *conservar el dineri* (*conservare digneris*) y si los chichos asaltan los perales de su huertecillo les acusa de pecado mortal, porque dice el himno de vísperas, *quiten peras raras veces* (*qui temperas rerum vices*).

Por una razon contraria en los actos religiosos le acosa el prurito de injerir sus cláusulas legas. Si reza, por ejemplo, el rosario en ocasion en que su hijo aun no ha regresado á casa desde que salió á dar el toque de ánimas y *perdidos*, se interrumpe á cada ave-maria para hacer alguna reflexion sobre esta ausencia. — ¡Paca!... bendita tu eres, ¿donde estará ese demonio de chico?... entre todas las mujeres, etc. Otras veces pregunta por la cena á tiempo que la mujer rezando el padre-nuestro dice con todas las veras de su corazon, *perdónanos, Señor, nuestras deudas...* Porque es de notar que el Sacristan padece bastante de achaque de deudas, lo cual ha dado lugar al refran, que dice:

Los bienes del Sacristan
cantando se vienen, y cantando se van.

Por lo comun todos los oficios y transformaciones de nuestro Proteo español, apénas le dan lo suficiente para sostener una familia mas numerosa, si cabe que la del rey Priamo.

Pero ya es tiempo que dejemos descansar al Sacristan, y formar los mas sinceros votos, porque tarde muchos y largos años en tener *que hacer con nosotros*, y obsequiarnos con su melodioso *gori-gori*, que Dios dilate y los médicos no aceleren.

¡Amen! que es palabra de Sacristan.

VICENTE DE LA PUENTE.

LA SANTURRONA.

Si alguno de esos escritores graves á medias y filósofos de los piés á la cabeza, estuviese encargado de bosquejar este tipo, empezaria diciendo: que la educacion era la madre de las costumbres y no se olvidaria de añadir que las inclinaciones eran nietas de aquella respetable señora. De distinto modo que este padre-santo moderno desempeñaria su comision, otro escritor, grave tambien, pero discípulo por desgracia añadidura del doctor Gall. De esos que arreglan los cráneos á rigorosa escala y pasan su vida buscando protuberancias en forma de instintos ó vice-versa, ni mas ni menos que si anduviesen calando melones y calabazas. Para esta clase de sábios Labateres, toda edu-